

SOPHIE HANNAH



UN
JUEGO
PARA TODA LA
FAMILIA

Por la autora de
Los crímenes del monograma

de

Cuando revisa los deberes que ha realizado su hija Ellen, Justine se encuentra leyendo una historia escalofriante articulada en torno a una serie de siniestros asesinatos. ¿Puede ser la propia Ellen quien haya cometido esa atrocidad? ¿Puede ser culpable de esos asesinatos, tal y como ella parece asegurar en su redacción escolar? ¿Cómo si no iba a inventar algo tan grotesco?

Justine entra en pánico cuando descubre que Ellen también ha inventado tener un mejor amigo en la escuela (un chico al que los profesores dicen no conocer).

A partir de entonces, Justine empezará a recibir una serie de llamadas anónimas que la harán temer por la seguridad de su familia y entrará en un perverso juego de pistas que la llevarán a descubrir quién está realmente al otro lado de la línea.



Sophie Hannah

Un juego para toda la familia

ePub r1.0
Titivillus 25.11.15

Título original: *A Game for All the Family*
Sophie Hannah, 2015
Traducción: Efrén del Valle

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A Karen Geary. ¡Gracias por cuidar tan bien de mis libros durante una década!

Si las personas a las que estoy a punto de conocer en mi nueva vida se parecen siquiera un poco a las que voy a dejar atrás, me harán la pregunta en cuanto puedan salirse con la suya. En mi fantasía no tienen nombre ni rostro, no son más que voces; elevadas, pero sin excesos. Decididamente informales.

«¿Y tú qué haces?».

¿Aún hay quien añade «para ganarte la vida» al final de esa pregunta? Suena estúpidamente pasado de moda.

Espero que pasen de la parte de «para ganarte la vida», porque eso no tiene nada que ver con mis planes para financiar mi adicción a desayunar salmón ahumado. Quiero que mis nuevos conocidos sin rostro solo se ocupen de cómo paso el tiempo y me defino a mí misma, que creo que es lo esencial de mí. Por eso quiero que la pregunta sea lo más pura posible.

Y tengo la respuesta, en una sola palabra, rodeada de una respetable cantidad de espacio vacío:

«Nada».

Todo —personas, casas, palabras— debería estar rodeado de tanto espacio como fuese posible. Este es uno de los motivos para iniciar una nueva vida. En mi antigua vida no había espacio suficiente; de ninguna clase.

«Me llamo Justine Merrison y no hago Nada. Con N mayúscula. Nada de Nada». Tendré que intentar no echar la cabeza hacia atrás y ponerme a reír cuando lo diga, o dar una vuelta victoriosa alrededor del pobre desgraciado que haya formulado la pregunta. Lo mejor es cuando la pregunta proviene de personas que hacen Algo —topógrafos, abogados, gerentes de supermercado—,

ojerosas y agobiadas después de seis meses seguidos de jornadas de catorce horas.

No hablaré de lo que hacía antes, ni de las tareas cotidianas, como si estas contasen como Algo. Cierto es que en mi nueva vida también tendré que hervir pasta y meter calcetines en la lavadora de vez en cuando, pero eso será algo tan sencillo y automático como respirar. No tengo intención de permitir que las trivialidades del día a día se interpongan en mi proyecto principal, que consiste en lograr un estado global de inactividad.

«Nada», diré con actitud valiente y orgullosa, como otra persona podría decir «Neurorradiología». Y luego sonreiré, mientras un silencio blanco y radiante se desliza y rodea los bordes de la palabra «Nada».

—¿Se puede saber de qué te ríes? —pregunta Alex. A diferencia de mí, él no se imagina un estado de calma y silencio. Se encuentra firmemente asentado en nuestro mundo real: seis fútiles carriles de rabia, sonidos de claxon y sofocantes gases de tubos de escape. «Los placeres de la A406», dijo entre dientes hace media hora, mientras nos incorporábamos a la larga caravana.

Para mí, el atasco sí es un placer: me recuerda que no tengo que hacer nada con prisas. A este ritmo de avance de unos cuatro metros por hora, algo desacostumbrado incluso para la Circular Norte, no llegaremos a Devon antes de medianoche. Perfecto; que sean veinte horas, o treinta. Nuestra nueva casa seguirá allí mañana, y pasado mañana también. No importa en qué momento llegue; no tengo ningún asunto urgente que atender. No tengo que tomarme una taza de té rápida para empezar de inmediato a intimidar a una empresa de telecomunicaciones para que me pongan la wifi lo antes posible. No tengo ningún correo electrónico urgente que enviar.

—¿Hola? ¿Justine? —grita Alex, por si no había oído bien su pregunta por encima del ruido de la *Carmen* de Bizet, que suena a todo volumen por los altavoces del coche. Hace unos minutos estaba cantándola con Ellen, adaptando ligeramente la letra: «Dentro del coche, coche, dentro del coche, coche, dentro del coche, coche estoy. Dentro del coche, coche, dentro del coche, coche estoy, coche estoy, coche estoy...».

—¡Mamá! —grita Ellen detrás de mí—. ¡Papá está hablando contigo!

—Creo que tu madre está en trance, El. Debe de ser cosa del calor.

A Alex nunca se le habría ocurrido apagar la música para hablar. Para él, el silencio existe para llenarlo lo máximo posible, como si fuese un bolso vacío. Y lo que él utiliza para tal fin —ha sido así desde que le conozco— es cantar.

Ópera. Viaja por todo el mundo, está fuera una semana de cada tres, y le encanta esta existencia de «mi casa está donde está la *première*». Es una suerte, porque si no supiera que su ajetreada vida en la luz pública le hace genuinamente feliz podría sentirme demasiado culpable para disfrutar plenamente de mi Nada.

En cambio, esta situación nos permitirá contrastar nuestros triunfos sin que ninguno de nosotros se sienta molesto con el otro. Alex me contará que ha logrado encajar cuatro llamadas importantes entre el momento en que el personal de cabina del avión le ha dicho que apague el teléfono y el momento en el que se han dado cuenta de que les había desobedecido y le han dicho que esa vez iba en serio. Yo le contaré que he estado leyendo durante horas en la bañera, rellenándola una y otra vez con agua caliente, casi demasiado perezosa para darle a la manivela del grifo.

Pulso el botón de apagado del reproductor de CD —no tengo ganas de competir con *Carmen*— y le cuento a Alex mi pequeña fantasía sobre preguntas y respuestas. Alex se ríe y Ellen dice:

—Estás loca, mamá. No puedes decir «Nada». La gente se asustará.

—Perfecto. Que me teman primero y luego que me envidien, y se pregunten si ellos podrían también hacer Nada. Piensa en el montón de vidas que podría salvar.

—No, lo que pensarán es que eres un ama de casa deprimida de camino a casa para tragarse un frasco de pastillas.

—Abandonada y descuidada por su esposo, que se codea con la *jet-set* —añade Alex, mientras se enjuga el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—No, no pensarán eso si mientras describo mi horario totalmente vacío, sonrío con cara de felicidad extrema.

—¡Ah, así que sí que dirás algo más que «Nada»!

—Di que eres ama de casa —me aconseja Ellen—. O que estás haciendo una pausa en tu trayectoria profesional después de unos cuantos años de estrés, mientras sopesas diversas opciones...

—Pero no es así. Ya he elegido la opción Nada. Eh —toco el brazo de Alex—, me voy a comprar uno de esos diagramas de planificación anuales, uno que sea bien bonito, y lo voy a poner en un lugar muy visible para poder dejar vacías las casillas de todos los días. Trescientos sesenta y cinco recuadros vacíos. Qué belleza.

—Eres irritante, mamá —refunfuña Ellen—. No paras de dar la murga con esa nueva vida, que será tan distinta... Pero no lo será, por tu culpa. Porque eres

incapaz de cambiar; sigues siendo exactamente la misma, una verdadera fanática. Antes eras una fanática del trabajo, y ahora lo vas a ser del no trabajo. Me voy a aburrir tanto... y encima harás que me sienta avergonzada.

—Eh, cierra el pico, pintamonas —le digo con pretendido enojo—. ¿No se supone, o sea, que solo tienes, o sea, trece años?

—Hace un siglo que no digo «o sea» si no es para dar una explicación — protesta Ellen.

—Eso es verdad —dice Alex—. Y ha dado justo en el clavo con lo de que su madre es una peliculera. A ver, dime: si, como tú misma afirmas, ansías la tranquilidad, ¿por qué sueñas despierta sobre ponerte a discutir con extraños?

—¡Bien dicho! —dice Ellen en tono burlón.

—¿Discutir? ¿De qué estás hablando?

—No te hagas la inocente.

—¡No me hago nada! —replico, indignada. Alex pone los ojos en blanco.

—Decir de forma agresiva «Nada» cuando alguien te pregunta qué haces y hacerle sentir incómodo porque no añades nada más, o explicar...

—Nada de agresividad: felicidad. Y no hay nada más que explicar de «Nada».

—Con aires de suficiencia —dice Alex—, que no es más que una forma de agresividad. Alardear de tu grata ociosidad en la cara de personas con exceso de ética del trabajo y agendas desbordadas es sadismo.

—Puede que tengas razón —admito—. Estoy especialmente ansiosa por decirles a las personas trabajadoras y estresadas con las que me cruce que no hago Nada. Cuanto más relajado es el aspecto de una persona, menos divertido es hacer ostentación. Y no tiene sentido hacerlo con personas como tú, que aman sus agendas desbordadas. Así que solo me queda la esperanza de cruzarme con personas que odien sus exigentes empleos pero no puedan dejarlos. Dios mío — digo, cerrando los ojos—, es asquerosamente obvio, ¿verdad? Es de mí de quien me quiero burlar, de mi yo anterior. Es conmigo misma con quien estoy furiosa.

Podría haber huido en cualquier momento, podría haberlo dejado hace años, en lugar de dejar que el trabajo engullese toda mi vida.

—En serio, me cuesta creer que tengo una madre que echa los sermones que tú echas, mamá —se queja Ellen—. Ninguna de las madres de mis amigos lo hace; ninguna. Todas dicen cosas normales, como «Nada de tele hasta que no hayas acabado los deberes» o «¿Un poco más de lasaña?».

—Bueno, tu madre no pasa diez minutos sin darse cuenta de algo nuevo que

va a cambiarle la vida. ¿Verdad, cariño?

—¡Idos a la mierda! Uy... —Me da la risa tonta. Si alguna vez he sido más feliz de lo que lo soy ahora, en serio que no lo recuerdo.

—¡Genial! Volvemos a movernos. —Alex empieza a cantar de nuevo—: Los coches se mueven, mueven, los coches se mueven, mueven, los coches se mueven, mueven ya, los coches se mueven, mueven, los coches se mueven, mueven ya, mueven ya, mueven ya...

Pobre Georges Bizet; tanto tiempo muerto y seguro que este no era el legado que tenía pensado dejar.

—Disculpad que no me ponga a dar saltos de alegría —dice Ellen—. Aún nos quedan... ¿unas siete horas para llegar? Además, me estoy asando. ¿Cuándo tendremos un coche con un aire acondicionado que funcione?

—No creo que haya ningún aire acondicionado de coche que funcione —contesto—. Es como los limpiaparabrisas. Los demás coches quieren que piensen que ellos lo tienen resuelto, pero en días como hoy, por mucho que diga Jeremy Clarkson, el ambiente es cálido y cargado. Y todos los limpiaparabrisas chirrían como murciélagos estrangulados.

—Y ahora volvemos a estar parados —dice Alex, moviendo la cabeza en un gesto de resignación—. La época dorada de estar en movimiento ha durado poco. Creo que te equivocas en lo de las siete horas, El. Y de bastante.

—Sí, se acaban de duplicar; ahora son catorce —dice Ellen con amargura.

—Error. Mamá y yo no hemos dicho nada porque queríamos darte una sorpresa; en realidad, casi hemos llegado.

Sonrío a Ellen por el retrovisor y se esconde detrás de su larga y espesa cabellera morena, intentando conservar el mal humor y no dejarse vencer por la risa. Si hablamos de gastar bromas, a Alex se le da bastante mal. Tiene ideas imaginativas, pero siempre lo delata su voz especial de bromista, que cualquiera que lo haya conocido durante más de una semana es capaz de distinguir al instante.

—Sí, claro, papá. Estamos aún en la Circular Norte y ya casi estamos en Devon. Por supuesto que sí. —Sus grandes y bonitos ojos verdes y su agudo sarcasmo son dos de las cosas que más me gustan de mi hija.

—No, nada de Devon; hemos cambiado de planes. No queríamos causarte la molestia de un viaje en coche demasiado largo, así que... ¡hemos vendido Speedwell House y hemos comprado aquella casa de allí!

Por la ventanilla del coche, Alex señala hacia un adosado bajo de ladrillo

rojo de la década de 1930 más o menos. Es el que cualquiera habría elegido, el último de una fila de ocho. Hay tres carteles en la fachada, demasiado grandes para un edificio tan pequeño.

De repente noto un hormigueo en la piel, como cuando tuve celulitis en la pierna después de que me picase un mosquito en Corfú, salvo que esta vez es por todo el cuerpo.

Me quedo mirando la casa de los carteles y, silenciosamente, indico al tráfico que no se mueva, para poder examinarla tanto como necesite.

Pero ¿necesitar? ¿Para qué?

Aparte de la decoración excesiva, no hay nada que distinga esa casa de cualquier otro adosado de ladrillo rojo de los años treinta. Uno de los carteles, el mayor de todos, en la esquina de arriba a la derecha, encima de la ventana de uno de los dormitorios, dice PANAMA ROW. Supongo que se refiere a todo el grupo de casas valerosamente apiñadas, enfrentándose a los seis carriles de tráfico ensordecedor justo al otro lado de las ventanas.

Los otros dos carteles —a uno le falta un tornillo y está torcido hacia uno de los lados, el otro visiblemente mugriento— corresponden al nombre y número de la casa. Intento mirar hacia otro lado, pero no puedo. Los leo los dos y me formo opiniones sobre ellos, una positiva y una negativa.

«Eso es, número 8. Y se llama... No, eso no es el nombre».

Noto presión en los ojos, en la cabeza, en el pecho. Palpitaciones.

Espero a que pase lo peor y me miro los brazos. Parecen normales, sin piel de gallina. «Imposible; noto los bultitos que hormiguean bajo la piel».

—Al parecer, nuestra nueva casa se llama «German» —dice Alex—. ¡Vaya nombre ridículo! Quiero decir... ¿No crees que será divertido vivir en una casa que se llama «German», El?

—No, porque no vamos a vivir ahí. ¡Mamá no compraría jamás una casa que estuviese casi en una autopista!

—¿Sabes por qué quiso hacerlo? Porque, en menos de diez minutos, giraremos a la izquierda, luego de nuevo a la izquierda, y ya estaremos allí. Final del largo viaje, hogar dulce hogar. Como dice el proverbio chino: «Aquel que compra una bonita casa en el campo es posible que nunca llegue allí, y mejor habría sido que comprase una casa fea en la Circular Norte y ya está».

—No es fea —acierto a decir, pero tengo la garganta tan tensa que apenas puedo hablar.

«Es bonita. Es segura. Para el coche», pienso.

Ya no estoy mirando la casa número 8 de Panama Row. He logrado apartar la vista de ella, y ahora debo mantenerla apartada. Me da demasiado miedo volver a mirar.

—¿Qué pasa, mamá? Tienes la voz extraña.

—Extraña estás tú —dice Alex—. ¿Te encuentras bien, Justine? Estás temblando.

—No —digo en un susurro. «No bien. Sí temblando. Mucho calor, pero temblando», trato de aclarar, pero tengo la lengua paralizada.

—¿Qué sucede?

—Yo...

—Mamá, me estás asustando. ¿Qué pasa?

—No se llama «German». Algunas de las letras se han caído. —¿Cómo sé yo eso? Nunca antes había visto el número 8 de Panama Row. Nunca había oído hablar de él, ni había tenido noticias de él, ni había estado cerca de él.

—Es verdad —dice Ellen—. Tiene razón, papá. Se ve dónde estaban las otras letras.

—Pero yo no lo he visto... Yo sé que el nombre no era German. No tiene nada que ver con lo que he visto.

—Justine, cálmate. ¿Que no tiene nada que ver con lo que has visto? Qué tontería.

—Es obvio que faltan letras —dice Ellen—. Hay un montón de espacio vacío en el cartel a la izquierda del final del nombre. Después de todo, ¿quién iba a llamar «German» a una casa?

¿Qué puedo hacer, qué puedo decir? Si estuviéramos solos, le diría la verdad a Alex.

—Papá, ¿y si aceleras? Estás provocando, o sea, una retención. Maldita sea, he vuelto a decir «o sea».

—No digas tampoco «maldita sea» —replica Alex.

—Entonces no volváis a dejarme ver *The Good Wife*. Y vosotros dos decís palabrotas todo el rato. Hipócritas.

El coche avanza un poco y enseguida gana velocidad. Me siento más valiente en cuanto dejo de ver el número 8 de Panama Row.

—Ha sido... extraño —digo. «Lo más extraño que me ha pasado jamás». Suelto el aire con lentitud.

—¿Qué pasa, mamá?

—Eso, dinos qué pasa, maldita sea.

—¡Papá! ¡Protesto! ¡Se admite!

—Pues no, no se admite. No puedes admitir tu propia protesta. De todos modos, cállate un momento, por favor.

«Calla. Cierra, cierra, cierra el pico». No tiene gracia. Nada de este asunto tiene ninguna gracia.

—Justine, ¿se puede saber qué te pasa? —Alex tiene más paciencia que yo. Yo, a estas alturas, ya habría levantado la voz.

—Esa casa. Tú la has señalado, yo la he mirado y he tenido una especie de... intensa sensación de «Sí, esa es mi casa. Quiero abrir de par en par la puerta del coche y salir corriendo hacia ella».

—Con la salvedad de que no vives allí, así que es una locura. En estos momentos no vives en ningún lado. Hasta esta mañana vivías en Londres y, con un poco de suerte, esta noche vivirás en las afueras de Kingswear, en Devon; pero ahora mismo no vives en ninguna parte.

Qué pertinente. No hago Nada, no vivo en ninguna parte.

—Desde luego, donde no vives es en un adosado de entreguerras al lado de la A406, así que puedes estar tranquila. —El tono de Alex es burlón, pero no cruel. Me alegro de que no parezca preocupado. De hecho, ahora suena menos preocupado que antes; el lugar hacia donde se dirige el viaje me tranquiliza.

—Ya sé que no vivo ahí. No podría explicarlo: he tenido una vívida sensación de pertenecer a esa casa, de algún modo. Y cuando digo «vívida» quiero decir que la sentía como si fuese una agresión física.

—Ay, Dios... —murmura Ellen desde el asiento trasero.

—Fue como una premonición de que algún día viviría allí. —¿Cómo expresarlo para que suene más racional?—. No digo que vaya a ser así. Ahora que ha pasado la sensación, me oigo y parece una bobada; pero la primera vez que he mirado cuando la has señalado, no me ha cabido duda alguna.

—Justine, no hay nada en el mundo que pueda persuadirte para vivir en la vecindad próxima de seis carriles de tráfico —dice Alex—. No has podido cambiar tanto. ¿Es alguna clase de broma?

—No.

—Ya sé lo que es: la paranoia del pobre. Te preocupa no ganar dinero, te preocupa que nos hayamos metido en una hipoteca mayor... ¿Has tenido pesadillas en las que perdieses dientes?

—¿Dientes?

—Leí en alguna parte que los sueños en los que pierdes dientes significan angustia por el dinero.

—No es eso.

—Aunque fueses pobre, tú no vivirías en esa casa, a menos que te secuestrasen y te tuvieran prisionera allí.

—Papá —dice Ellen—, ¿ya es la hora de tu dosis diaria de «No me estás ayudando mucho»?

—¿Tienes algo de beber? —me pregunta Alex, ignorándola—. Probablemente estés deshidratada. Insolación.

—Sí. —Hay agua en mi bolso, a mis pies.

—Bebe, pues.

No quiero; aún no. En cuanto saque la botella y la abra se terminará esta conversación; Alex cambiará a un tema que sea menos inexplicable. No puedo hablar de nada más mientras no entienda lo que me acaba de suceder.

—Oh, no. Obras.

Cuando Alex empieza a cantar otra vez, al principio no sé lo que está pasando, aunque es la misma música de *Carmen* y solo cambia la letra. Ellen se une y enseguida están cantando a duo: «Casco y reflectante, casco y reflectante, casco y reflectante, buf. Casco y reflectante, casco y reflectante, buf, mierda, buf, mierda, buf...».

También podría tratar de olvidarlo. A cada segundo que pasa parece más fácil. Me siento casi como antes de que Alex señalase la casa. Quizá pueda convencerme a mí misma de que me lo he imaginado todo.

«Adelante, venga. Intenta decirte eso a ti misma».

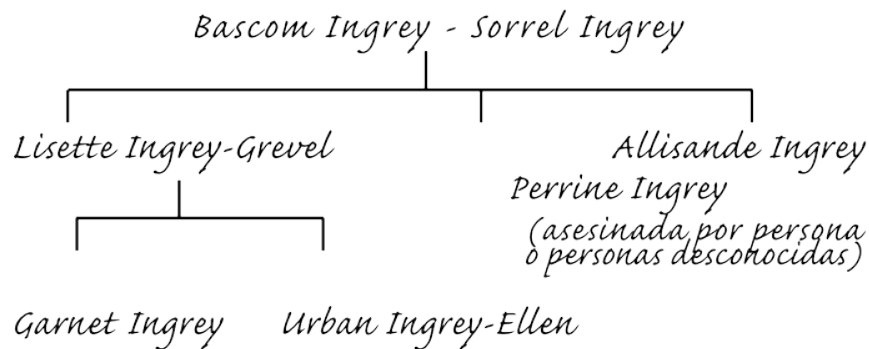
La voz de mi cabeza no parece estar muy dispuesta: sigue repitiendo palabras del guion del que le he dicho que se deshaga:

«Un día, el número 8 de Panama Row, una casa que tú no elegirías ni en un millón de años, será tu hogar, y el tráfico no te importará en absoluto. Estarás tan feliz y agradecida de vivir allí que no podrás creer tu propia suerte».

Cuatro meses después

ÁRBOL GENEALÓGICO

Los Ingrey de Speedwell House



Relato de crimen y misterio
por Ellen Colley, clase 9G

Capítulo 1

~

El asesinato de Malachy Dodd

Perrine Ingrey dejó caer a Malachy Dodd desde una ventana. Quería matarlo y lo consiguió. Más tarde, nadie la creyó cuando gritaba «¡Yo no lo hice!». Ambas familias, los Ingrey y los Dodd, sabían que Perrine y Malachy habían

estado arriba, solos en una habitación, sin nadie más cerca.

Se trataba del dormitorio de Perrine. Al lado de la cama había una puerta diminuta (pintada de verde menta, el color favorito de Perrine). Esta puertecita era la única forma de pasar de una de las zonas del piso superior de Speedwell House a la otra, a menos que quisieras volver a bajar, atravesar el salón y la biblioteca y subir por unas escaleras distintas, y nadie estaba dispuesto a hacerlo. Preferían encogerse hasta una cuarta parte de la altura del enano más pequeño del mundo (así de pequeña era la puerta verde menta) y apretujarse a través del minúsculo espacio.

Después de dejar caer a Malachy por la ventana y verlo precipitarse a una sangrienta muerte en la terraza de abajo, Perrine se introdujo trabajosamente por la pequeña puerta verde y la cerró tras de sí. Cuando sus padres la encontraron acurrucada en el descansillo, en el otro lado, Perrine exclamó: «¡Pero si ni siquiera estaba en la habitación cuando sucedió!».

Esto no convenció a nadie; Perrine no había sido lo bastante astuta para alejarse una distancia prudencial de la puerta, así que era evidente que había pasado por ella. Su segundo error fue chillar «¡Se ha caído, ha sido un accidente!». Para empezar, Malachy no era lo bastante alto como para caerse por la ventana accidentalmente (todos los adultos estuvieron de acuerdo en que su centro de gravedad estaba demasiado bajo) y además, si Perrine no estaba en la habitación cuando sucedió, ¿cómo sabía que la caída había sido un accidente?

Una tercera e importante pista era que todas las demás personas que podían haber matado a Malachy estaban abajo, en el comedor, en el momento de su espantosa muerte. Todos los Dodd estaban allí, y también todos los Ingrey, salvo Perrine. Sus dos hermanas mayores, Lisette y Allisande, estaban sentadas de cara a las puertas acristaladas que se abrían hacia la terraza en la que cayó Malachy, salpicando del rojo y gris de la sangre y el cerebro todo el suelo junto a la fuente. La caída pareció hacer temblar toda la casa, en especial la araña francesa de cristal violeta que colgaba sobre las cabezas de Lisette y Allisande, aunque quizá eso fuese una ilusión.

Lisette y Allisande vieron caer a Malachy, sin lugar a dudas. Además, oyeron un estentóreo y triunfante «¡Ja!» procedente de arriba, y ambas reconocieron la voz de su hermana menor, Perrine.

De modo que, si el resto de sospechosos estaban en el comedor, ¿qué otra persona, aparte de Perrine Ingrey, podía ser la responsable de que Malachy se

estrellase contra las losas? Lo diré yo misma: nadie.

No había duda alguna de que Perrine lo había matado, por mucho que protestase proclamando su inocencia. (La muerte de Malachy Dodd no es el crimen misterioso de esta historia; el misterio es quién asesinó a Perrine Ingrey, porque a ella también la asesinaron, pero eso viene más tarde).

No, la cruel muerte de Malachy no tuvo nada de misterioso. Ambas familias, los Ingrey y los Dodd, sabían la verdad, y pronto la supo también todo el mundo en Kingswear y las ciudades y pueblos de los alrededores. En un lugar como Devon, donde los principales hobbies son untar bollos con mantequilla y mermelada y chismorrear sobre los asuntos del día, no es posible mantener nada en secreto.

No resultó una sorpresa para nadie que uno de los Ingrey hubiese cometido un asesinato, porque era una familia extraña, la más extraña que había habido nunca en Kingswear y alrededores. Pero todo el mundo se sobresaltó al oír la noticia. La gente debería haberse dado cuenta de que lo normal era que la familia más estafalaria de la zona hiciese justo lo contrario de lo que se esperaba; de otro modo, ¿cómo iba a ser considerada una familia extraña? Y lo que la mayor parte de la gente de los pueblos cercanos habría esperado es que 1) hubiese un asesinato, y 2) si el asesino tenía que ser una de las tres hermanas Ingrey, lo normal era que se tratase de Lisette, la mayor, o Allisande, la mediana. Desde luego, no Perrine, la pequeña, que era la única que había gozado de lo que podría llamarse una crianza equilibrada.

A diferencia de la mayoría de los padres, sobre todo hace tanto tiempo, Bascom y Sorrel Ingrey eran...

1

—¿Ellen? —Llamo, golpeando la puerta de su dormitorio, a pesar de que está abierta de par en par, y la veo sentada en la cama. Como no responde, entro—. ¿Qué es esto? —digo, sosteniendo los papeles.

No me mira; sigue con la vista perdida, mirando por la ventana. No puedo evitar mirar yo también; aún no me he acostumbrado a la belleza del lugar donde vivimos. La habitación de Ellen y la cocina, justo debajo de ella, tienen las mejores vistas de la casa: la fuente y el cenador a la izquierda y, enfrente, la suave pendiente de césped que abarca desde la puerta principal hasta el río Dart, salpicada de rododendros, magnolias y camelias. Cuando llegamos a Speedwell House, en abril, las flores de campanillas, prímulas, ciclámenes y vincas se asomaban por entre la hiedra terrestre y el césped, pequeñas explosiones de color que interrumpían el exuberante verde. No veo la hora de que esas manchas vuelvan a aparecer, la próxima primavera.

A lo lejos, el agua lanza brillantes destellos como de diamante líquido. Al otro lado del río se ve una ladera boscosa con algunos cobertizos de madera para barcas y, por encima de ellos, unas cuantas casitas de campo de color rosa, amarillo y blanco que sobresalen de la vegetación. Visto desde aquí, parece como si alguien hubiera lanzado golosinas desde la ventana de un avión y estas hubiesen aterrizado entre los árboles.

Desde que nos mudamos, Alex ha dicho, no menos de tres veces: «La costa inglesa es curiosa: la tierra queda cortada. Es como el interior del país, que de pronto se zambulle en el mar sin solución de continuidad. Mira, fíjate». En ese momento siempre hace un gesto hacia el río. «Podríamos estar en mitad de Peak

District».

No sé a qué se refiere. A lo mejor soy una superficial, pero me da un poco igual entender el paisaje; si es hermoso, me basta.

Van pasando embarcaciones, botes de vela, pequeños yates, embarcaciones de placer y, ocasionalmente, una goleta. En este momento está pasando una que parece el dibujo de un barco que un niño podría haber hecho: de madera, con un mástil y una vela de color rojo. La mayoría de los barcos tienen líneas menos elegantes y son más complicados de dibujar.

Esto es lo que se ve por la ventana de Ellen. Pero no sé si ella lo ve: a pesar de que está mirando hacia fuera tiene un aire taciturno, como si realmente no estuviese en la habitación conmigo.

—El, ¿qué es esto? —repito, agitando los papeles en su dirección. No me gusta lo que he leído. No me gusta en absoluto, por muy imaginativo que sea y por muy bien escrito que esté para una chica de catorce años. Me da miedo.

—¿Qué es qué? —responde Ellen con voz monótona.

—Este árbol genealógico y el inicio de un relato sobre una familia llamada Ingrey.

—Es para la escuela.

Esa es la peor de las respuestas; demasiado breve y sin personalidad. La Ellen que yo conozco, la Ellen a la que echo de menos desesperadamente, habría dicho: «Hum, ¿un árbol genealógico? ¿Y el inicio de un relato sobre una familia llamada Ingrey? La pregunta contiene la respuesta, ¿no?». Hacía al menos un mes desde la última vez que había vociferado «¡Protesto!», seguido de inmediato por «¡Se admite!».

Diga lo que diga Alex, a nuestra hija le pasa alguna cosa. Él no lo ve porque no quiere que sea verdad; cuando Alex está en casa, Ellen se esfuerza especialmente en actuar con normalidad delante de él. Sabe que, si consigue engañarlo, él hará lo posible para convencerme de que no pasa nada, de que se trata de cosas de adolescentes.

Pero yo sé que no es cierto; conozco a mi hija y ella no es así. Ni siquiera su versión adolescente más inquietante actuaría de esta manera.

Bascom y Sorrel Ingrey. Es la caligrafía de Ellen, pero no creo que a ella se le ocurrieran esos nombres. Allisande, Malachy Dodd, Garnet y Urban... Quizá los haya copiado de alguna parte...

Estoy tratando de pensar cómo preguntarle con delicadeza qué le impulsó a imaginar a la alarmante Perrine Ingrey, que me ofende por haber salpicado mi

bonita terraza de sangre y sesos; en ese momento, el teléfono empieza a sonar en el piso de abajo. Lo dejaría sonar, pero puede que sea Alex. Mientras corro a atenderlo, tomo nota mental de que debo avisar para que instalen más puntos de conexión telefónica.

Deber. Odio esa palabra. En mi vida anterior, significaba «¡Deprisa! ¡Pánico! ¡Prepárate para la catástrofe! ¡Conviértela en un éxito antes de terminar el día! ¡Haz felices a dos personas que quieren resultados incompatibles! ¡Sé brillante o piérdelo todo!». Cincuenta veces al día, «deber» podría haber querido decir cualquiera de esas cosas, o todas a la vez.

Me detengo al principio de la escalera, sin aliento. Me niego a correr. «No hay nada urgente. Cálmate. Recuerda tu misión y tu objetivo. Si actúas con prisas, lo que estás haciendo ya no es Nada».

No voy a preocuparme por no contestar la llamada de Alex; y, si no es él, no me voy a preguntar por qué no ha llamado hoy. Sé que está bien; lo estarán adulando sus acólitos en Berlín. Comentar el problema de Ellen es algo que puede esperar.

Los problemas son cobardes y atacan en manada; son demasiado endebles e insustanciales para hacer daño de uno en uno: siempre piden refuerzos. Pronto habrá un grupo de ellos dando círculos a tu alrededor y no podrás huir. «Que les den a todos», pienso mientras me dirijo a la cocina a través del vestíbulo de baldosas blancas y negras. Tengo suerte de ser feliz y poder disfrutar de esta fantástica nueva vida. No tengo mucho de qué preocuparme, comparado con otras personas. En mi actual existencia solo hay dos puntos de conflicto: la extraña conducta de Ellen y —me avergüenza seguir obsesionada con ella— la casa junto a la Circular Norte. El número 8 de Panama Row.

He soñado con ella a menudo desde el día en que nos mudamos; he soñado que iba a visitarla —a pie, en coche, en tren—, pero nunca he llegado a ella. El día que más me acerqué iba en taxi. El chófer paró el vehículo y yo bajé y me quedé de pie en la acera; la puerta principal de la casa se abrió y en ese instante me desperté.

Cojo el teléfono y contesto «¿Diga?» mientras recuerdo la insistencia —en serio pero en broma— de Alex para que contestemos siempre con la frase: «Speedwell House, buenos días/buenas tardes/buenas noches. Así respondían al teléfono las personas que vivían en grandes mansiones en el campo. Estoy seguro de haberlo visto en alguna parte».

El solitario teléfono de nuestra nueva casa no es portátil. Está al lado de la

ventana de la cocina, unido a la pared por un cable rizado que, al tirar, hace un chirrido de plástico. Por fin, a mis cuarenta y tres años, tengo un sofá grande y cómodo en una cocina que no es demasiado pequeña, y resulta que no puedo sentarme en él para hacer una llamada o contestarla: tengo que quedarme de pie y mirarlo, e imaginar que me duelen las piernas más de lo que realmente me duelen. Mi teléfono móvil tampoco me sirve de ayuda: dentro de la casa no hay cobertura; parece que la cobertura de la empresa de telefonía O₂ empieza al final de nuestro camino.

—¿Diga? —vuelvo a decir.

—Soy yo.

No es Alex; es una voz de mujer que no reconozco. Es alguien lo bastante arrogante como para pensar que entre ella y yo basta con un «soy yo», cuando no es así. No debería costarme mucho averiguar quién es si dice unas cuantas palabras más. Conozco a un montón de mujeres —y hombres— arrogantes, o las conocía cuando estaba en Londres. Tenía la esperanza de no volver a saber nada más de ellas.

—Lo siento, la conexión es muy mala —miento—. Apenas te oigo.

Qué incómodo. «Vamos, cerebro, dime quién es antes de que me vea obligada a revelar lo poco que me importa esta persona». ¿La madre de Alex? No. ¿Mi madrastra? No, desde luego.

—Soy yo. Yo sí que te oigo perfectamente.

Es mujer, eso seguro. Y con una voz dura como el granito y un ligero... no exactamente ceceo, pero parecido. Como si la lengua tocase con los dientes, o como si hablase al mismo tiempo que trata de evitar que un chicle se le caiga de la boca. ¿Está impostando la voz? ¿Por qué iba a hacerlo si quiere que la reconozca?

—Lo siento, la cobertura es pésima. En serio, no tengo ni idea de con quién estoy hablando.

Silencio, seguido de un suspiro.

—Creo que ya estamos más allá de las mentiras, ¿no? Sé que has venido para asustarme, pero no va a servir de nada —dice con actitud cansada.

Sostengo el teléfono lejos de la oreja y lo contemplo. Esto es absurdo: nunca antes he oído la voz de esta mujer. No es nadie a quien conozca.

—Esto es un malentendido. No sé con quién cree estar hablando...

—Oh, sé exactamente con quién estoy hablando.

—Vaya, pues qué suerte; a mí me gustaría saberlo. No reconozco su voz. Si la conozco, va a tener que recordármelo. Y no tengo ni idea de a qué se refiere, pero le prometo que no he venido aquí para asustarla, ni a usted ni a nadie.

—Llevo demasiado tiempo teniendo miedo de ti. No voy a volver a huir.

—Mira, ¿por qué no aclaramos esto? —respondo, apoyando la frente en la pared de la cocina—. Será solo un momento. ¿Quién eres, y quién crees que soy yo? Porque, creas lo que creas, no soy esa persona. Vas a tener que repetir tu discurso a otra.

Debería haber colgado en ese momento, pero estoy esperando una conclusión lógica. Quiero oírle decir «Oh, dios mío, lo siento. Creía que eras mi exnovio maltratador/hijo delincuente/tiránico líder de culto religioso».

—Sé quién eres —dice mi anónima comunicante—. Y tú sabes quién soy yo.

—No, evidentemente, ni tú ni yo lo sabemos. Me llamo Justine Merrison. Estás dirigiendo tu mensaje a la persona equivocada.

—No vas a conseguir intimidarme.

Debería haber colgado antes. O ahora.

—Muy bien, perfecto —replico bruscamente—. ¿Podríamos conseguir que no me intimidases a mí tampoco? ¿Dejando de hacer llamadas raras, por ejemplo? ¿Tu política de no intimidación va en un solo sentido o podría ser recíproca?

Estoy bromeando; eso es bastante raro. Si alguien me hubiera preguntado antes de hoy cómo me sentiría si una extraña de voz desagradable me llamase y me amenazase, probablemente le habría dicho que me asustaría; pero no estoy asustada. Esto es una estupidez. Tengo otras muchas preocupaciones más importantes, e incluso algunas que son increíblemente triviales, como la lista enganchada al corcho de la pared de enfrente, una lista de tareas que Alex me ha asignado. Deberes: llamar a un jardinero paisajista, buscar un limpiaventanas, llevar el coche a un autolavado. Alex está intentando que utilice una empresa local llamada The Car Men, por la conexión con Bizet. Ha escrito «¡¡CAR MEN!!» en mayúsculas en el primer lugar de la lista. Los signos de admiración tienen el propósito de recordarme que nuestro Range Rover es un peligro biológico con ruedas.

«No, lo siento. No me hagas volver a mirar esa lista; ¿es que no te has enterado? No hago Nada».

Salvo cuando una llamada telefónica de una lunática me desvía del camino

elegido. O no es una lunática...

Mi querido esposo.

—¿Es esta una de tus bromitas pesadas, Alex? No te pega mucho, pero...

—No dejaré que nos hagas daño —sisea la voz.

¿Cómo? De acuerdo, no es Alex. La amenaza no es su estilo. Pero entonces, ¿quién demonios es y de qué está hablando?

—Yo tampoco quiero tener que haceros daño —dice ella—. Así que, ¿por qué no hacéis las maletas y os volvéis a Muswell Hill, y todos contentos y a salvo?

Trastabillo y casi pierdo el equilibrio, cosa no muy probable teniendo en cuenta que creía que estaba quieta y de pie. Muchas cosas parecen improbables, y sin embargo aquí están, en mi vida y en mi cocina.

Sabe dónde vivíamos antes.

Ahora sí que estoy preocupada. Hasta el momento en que ha dicho «Muswell Hill», había supuesto que sus palabras no estaban dirigidas a mí.

—Por favor, dime cómo te llamas y que quieres de mí. Te juro por mi vida y por todo lo que más quiero que no tengo ni la menor idea de quién eres, y no estoy preparada para mantener una conversación con alguien que no quiere identificarse, así que... —Dejo de hablar. La llamada se ha interrumpido.

Llamo de nuevo a la puerta de Ellen; como no responde, entro directamente. No se ha movido desde que salí de la habitación. «¿Dónde está?», pregunta.

—¿Dónde está qué?

—Aquello... para la escuela.

—¿Aquello? Ah. —El árbol genealógico y el principio del relato. Me los llevé cuando salí corriendo a contestar al teléfono—. Debo de haberlos dejado en la cocina; lo siento, los subo enseguida. —Aguardo, con la esperanza de que me regañe, primero por leerlos y luego, por llevármelos sin permiso; pero no dice nada—. ¿Quieres que vaya a por ellos?

«Eh, sí, claro. ¿A ti te gustaría que alguien se llevase unos papeles importantes para ti y los esparciese por la casa de cualquier manera?».

Es como una obsesión, la presencia constante en mi mente de la Ellen que he perdido y que me gustaría reencontrar. Una voz en mi cabeza completa el diálogo que falta, lo que ella diría, lo que debería decir.

Su homóloga en el mundo real se encoge de hombros. No me pregunta quién

ha llamado por teléfono, ni qué quería. Tampoco se lo hubiera dicho, pero mi Ellen lo habría preguntado.

¿Quién podría llamarme para decirme esas cosas? ¿Quién podría imaginar que debía reconocer su voz si no la reconozco? No se me ocurre nadie, ni tampoco una razón por la que alguien pudiese pensar que quiero intimidarle o hacerle daño.

—No lo soporto, El.

—¿Qué es lo que no soportas?

—Tú, tan poco... comunicativa. Sé que hay algo que no va bien.

—Oh, otra vez no. —Se tumba en la cama y se cubre la cara con la almohada.

—Por favor, confía en mí y dime qué es lo que pasa. No me enfadaré, sea lo que sea.

—Mamá, déjalo ya. Todo irá bien.

—Eso significa que ahora no va bien. —Muevo la almohada para poder verla.

Ella se incorpora y la recupera de un tirón.

—¿Echas de menos Londres, quizá?

La mirada que me lanza me indica que no he acertado por un kilómetro.

—¿A papá, pues?

—¿A papá? ¿Por qué iba a echar de menos a papá? ¿Es que no vuelve la semana que viene?

Es como si estuviese desviando su atención de algo importante al mencionar cosas que hace años que olvidó.

«No está interesada ni en ti, ni en Alex».

Entonces, ¿en quién? ¿O en qué?

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre tu relato?

—Si no hay más remedio...

—¿Son deberes?

—Sí; pero el señor Goodrick dice que no recuerda cuándo debíamos entregarlo.

Suspiro; esta escuela es mejor que la de Londres en casi todos los sentidos. La excepción es el tutor de la clase de Ellen, Craig Goodrick, un músico de rock fracasado que nunca ha logrado acertar con mi nombre, aunque una vez se equivocó de forma bastante prometedora: me llamó señora Morrison, que no es muy distinto de señora Merrison. Cuando le sugerí que me llamase Justine, me

guiñó el ojo y respondió «No hay problema, Justin», y fui incapaz de decidir si me estaba tomando el pelo adrede o estaba tratando de ligar conmigo en su estilo patoso.

—¿Y cuál era la tarea? ¿Escribir un relato?

—¿Por qué estás tan interesada? —pregunta, mirándome con suspicacia—. No estaría escribiendo un relato si me hubiesen pedido dibujar un gráfico circular, ¿no?

«Aleluya».

—Retiro la pregunta.

Ellen no reacciona.

«Si vuelve a hacer algo así en mi tribunal, haré que lo inhabiliten, abogado».

¿Cómo voy a explicarle a alguien que no nos conozca que estoy preocupada porque mi hija ha dejado de fingir que es un irascible juez norteamericano? Pensarían que estoy loca.

—Ese relato, ¿tiene que empezar necesariamente con un árbol genealógico?

—No. Mamá, de verdad, deja el interrogatorio.

Pienso en decir «No me entusiasman los árboles genealógicos. De hecho, los detesto». Pero no, no voy a hacerlo. Sería como un soborno —«Si hablas conmigo como antes te contaré una historia jugosa»— y no sería justo.

«Tampoco es que sea exactamente jugosa. Un árbol genealógico en la pared del dormitorio de un niño, con la familia equivocada».

«Corten».

Esa es una de las cosas útiles de haber trabajado en televisión: tengo una amplia experiencia en hacer cortes sin piedad. Si no me gusta una escena que sucede en mi mente, puedo hacerla desaparecer tan rápido como una serie cancelada.

Generalmente.

—¿De dónde has sacado esos nombres? —le pregunto—. Bascom y Sorrel Ingrey...

—¡Mamá, por Dios!

—Garnet, Urban, Allisande... Son nombres muy extraños. ¿Y por qué has utilizado tu propio nombre? ¿Por qué hay una Ellen en la familia Ingrey?

—No sé; lo hice y nada más. Deja de inventarte cosas de las que preocuparte. No es más que una historia.

—Sí, y las cosas que has decidido meter en la historia están ahí por algún motivo. —Será mejor que no le diga que leer la historia me ha hecho sentir como

si me hubiese tragado una tonelada de piedras.

—No me planteé lo de los nombres —dice Ellen mientras se examina las uñas y evita mi mirada—. Supongo que quería que la historia sonase antigua y siniestra.

—Pues lo has conseguido. —La sensación de pesadez en la boca del estómago se alivia un poco. Quizá sea verdad que no hay nada de qué preocuparse—. Deberías añadir fechas; no necesariamente en el relato, quizás en el árbol genealógico. ¿En qué periodo te sitúas? ¿En qué año asesinó Perrine Ingrey a Malachy Dodd?

—¡No lo sé! —me espeta Ellen—. En algún momento del pasado. ¡Y no hables de los personajes como si fuesen reales! Me da grima...

Esa es ella. Aún está ahí.

—Mira, no son más que unos estúpidos deberes —dice de nuevo, sin expresión—. No tiene ninguna importancia si hace veinte años o veinticinco. ¿Qué más dan las fechas? Es un relato, nada más. ¿Qué te importa a ti?

¿Estoy tratando de enfurecerla deliberadamente, porque una reacción cualquiera siempre sería mejor que el simple retraimiento? No está lo bastante enfadada, en absoluto. La antigua Ellen no habría tolerado jamás ese nivel de intromisión, ni habría dicho que cualquier proyecto suyo no tenía importancia. A estas alturas ya me estaría tirando ropa.

—Claro que me importa, Ellen. ¿Por qué has metido a un asesino en tu habitación?

—¿Cómo? —Durante un momento fugaz veo miedo reflejado en sus ojos. Luego ya no está.

—Perrine Ingrey. En el relato, su dormitorio es esta habitación. —Señalo a la puertecita de color verde menta junto a la cama de Ellen. Una cuarta parte de la altura del enano más pequeño del mundo.

—Por nada —dice Ellen—. En serio, por nada. Necesitaba una habitación y esto es una habitación —añade, encogiéndose de hombros.

—Me preguntaba si finalmente iba a resultar que Perrine no mató en realidad a Malachy Dodd. Que fue otra persona.

—No, porque dice que lo mató más de una vez; esa parte es indudable. No debes de haberlo leído con suficiente atención.

—Lo he leído cuatro veces. Pensé que todo lo del asesinato era demasiado, y que...

—No, mamá; eso sería hacer trampas. Está escrito en tercera persona; no

estaríamos hablando de un narrador no fiable, sino de mí, de la autora, mintiendo. Eso no se puede hacer.

—¿Cómo sabes tú las reglas del narrador no fiable? —pregunto, con una sonrisa—. No será del señor Goodrick, ¿verdad?

Goodrick cancela regularmente las verdaderas clases y las cambia por sesiones de canto improvisadas. Elegí la escuela de Ellen por su desacostumbrada flexibilidad, pero pronto me di cuenta de que no quería que fuese flexible para nadie más que para mí.

—¿Qué te crees? —Sucede un milagro: Ellen me devuelve la sonrisa—. El señor Fisher, el Rey de los *frikis*, nos dio una miniconferencia sobre perspectiva narrativa en la que habló de los narradores no fiables. Fue la cosa más aburrida del mundo. En su clase también tienen esta tarea para hacer. Lo único que dijo el señor Goodrick fue «No utilicéis la palabra “dijo”». Quiere que utilicemos palabras más interesantes; por eso en mi relato todo el mundo exclama y chilla, por si no lo habías notado.

—No lo había notado. Creo que yo también chillaría si me cruzase con un Ingrey. Y «dijo» no tiene nada de malo, *dijo* tu madre.

Demasiado tarde: Ellen se ha vuelto a cerrar en sí misma. Habíamos empezado a hablar como antes, así que ha tenido que distanciarse.

El señor Fisher... ¿quién era? El escocés de las gafas enormes que no dejaba de parpadear. Tenía un nombre que sonaba a celta... ¿Lorgan? ¿Lechlade?

—¿Por qué has elegido una historia de crímenes? —le pregunto a Ellen—. ¿Y por qué los Ingrey tienen que vivir en nuestra casa? No estoy seguro de querer compartirla con la familia más rara de todo Kingswear, por muy ficticia que sea.

—¿Crees que van a asesinar a Perrine Ingrey en mi dormitorio? —pregunta Ellen con mirada enigmática—. Pues no. No la matan ni en la casa, ni en los jardines.

—¿Dónde, entonces?

—Aún no lo he escrito.

—De acuerdo, pero parece como si ya lo supieses.

—Te digo que no tienes que preocuparte de crímenes en tu casa —dice Ellen, poniendo los ojos en blanco—. Si eres adicta a las situaciones de película, vuelve a trabajar, por Dios.

—No soy adicta a...

—¿En serio? Entonces, ¿por qué estas siempre imaginando argumentos que

parecen el principio de películas para televisión de serie Z?

Por suerte, no siento la necesidad de señalar que nada de lo que hice era de serie Z. «Mi vieja vida y mi antigua profesión, estáis muertas para mí». Actualmente son otras cosas las que me hacen sentir orgullosa; me siento orgullosa de haberme pasado esta mañana casi una hora sentada en el escalón de la entrada, envuelta en una manta, contemplando los barcos del río.

—Como aquello de la casa de la Circular Norte, esa premonición extraña —añade Ellen—. Seguro que ni siquiera la buscaste en Internet.

—No. ¿Por qué? ¿Tú sí?

—Tenías razón —asiente—. No se llama German, sino Germander. Lo que viste debían de ser las huellas de las tres letras que faltan. *Germander*. ¿Lo pillas ahora?

—Germander Speedwell. —Sé la respuesta correcta, pero no se me ocurre inmediatamente la conclusión a la que se supone que debo llegar.

Es una planta. No había oído hablar de ella hasta que busqué el nombre Speedwell, después de la primera visita con los de la inmobiliaria. *Veronica chamaedrys*: planta herbácea perenne con pelusa en tallos y hojas, flores azules con cuatro lóbulos. También denominada *germander speedwell* o verónica menor de los prados.

—Viste una casa llamada Germander y la relacionaste con Speedwell House por el nombre de la planta —dice Ellen—. De ahí la sensación extraña. Por eso y porque papá actuó como un gilipollas al decir «Mira, esa es nuestra nueva casa». Es obvio.

—No llames gilipollas a papá —replico distraídamente.

¿Es esta la conclusión de cinco meses de misterio? ¿Puedo colgar un gran cartel de «Resuelto» en mi cabeza? Me preocupa no poder responder a la pregunta de forma definitiva. Se lo tengo que contar a Alex, a ver qué opina él. No recuerdo haber visto la huella de las tres letras que faltaban...

—¿Cuánto hace que lo sabes? —le pregunto a Ellen.

—Un par de meses.

—¿Y por qué no me lo dijiste en cuanto te diste cuenta?

—No sabía cómo ibas a reaccionar. Yo qué sabía si ibas a enrollarte con que la conexión de los nombres era una señal aún más clara de que estabas destinada a vivir allí algún día.

—Pero me lo has contado ahora.

Y me gusta que lo haya hecho, aunque esto no anule la intensa sensación que

tenía.

—¿Qué fue lo que te hizo buscar esa casa por Internet meses después de que pasásemos junto a ella con el coche? —le pregunto.

—Nada; no recuerdo; supongo que estaría aburrida un día. ¿Has terminado ya con el interrogatorio? Ya pasa de castaño oscuro.

—Lo siento. —«No hay más preguntas, señorita»—. Voy a por tu relato.

—No, lo puedes tirar; ya lo he pasado al ordenador. El resto lo escribiré en él.

Conozco la contraseña de cuatro cifras.

—No pierdas el tiempo —dice Ellen con eficiencia—. He protegido el archivo con una nueva contraseña.

Esa misma noche, mientras Ellen duerme, me siento para hacer la búsqueda por Internet que probablemente debí haber hecho hace tiempo. ¿Qué escribiría Ellen en el cuadro de Google? ¿«German, 8 Panama Row, Londres»? Lo pruebo; si no lo hice antes fue porque no creí que tuviera sentido. ¿Qué podía decirme Internet que fuera útil? ¿«Esta casa es famosa por provocar espeluznantes sentimientos de pertenencia en personas que no tienen ninguna relación con ella»?

Aquí está: Germander, y la dirección correcta. Estoy buscando un documento de permiso de obras o algo así. La propietaria del número 8 de Panama Row parece ser una tal Olwen Brawn, o al menos esta es la persona que quería añadir una galería acristalada en el lateral de la casa en junio de 2012. Supongo que, a estas alturas, podría haberse mudado ya.

¿Una galería acristalada? ¿Con fantásticas vistas a los seis carriles de la Circular Norte? Está claro que finalmente se decidió a no hacerla o no se le concedió el permiso, porque cuando vi la casa, hace cinco meses, no había ninguna galería.

Olwen Brawn. El nombre no me dice nada, lo cual no deja de ser un alivio.

Puede que Ellen tenga razón, que fueron las seis primeras letras de Germander y el hecho de que Alex señalase hacia la casa y dijese: «Esa es la casa que hemos comprado». «Y el calor, el estrés de la mudanza, el atasco...».

Me gustaría que eso fuera todo, que no hubiera nada más.

La pantalla del ordenador es demasiado tentadora; vuelvo a la página de Google y escribo «Bascom Sorrel Ingrey Speedwell» en el cuadro de búsqueda;

ningún resultado útil, aunque hay un hombre que tiene el inverosímil nombre de Bascom Sorrell, con dos eles, en Nicholas County, Kentucky.

Pruebo «Perrine Ingrey Malachy Dodd»; nada. «Ingrey Allisande Lisette», «Ingrey Garnet Urban»; nada.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me hace hormiguar la piel. Garnet. Urban. Según el árbol genealógico, son los hijos de Lisette Ingrey. Ambos nombres suenan victorianos, como también Bascom y Sorrel, sus abuelos. Lisette, Allisande y Perrine, por otro lado, suenan a francés. Padres distintos, generaciones distintas, distintos gustos en los nombres.

¿Se le ocurriría esto a alguien de catorce años?

«Sí: a Ellen. Por eso está en su relato, y eso es todo lo que es: un relato y nada más».

No me convence; los nombres parecen demasiado esotéricos incluso para la adolescente más brillante y madura que se pueda imaginar.

En cuanto al hecho de que Ellen haya protegido el archivo con una contraseña, eso es más fácil de explicar: reserva, vergüenza, defensa de la privacidad ante el deseo de los padres de saber... A todos los niños les pasa en un momento u otro.

Sorbo el té, que ya está templado; a estas alturas, me daría igual que estuviese helado.

No hay motivo para creer que la familia más rara de Kingswear viviese alguna vez en nuestra casa; son personajes inventados, ficticios.

Perrine Ingrey no existe y el dormitorio de mi hija no había sido el suyo alguna vez.

Capítulo 1

A diferencia de la mayoría de los padres, sobre todo hace tanto tiempo, Bascom y Sorrel Ingrey eran incapaces de ponerse de acuerdo, y había sido así desde el mismo momento de conocerse. Eran opuestos de todas las formas posibles y, de hecho, era asombroso que hubiesen logrado ponerse de acuerdo para casarse. Si le preguntas a cualquiera de sus hijas, te dirán (bueno, salvo Perrine, que fue asesinada, pero antes de eso también lo habría dicho) que siempre que Bascom Ingrey expresaba una opinión, enseguida su mujer levantaba la voz para contradecirle; y él hacía lo mismo con ella. Su comportamiento era tan opuesto como sus opiniones.

A Bascom Ingrey le gustaba planificarlo todo al detalle, porque era un pesimista y creía que el desastre acechaba si no estabas bien preparado. Sorrel Ingrey era completamente distinta: era una optimista, y pensaba que todo iría bien si se dejaba en manos del azar. Era muy espontánea, hacía lo que creía correcto en cada momento y disfrutaba de las sorpresas de la vida (salvo cuando su hija menor se convirtió en asesina y luego fue asesinada... pero no adelantemos acontecimientos).

A Bascom le gustaba llegar temprano; Sorrel siempre llegaba tarde. A Bascom le gustaba leer y nunca veía la tele; a Sorrel le gustaba la tele y nunca leía. Bascom siempre votaba laborista; Sorrel, siempre conservador. Bascom se sentaba siempre con la espalda erguida y los pies en el suelo, incluso cuando lo hacía en un cómodo sillón; Sorrel se estiraba, se quitaba los zapatos y ocupaba el sofá entero. Le gustaban los colores vivos, como el turquesa y el rosa frambuesa, los mismos que su marido detestaba. A él solo le gustaban los colores neutros, como el beis, el gris y el blanco. Bascom tenía obsesión por el orden y no podía soportar que ninguna de sus cosas estuviese fuera de su lugar correcto; Sorrel se sentía perfectamente si las cosas estaban desordenadas; de hecho, apenas lo notaba. Si necesitaba algo con urgencia y no lo encontraba porque estaba enterrado bajo una montaña de jerséis, le daba igual; se reía y decía «Tendré que comprar otro».

Probablemente creas que tanta discordancia entre Bascom y Sorrel Ingrey significaba que su relación era terrible, pero la verdad es que era todo lo contrario (lo cual, si lo piensas bien, es de esperar en una pareja de personas tan opuestas entre sí). Su matrimonio era feliz, y el motivo es que poseían algo muy importante en común: ninguno de ellos le daba la razón a su cónyuge solo porque fuese lo más sencillo. Esto era algo que respetaban mutuamente, y ambos se hicieron maestros en el arte del compromiso, una rareza para muchas personas casadas en matrimonios en los que uno es, sin lugar a dudas, quien manda. Tanto Bascom como Sorrel llegaron a ser grandes negociadores.

A sus tres hijas (bueno, quizá no a Perrine, pero sin duda a Lisette y a Allisande) les parecía

estupendo que sus padres tuviesen unos principios sólidos que seguir, aunque habrían preferido no tener que escuchar tantos debates sobre si debían irse de vacaciones a una playa de arenas doradas en un país cálido (Sorrel) o a una ciudad europea con un montón de galerías de arte y museos (Bascom), o si la principal actividad del sábado sería ir a nadar (Sorrel) o a la biblioteca (Bascom), o si debían tener la casa llena de monísimas mascotas peludas (Sorrel) o no tener ninguna mascota, ni siquiera un pez de colores (Bascom). Cuando Lisette, Allisande y Perrine empezaron a ir de visita a casa de sus amigos, enseguida notaron que no siempre había un contraste de pareceres en marcha; los padres de muchos de ellos apenas hablaban.

La crianza de Lisette, Allisande y Perrine había sido muy distinta de la de sus amigos. Bascom y Sorrel Ingrey no se ponían de acuerdo en nada, como ya he dicho, y esto incluía la forma de criar a un hijo. Bascom estaba convencido de que los niños necesitaban rutinas fijas y reglas estrictas para convertirse en personas civilizadas. Si dejabas que un niño haga lo que quiera, opinaba él, no aprenderá nunca virtudes como el trabajo duro, la obediencia y la autodisciplina. Si dejabas que los niños coman lo que quieran y duerman lo que quieran, acabarán por estar agotados todo el tiempo y tener la cara grasienta y llena de acné. Bascom creía que los adultos debían imponer su voluntad sobre los niños.

Sorrel (seguro que no es una sorpresa) estaba en completo desacuerdo. Ella opinaba que los padres que tratan de imponer rutinas y de controlar lo que hacen sus hijos eran neuróticos cuyos hijos acabarían probablemente odiándolos mientras intentaban librarse de sus trastornos de ansiedad. Sorrel creía que, siempre que amases a tus hijos, les dices de comer (¡cualquier cosa que quisieran, sobre todo patatas fritas!) y les ofrecieses un hogar feliz y seguro (por muy desordenado que estuviese), todo iría bien. Sin embargo, cada vez que intentaba explicárselo a Bascom, él la contradecía con «Todo eso está muy bien si lo que quieres es criar un pelotón de jugadores de azar y músicos de jazz, que me temo que no es lo que yo quiero». Sorrel acababa por reírse cuando él decía estas cosas.

¿Recuerdas que había dicho que Bascom y Sorrel Ingrey eran maestros en el arte del compromiso? Pues bien, esta es la forma en la que resolvieron el dilema de la crianza de sus hijos. «Vamos a tener dos», sugirió Sorrel. «Al primero lo criaremos a tu manera; yo te ayudaré, aunque piense que tu manera es una locura. Y al segundo lo criaremos a mi manera, y tú colaborarás con entusiasmo, aunque estés en contra».

Bascom estuvo de acuerdo, pero hizo otra sugerencia. «Lo que sería realmente fascinante es que tuviéramos un tercer hijo y lo criásemos con una mezcla de ambas estrategias, exactamente la mitad de cada». A Sorrel le gustó la idea. «Sería muy práctico ser una familia de cinco en lugar de una familia de cuatro —dijo—. Si el hijo “a tu manera” estuviese siempre de acuerdo contigo y el hijo “a mi manera” estuviese siempre de acuerdo conmigo, el hijo “de las dos maneras” tendría el voto de desempate». «Solo cuando tuviese dieciocho años, la edad de votar», señaló Bascom. «Vamos, no seas tan estirado. En cuanto tenga edad suficiente para expresar sus deseos, el chico podrá votar».

Sin embargo, el tercero de los hijos de los Ingrey, como sabéis, no fue un chico. Fue Perrine, la asesina.

Lisette y Allisande fueron las primeras, claro. Lisette tenía un horario estricto, definido por Bascom, que seguía desde el día en que nació. Dormir, comer, clases de música, leer, deberes, ejercicio físico, ayudar en la casa... Bascom había elaborado una tabla especial con casillas para todos los intervalos de tiempo del día, y escribía en cada una de ellas la actividad que se suponía que Lisette debía realizar entre esas dos horas. Allisande no tenía esa rutina; desde el momento de nacer se le permitió pulular por la casa y hacer lo que le viniese en gana. Podía ver la tele todo el día si le apetecía, y nunca nadie le dijo que estudiase mates, practicara al piano o terminara sus verduras si lo que quería era un bollo de chocolate. Allisande podía haberse metido un paquete entero de bollos de chocolate en la boca mientras se paseaba en pijama a las seis de la tarde, si quería; sus padres no se lo habrían impedido.

En este momento, espero que os estéis preguntando quién preferiríais ser, si Lisette Ingrey o Allisande Ingrey. Yo, por mi parte, preferiría mil veces ser Allisande, porque no hay nada más fastidioso que un padre dándote órdenes porque cree que sabe qué es lo mejor para ti.

Si Sorrel y Bascom Ingrey no la hubiesen querido tanto, Allisande podría haber sentido que la descuidaban; pero la querían, y ella lo sabía, así que la llenaba de felicidad tener mucha más independencia que la mayoría de los niños. Lisette también era feliz. Desde que nació había seguido una rutina estimulante e interesante, que le permitía hacer todo lo que quería sin preocuparse de cuándo tenía que hacerlo. No había ninguna decisión que tomar, lo que le permitía concentrarse en el disfrute de todas las actividades que llenaban las casillas del esquema de Bascom sin tener que organizarlas ella misma. La libertad era algo que nunca había tenido, así que no sabía que debía aspirar a ella. Lisette no tenía ganas de poner orden en su propia vida, y Allisande nunca sintió la necesidad de tener un horario lleno como el de Lisette. Le gustaba tomar sus propias decisiones mucho más de lo que le gustaban las clases de música, o las estrellas doradas por entregar sus deberes a tiempo (Allisande nunca hacía sus deberes, siempre se metía en problemas y no le importaba), así que habitualmente decidía hacer lo menos posible, y nunca se arrepintió de ello.

Si esperáis que os cuente que las dos hermanas se odiaban y no se soportaban, lamento decepcionaros. Cada una estaba satisfecha con la suerte que la vida le había reservado, y ninguna de ellas dijo nunca: «¿Por qué no hago yo lo mismo que ella? ¿Por qué tiene que ser distinto para mí que para ella?». ¡No olvidéis que estas dos chicas crecieron en una casa que era como un museo de diferencias! Estaban acostumbradas a ver a su padre sentado en la mesa del comedor, comiendo *rosbif* casero con patatas asadas, zanahorias y guisantes, mientras su madre comía peras y queso camembert en posición horizontal, tumbada en el sofá. Lisette y Allisande se criaron viendo a sus padres hacer cosas distintas sin que ninguno de ellos sintiese envidia del otro, así que siguieron el ejemplo. ¡La extraña estrategia de crianza de Bascom y Sorrel Ingrey era tan brillante que ambas chicas creían que su parte del trato era la mejor! ¿Os lo imagináis?

Pero lo que de verdad era extraño e interesante era que, a pesar de haber sido criadas de formas completamente contrarias, Lisette y Allisande Ingrey eran muy parecidas. Sus días constaban de actividades diferentes, pero en lo básico de su carácter eran casi copias la una de la otra. Ambas eran chicas felices, educadas, agradables y de temperamento tranquilo, y todos los que las conocían estaban encantados con ellas. Y durante muchos, muchos años, se quisieron mutuamente; incluso cuando el trauma y el horror golpearon a la familia cuando su hermana pequeña Perrine mató al pobre y hermoso Malachy Dodd, Lisette y Allisande siguieron siendo íntimas.

Solo el asesinato de la propia Perrine logró separarlas y arruinar el amor fraternal que se profesaban.

2

Cuando suena la alarma, por la mañana, tengo un mensaje de texto de Alex en el teléfono: «Siento no llamado antes. Es locura aquí. Hablamos luego? A ☺».

Tumbada en la cama, con los ojos aún medio cerrados, le envío una respuesta rápida: «Aquí todo bien. Hablamos noche. J xx». Ahora mismo no tengo energía para más que una mentira inofensiva simple: «Aquí todo bien». ¿Seguirá Alex creyéndolo después de oír todo lo que tengo que contarle?

«¿Y qué es, exactamente? ¿Qué Ellen está demasiado encerrada en sí misma? ¿Qué ha escrito un relato que contiene un árbol genealógico y los nombres de los personajes son raros? ¿Y qué?».

No hay nada que sea lo bastante significativo por sí mismo, nada concreto que señalar. Mi instinto me dice que algo va mal y que ha sido así desde... No, no es desde el día en que nos mudamos. Cuando vi el número 8 de Panama Row, mi reacción ya fue anómala. Y luego...

¿Luego qué?

Algo sucedió, algo que lo cambió todo para Ellen. Estoy convencida de ello. Pero ¿qué fue lo que sucedió? ¿Qué puede ser ese algo?

Me bajo de la cama y me pongo la bata mientras me pregunto cuándo me quedé dormida. Recuerdo oír campanadas de iglesia a lo lejos a las cuatro de la mañana, así que debió de ser más tarde; ahora son las seis y media, y podría dormir nueve horas seguidas si no fuese porque tengo que ir a sacar a Ellen de la cama, una operación que se hace más difícil cada mañana.

Me dirijo al piso de abajo mientras reprimo un bostezo, pensando en agua caliente con una rodaja de limón y una cucharada de miel —mi nueva bebida

matinal ahora que he dejado el café, el combustible favorito de los que tienen demasiadas cosas que hacer— y en qué le pondré de comer a Ellen en el táter. Esta será la decisión más importante que tomaré hoy: ¿bocadillo de atún con mayonesa o de pollo asado con *pesto*? Cuando lo haya hecho tendré todo el día libre para hacer lo que me dé la gana y, fíjate qué suerte, no me da la gana hacer nada.

Lo mejor de todo es que no importará cuál sea mi elección acerca del bocadillo, porque Ellen no notará la diferencia: se lo come todo. Mi decisión no tendrá peso alguno, y eso hace que me pregunte si se puede considerar siquiera una decisión; probablemente no. Esta idea me provoca un profundo estado de calma.

Me paro en el vestíbulo al ver, enmarcado por la puerta de la cocina, un bol de cereales sobre la mesa junto a un vaso a medias de zumo de naranja y un bric de leche. La madera está salpicada de leche: el sello personal de Ellen.

Imposible: ¿Ellen, despierta y con el desayuno terminado a las seis y media?

Está acurrucada en el sofá de la cocina, ya vestida con el uniforme de la escuela, escribiendo en el portátil. Cuando entro, se gira de modo que no pueda ver la pantalla.

Esto es una novedad total; lo normal es que tenga que sacarla de la cama a rastras a las siete.

—¿El relato? —pregunto.

Ellen asiente tras la cortina de cabello. No solo quiere ocultar sus intentos creativos: tampoco quiere que le vea los ojos.

—Has estado llorando.

—No, solo estoy cansada. Me he despertado a las cinco y no he podido volver a dormirme.

—Ellen, te conozco desde que naciste. Sé qué aspecto tienes cuando estás cansada y también cuando acabas de llorar.

Me he preguntado más de una vez si el problema no será Speedwell House. ¿Se sentirá Ellen sola aquí? ¿Está demasiado aislada o es demasiado imponente para sentirse como en casa de verdad? Cuando le planteé esta pregunta a Alex, se rio y me respondió «No digas esto nunca a nadie que no sea yo; parece una fanfarronada pasivo-agresiva: “Oh, es una verdadera pesadilla; mi nueva casa es tan impresionante que me intimida”».

Pero lo cierto es que lo es. No me importa estar lejos de la gente —en realidad, me encanta; la gente está sobrevalorada—, pero a veces me siento

como si estuviese viviendo en el interior de una obra de arte singular y fuese ajena a este sitio. Crecí en Mánchester, en un adosado de ladrillo rojo de propiedad municipal con humedad en las paredes. La casa que vendimos en Londres me encantaba, pero no era nada especial: era, como el resto de casas de la calle, un adosado victoriano con dos habitaciones en el piso de arriba y otras dos en el piso de abajo y una ventana-mirador sobre la entrada.

¿Será por eso por lo que tuve esa extraña fantasía sobre la casa del número 8 de Panama Row cuando la vi? ¿Porque poseía esa sensación familiar de casa en la que las personas como yo debían vivir?

—¿Puedo tomarme el día libre? —pregunta Ellen—. No quiero ir a la escuela. Si me quedo en casa, adelantaré el relato y lo tendré terminado esta misma noche. Estoy siendo sincera, nada de simular una enfermedad o de decir que creo que me encuentro mal. —Tuerce la boca en una sonrisa exagerada—. Si quieres que sea feliz y no llore, lo conseguirás dejándome no ir a la escuela.

—¿Por qué no quieres ir a la escuela? No te había pasado nunca antes.

—Estoy realmente metida en esto —responde, señalando al ordenador con un gesto de la cabeza—. No quiero tener que parar. Creo que las tareas creativas no deben interrumpirse por el bien de un régimen de trabajo opresivo que me dicta qué debo hacer, cuándo y dónde hacerlo.

De modo que esta es su estrategia para bloquearme en el futuro: una catarata de palabras impresionantes, sin emoción alguna. Su voz tiene un tono quebradizo que nunca había oído y que me hace querer ponerme a aullar y a dar puñetazos en la pared. Tengo miedo de que, si no se me ocurre una forma de llegar a ella en los próximos veinte segundos, la perderé para siempre.

—Si te dejo quedarte en casa, ¿me dirás qué te pasa? No tengo ningún plan para hoy, así que podemos hablar de ello; y me refiero a hablar de verdad.

—Vaya, qué buena forma de hacer que quiera salir corriendo hacia la escuela —replica Ellen, cerrando el portátil de un golpe—. ¿Has pensado dedicarte profesionalmente a prevenir el absentismo escolar? Oh, perdona, olvidaba que no quieres tener una profesión, ¿verdad? —dice mientras sale de la habitación de malos modos. La observo en el vestíbulo mientras descuelga su bolsa de la percha junto a la puerta, pensando en todo aquello que no debo decir. «De acuerdo, ya te puedes largar a la escuela y yo me quedaré aquí todo el día preocupada por ti mientras tú te diviertes con tus amigos».

¿Tiene algún amigo en la escuela nueva? Nunca me ha preguntado si podía venir con alguien a casa.

—Ellen, espera... No... ¿Adónde vas?

—A la escuela, mamá. Creía que ya había quedado claro. Si no salgo ahora, perderé el autobús.

—¿Dónde está tu abrigo?

—No lo sé. —Se pone rígida y se queda parada junto a la puerta, como alcanzada por un rayo invisible—. Debe de estar en la escuela.

—Búscalos, ¿de acuerdo?

—Vale.

—¡Ellen, espera! ¡Date la vuelta y mírame! —le digo, con mi voz de Madre Severa. Hacía más de cinco años que no había tenido necesidad de usarla—. Hace al menos una semana que no veo tu abrigo. Debí haberme dado cuenta antes de que no estaba. ¿Dónde está? Hace frío fuera, lo necesitas.

—Ya te lo he dicho, lo buscaré en la escuela. —La mochila se desliza de sus hombros y cae al suelo. Sus ojos expresan incertidumbre.

—Comprendo que te dé miedo decirme lo que sucede. Pero tendrás que hacerlo, porque necesito saberlo. Si quieres tener miedo de algo, empieza a asustarte de lo que pasará si *no* me lo dices. Eso es lo que me pondrá furiosa. Dime la verdad y te prometo que no te pasará nada.

—Voy a perder el autobús escolar. ¿No debería estar dándome prisa para llegar a la escuela y encontrar el abrigo? ¿No es eso lo que quieres?

Su tono cruel casi consigue hacer que me desmorone, y me recuerda también lo mucho que odio perder una batalla. Cualquiera.

—¿Sabes qué? Olvídate del autobús escolar. Te llevo yo en coche; hoy no tengo nada que hacer.

—No. ¡No quiero! Voy a buscar el autobús. Adiós. —Ellen alarga la mano hacia el pomo de la puerta.

—De acuerdo; te llevaré a la escuela de todos modos. —El juego de la sonrisa maliciosa también puede ser cosa de dos—. Buscaré tu abrigo yo misma mientras tú dedicas toda tu atención a ser oprimida por el régimen. ¿Te parece?

—No —responde con los ojos llenos de lágrimas.

—Asúmelo, Ellen: no puedes impedirme que vaya a la escuela si estoy decidida a hacerlo. ¿Qué piensas hacer, golpearme en la cabeza con un paraguas? ¿Dejarme inconsciente y encerrarme en la bodega? Si quiero recorrer los pasillos y preguntar a todo el mundo por tu abrigo...

—De acuerdo —dice, llorosa—. ¿Es eso lo que quieres saber? ¡Te lo diré! Ya veremos si te gusta lo que te digo.

Quiero abrazarla y decirle que todo irá bien, pero me contengo. Será más fácil para ella hablar si me quedo impasible. «Por favor, por favor, que sea este el momento en el que todo cambia. Que sea el principio del fin del dolor de Ellen, sea cual sea la causa».

—Adelante. Si te están acosando, abordaremos el problema como a ti te parezca. Si quieres que me presente hecha un basilisco, lo haré. Si quieres que busquemos otra escuela, también.

—¿Acosando? —Parpadea, como si no se le hubiese ocurrido la posibilidad—. No, nada de eso. Yo estoy bien.

Entonces, ¿otra persona no lo está?

—Entonces, ¿qué pasa? —pregunto.

Ellen sacude la cabeza y camina hacia el interior de la casa. «Una conversación demasiado importante para el vestíbulo».

La sigo al cabo de unos segundos; está en la cocina, llenando la tetera de agua. Vaya, esto no había sucedido nunca. Ahora pone una bolsita de té en una taza. Ellen no bebe té ni café: opina que ambos tienen un sabor asqueroso.

Me está preparando una bebida, algo que no había hecho jamás. La observo atónita y en silencio mientras añade la leche y aplasta la bolsita en el costado de la taza con una cucharilla antes de tirarla a la basura. Será de color naranja y repugnante, pero da igual: mi hija me ha preparado una bebida caliente sin que se lo pida. Es una ocasión histórica.

Me trae la taza a la mesa y la coloca donde quiere que yo me siente: enfrente de ella.

—Ayer expulsaron a mi «mejor amiga» —dice sonriendo—. Y ahora tú respondes: «No sabía que tuvieses una mejor amiga».

Cierto, no lo sabía. Me alivia saber que existe esa persona. A diferencia de la mayoría de chicas de catorce años cuyos padres les anuncian una mudanza repentina, Ellen estaba entusiasmada con la perspectiva de dejar su antigua escuela y su círculo social. «Tendré amigos nuevos» dijo, y casi pareció un suspiro de alivio traducido en palabras. En Londres había formado parte de una pandilla muy unida de cuatro chicas: Ellen, Natasha, Priya y Blessing. Las dos últimas eran un encanto, pero también eran inseparables, cosa que forzó a Ellen, casi al principio de la formación de la pandilla, a ser la mejor amiga de Natasha, que era una hipócrita retorcida y maledicente con unos padres ultracompetitivos. «¿Seguro que no te importa sentarte a mi lado en clase de mates? —le preguntaba Natasha a Ellen, haciendo ojitos y fingiendo interés—. Es que sé que

te resulta difícil y para mí no lo es, y no quiero que te enfades cuando tenga más respuestas correctas que tú». Comentarios de este estilo, al menos tres al día, y otras tonterías —como períodos aleatorios de evitación de contacto visual (denegados enérgicamente)— pronto hicieron que Ellen tomase una intensa aversión hacia su supuesta mejor amiga.

Como me contaba con regularidad —y yo misma lo recuerdo de mis propios días de estudiante—, a esa edad no eliges a tus amigos. Yo sugerí que echasen a Natasha de la pandilla a patadas, pero, por desgracia, tanto Priya como Blessing eran demasiado bondadosas para hacer una cosa así.

Antes de que Ellen empezase a ir a la nueva escuela la previne contra los grupos de chicas demasiado exclusivistas. «No te preocupes —me contestó ella con aire de estar de vuelta de todo—, mantendré mi distancia con todo el mundo hasta que me haya enterado de qué van. Seré sosa, sonriente y amable, pero no me haré amiga de nadie. Para nada».

Desde entonces ha dejado caer unos cuantos nombres —Lucy, Madeline, Jessica—, pero no ha habido mención alguna a un cambio de actitud, nada que anunciase la llegada de alguna persona significativa.

—Bueno, ¿y quién es esta «mejor amiga» que dices?

—Se llama George. —Ellen sonrío—. Sí, es un chico. ¿Qué pasa?

—Solo estoy sorprendida. La mayor parte de las personas de tu edad fingen odiar al sexo opuesto, a menos que sean... —«Hum, no, mejor no llevemos esta conversación en esa dirección, Justine»—. ¿Y cómo se apellida George? —No debo preguntar si hay algo de novio/novia en esa amistad, no sentaría bien y no tiene importancia.

—¿Por qué quieres saberlo? —replica Ellen, mirándome fijamente.

—Oh, por nada. Curiosidad, nada más.

¿Qué he hecho de malo? Bueno, no, mejor lo planteo de otra forma, aunque no haya nadie escuchando: no he hecho nada malo. Pero entonces, ¿qué cree Ellen que he hecho?

—Donbavand —susurra ella, tan flojo que tengo que pedirle que lo repita. Y luego, como es un apellido poco común, le pido que lo deletree. Todo esto toma más tiempo del que yo querría.

—Entonces... ¿han expulsado a George?

Ellen asiente, endurece la expresión; puedo ver que está furiosa. La rabia desborda de ella en oleadas.

—Ayer. No hizo nada malo. Se lo dije a todos, pero no me creyeron. Creen

que me robó el abrigo, pero no fue así. Fui yo quien se lo dio, a finales de la semana pasada. Le dije que se lo podía quedar. Fue una especie de... regalo.

—¿Le diste tu abrigo a George de regalo?

—Sí. Él había perdido el suyo. Debía de estar en la escuela, en alguna parte. George nunca va a ninguna otra parte, pero no podía encontrarlo y tenía, sin exagerar, la cara blanca de miedo solo de pensar en irse a casa sin abrigo. Así que le di el mío, que no es muy de chica y podría ser perfectamente un abrigo de chico —explica Ellen a la defensiva, como si mi principal problema con toda esta historia fuese el debate sobre el género de las piezas de ropa—. Lo siento, ¿vale? —espeta—. Sabía que me comprarías otro si decía que había perdido el mío.

—De acuerdo. ¿Y entonces...? —Espero su respuesta.

Nada; cara de no querer decir nada más.

—Iba a fingir que lo había perdido, pero entonces empezó a hacer un poco menos de frío, así que... decidí dejar pasar el tiempo.

Sorbo el té y me pregunto qué es lo que no me ha dicho aún. Tanto ella como yo sabemos que hay mucho más que decir.

—Entonces, ¿yo te compro un abrigo nuevo si pierdes el tuyo, pero la señora Donbavand no le compra otro a George?

La boca de Ellen dibuja una fina línea, como si prefiriese no decir algo.

—La señora Donbavand no es «señora», sino «profesora».

—De acuerdo. Entonces, con su doctorado y tal, es de esperar que no esté en la miseria y que sepa encontrar la sección de abrigos en unos grandes almacenes, ¿no?

—Ella... —Ellen se calla cuando el teléfono de la pared de la cocina empieza a sonar.

Suspiro; dejaría que sonase, pero puede que sea Alex. Me gustaría oír su voz, aunque solo sea porque sería mucho más alegre que la mía en este momento.

—¿Hola? —Sostengo el teléfono bajo la oreja para no tener que aguantarlo en la mano. Es por lo resentida que estoy de tener que quedarme de pie en este sitio cada vez que hablo por la línea fija: no estoy dispuesta a hacer ningún esfuerzo físico adicional. No poder sentarse en el sofá ya es lo bastante desagradable.

—¿Sigues fingiendo que no sabes quién soy? —dice una voz que, por desgracia, ya me resulta familiar.

—No estaba fingiendo. Realmente no sé quién eres. ¿Quién eres? Dímelo.

—Recoge tus posesiones y vete a casa.

¿Posesiones? Por algún motivo, me imagino un cofre de madera con elaboradas tallas y lleno de joyas.

—Nooo —contesto, alargando el sonido deliberadamente—. Eres tú quien puede recoger su plan para acosarme con llamadas telefónicas amenazantes e irse a la mierda. Yo estoy en mi casa. Esta es mi casa ahora; y, por cierto, no es asunto tuyo.

Ellen está articulando «¿Qué?» sin sonido.

—Estás intentando asustarme, como siempre has hecho antes, pero esta vez no funcionará —dice mi anónima comunicante—. ¿Qué se supone que tengo que hacer, preguntarme si me vas a destruir? ¿Es eso? ¿Es que esperas que me vuelva loca por no saber cuándo vas a atacarme?

—No aspiro a nada de eso. Solo espero que cuelgues el teléfono, no vuelvas a llamar a esta casa y, a partir de ese momento, tengas una vida feliz y productiva. ¿Qué te parece? No está mal, ¿eh?

—¡Vete! —chilla la mujer. Es un sonido agudo y violento que me deja sin respiración. Ellen pone cara de sobresalto—. No me obligues a hacerte daño —dice la voz, tartamudeando—. No quiero tener que hacerlo, por favor. Soy una persona pacífica.

—¿Seguro? Porque no es esa la impresión que me das.

—Vuelve a tu vida de ejecutiva de televisión en Londres antes de que sea demasiado tarde.

—No debería haberla mandado a la mierda —repito por tercera vez desde que Ellen y yo nos metimos en el coche—. Ni ser sarcástica. La he provocado; qué estupidez.

El camino a la escuela se compone casi exclusivamente de tranquilas carreteras rurales cubiertas por el follaje de los árboles; el brillante sol del invierno se cuela a través de él e ilumina zonas del asfalto. Es como avanzar a toda marcha por una serie de túneles verdes iluminados. Cómo me gustaría que el interior de mi cabeza fuese tan bonito y pacífico como el paisaje que me rodea.

«¿Por qué no me lo tomaría con más calma? —me pregunto, pero ya es inútil. ¿Y por qué no tendría el sentido común necesario para inventar una mentira verosímil que sirviese de explicación para Ellen de la llamada

amenazante?». Antes ya se sentía infeliz, y yo no he hecho más que empeorarlo al contarle lo de la extraña que ha decidido acosarme. Se lo debería haber dicho antes a Alex; estoy convencida de que lo primero que me dirá es «Sobre todo, que Ellen no se entere de esto». Demasiado tarde.

Como soy una de esas personas que la caga constantemente, sé con precisión qué he hecho mal y qué no. Nunca he intentado asustar o intimidar a una mujer que tuviese una especie de ceceo raro... Bueno, ni a una mujer ni a nadie.

Y, sin embargo, ella esperaba que reconociese su voz. ¿Quién diablos será?

«Vuelve a tu vida de ejecutiva de televisión en Londres». Demasiado parecido para ser una coincidencia. Mi profesión —mira que odio esa palabra ahora— se desarrollaba en el campo de la televisión, aunque nunca me habría clasificado como «ejecutiva». Esta mujer sabe dónde vivía antes y a qué me dedicaba.

—Nunca eres moderada —dice Ellen—. Eres una fanática. No lo seas cuando lleguemos a la escuela, por favor. ¿No podrías limitarte a dejarme allí e irte a casa?

—No.

—¡Mamá, te lo pido por favor!

—No, Ellen. Si han expulsado a ese chico, George, por robar tu abrigo y no lo ha hecho, tenemos que resolverlo.

—Pensaba que estabas decidida a no hacer nada nunca más.

—Así es... salvo divertirme. Y voy a disfrutar haciendo que anulen la expulsión de George. —Eso me quitará de la cabeza ciertas horribles llamadas de teléfono.

—No va a funcionar —dice Ellen—. ¿Es que crees que no lo he intentado? Nadie hace ni caso.

—Bueno, a mí me lo van a hacer aunque no quieran. Supongo que no te creen y que piensan que estás protegiendo a George: él te robó el abrigo, pero es tu mejor amigo, así que estás sacándole del apuro. A decir verdad, estoy de acuerdo con ellos en que un abrigo es un regalo bastante poco corriente.

—Soy una persona poco corriente; es uno de mis puntos fuertes.

—Ambas cosas son ciertas, pero me da la sensación de que la madre de George aún lo es más. Antes de la llamada de la lunática, me estabas contando que ella no le habría comprado un abrigo nuevo a George; ¿por qué no?

—No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo, Ellen?

—No estoy enfadada contigo, es solo que...

Se le quiebra la voz y oculta el rostro. La oigo llorar, o más bien tratar de no hacerlo. Me vienen a la cabeza fantasías de atropellar a la persona que la ha hecho sentir así de desgraciada. ¿La madre de George? ¿La directora, la señora Griffiths? Cuantos más, mejor. Si han hecho llorar a mi hija acabaré con todos ellos; en sueños, al menos.

—No pasa nada, El. Si te sientes mejor gritándome, no me importa; no me lo tomaré como algo personal.

—George tenía miedo; de hecho, estaba aterrorizado. Nunca he visto a nadie así, menos en las películas, cuando un asesino o un monstruo los persigue.

Genial; gracias a mi aversión por cualquier tipo de censura, mi hija sabe cuál es el aspecto del verdadero terror. Si Alex no la hubiese dejado ver tantas películas para mayores de 18 años, quizá aún tendría el abrigo y yo estaría en casa, a punto de iniciar un nuevo día de placentera inactividad. Ayer probé la meditación por primera vez, aunque no sé si funcionó muy bien. Me estiré en la tumbona del jardín durante casi una hora y media, pero el mantra silencioso que repetía en mi mente era cualquier cosa menos pacífico. Aparecía con frecuencia la expresión «que os den»: «Que os den, esquemas de dos páginas; que os den, biblias de series; que os den, *showrunners* y *brainstormings*; que os den, aprobaciones y premios BAFTA; que os den por el culo. A la mierda la BBC, a la mierda la ITV, a la mierda Sky...».

Estaba claro que alguna cosa fallaba, a pesar de que seguí las instrucciones del libro de meditación al pie de la letra. El libro decía: «No emplees energía alguna en pensar; si te vienen pensamientos a la mente, déjalos venir; no los alejes». El libro no especifica qué se debe hacer si lo único que se presenta es un montón de «que os den».

Y aquí estoy ahora, justo al día siguiente, de camino a la escuela para armar follón. Puede que pasarme media hora dando gritos a los profesores me sirva para librarme de la ira reprimida y mis meditaciones estén, de ahora en adelante, libres de palabrotas. Mi vida se convertirá en un remanso de tranquilidad.

—Cuando le di mi abrigo pensé que lo peor que podía pasar era que te quejases por haberlo perdido —dice Ellen—. Si hubiera sabido que lo iban a expulsar no se lo habría dado; y ahora no volveré a verle jamás.

—Claro que le verás.

—No, no lo entiendes.

—Lo que ha pasado no es culpa tuya. Lo que hiciste fue un acto de

amabilidad. Sin embargo, ¿no tenía George miedo de lo que pudiera pasar al llegar a casa con un abrigo distinto?

—No. Mi abrigo era negro y acolchado, el suyo era negro de lona. Me dijo que su madre ni siquiera iba a notar la diferencia.

—¿Y su padre? ¿Su padre vive con él?

—Sí, me dijo que su padre lo notaría, pero que lo último que haría sería decir algo al respecto.

—¿De modo que su padre también tiene miedo de su madre?

—No lo sé. George no me lo dijo.

—Supongo que debe de ser así, ¿no? A menos que de quien tenga miedo es de George. ¿George da miedo?

—George es la persona menos aterradora del mundo. George es simplemente... extraordinario —suspira Ellen.

—Interesante; una madre que se subiría por las paredes si su hijo le dijese que ha perdido el abrigo pero que, al mismo tiempo, no se daría cuenta si llegase a casa con el abrigo de otra persona.

—Es un bicho raro.

—¿Qué más sabes de ella? ¿De qué da clases?

—Asiriología. Que no tiene nada que ver con Siria.

—Ya lo sé. —Falso, pero no veía la necesidad de admitir mi ignorancia. Seguro que la profesora Donbavand no sabe cuántas veces se acostó Peter Florrick con la prostituta Amber Madison en *The Good Wife*. Yo sí lo sé: dieciocho veces.

Cada uno tiene sus especialidades.

—Se llama Anne —aclara Ellen—. La odio —dice, apretando los puños en el regazo—. Si no fuese por sus estúpidas normas, George podría enviarme correos y mensajes de texto.

Le noto en la voz hasta qué punto le importa ese chico; no obstante, no ha mencionado su nombre hasta hoy. ¿Por qué no me ha hablado de él? Tengo que preguntarle a Alex si había oído mencionar el nombre de George Donbavand, aunque ya sé cuál será su respuesta.

—Podríamos chatear por Instagram, llamarnos por FaceTime o encontrarnos a la salida de la escuela —continúa Ellen—. Pero no le deja hacer nada.

—No te preocupes. Pronto anularán la expulsión de George. ¿Tiene algún hermano o hermana?

—Una hermana, Fleur, mayor que él. Está en el primer año del curso

preparatorio para la universidad.

—¿Las mismas normas se le aplican a Fleur? ¿Nada de correos ni de mensajes de texto? ¿De verdad su madre no les deja ir a casa de sus amigos?

—De verdad. Sabe que la mayor parte de los padres permiten a sus hijos usar Internet, y cree que George y Fleur podrían verlo si fuesen a casa de otras personas. Y nadie puede ir a su casa porque siempre está trabajando en su estúpida asiriología y necesita que haya siempre silencio.

—¿A qué se dedica el padre?

—Según dice George, se mueve sigilosamente por la casa como un esclavo mudo, haciendo lo que ella le ordena.

—No, me refiero a su trabajo. ¿En qué trabaja? —Me odio a mí misma por querer conocer este dato. ¿Qué voy a sacar de la respuesta? Será abogado, o arquitecto, o dependiente de una zapatería. Haga lo que haga, es un idiota que no se ha dado cuenta de que la única forma de salvar tu alma es no hacer Nada.

—También trabaja en la Universidad de Exeter. Pero no sé qué hace.

—Bueno, parecen una familia bastante deteriorada. —De hecho, si uno lo piensa bien, la familia Donbavand parece incluso demasiado disfuncional para ser real—. ¿Todo esto te lo ha contado George? ¿Seguro que no estaba exagerando?

La miro para saber por qué no me responde: está llorando de nuevo.

—Y ahora, George ni siquiera tiene la escuela, o a mí para hablar. Será aún peor para él ver a Fleur ir cada día a la escuela, aunque probablemente la expulsen también a ella cuando se le caiga un lápiz al suelo o algo así.

Casi me salto el cruce sin señalizar y me veo obligada a dar un frenazo. No viene nadie, así que sigo conduciendo. ¿Dónde está todo el mundo? Desde que nos mudamos a Devon, lo he pensado muchas veces: ¿por qué aquí la gente no provoca atascos a diario en las carreteras, como hacen los londinenses? No puede ser que la profesora Anne Donbavand los haya confinado a todos en sus casas.

—¿Por qué van a expulsar a Fleur de la escuela? —le pregunto a Ellen.

—Da igual, olvídalo —responde en un susurro.

—Yo nunca me olvido de nada, soy como un elefante. ¿Por qué?

—Por afán de venganza. ¿Por qué iban a expulsar a George, si les he dicho una y otra vez que no me robó el abrigo? Esa llamada telefónica de antes...

De pronto, deja de hablar y empieza a morderse las uñas; hacía siglos que no lo hacía.

—¿La llamada anónima? ¿Qué pasa, Ellen? Dime lo que tengas que decir.

—Creo que era de la escuela, por lo de George.

—¿De la escuela? —Detengo el coche en el arcén tan bruscamente que me hago daño en el cuello—. ¿Crees que hay alguien de la escuela que me está amenazando para que regrese a Londres? ¿Quién iba a hacer algo así?

—No lo sé. Si lo supiese, ¿no crees que diría el nombre de la persona y no solo «de la escuela»?

—Pero si lo dices es porque tienes alguna idea de quién puede ser...

Otro cruce sin señalizar para el que no estaba preparada. Ni en mil años se me habría ocurrido relacionar dos llamadas telefónicas espeluznantes con la expulsión del amigo de Ellen. ¿Se puede saber qué está pasando?

—Ellen, tienes que decirme todo lo que sabes. Esto no tiene ninguna gracia.

—Yo no sé nada.

—Entonces dime lo que sospechas.

—¡Ya te lo he dicho! Creo que la persona que nos llama por teléfono e intenta que nos vayamos es alguien de la escuela. Uno de los profesores.

—Y también crees que la escuela quiere librarse de George y de Fleur, y que harán cualquier cosa para conseguirlo, incluso acusarlos de faltas que no han cometido, ¿verdad?

—Sí —contesta Ellen apasionadamente.

En mi vida he oído una cosa más inverosímil; y sin embargo mi hija está convencida de ello.

—¿Y por qué?

—No sé.

—Venga, Ellen, seguro que puedes decirme algo más. Tengo que saberlo todo antes de entrar y empezar a hablar.

—¡No quiero que empieces nada! —dice Ellen, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Quiero que me dejes y te vayas a casa! Ya no puedes hacer nada: no van a volver a admitir a George y nosotros tendremos que soportar más llamadas telefónicas horribles.

—¿Las llamadas que estoy recibiendo tienen que ver con que tú defendieses a George?

—No lo sé. —Parece pensar sobre ello—. No lo sé... todo —murmura al cabo de un rato.

—Pues dime lo que sí sabes, aunque no sea mucho. Ellen, por favor, ¿qué es lo que te estás guardando?

Tras un largo silencio, Ellen contesta:

—Las llamadas las recibes porque eres tú la que contestas al teléfono. Si preguntasen por mí sería demasiado obvio, pero creo que la causa soy yo. Tú no tienes enemigos en Devon, ¿no? Tú no te has convertido en una molestia, ni has llamado tirano chalado al director. ¡Yo sí!

Entonces, ¿por qué no me han convocado para que vaya a la escuela a tener una charla formal conmigo? Todo esto no me cuadra.

—Sea quien sea, te dice que te vuelvas a Londres, sabiendo que me llevarás contigo —dice Ellen—. Soy yo quien quieren que se vaya. Soy yo la que ha defendido a George, ¡la única persona que lo ha hecho!

No soporto la idea de que alguien considere a Ellen su enemigo, sobre todo cuando su único crimen ha sido la lealtad hacia su amigo.

«Mañana mismo nos vamos de Kingswear. A la mierda la nueva casa y la nueva vida...».

No; lo que dice Ellen, todo esto, es una locura. Tiene que haber otra explicación. Quiero a mi hija, pero podría estar equivocada.

Pero no puedo decirle lo que opino si no quiero que crea que yo también estoy en contra de ella.

—¿Por qué iba la escuela a tener manía a George y Fleur? —le pregunto—. ¿Es que son alumnos especialmente difíciles?

—No. Pero la escuela no solo recibe a los niños, ¿no? Véase la prueba A. — Ellen señala hacia mí y trata de sonreír—. Madre furiosa desbocada.

—De acuerdo; entonces no se trata de George y Fleur como individuos.

—No, el problema son los Donbavand. Son una familia especialmente difícil.

Capítulo 2

El compromiso de Perrine y los turnos

La crianza de Perrine, la tercera de las hijas de Bascom y Sorrel Ingrey, podría denominarse la definición misma de compromiso. Sus padres —ambos cooperando de forma igualitaria— se aseguraban de que hiciese los deberes para que no tuviera problemas en la escuela. También la animaron a que tocara un instrumento, y procuraban que practicase la cantidad de tiempo ideal, según su profesor de flauta; sin embargo, cuando al cabo de un año Perrine dijo que odiaba esas clases y que ya no quería volver a tocar esa estúpida flauta, sus padres le permitieron que lo dejase.

Cuando llegaba de la escuela, le dejaban hacer lo que quisiera hasta la hora de cenar, a menos que lo que quisiera hacer fuese tan ridículo que no fuera sensato. Así, a diferencia de su hermana Allisande, que una vez se había pasado toda una tarde rociando con suavizante rosa una cara alfombra persa sin que ninguno de sus padres hiciese el más mínimo gesto de detenerla, Perrine tenía permitido hacer lo que quisiera *siempre que fuera razonable*.

Su dieta constaba principalmente de carne magra, pescado azul saludable, verduras de hoja, frutas con jugo y cereales integrales con fibra, pero una vez a la semana se le permitía un delicioso extra de chocolate y, a veces, se le permitía comer patatas fritas o similares, pero no con demasiada frecuencia. También podía comer golosinas en Navidad y huevos de Pascua en Pascua (Lisette no podía; aún ahora sigue pensando que el chocolate es nocivo y no tolera su presencia en su casa. Y Allisande no sabría diferenciar el brócoli de las espinacas ni aunque le fuera la vida en ello).

Perrine debía limpiar y ordenar su habitación una vez a la semana, pero no pasaba nada si entre limpieza y limpieza las cosas se salían un poco de madre (el caso de Lisette era muy distinto; a Lisette le habían enseñado desde el primer día que debía tener la habitación en perfecto estado de revista en todo momento, y que cualquier cosa que estuviese fuera de lugar se tiraría al cubo de basura exterior sin esperanza alguna de recuperación).

Perrine, hasta cierto punto, tenía permiso para elegir la ropa que quería llevar. No tenía prohibido vestirse como una princesa, a diferencia de Lisette (porque su padre, que era socialista, se oponía a cualquier connivencia con la monarquía), pero tampoco se le permitía ir de tiendas en medio de una tormenta con un bikini negro, un vestido de tirantes rosa y chancletas, como hizo Allisande con solo nueve años.

Los amigos, conocidos y miembros del clan familiar, suspiraron de alivio con la llegada de Perrine. «¡Por fin! —se dijeron entre sí (y a sí mismos)—. Por fin Bascom y Sorrel Ingrey van a criar un hijo de una forma normal y equilibrada». Esas personas deberían haber sido más cautas con sus bromas de celebración. Deberían haber recordado que, a pesar de sus crianzas en

ambos extremos del espectro estricto/benévolos, tanto Lisette como Allisande eran unas chicas muy agradables.

En cambio, nadie habría descrito a Perrine Ingrey como una niña simpática. Era ceñuda, egoísta, propensa a grandes rabietas, rencorosa y ruin. Nunca se reía ni hacía reír a nadie, y carecía del más mínimo encanto. Tenía un aspecto tosco, y su personalidad era también difícil y tosca. Por mucho que uno lo intentase, era imposible encontrar virtud alguna en ella. Bascom, Sorrel, Lisette y Allisande lo pusieron todo de su parte y, hasta el mismo día en que Perrine fue asesinada, nunca se rindieron, pero no parecía que hubiese forma de mejorar el carácter de la niña.

«¿Cómo ha podido suceder una cosa así? —se preguntaban todos en los pueblos próximos cuando se dijo que Perrine Ingrey (no una de sus hermanas) había asesinado a Malachy Dodd—. ¿No es ella la tercera? ¿La que criaron de manera normal?».

Esto demuestra que noventa y nueve personas de cada cien se niegan a utilizar el cerebro la mayor parte del tiempo. Era cierto que Perrine se había criado de una forma equilibrada, un modelo de compromiso, pero tanto su padre como su madre estaban continuamente frustrados por no poder hacer las cosas totalmente a la manera de cada uno. Ni Bascom ni Sorrel podían pensar «Oh, sí, estoy criando a esta niña justo como yo creo que se debe criar a los niños», ni tampoco podía pensar ninguno de ellos «Estoy criando a esta niña justo al revés del método que pienso que es el mejor», lo que sería una idea mucho más tranquilizadora de lo que uno puede imaginar, porque te limitas a rendirte y seguir las pautas de otra persona, en lugar de sentir que tu método está avanzando en un momento dado para frustrarse luego.

Por desgracia —y ni Bascom ni Sorrel lo previeron cuando formularon su magnífico plan de tres hijos—, el compromiso de Perrine no les traía más que constante frustración a ambos. Cada uno de ellos tenía la parcela de responsabilidad suficiente como para sentirse mal por no poder tener una parcela mayor. No es complicado de entender: «Me han fastidiado lo mío» es una perspectiva mucho más desagradable que «Esto no es lo mío».

Así, no resulta en absoluto sorprendente que Perrine Ingrey fuese la niña problemática. Su carácter quedó herido de muerte por dos padres contrariados que sentían que estaban continuamente salvando obstáculos. En esa situación, cualquiera se convertiría en un monstruo (aunque no estoy segura de si Perrine era un monstruo o estaba mal de la cabeza. ¿Hay alguna diferencia? Hasta el momento presente, nadie lo sabe con seguridad).

Las visitas regulares de Malachy Dodd eran otra de las soluciones negociadas entre Bascom y Sorrel Ingrey. Su intención era animar a Perrine; por ese motivo se habían programado todos los martes y viernes por la tarde, con la regularidad de un reloj. A Bascom y Sorrel ni siquiera les gustaban el señor y la señora Dodd. Opinaban que estaban aburguesados y no tenían imaginación, el tipo de gente que se regalan el uno al otro tarjetas en las que viene impreso de fábrica «Querido esposo» y «Querida esposa», y que antes se comprarían una casa fea con mucho espacio de almacenamiento y garaje doble que un hermoso palacio destartado con sala de baile y pasadizos secretos ocultos detrás de librerías, pero sin espacio para aparcar.

Sin embargo, si contribuía a que Perrine fuese menos huraña, Bascom y Sorrel decidieron que podían soportar la compañía de los Dodd un par de veces por semana. Pensaban que quizá Lisette y Allisande, al ser de una edad muy similar y estar tan unidas, hacían que Perrine se sintiese excluida. Malachy Dodd y Perrine tenían también una edad muy parecida. En el momento del asesinato de Malachy, ambos tenían trece años. La familia de Malachy vivía cerca, de modo que se gestó un plan para llevar a cabo estas visitas bisemanales. A cada visita, Perrine odiaba un poco más a Malachy Dodd. «¿Cómo puedes odiarle? —le preguntaba Bascom, que creía apasionadamente en el debate racional, a su hija menor—. A mí me parece bondadoso e inofensivo. ¿Qué tiene de malo?».

«¡Siempre me hace llorar! —se quejaba Perrine—. ¡Y solo me lo hace a mí!».

Era cierto que tanto Lisette como Allisande adoraban a Malachy, y eso no era justo porque ninguna de ellas

necesitaba ser más feliz. Además, parecía que a Malachy le caían mucho mejor sus hermanas de lo que le caía Perrine, y esto la ponía celosa; ese fue el principio de su desgracia. Si no hubiera sido por la envidia, no habría acabado por convertirse en una asesina y, finalmente, por ser asesinada ella misma.

Perrine quería que Malachy la quisiera a pesar de que ella le odiaba: un simple ejemplo de hasta qué punto era una niña retorcida. Bascom y Sorrel Ingrey habían decidido que la visita fatídica, aquella en la que tuvo lugar la prematura y cruel muerte de Malachy, iba a ser la última, a menos que hubiese alguna mejora notable.

Creo que todos estaremos de acuerdo en que salpicar de sangre toda una terraza y morir entre terribles dolores no es una mejora en absoluto. La amistad entre los Dodd y los Ingrey como tal tampoco sobrevivió a ese día.

¿Cómo, os preguntaréis, se podía culpar a los celos de Perrine de todas las desgracias que le sucedieron? Bien, ella nunca habría corrido el riesgo de asesinar a Malachy si no hubiesen estado solos en su dormitorio, y si lo estaban era por un motivo muy específico: Bascom Ingrey estaba de acuerdo con Perrine en que Malachy prefería a Lisette y a Allisande antes que a ella, y había decidido que no debía darle otra oportunidad de ignorar a Perrine para favorecer a alguna de sus más atractivas hermanas. Sorrel no estaba de acuerdo con su marido, y le desagradaba la idea de intentar imponer un vínculo entre Perrine y Malachy si no se daba de una forma natural.

—¿No crees que sería una idea mejor cancelar la próxima visita de los Dodd y no volverlos a invitar nunca más? —sugirió ella.

—Sí —respondió Bascom—. Será una idea excelente una vez sepamos con seguridad que no hay forma de que las visitas funcionen. Déjame probarlo antes a mi manera y, si fracasa, pondremos en marcha tu plan.

—¿Por qué siempre tiene que hacerse antes a tu manera? —preguntó Sorrel—. Me he dado cuenta de que, en todas las situaciones en que actuamos por turnos, el tuyo siempre va antes que el mío.

—Tienes razón —dijo Bascom, un poco anonadado—. No me había dado cuenta.

—Debe de ser porque eres hombre —repuso Sorrel—. Es el inevitable machismo de la vida cotidiana.

—No, querida, no es eso —objetó Bascom—. Lo que pasa es que yo soy una persona que prefiere la acción, y tú prefieres dejar que las cosas sucedan. Es razonable que alguien con mi personalidad tenga interés en actuar y, por tanto, tienda a ponerse en primer lugar, mientras que alguien con la tuya no soñaría siquiera con apresurarse para hacer cualquier cosa.

—Es cierto —aceptó Sorrel—. Aunque, en este caso, yo tengo interés en impedir que pasemos otra terrible, espantosa, horripilante tarde con los Dodd.

—De acuerdo —replicó su marido—. Pero me temo que, de nuevo, debemos dejar que mi turno sea el primero, porque el caso contrario sería científicamente imposible. No podemos cancelar la visita de los Dodd, no volverlos a invitar, y luego, la próxima vez que vengan, organizarlo para que Perrine y Malachy pasen un rato juntos y solos porque, claro, esa «próxima vez» no existiría, ¿no?

—Pero sí habrá —repuso Sorrel, admitiendo que Bascom tenía razón— una próxima vez en la que no estemos de acuerdo sobre qué hacer y cómo hacerlo.

—Y cuando suceda, sea el que sea el tema del desacuerdo, mi turno será el primero.

—Desde luego —aceptó Bascom.

Y así fue como, en el fatídico día de la última visita de los Dodd a casa de los Ingrey, se decidió que se enviaría a Perrine y Malachy juntos a la habitación de Perrine para que pudieran conocerse mejor.

Sin embargo, como sabemos, ese día no se creó ningún vínculo afectivo; lo único que hubo fue crujido de huesos y sangre fluyendo en la terraza, junto a la fuente.

3

Sabía que Beaconwood era la escuela perfecta para Ellen antes siquiera de pisarla. El edificio es una antigua casa señorial, más larga y profunda que alta; el exterior está pintado de rosa y la pared frontal exhibe elaborados adornos en estuco. Está rodeada de hermosos y formales jardines que no parecerían fuera de lugar en una mansión, así como hectáreas de prados con flores silvestres que los niños pueden disfrutar. La primera vez que vinimos, mientras esperábamos a la directora, Alex me susurró:

—Mantén la mente abierta, ¿de acuerdo? No vamos a traer a Ellen aquí solo porque los terrenos y el edificio sean impresionantes.

—No solo por eso, no —respondí—. Y no solo porque la escuela secundaria a la que yo fui tuviera aspecto de cárcel de alta seguridad; pero quizás un poquito por esas razones.

Mi mente estaba lo bastante abierta; si hubiese entrado en Beaconwood y me hubiese cruzado con sádicos vestidos con vaporosas capas negras, riendo a carcajadas mientras azotaban a los niños, me lo habría pensado dos veces. En cambio, Alex y yo conocimos a Lesley Griffiths, la directora, con bolsas de plástico en los zapatos para protegerlos del barro mientras regaba las plantas de los parterres junto a su oficina, y supe de inmediato que estaba en el lugar perfecto.

Me apoyo en el coche y envío un mensaje rápido a Alex, diciéndole que necesito hablar con él lo antes posible; luego me abrocho hasta arriba el abrigo —que aún conservo porque no se lo he dado a ningún amigo en apuros— y recorro el largo camino hasta la puerta principal de la escuela. Ellen salta del

coche, murmura «Hasta luego» y sale corriendo antes de que pueda apagar el motor. No quiere saber nada de lo que estoy a punto de hacer, a pesar de que lo hago para ayudar a su mejor amigo del mundo.

—¡Justine! —llama una voz de mujer.

Me doy la vuelta y me encuentro con Kendra Squires, la joven profesora ayudante canadiense que castiga con clases individuales de mates a los niños que, como Ellen, más odian la asignatura. A pesar de esta tortura regular, Kendra es una de las personas más dulces que he conocido nunca. Si fuese actriz, no dejarían nunca de ofrecerle el papel de la mujer inocente con corazón de oro que muere joven de forma trágica.

—¿Ellen está contigo? —pregunta—. Perdona, ya veo que no. Quiero decir, ¿está en la escuela?

—Lo siento, esta mañana se nos ha hecho tarde. Sí, está en la escuela. ¿Ha perdido una clase contigo?

—No, no, nada de eso. Es solo que quería hablar con ella. A menos que... —Kendra se coloca un mechón de fino cabello rubio detrás de la oreja—. Bueno, quizá podría... podríamos...

—¿Prefieres hablar conmigo?

—Creo que... Me refiero a... No quiero presionarla más, pero a veces me sería de gran ayuda ponerle como tarea para casa algunos ejercicios adicionales. Ya sabes, sobre lo que hemos hecho ese día, como antes, ¿te parece?

—No hay problema. No era consciente de que hubieras dejado de hacerlo.

—Ya sé que se supone que tengo que esperar hasta que acabe ese relato que está escribiendo para la clase de inglés, pero...

—¿Cómo dices?

—Me dijeron que estaba escribiendo un relato, una historia de misterio y crímenes.

Por la forma en que lo cuenta, parece como si la persona que se lo dijo no fuese Ellen.

—¿«Te dijeron»?

—Sí, me lo dijo la señora Griffiths. Dijo que tú no querías que Ellen tuviese más deberes mientras no terminase el relato. ¿Es que no es así? —En la frente de Kendra se dibujan unas arrugas de preocupación.

Desde luego que no es así; yo no he dicho nada parecido. Pero prefiero evitar la catarata de disculpas que provocaría una aclaración, de modo que respondo con una sonrisa:

—No hay problema; hablaré de ello con Lesley. Pero sí, no tengo inconveniente en que le pongas a Ellen deberes de mates para casa.

—¡Fantástico! —dice Kendra con una sonrisa radiante—. Y ahora será mejor que salga disparada. ¡No puedo hacer esperar a mis pequeños! —Se despide con un gesto jovial y se aleja con prisas.

Mi teléfono vibra en el bolsillo del abrigo, así que lo saco para ver si me apetece responder, esperando ver las palabras «Lunática anónima» en la pantalla. Por suerte, todo parece indicar que la lunática aún no sabe mi número de móvil.

Es Alex.

—Vaya, me has pillado por sorpresa. No esperaba que me llamasen tan pronto.

—Por el mensaje, parecía algo importante. ¿Va todo bien?

—Hum... Creo que sí, pero... Mira, te llamo más tarde, ¿vale?

—¿Qué sucede, Justine?

—Nada. ¿Qué tal por Berlín? ¿Cómo va todo?

—Genial, todo bien. ¿Y tú? ¿Ha pasado alguna cosa?

—No, nada. Venga, seguro que estás ocupado, y yo... no estoy en casa. Hablamos esta noche, ¿vale?

—No, no estoy ocupado, y tú tienes un tono sospechoso. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Es lo mismo que yo le pregunté a Ellen hace menos de una hora. Sé lo irritante que es que traten de tomarte el pelo.

—Haces que parezca que estoy conspirando o algo así —respondo; en realidad, me siento culpable.

—No intentes dejarlo para más tarde con la esperanza de resolver tú misma el problema y fingir que nunca ha existido.

—De acuerdo —suspiro—. Pero... espero que tengas un poco de paciencia.

Me siento en la ancha escalinata de piedra de la entrada a la escuela y empiezo a enumerar todo lo que me preocupa: el castigo injusto a George Donbavand, el mejor amigo del mundo de Ellen de quien no había oído hablar hasta hoy, el peculiar árbol genealógico y el fragmento de relato, los singulares padres de George, la sospecha de Ellen de que su hermana Fleur está a punto de ser injustamente expulsada, el extraño malentendido acerca de los deberes de Ellen, el número 8 de Panama Row —o Germander, como debería imaginarlo ahora— y mi incapacidad para apartarlo de mi mente.

Es una lista bastante larga, de momento; hay material para rato.

—Ahora mismo estoy en la escuela. Déjame hablar con Lesley y te llamo luego, ¿de acuerdo?

Estoy oyendo el tráfico abundante de otro país directo en mi oído y es bastante molesto.

—Lo de los deberes es lamentablemente obvio, ¿no te parece? —opina Alex—. No veo ningún misterio: El está entusiasmada con la tarea del relato y no quiere perder tiempo con nada más, así que te contó un cuento para librarse de los aburridos deberes de mates —dice, riéndose por lo bajo—. Es ingenioso, aunque supongo que tendremos que echarle la bronca por ello.

¿Hemos cometido un error? ¿Habremos elegido la escuela equivocada? En este tipo de asuntos, la mayoría de las escuelas exigirían una nota del padre o la madre; solo en una excéntrica escuela privada como Beaconwood creerían en la palabra de un niño si les dijese que no debían ponerle deberes. En mi primera conversación con Lesley Griffiths le pregunté si Beaconwood era una escuela capaz de ser flexible, de hacer excepciones.

—Yo no puedo hacer nada en absoluto —le advertí—, de manera que Ellen necesita una escuela que no me exija nada; literalmente nada. No puedo hacer disfraces vikingos, ni enviar latas de sopa para el festival de la cosecha, ni hacer pasteles para recaudar fondos, ni estar en un quiosco de la feria de Navidad; nada. Y es posible que un día Ellen venga sin su equipo de educación física, o sin su mochila, o sin sus deberes, y nada de eso puede ser un problema. En lo que respecta a mi hija, todo lo que yo diga que está bien tiene que parecerle bien a ti. Cualquier otra situación sería demasiado estresante para mí.

«Como la actual escuela de Ellen —pensé sin decirlo en voz alta—, donde la directora y otros padres me hacen sentir como una indeseable, porque estoy demasiado ocupada y acabo por cagarla en todas las cosas que se espera que las madres hagan bien, y ya estoy harta».

—No tienes por qué preocuparte por nada —dijo Lesley Griffiths con una risita—. Somos casi tan excéntricos y flexibles con las familias como es posible serlo. Unos cuantos ejemplos: una de nuestras familias se va a Dinamarca de fin de semana largo todas las semanas; tenemos otra con un problema de un abuelo que está solo y enfermo, de modo que los niños no vienen a la escuela ni los viernes ni los lunes. Todo eso lo aceptamos. —Se encogió de hombros—. Está también el caso (esto te lo cuento en confianza) de una madre que deja a su hijo cada mañana y vuelve una hora antes de la hora de comer para inspeccionar la comida que vamos a servir y comprobar que es suficientemente nutritiva y

apetitosa. Le he ofrecido consultar nuestros menús con antelación, pero no le sirve: quiere ver la comida cada día con sus propios ojos y supervisar cuánto come su hijo. Como verás, si finalmente te decides a venir a Beaconwood podéis acabar siendo una de las familias menos singulares.

Todo esto me pareció reconfortante; a Alex no.

—Todo el mundo en ese sitio parece un bicho raro —murmuró mientras salíamos.

—Todo el mundo en todas partes es un bicho raro —le recordé—. Piensa en los padres de la escuela actual de Ellen. —Alex miró al techo; no era necesario añadir nada.

—¿Por qué será tan importante este relato para Ellen? —pregunto yo ahora—. Le he visto escribir relatos antes, pero este es distinto. Lo ha protegido con una nueva contraseña en el ordenador. Y ¿por qué no nos dijo nada de este George mucho antes? Es su mejor amigo, ¿no?

—Su mejor amigo chico —me corta Alex—, y ya sabemos lo que significa eso. Esperemos que el joven George regrese pronto por donde ha venido y que el próximo candidato romántico de Ellen sea alguien que pueda aportar su propia ropa.

—Me alegro de que te parezca tan divertido —contesto como si no lo pensase, aunque en realidad sí lo pienso: me alegro. La frivolidad de Alex me hace sentir mejor—. Leí una parte del relato, no solo el árbol genealógico. Era espeluznante, y no me refiero a que diese miedo. Era... Tendrás que leerlo para entenderme; no puedo creer que se lo inventase.

—¿Crees que lo copió de alguna parte?

—No, y eso es lo más extraño. No creo que fuese capaz de hacer una cosa así, pero tampoco creo que las tres páginas que leí sean producto de su imaginación. Pero ¿acaso no son esas las dos únicas posibilidades?

—No lo creo, la verdad —dice Alex con gesto jovial—. Siempre hay otras posibilidades en las que uno no ha pensado.

—Incluso los nombres... Sobre todo los nombres, de hecho. —Sacudo la cabeza para volver a convencerme de que hay algo que no va bien; no sé si podré convencer también a Alex—. Hay tres generaciones de la misma familia: un matrimonio, Bascom y Sorrel Ingrey, y sus tres hijas, llamadas Lisette, Allisande y Perrine. Además, Lisette tiene dos niños llamados Garnet y Urban. ¿Tú crees que Ellen habría elegido esos nombres para un relato?

—Pues claro: son raros y extravagantes, exactamente lo que una persona de

catorce años se inventaría, creo yo.

—Estaría de acuerdo contigo si los nombres fuesen algo como, no sé, Florentina y Star, pero ¿Bascom Ingrey? ¿Urban Ingrey? Tan austeros y victorianos... No hago más que repetirme que estoy armando un escándalo sin motivo, pero luego pienso en esos nombres y estoy segura de que algo no va bien. Y encima viven en nuestra casa.

—¿Quiénes?

—Los Ingrey. Con la salvedad de que, ni viven ni han vivido nunca en ella; solo en el relato de Ellen. He buscado por Internet y, definitivamente, en Speedwell House nunca ha habido una familia llamada Ingrey. Nuestra casa es, oficialmente, patrimonio arquitectónico, de modo que hay registros en línea desde el año del catapún.

Las siguientes palabras que oigo son «tranquilo» y «German», y enseguida se pierde el sonido. Sin duda era alguien que pasaba.

—Dime que tu paranoia no está tomando un tinte sobrenatural —interviene Alex—. ¿Es eso lo que tratas de decirme? ¿Qué Speedwell House está hechizada por una familia de fantasmas llamada Ingrey, y que sus espíritus se han infiltrado en nuestra hija y la están haciendo escribir la historia de la familia?

—No digas bobadas. —Al menos ahora tengo la oportunidad de sonar como la parte sensata de la conversación.

—Entonces no sé qué te preocupa. ¿Va a ser esto otra de esas obsesiones extrañas que nunca acaban de desaparecer, como la del número 8 de Panama Row?

—¿Quién sabe? —respondo con despreocupación.

—Querida, no quieras matarme por esto, pero ¿estás segura de que tanto obsesionarse por nimiedades no es una especie de resaca de estrés por el asunto de Ben Lourenço?

Ya hace tiempo que, cuando oigo el nombre de Ben, no siento la cólera y la rabia que sentía, sino tristeza o una especie de risueña incredulidad. Ya lo he superado, y espero que él también.

—Segura del todo. Toda la tensión sobre Ben Lourenço quedó felizmente anulada cuando decidí no volver a trabajar nunca.

—Muy bien. —Alex suena incrédulo—. Supongo que hay un punto en común: Ben, como ese George Donbavand, fue injustamente calumniado y acusado. Mira, puede que Ellen haya escrito la historia y creado los nombres; quizá buscando por Internet «nombres victorianos singulares» o algo así, o ha

copiado de alguna parte. ¿Por qué no se lo preguntas?

—Ya lo intenté, y se salió por la tangente. Ah, y también ha metido su propio nombre en el árbol genealógico, así que hay una Ellen en la historia; es la esposa de Urban Ingrey.

—Yo no me preocuparía por eso —dice Alex con vehemencia. De todas las «cosas por las que no preocuparse» de las que le he hablado, ha identificado esta como la menos preocupante—. Escribir es, en cierto modo, fantasear, ¿no? Lo más probable es que Ellen se haya asignado el papel de heroína. Perdona, me tengo que ir. Dieter y...

—Espera. —No tenía previsto decirle lo demás, pero parece una tontería no hacerlo. A pesar de que no quiero alarmarlo, Alex es todo lo a prueba de preocupaciones que puede ser un humano—. He recibido dos llamadas amenazantes; una esta mañana y la otra ayer.

—¿Cómo dices? ¿Amenazantes en qué sentido?

Le cuento las dos llamadas palabra por palabra.

—¡Por Dios, Justine! ¿Pierdes diez minutos en hablarme de nombres de personajes victorianos cuando te persigue una tarada psicópata? ¿Por qué no me lo has dicho enseguida?

—Alex, cálmate, no me persigue nadie...

—¿Dos llamadas en dos días amenazándote con hacerte daño si no vuelves a tu antigua vida en Londres? A eso lo llamo persecución. Por favor, dime que has hablado con la policía.

—No, yo...

—Perfecto. Ahora colgaré el teléfono y dejaré que te encargues de eso de inmediato mientras reservo un vuelo de vuelta. Cuéntales que...

—¿Un vuelo de vuelta? —le interrumpo—. No puedes volver: tienes conciertos.

—Justine, debemos tomarnos esto en serio. Prométeme que llamarás a la policía y cuidaos mucho, Ellen y tú, hasta que vuelva, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero... por favor, no interrumpas la gira solo por esto. Sí, es inquietante, pero no creo que tengamos que dar rienda suelta al pánico.

—No tengo intención de hacer eso, pero tampoco voy a recorrer Alemania despreocupadamente cantando *Die schöne Müllerin* mientras un psicópata tiene puesto el ojo en mi casa y en mi familia con la intención de atacarnos —dice Alex con impaciencia—. Estarás de acuerdo en que es algo razonable, ¿no? —Y añade, con voz más amable—: No puedo evitar ser un héroe de acción; hasta

tengo mi propio abrigo, y me lo compré yo mismo, no me lo dio ninguna chica.

—De acuerdo —respondo con una sonrisa—, si no puedo convencerte de lo contrario...

—Envíame un mensaje de texto cuando hayas hablado con la policía; yo voy a reservar el vuelo. Nos vemos pronto.

Guardo el teléfono en el bolsillo, contenta de que Alex vuelva a casa. Y tomo la decisión de que, si realmente hay algún peligro, detectará que mi esposo está de camino y se retirará avergonzado.

Es decir, que la policía puede esperar media hora o así mientras voy a la escuela.

Lesley Griffiths, una mujer de complexión robusta y edad próxima a los sesenta, con cabello plateado largo hasta la cintura, me da la bienvenida en su oficina con la ropa manchada de tiza y una lata de galletas bajo el brazo. No ofrece explicación ni disculpa alguna por su aspecto —al que ya me he acostumbrado— y exuda el nivel de confianza y autoridad que se puede esperar del presidente de una empresa valorada en miles de millones de dólares. Cada vez que veo a Lesley se me antoja que se parece a un espantapájaros al que le han cosido una serie de objetos aleatorios; la última vez sostenía en la mano, sin motivo aparente, una maceta con un cactus.

—¡Justine! ¡Qué agradable sorpresa; eres cara de ver! Es lo que pasa con el autobús escolar, nunca ves a los padres de los alumnos. ¡Siéntate, por favor!

Lesley señala la silla situada frente a ella en el escritorio, y me siento de inmediato, tan deprisa como sé que ella espera que lo haga. Lesley es una mujer inteligente y eficaz, capaz de prever hacia dónde van las cosas, y tiene tendencia a intentar acelerarlas hacia su destino. Algunas veces en que me he entretenido demasiado me he visto obligada a sentarme en esta misma silla; el desafío para hoy será permanecer el tiempo suficiente en el despacho de Lesley para obtener respuestas a mis preguntas. En ocasiones anteriores he dejado que me metiese prisa para salir al pasillo y he tenido que volver a llamar a la puerta al cabo de veinte segundos y decir «Lo siento, soy yo de nuevo...».

En la pared, encima del escritorio, hay un *collage* enmarcado de fotos de vacaciones, la mayoría tomadas en su casa del sur de Francia. Casi todas son de su marido y sus tres hijos divirtiéndose en la piscina, pero dos de ellas son de Lesley leyendo en una tumbona, vestida con un caftán verde. El caftán tiene

mucho peor aspecto —con desgarrones y descolorido— en una fotografía que en la otra. Imagino que entre la primera fotografía y la segunda habrán pasado unos diez años.

Aparte del *collage*, Lesley solo tiene en las paredes de su despacho imágenes de caza y de tiro, que parecen ser ilustraciones de libros antiguos. No deja de ser extraño ver tantas imágenes de armas en el despacho de un profesor. Beaconwood es una escuela excéntrica, y yo antes pensaba que eso era bueno.

Mientras estoy intentando decidir cómo empezar, Lesley pregunta:

—¿Cómo le va a tu hija con ese proyecto suyo de escritura creativa? Si no se da un poco de prisa, voy a tener problemas para mantener a raya a sus profesores. ¿Ha colgado un cartel de «No molestar. Genio trabajando» en la puerta de su dormitorio?

—Precisamente de eso quería hablarte. De camino hacia aquí me he tropezado con Kendra Squires, y al parecer cree que yo pedí que no le pusiesen deberes a Ellen mientras no terminase su relato.

—Así es: orden de los padres. —Lesley se sienta a su escritorio y lo mira como si faltase algo que debería estar ahí.

—En tal caso, debe de haber un malentendido. Soy la madre de Ellen y no he dado ninguna orden en ese sentido. No hay problema en ponerle deberes; en especial de matemáticas, una asignatura en la que necesita toda la práctica posible.

Lesley me mira con los ojos entornados, como si después de decir lo que he dicho me hubiese vuelto, de algún modo, menos visible.

—¿No dijiste que no se le pusiesen deberes mientras escribía la historia?

—No.

—Qué interesante. Ellen me dijo que sí lo habías dicho, y fue bastante explícita al respecto. No se me ocurrió dudar de ella. —Lesley suelta la lata de galletas que lleva bajo el brazo; al caer sobre el escritorio suena como unos platillos.

—De acuerdo, pues entonces aclararé el malentendido —comenta Lesley con una risita—. Ellen no te va a dar las gracias por los deberes adicionales. Está muy resuelta a escribir ese relato, eso desde luego. Es lo único que hace en cuanto tiene un momento libre: en el autobús, en las pausas entre clases, a la hora de comer... Me parece que tienes una Jane Austen en ciernes.

—¿En las pausas y a la hora de comer?

—Últimamente, eso es lo que hace. No hay forma de sacarla de la biblioteca.

Todos le hemos advertido de que «a este ritmo vas a sufrir una lesión por esfuerzo repetitivo», pero está enganchada. No creo que sea malo; dicen que los niños tienen que salir tres veces al día y respirar aire fresco, pero mira dónde estamos nosotros. —Lesley alza y separa los brazos, supongo que para referirse a Devon, aunque no está del todo claro—. No hay forma de evitar el aire fresco aquí. No es como si estuviéramos en Hammersmith o en... —Se encoge de hombros; al parecer, no se le ocurre ninguna otra zona contaminada de Londres—. Pero sí, desde luego: a partir de ahora, Ellen tendrá deberes con normalidad.

—Hay algo más de lo que quisiera hablarte —digo con rapidez, al reconocer la voz que Lesley utiliza cuando está a punto de echarte.

—¿Sí? —Tamborilea con las uñas en la tapa de la lata de pasteles.

—Lo siento, será solo un momento. —Intento convencerme de que va a ser fácil; quizá Lesley me esté agradecida por corregirla—. Es acerca de George Donbavand y el abrigo de Ellen. Mi hija está bastante disgustada por la situación; está convencida de que no la creéis, y yo entiendo que parece que esté protegiendo a George...

—Justine, creo que será mejor...

—Lo que pasa es que George realmente no le robó el abrigo. —Es tan fuera de lo común que Lesley me interrumpa que decido fingir que no lo ha hecho—. Ellen se lo regaló; ya sé que es algo muy raro, pero...

—Justine.

—¿Qué?

—Ay, ay... —suspira Lesley. El tamborileo de la uña en la lata se hace más fuerte e insistente y, de pronto, se detiene—. En momentos como este me gustaría ser una persona distinta. Sé que puedo resultar demasiado franca y poco diplomática, y eso no siempre gusta.

—¿Qué quieres decir? Puedes ser tan franca como quieras; yo también lo he sido. George no robó el abrigo de Ellen. Está muy mal que haya sido expulsado; no se lo merece. No creo que se pueda ser mucho más franca. —Sonrío, intentando suavizar el golpe.

—Justine, George no existe.

—No... —Es lo último que esperaba oír—. ¿Disculpa?

—No hay ningún chico llamado George en esta escuela.

Nos miramos mutuamente. Me he quedado sin palabras.

—No es mi intención ser sarcástica, pero ¿no será porque lo acabáis de expulsar?

—No. Nunca ha habido un chico llamado George Donbavand en Beaconwood. No se ha expulsado a nadie por robar un abrigo que no ha robado. Eso que te preocupa... —dice, con expresión dubitativa.

—¿Sí?

—No ha sucedido nunca. Perdona, tengo mucho que hacer, como siempre...
—Se pone de pie.

—Espera; lo siento, pero no. ¿Me dices que crea que Ellen se inventó por completo a un chico llamado George Donbavand? Me dijo que era su mejor amigo del mundo.

—Justine —Lesley sonríe con resuelta paciencia—, déjame que te tranquilice: George no existe, no ha existido nunca y nadie ha sido injustamente acusado ni expulsado. —Mientras habla, camina hacia la puerta del despacho con la clara intención de que yo la imite.

Me quedo sentada en silencio durante unos instantes mientras trato de procesar lo que acabo de oír.

—Pues —digo por fin—, si no existe ni ha existido nunca un George Donbavand, deberías saber que eso no me tranquiliza en absoluto. A pesar de que no me gusta ver cómo se castiga a chicos inocentes, me preocupa mucho más creer que mi hija está loca o que crea esta clase de fantasías.

A mitad de mi discurso, Lesley abandona su falsa sonrisa. Tampoco me mira siquiera; ni me responde.

—¿Qué sucede, Lesley? Antes, cuando me dijiste «Ay, ay»... No te sorprendió que sacase el tema del chico inexistente, ¿verdad? Sabías exactamente de quién y de qué estaba hablando; ¿cómo es eso posible, si no ha habido nunca un George Donbavand en Beaconwood?

—Justine, lo siento mucho, de verdad, pero voy a tener que poner punto final a esto. Ellen es una chica fantástica y nos encanta tenerla con nosotros. Te aseguro que no hay ningún problema en Beaconwood. Nunca he expulsado a ningún alumno y espero no tener que hacerlo nunca.

«Joder, no me lo puedo creer».

—¿Me estás amenazando? —Me pican las palmas de las manos. Ahora mismo podría saltar de la silla y...

—¿Amenazando? No, desde luego que no.

—Entonces, ¿no has insinuado que si no lo dejo correr y acepto fingir que George Donbavand no ha existido nunca expulsarás a Ellen?

—No. —Lesley parece genuinamente sorprendida—. No he querido decir

eso en absoluto.

—Ah. Bueno, de acuerdo, algo hemos solucionado. ¿Podrías venir y sentarte? No soy capaz de pensar bien si estás rondando la puerta.

Lesley vacila pero, para mi sorpresa, vuelve a su asiento.

«Perfecto; vamos avanzando».

—Escúchame: Ellen está muy rara últimamente. Mucho. Le he suplicado que me diga qué le pasa, pero no quiere; sea lo que sea, se lo guarda para sí misma. Hasta hoy, cuando me ha hablado de George Donbavand, el abrigo, su expulsión... esa historia que sé que tú conoces tan bien como yo.

Lesley asiente... o eso creo. Las pruebas visuales no son concluyentes; no se compromete a nada.

—Lesley, si mi hija se ha inventado toda una historia sobre la persecución de un chico que no es real, me lo tienes que contar. Si el motivo de que conozcas la historia de George es que Ellen ha estado aquí, sentada donde yo estoy y suplicándote que no expulses a su amigo que no existe, necesito saberlo. Tendría que haberlo sabido cinco segundos después de que sucediese.

—¿Confías en mí, Justine?

—Últimamente no —murmuro; es una respuesta inmadura, pero no puedo evitarlo.

—Sí, confías en mí —me corrige Lesley con una sonrisa que parece más auténtica que la anterior—. Nos confiaste a Ellen, a mí y a esta escuela, y tengo toda la intención de honrar esa confianza. Recuerda que yo también soy madre.

—Lo sé; y, de una madre a otra, dime qué demonios está pasando.

—Créeme, a Ellen no le pasa nada.

Siento un relajante alivio, seguido de una sensación de irritación conmigo misma por fiarme de su palabra.

—No quiero decir que no sea infeliz —aclara Lesley—. Estoy de acuerdo en que en los últimos tiempos parece bastante decaída. Pero, desde un punto de vista psicológico, no le pasa nada. Si es eso lo que te preocupa, no está viviendo en un mundo de fantasía.

—De acuerdo. —Intento respirar con normalidad—. En tal caso, su amigo George Donbavand acaba de ser expulsado por robarle el abrigo, ¿no es así?

Lesley no dice nada.

—Al menos ya has dejado de negarlo; supongo que algo es algo. Lesley, Ellen le regaló a George su abrigo. Al parecer, él había perdido el suyo y su madre se lo habría hecho pasar mal, así que Ellen, cuya madre es una papanatas

y está dispuesta a comprar todos los abrigos que sean necesarios, le dio el suyo como regalo. Por favor, anulad la expulsión.

—No puedo. —Por un segundo, el rostro de Lesley expresa fracaso, derrota. Instantes más tarde, me pregunto si no me lo habré imaginado.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho: no hemos expulsado a George Donbavand. No hay nada que arreglar; si lo hubiese, rectificaría de inmediato, te lo prometo.

—No lo habéis expulsado —repito con voz aturdida y monótona. ¿De verdad está sucediendo esto?

—Así es. No lo hemos expulsado. George Donbavand no existe. Nunca ha estado en esta escuela y no hemos podido expulsarlo.

Capítulo 3

Nivel de pruebas y el cuasiahorcamiento de Perrine

Perrine Ingrey no fue a la cárcel por el asesinato de Malachy Dodd; no había testigos que pudiesen afirmar con certidumbre que lo había matado, y ella lo negaba, cada vez más iracunda e incrédula, cada vez que le preguntaban.

Una noche, mientras Perrine dormía, el resto de la familia Ingrey debatía el espinoso tema. «Sé que lo hizo, y Lisette también lo sabe —afirmó Allisande—. La oímos decir “¡Ja!” en el preciso momento en que el cuerpo de Malachy golpeó el suelo». (Lo más extraño es que ni los Dodd, ni Bascom, ni Sorrel parecían haber oído este «¡Ja!» tan claramente audible. Quizá todos lo confundieron con algún sonido procedente del otro lado del río, o con algún juerguista borracho en la cubierta de un yate de paso. En tal caso, se equivocaban de medio a medio: fue la voz de Perrine, no había duda, y sus dos hermanas la reconocieron de inmediato).

Lisette, la mayor, no estaba de acuerdo con Allisande en que Perrine tenía que ser culpable. Tenía la firme sospecha de que su hermana menor era una asesina, pero no estaba dispuesta a utilizar «tener que» sin las pruebas adecuadas.

—El «¡Ja!» no demuestra que lo matase —dijo Lisette a los otros tres—. Lo único que demuestra es que estaba contenta de verlo caer y matarse.

—No pudo caerse de forma accidental —dijo Sorrel—. La ventana de la habitación de Perrine es demasiado alta para que eso sea posible.

—No estábamos allí, de modo que no podemos saber con seguridad lo que pasó —la contradujo Bascom; como en el caso de Lisette, su punto de vista sobre el nivel de las pruebas era muy estricto—. Por ejemplo, puede que Perrine estuviese probando una especie de broma y la cosa fuera mal.

—¿Qué clase de broma? —La voz de Sorrel derrochaba incredulidad.

—¡Y yo qué sé! O quizá no tenía previsto soltarlo, pero le resbaló.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Que lo tenía colgando de la ventana por diversión? —dijo Sorrel con brusquedad—. ¿O para asustarlo? ¡Ah, bueno, pues entonces no pasa nada! Mira, en lugar de perder el tiempo con especulaciones, ¿por qué no nos concentramos en decidir qué hacer?

Bascom, Lisette y Allisande se quedaron de piedra; Sorrel no solía decir nada que pareciese tan organizado.

—¿Hacer? —dijo Bascom (aunque esta respuesta era más propia de Sorrel).

—Sí —repuso su mujer—. Todo el mundo en los alrededores cree que Perrine asesinó a

Malachy, incluidos nosotros. Va a suceder algo; alguien (no los Dodd, que son demasiado lerdos, sino alguien distinto) va a tratar de vengar la muerte de Malachy. Las tinieblas flotan en el ambiente, ¿no lo notáis? Yo sí lo noto. Percibo que, vaya donde vaya, el odio hacia Perrine va creciendo. Le pasará algo; ella no se da cuenta, pero yo sí. El peligro nos rodea, y no solo a Perrine: también a nosotros. ¿Y si un día alguien me arroja agua hirviendo a la cara por haber traído a una niña perversa al mundo?

—¡Mamá! —protestan Lisette y Allisande al unísono—. ¡No nos asustes!

—Me temo que, para protegernos a todos, es posible que tenga que asustaros —murmuró Sorrel.

Bascom le pidió pruebas de que el peligro para la familia fuese real, pero Sorrel no las tenía.

Perrine siguió en su línea habitual: retorcida, sin atractivo y propensa a las rabietas. Dejó de responder preguntas sobre su papel en la muerte de Malachy Dodd; cada vez que el asunto salía a colación, decía «Ya lo he superado». Esto solo sirvió para exacerbar las iras de los habitantes del pueblo contra ella. En las calles, en las esquinas y en los mesones del lugar se decía en voz baja que Perrine Ingrey hablaba de la trágica muerte de Malachy como si fuese una desgracia para ella, no para él; ella era la víctima principal, había sobrevivido y lo había dejado atrás.

Un día, durante un partido de *rounders* en una escuela local, Perrine estaba de pie en el césped del campo, bajo un árbol, cuando de pronto sintió algo alrededor del cuello: era una cuerda con un nudo corredizo que alguien había dejado caer desde arriba. Cuando miró vio a una persona sentada en una de las ramas altas del árbol. Los vaqueros y las zapatillas de deporte eran visibles, pero no la cara, de modo que Perrine nunca reconoció a su atacante.

(Seguro que estáis empezando a pensar que están a punto de asesinar a Perrine, ¿no? No os precipitéis).

Sintió el nudo apretarse alrededor del cuello cuando su misterioso enemigo tiró de la cuerda. Por suerte para Perrine, su siguiente e impulsiva acción le salvó la vida: agarró la cuerda con las manos de forma que, a medida que se tensaba y que quienquiera que fuese la izaba en el aire desde la rama en donde estaba sentado, sus dedos pudieron separar el nudo del cuello lo bastante para poder respirar un poco. Se hizo bastante daño en los dedos, pero la tráquea no quedó destrozada.

«Colgado del cuello hasta morir»; así es como lo dicen, ¿verdad? Una expresión escalofriante.

Perrine Ingrey no murió en aquella ocasión. No creáis que podéis averiguar lo que va a suceder antes de que yo lo diga, porque no podéis; es imposible. Algunas historias son tan inimaginablemente terroríficas que no hay imaginación normal que pueda crearlas. Ni siquiera las personas que habían conocido a la familia Ingrey durante años habrían podido prever lo que pasó. Incluso después —después de que Perrine fuese finalmente asesinada— nadie supo quién lo había hecho, por qué ni cómo. Aún en nuestros días, si visitáis la vecindad de Speedwell House oiréis leyendas locales y rumores acerca de Perrine. Desde las mesas cubiertas de restos de cangrejos y langostas del Anchorstone Café en Dittisham a las empinadas calles de Dartmouth, con sus pequeñas galerías de arte en donde se venden cuadros idénticos de cabañas de playa en colores pastel, y a lo largo de todo el río Dart, en cualquier tipo de embarcación que podáis imaginar, oiréis el nombre de Perrine transportado por el viento y susurrado por los árboles de la orilla. A veces es como si el nombre flotase en el agua, como si cientos de remos de madera lo impulsasen a través de la espuma: «¡Perrine, Perrine, Perrine!». (Desde luego, hay muchas personas fantasiosas y melodramáticas, así que yo no aconsejaría confiar en alguien que te pide que creas que el agua y los árboles pueden hablar).

Pero una cosa es segura: la mayor parte de las personas que viven en Kingswear o alrededores siguen contando la terrible historia de Perrine Ingrey. Y lo más irritante es que, cuando terminan, todos dicen lo mismo: «El misterio no se resolvió nunca. Nadie sabe quién asesinó a Perrine Ingrey».

Y eso, por decirlo claro, no es cierto. Yo sé quién asesinó a Perrine. Y los que no lo saben podrían averiguarlo fácilmente si utilizasen el cerebro. Cuando llegan al final del relato disponen de toda la información necesaria. En realidad está tan claro como el agua, pero son incapaces de ver los hechos a pesar de que solo hay una posibilidad lógica.

(A decir verdad, no estoy segura de si yo misma habría podido averiguarlo si no me lo hubieran dicho).

Pero volvamos a Perrine, que está colgando de un árbol por el cuello. Qué desconsiderado por mi parte dejarla ahí, balanceándose, mientras yo divago y me quejo de la falta de imaginación de la gente.

Si su aspirante a asesino hubiese persistido, Perrine podría haber acabado por morir; aun con los dedos entre el cuello y la cuerda, no quedaba mucho espacio para respirar. Por suerte para Perrine, el asesino vio cómo agarraba el nudo con una mano y eso le desanimó. «Vaya —pensó seguramente—, se supone que dentro del nudo solo tiene que haber un cuello, nada más. Mi plan ha funcionado horrorosamente mal». El villano decidió dejarlo correr y darse el piro. Más tarde, Perrine le contó a su familia que había oído pasos pocos segundos después de caer al suelo. Mientras estaba allí tumbada, medio ahogada y frotándose el cuello con los dedos hinchados y heridos, oyó huir a su atacante.

Si se le preguntaba a Perrine (cosa que ya no es posible hacer, pero que al parecer alguien hizo mientras aún estaba viva), habría dicho que lo peor de aquella terrible experiencia no había sido estar colgada de un árbol por el cuello, con el temor de que una oscuridad sin fin estuviese a punto de engullirla. No, la peor parte fue ver los rostros de su profesor y sus compañeros mientras estaba allí colgada, suspendida en el aire. Todos y cada uno de ellos pensaban que Perrine estaba condenada, y ninguno movió un dedo para salvarle la vida; veintinueve alumnos y un profesor se quedaron totalmente quietos, con sonrisas de admiración por el asesino en el rostro, felices de que a Perrine le quedase poco tiempo de vida.

Solo cuando resultó obvio que iba a sobrevivir, su profesor lanzó un suspiro y dijo: «Bueno, será mejor que llamemos a una ambulancia».

Estoy en el lugar equivocado: sentada junto a un árbol plantado en una maceta de terracota, en la recepción pintada de lila de la comisaría de policía, cuando debería estar aún en la escuela de Ellen. No puedo creer que dejase que me sacasen del despacho de Lesley Griffiths y del edificio con una serie de cumplidos halagüños pero vacíos de contenido: Ellen es una chica fantástica, llegará lejos, es muy creativa... Sí, todos ellos son ciertos y agradables de oír, pero el asunto no es ese:

El asunto es George Donbavand.

¿Por qué me dejé manipular hasta ese punto por Lesley? ¿Por qué me fui sin obtener una explicación satisfactoria? Ya sé que las personas hacen cosas extrañas cuando están en shock, pero tampoco es que me estuviesen torturando ni violando; solo estaba profundamente confundida. Es difícil defenderse cuando estás tan desconcertada que no eres capaz de pensar con claridad.

Deliberadamente desconcertada: así es como me sentía yo.

Si nunca hubo ningún chico llamado George Donbavand en Beaconwood, ¿por qué no estaba Lesley más alarmada cuando le conté que mi hija se lo había inventado? ¿Por qué iba Ellen a inventarse a una hermana, también en peligro de ser acusada falsamente y expulsada?

Debería haberle preguntado a Lesley acerca de Fleur Donbavand. En cuanto salga de aquí volveré a la escuela e interrogaré a otras personas: Kendra Squires, el señor Fisher y todos los niños que se me pongan a tiro. «Date prisa, agente Phoebe Hilton». Es la persona a la que me han dicho que tengo que esperar.

Si George estuvo en Beaconwood, docenas de alumnos le habrían conocido,

y todos los profesores. No es posible meter a tanta gente en una conspiración de mentiras, y menos con alguien como yo incordiándoles y decidida a llegar a la verdad.

No dejo de pensar en esto: Lesley Griffiths no está loca. Entonces, ¿qué le pasa? ¿Algo mucho peor? Si me está mintiendo, si me está diciendo que George no existe cuando en realidad sí, es por completo inaceptable. No puedo creer que ningún director de colegio sea capaz de algo así.

«Nadie sería capaz de algo así». Ya, el mundo está lleno de personajes grotescos con una conducta atroz, pero... esto es demasiado extravagante, demasiado chiflado. Puedo imaginarme los titulares en el *Sun* y en el *Mail*: «Directora que negaba la existencia de alumno resulta estar...». ¿Qué?

—¿Justine Merrison? —Levanto la vista y me encuentro a una joven que me sonrío—. Soy la agente Hilton, pero puede llamarme Phoebe. —No parece mucho mayor que Ellen. Lleva el pelo rubio recogido en una coleta alta.

Podría preguntarle si es ilegal que una directora mienta a un padre. Lo único que me interesa discutir en este momento es el misterio de George Donbavand. Me preocupan menos las llamadas telefónicas molestas; es un problema que podría resolver yo misma, sin la ayuda de la policía. Si vivir en Devon quiere decir aguantar amenazas de extraños y mandar a mi hija a una escuela en la que los alumnos «desaparecen» a la manera de los regímenes fascistas, no me apetece quedarme en este condado, pero tampoco quiero regresar a Londres. Quizá la tarada ceceante acepte un término medio: Somerset, o Cornualles.

Me encanta Speedwell House, pero no hasta ese punto. Probablemente podríamos venderla en menos de una semana a alguna de las cuatro familias que perdieron en la subasta que nosotros ganamos. Alex sostendría que abandonar es de cobardes, pero ya he oído otras veces ese fragmento de supuesta sabiduría y nunca he estado de acuerdo con él. Si algún aspecto de tu vida te hace infeliz y tienes la posibilidad de huir, ¿por qué esperar? Son demasiadas las personas que se quedan e intentan mejorar las cosas, lo que suele significar esforzarse hasta el agotamiento para compensar las deficiencias de otros. Por mi parte, yo prefiero el descarte: déjalo de lado y sigue avanzando.

O en las inolvidables palabras de Ben Lourenço la última vez que le vi: «Tíralo al cubo de “a la mierda”».

—¿Quiere que vayamos a algún lugar donde podamos hablar en privado? —pregunta Phoebe Hilton.

—No me importa. Aquí está bien.

—Creo que será mejor que vayamos a un sitio menos público. La recepción no suele estar así de tranquila. Nunca se sabe quién puede aparecer.

—De acuerdo.

«Entonces, ¿por qué me pregunta? Me da igual. Solo quiero acabar con todo esto y volver a Beaconwood».

La agente Hilton empieza a hablar del tiempo mientras recorre una serie de pasillos; yo intento participar en la conversación sin bostezar. Una vez establecido que podría hacer más frío en los próximos días, o no, me pregunta acerca de mi acento.

—¿De dónde, exactamente?

—Northenden.

—¡Lo sabía! Cerca de mi tierra; yo nací en Wythenshawe.

—¿En serio? Suena muy de Devon para ser de Mánchester.

—Nos trasladamos aquí cuando tenía quince años, y cambié enseguida el acento para que no me diesen una paliza cada día en la escuela. Pero sigo visitando Mánchester; mi abuelita lleva allí toda su vida. Si le preguntas a ella, Northenden es pijo. Supongo que cualquier sitio lo es comparado con Wythenshawe.

—Excepto Miles Platting —respondo con una sonrisa.

—¡Miles Platting! —se ríe Phoebe Hilton—. Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre.

Yo tenía un novio que vivía allí; a mi padre y a mi madrastra no les gustaba. —«Mi madre los llamaba esnobs y les decía que lo superasen, que tampoco es que Northenden fuese Mayfair».

¿Qué diría la agente Hilton si le contase que un árbol genealógico había matado a mi madre? Probablemente diría que no podía ser verdad.

Y no lo es. Ya lo sé. Pero da la sensación de que lo es.

«Los árboles genealógicos no son más que dibujos sobre papel. Venid a por mí, Bascom y Sorrel Ingrey. No podéis hacerme daño, seáis quienes seáis».

Acabamos en una habitación rectangular alargada con unas horrorosas cortinas plisadas de color naranja y muchas sillas y mesas alineadas contra las paredes, como para hacer sitio para un inminente baile.

—Tome una silla —dice la agente Hilton mientras ella hace lo propio y saca del bolsillo una libretita de notas y un bolígrafo—. Bien, cuénteme lo de esas singulares llamadas de teléfono. Singulares en el sentido de peculiares, no en el sentido de únicas e irrepetibles, claro.

Empiezo por describir la especie de ceceo de mi anónima comunicante y, a continuación, intento reconstruir por entero ambas conversaciones. Luego le cuento lo más extraño de todo: que esa mujer habla como si nos conociésemos bien y tuviéramos una historia juntas, cuando no es así.

—No estaría aquí si no fuese porque, cuando llamé a mi marido y le conté la situación, él insistió en que se lo dijese a la policía.

—Y tiene razón. Si la han amenazado, lo mejor es siempre informar de ello; aunque no sea más que palabrería, que es lo que parece en este caso.

—Quiere decir que...

—Es poco probable que esta persona le haga daño físico alguno.

Phoebe Hilton levanta la vista de su cuaderno y sonrío.

—¿Qué le hace decir eso?

—Bueno, la mayor parte de los que hacen llamadas hostiles sacan toda su agresividad con las llamadas. Con eso les basta.

Espero a ver si añade algo más convincente. Cuando no lo hace, pregunto:

—¿La mayor parte?

—Sí. Es cierto que una pequeña minoría lleva las cosas más allá, pero suele haber señales de alarma muy específicas de ello, factores de los que nosotros estamos al tanto. Puedo decir con una cierta seguridad que en este caso no ha surgido ninguna de estas señales.

—Entonces —acerco una silla de una de las paredes y me siento frente a ella—, ¿no cree que esta mujer vaya a atacarme a mí y a mi familia si no salimos inmediatamente de Devon?

—No, yo diría que no.

«Maldita sea». Habría estado bien poder decirle a Alex: «La policía nos aconseja que huyamos para salvarnos. Si nos quedamos será por nuestra cuenta y riesgo». Tengo confianza en mi capacidad para convertir el abandono de Devon en algo tan divertido como el abandono del trabajo.

¿Es extraño obtener tanto placer en desechar de tu vida las cosas problemáticas?

—¿Y no es una señal de alarma que esa mujer sepa dónde vivía y cuál era mi trabajo?

—Eso es algo horrible de escuchar —el rostro de la agente hace una mueca para expresar solidaridad—, pero no significa que vaya a hacer nada. En serio, en la mayoría de los casos, las llamadas bastan para proporcionarles la emoción que buscan.

—¿Hay muchos trastornados haciendo llamadas en esta parte de Devon? Habla como si se encontrase con cientos de ellos cada día.

—No, para nada. —Se ríe—. Este tipo de comportamiento es muy inusual.

—Entonces, ¿cómo...?

—Yo creo que pronto dejará de recibir llamadas. Esa suele ser la tendencia en las personas que hacen esto. Desde luego, si continúan, venga a vernos de nuevo.

—Ya han continuado. De una llamada a dos ya es una continuación. —Yo no quería venir y lo hice para complacer a Alex; ahora me estoy enfadando en su nombre, porque sé que lo que está diciendo Phoebe Hilton no es lo que él querría que dijese—. ¿No pueden intentar localizar las llamadas? Quizá no esté temblando de miedo ni en peligro inminente, pero sigue siendo acoso. Por cosas así se procesa a la gente, ¿no?

—Si las llamadas continúan —la agente Hilton asiente—, desde luego que las localizaremos. A decir verdad, sería mucho más fácil si pensase quién puede ser y quizá intentase hablar con esa persona. Hacerle frente. Nunca sola, por supuesto, y de la forma más diplomática posible. Quizá su marido podría acompañarla.

En mi cabeza todo se detiene durante unos segundos. ¿Es que no me he explicado con la suficiente claridad?

—Si creyese que puedo averiguar por mí misma quién lo está haciendo, no la estaría molestando. Estoy aquí porque estoy segura de que no es nadie a quien yo conozca. Es una voz que no he oído nunca antes.

—Las personas pueden distorsionar su voz —dice la agente Hilton.

—Ya le he dicho que no era una voz distorsionada. Una voz distorsionada suena apagada, alterada o... Esta mujer hablaba con una voz perfectamente normal y clara, con un ligero ceceo, aunque no el ceceo normal, no cambiaba eses por zetas.

—¿Ha dicho que sonaba como si tuviese algo en la boca?

—No creo que lo tuviese, solo trataba de describir el ceceo. Era más como si su lengua chocase con los dientes al hablar. La cuestión es que la habría reconocido si fuese alguien a quien conozco, y no lo es. Nunca había oído la voz de esa persona.

—Pero ha dicho que ella sabía que había trabajado en el mundo de la televisión y que vivían en Muswell Hill.

—Así es.

—Entonces debe conocerla.

—No. Evidentemente, sabe algo acerca de mí, sabe datos, pero no me conoce porque yo no la conozco a ella. Me cuesta creerlo, pero al parecer es necesario que lo repita, así que, esta vez, escúcheme con atención: la persona que hace estas llamadas es una desconocida para mí.

La agente Hilton se ruboriza y escribe algo en su libreta. Espero que sean las palabras: «Nota: dejar de actuar como una idiota de inmediato».

—Muy bien. —Levanta la vista—. ¿Así que no se le ocurre a quién puede haber ofendido? ¿Ningún incidente que pueda haber provocado esta situación? Por favor, si piensa en algo o recuerda algo, hágamelo saber.

—¿Está de broma?

—No era mi intención —añade con rapidez—. No digo que haya intimidado a alguien de forma deliberada, pero a veces la gente puede ofenderse por cualquier cosa, ¿no es así?

—Sí, así es. —Es importante utilizar un tono conciliador. Bastará con tres palabras para suavizar el ambiente—. Pero no me está entendiendo: estas llamadas no tienen nada que ver conmigo ni con nada que yo haya hecho o dejado de hacer. Pues claro que a veces he molestado a algunas personas; incluso a un buen número de ellas.

—Exacto. —La agente Hilton parece aliviada de que por fin estemos de acuerdo—. Nos ha pasado a todos.

—Sí, y si pensase que esa persona era alguien a quien había molestado a lo largo de los años, se lo diría. Pero no lo es: no la conozco en absoluto. Mire, quizá conozca algunos detalles sobre mi vida, pero se equivoca en muchas cosas. Pensaba que yo sabría quién era ella y de qué estaba hablando, pero no es así. Está confusa, cree que soy otra persona, alguien implicado en algún tipo de... situación con ella de la que no sé nada de nada. No la van a encontrar si husmean en mi vida; si quieren saber quién es, localicen las llamadas.

—Es lo que evaluaremos si la situación continúa —contesta Phoebe Hilton—. Justine, tiene que comprender que mi trabajo se ve a menudo entorpecido por personas que ocultan detalles que me permitirían ayudarles de manera más eficaz. Comprendo que las personas se sientan avergonzadas por determinados datos personales...

—No es mi caso. Yo aquí soy irrelevante.

—¿Qué quiere decir?

—Sea lo que sea lo que sucede, no tiene nada que ver conmigo, sino con ella,

quienquiera que sea. No puedo ayudarle más de lo que ya he hecho. Es usted la que puede ayudarme a mí, haciendo que localicen las llamadas. Es su trabajo impedir que los civiles se vean amenazados, no el mío. Yo no tengo trabajo. — No puedo evitar sonreír al decirlo—. Yo ya he hecho mi parte informando de las llamadas de teléfono amenazantes. La pelota está en su campo.

—Déjelo de mi cuenta.

«¿Y qué es lo que piensa hacer? —me siento tentada de preguntar—. ¿Acaso no tengo derecho a saberlo? ¿Cuándo puedo esperar tener noticias tuyas?».

En vez de eso, hago lo que una haría persona no avasalladora: darle las gracias, como si estuviese agradecida por algo, e irme.

Y

Esta vez me encamino directamente a la escuela, sin perder el tiempo admirando la belleza de los jardines. Aparco el Range Rover y recorro el camino con la vista fija en las decoraciones de la fachada rosada de Beaconwood, como si al fijarme en el edificio pudiera impedir que se desvaneciese en el aire.

«Si le puede pasar a un alumno, ¿por qué no a toda la escuela?».

Sé lo que creo, y tengo ganas de probar si tengo razón o no la tengo. Lo que creo es que, hasta hace muy poco, había un alumno aquí, un chico llamado George Donbavand. Debía de recorrer este camino cada día, por la mañana, en dirección a la gran puerta de madera, como lo estoy haciendo yo ahora.

Lo creo porque Ellen dice que es verdad y Ellen no es ninguna mentirosa. Al menos no lo es habitualmente; solo acerca de sus deberes.

Solo necesito a una persona dispuesta a contarme la verdad.

La puerta de la escuela está rematada por un arco y tiene una gran aldaba de hierro, tan ruidosa que nos han pedido a los padres que no la utilicemos. Pulso el timbre, menos disruptivo, mientras recuerdo la primera vez que Alex y yo visitamos Beaconwood. Oímos el rumor de la llave en la cerradura, seguido de un chirrido antiguo de bisagras, y Alex susurró: «En cualquier momento hará acto de presencia un monje regordete y rubicundo».

Solté una risita.

«Túnica marrón, círculo afeitado en la parte de arriba de la cabeza y una pinta de espumosa hidromiel en la mano regordeta», prosiguió Alex.

Pero quien abrió la puerta fue la misma mujer que lo hace ahora: Helen

Minchin, la secretaria. Hoy lleva pantalones grises de lana y un jersey de cuello vuelto de color mostaza, todo ello complementado con pendientes y collar de perlas y zapatos negros con adornos también de perlas en la puntera. Parece fuera de lugar en el destartado edificio de la escuela de Beaconwood, donde es fácil ver uno o dos pares, o a veces hasta diez pares, de botas de agua sucias de barro alineadas en la pared frontal y las laterales. La idea de la convivencia de Helen y unas botas de agua sucias de barro en el mismo universo rechina en el cerebro. Debería trabajar en un impecable edificio de vidrio y metal, con ascensores que hablan varios idiomas.

Sus dos hijas adolescentes cursan sexto en Beaconwood y suelen hacer de canguro para otras familias de la escuela. Sus desconcertantes nombres son Leonie y Leanne. Poco después de que Ellen empezase en la escuela, Alex y yo tuvimos una discusión sobre ello. Yo decía: «Hay algo siniestro en poner nombres prácticamente idénticos a tus dos hijas»; Alex contestaba: «¿Qué te importa a ti? Eso es aún más siniestro».

Helen inspira bruscamente al verme en el umbral. «Ah. Justine». Su sonrisa vacilante llega con varios segundos de retraso; no es convincente, y me deja persuadida de que mi estatus ha cambiado de Madre estimada y valorada a Madre no bienvenida. «Y todo en el intervalo de un día lectivo. Increíble».

—Me he acercado para traerle una cosa a Ellen. —Sonríó con toda la inocencia de la que soy capaz—. ¡Espero que no haya problema!

Intento entrar como tantas otras veces antes.

—Me aseguraré de que lo reciba, sea lo que sea —dice Helen mientras me bloquea el paso con el brazo.

Sonríó un par de centímetros más. «Es hora de divertirse un rato».

—¿«Sea lo que sea»? —repito las palabras de Helen—. ¿Sabes lo que es? Es una sandía.

—¿Una sandía?

—Eso es. Ya sabes... —indico con las manos el tamaño aproximado—. Verde por fuera, rosada por dentro. Una fruta grande y saludable. Al menos treinta y siete de tus cinco porciones de fruta y verdura diarias. Creo que ese es el eslogan oficial de la sandía. Bueno, el caso es que es la fruta de la suerte de Ellen. Seguro que eso no lo sabías, ¿a que no? Pues ella sí. —Abandono la sonrisa—. No te la voy a dar a ti: voy a entrar y se la voy a dar yo misma a Ellen. ¿Recuerdas otras veces en que he entrado en la escuela y a todo el mundo le ha parecido bien? Pues voy a hacerlo otra vez; como antes.

Helen se me queda mirando, atónita, mientras paso a su lado y entro en el edificio. Seguro que Lesley Griffiths la ha preparado para responder preguntas sobre George Donbavand, pero no le dijo qué hacer en caso de ataque con una sandía imaginaria.

Las mentiras descaradas son horribles y también fascinantes: puedo no haberme acercado a una sandía durante más de diez años, física o mentalmente, y de pronto plantar una en la mente de Helen de la que no hay forma de librarse. Ella sabe que estoy mintiendo; he hablado con la intención de destacar la extravagancia de la mentira. Si aquí todo el mundo puede decir mentiras que no son en absoluto convincentes, ¿por qué no iba yo a hacerlo?

—¡Justine! —Helen sale tras de mí, llamándome—. No están aquí.

Me doy la vuelta.

—Todos los de noveno año están en clase de natación. Los instructores no volverán hasta dentro de media hora.

—De acuerdo. —Había olvidado que hoy era día de natación—. No te preocupes; he traído la sandía en una bolsa de plástico. La dejaré colgada en su percha.

Helen vuelve a su escritorio, momentáneamente derrotada. Está esperando que la deje sola para poder avisar a Lesley de la emergencia por teléfono. Eso significa que no me queda mucho tiempo.

Me muevo rápido por los pasillos llenos de pinturas y esculturas hechas por los niños. Las dos clases de noveno año —9G y 9F— están vacías. El señor Goodrick y el señor Fisher no se van a quedar si los niños no están, así que voy hacia la parte de octavo año del edificio, donde las clases están en pleno apogeo. No estoy segura de querer meterme en una de las aulas e interrogar a cualquier profesor enfrente de su clase, pero lo haré si me veo obligada a ello. Se supone que uno de ellos fue el profesor de George Donbavand el año pasado; si puedo localizar a Kendra Squires, ella sería la persona ideal a la que arrinconar. Es lo que llaman una profesora itinerante, que no está asociada a ninguna clase en particular; también es muy respetuosa y está ansiosa por agradar. Estoy convencida de que podría sacarle la verdad, a pesar de la censura que haya podido imponer Lesley Griffiths. Incluso si lo único que obtengo es un torrente de lágrimas y la admisión de que no se le permite decirme la verdad, será suficiente para empezar.

—¡Señora Morrison! —trueno una voz detrás de mí.

Se trata del señor Goodrick, con vaqueros nevados y una camiseta de los

Jayhawks.

—No exactamente. Mi nombre aún es Justine Merrison. ¡Siga intentándolo!

—El problema es que no lo intento. —Se ríe el señor Goodrick—. Es demasiado fácil tomarle el pelo.

—Cierto, es extremadamente fácil tomarme el pelo. —Me río yo, como si agradeciese la broma—. ¿Sabe quién es la última que lo ha hecho? Lesley Griffiths. Por cierto, ¿por qué no se ha ido a nadar con los demás?

—Es la Semana del Arte. No sabrían gestionar la Semana del Arte sin su propio Hombre del Renacimiento... —Goodrick se señala con ambos dedos índice—, de modo que AAG me está sustituyendo en la piscina.

Se refiere a Ayesha Al-Ghannam, la directora de último año en Beaconwood y pionera de la educación sexual. Probablemente en este mismo momento está interrumpiendo el período de crol, sacando del agua a chicos de catorce años con acné para asegurarse de que no han olvidado lo que deben saber acerca de los ovarios poliquísticos.

—Será mejor que me dé prisa —dice Goodrick—. Me alegro de verla, Justine.

—Espere. Hay algo que tengo que preguntarle.

—Que sea de prisa. En serio, tengo muy poco tiempo.

—George Donbavand.

—¿Quién? Lo siento, nunca he oído hablar de él. George... ¿Dunnerband, ha dicho?

Puede que tenga un don divino para el arte, pero la interpretación no es lo suyo.

—Donbavand —repito—. Era alumno aquí; lo han expulsado recientemente.

—No. Lo siento. Nunca había oído ese nombre.

—¿Nunca había oído hablar de George Donbavand?

—No. Y hasta donde yo sé, no han expulsado a nadie. —Goodrick silba suavemente. Porque claro, todos sabemos que los que silban de forma inocente es porque son inocentes.

Me dan ganas de saltar sobre él y machacarle la cara a puñetazos.

—No tiene ni idea de hasta qué punto me resulta obvio que está mintiendo. Esta misma mañana me resultó obvio que Lesley me estaba mintiendo. No hubiese sido más obvio si todos llevasen camisetas estampadas con las palabras «¡Todos estamos mintiendo!» con signos de admiración incluidos.

—Tengo que irme, Justine Merrison. ¿Lo ve? —dice con una sonrisita—, no

se me dan tan mal los nombres. Me acordaría de George Donbavand. No hay ninguno en Beaconwood, ni lo ha habido nunca.

¿Qué puedo hacer para evitar que se vaya? Nada. Mi sandía imaginaria, que ha sido tan eficaz con Helen, ahora ya no sirve. No puedo lanzarla a la cabeza del señor Goodrick y noquearlo.

Marilyn Monroe.

¿Por qué me ha venido este nombre a la cabeza? Eso es: los cuadros de la pared detrás de mí. He visto...

Me vuelvo para mirarlos. El de Marilyn es uno de los mejores trabajos. Debajo de su rostro —mitad fotografía, mitad pintura al óleo— está escrito, a mano, el nombre de la artista: «Fleur D».

—¿Y qué hay de Fleur? —le digo a Craig Goodrick mientras se va.

Se detiene, pero no se da la vuelta.

«No sabe qué decir. Lesley le dijo que mintiese acerca de George, pero no habló de Fleur. Tiene que tomar la decisión él mismo sin saber lo que ella querría».

—Fleur Donbavand, hermana del inexistente George. Alumna de esta escuela. Mira, este es su retrato de Marilyn Monroe. El que dice Fleur D en la parte de abajo.

—Sí, Fleur —dice Goodrick mientras se mete las manos en los bolsillos sin el menor rastro de culpabilidad—. Es una artista de talento.

—A ver si me ha quedado claro: ¿está hablando de Fleur Donbavand?

—Sí. Está en duodécimo año.

—Y sin embargo, hace menos de dos minutos ha fingido no reconocer el apellido Donbavand. Dunnerband, ha dicho.

—No la he oído bien. —Me lanza una mirada desafiante.

—Aun así; cuando he repetido el nombre, no me ha respondido «No, no conozco a un George, pero sí conozco a una Fleur Donbavand».

—Tengo prisa. Usted ha preguntado por George, y yo no conozco a ningún George Donbavand. He respondido a la pregunta que me ha hecho; no me ha preguntado acerca de Fleur, así que no la he sacado a colación. —Goodrick empieza a marcharse caminando de nuevo.

—¿Y qué cree que pensará Fleur cuando le pregunte acerca de su hermano? —le grito mientras se aleja.

Se ha ido; se ha desvanecido tras una esquina. Sería poco digno perseguirlo, y tampoco serviría de nada.

¿Debo entrar en la clase de octavo año exigiendo mis derechos y demandar la verdad? Sin duda, si suelto de buenas a primeras «¿Quién conoce a George Donbavand?», alguien levantará la mano y dirá «¡Yo!».

«Desde luego que es real; no cabe duda. Si Fleur existe, George debe existir».

Hace años, mientras trabajaba en un programa de misterio en televisión, pasé un cierto tiempo con una psicoterapeuta que hacía perfiles psicológicos para la policía. Me contó que los mentirosos más peligrosos y terroríficos son los que intentan engañar incluso cuando no hay ninguna posibilidad de convencer a nadie; aquellos que saborean la incapacidad de los honestos de creer que sean capaces de mantener la simulación frente a pruebas fehacientes de lo contrario.

Me produce escalofríos pensar que la directora de la escuela de Ellen y su tutor están ahora dentro de esa categoría.

Oigo romperse un vidrio. No es un ruido fuerte, como una ventana cuando se rompe, sino débil y sordo. El pasillo se llena del estruendo de una alarma. Me aparto de espaldas a la pared mientras los niños empiezan a salir de las clases guiados por profesores que señalan y articulan palabras inaudibles.

Lesley Griffiths pasa corriendo a mi lado y luego se gira, frunce el ceño y gesticula hacia mí: «¿Qué hace ahí de pie? Tiene que salir del edificio: alarma de incendio».

«Has sido tú —le digo a la espalda mientras se aleja de mí—. Tú has roto el vidrio para que yo me vaya».

No puede oírme. Ni siquiera yo puedo oírme.

Capítulo 4

Pas devant les enfants

Después de que el desconocido bellaco intentase matar a Perrine colgándola de un árbol, todo cambió para la familia Ingrey. Esa misma noche, después de que un médico examinase a Perrine y le curase las erosiones de la cuerda en el cuello, Bascom y Sorrel les dijeron a sus tres hijas algo que nunca les habían dicho: «Necesitamos hablar en privado, chicas. Lo más probable es que tardemos bastante. Tendréis que mirar en la nevera y la despensa y preparar vuestra propia cena».

Lisette, Allisande y Perrine se quedaron estupefactas. En su casa, Speedwell House, nunca había habido un sistema de *apartheid*, con los adultos a un lado y los niños en el otro. Cuando iban de visita a casa de sus amigos siempre les había resultado peculiar que otras familias se comportasen así. En el caso de Mimsie Careless, por ejemplo, la amiga de Lisette, sus padres interrumpían las conversaciones sin ni siquiera acabar la frase en el momento en que ella entraba en una habitación, adornaban su rostro con una sonrisa y decían, en voz falsamente cordial: «¡Hoola, querida! ¡Qué bien que hayas venido!». Durante años, Lisette había estado convencida de que el señor y la señora Careless eran espías para una potencia extranjera, hasta que Sorrel le explicó que muchos adultos sufren de una extraña neurosis y que, para controlarla, ocultan a sus hijos información importante sobre la vida.

Allisande tenía una amiga llamada Henrietta Sennitt-Sasse cuya madre no respondía a pregunta alguna, ni siquiera las más inocentes, delante de su hija. Si Bascom o Sorrel llevaban a Allisande a casa de Henrietta y se les ocurría preguntar a la señora Sennitt-Sasse algo como: «Oh, ¿tiene una nueva planta de lavanda en el jardín?» o «¿Qué opina de que las chocolatinas Marathon hayan cambiado su nombre por el de Snickers?», la señora Sennitt-Sasse ponía una expresión severa y murmuraba, con los labios apretados: «*Pas devant les enfants*», que significa «Delante de los niños, no» en francés. La señora Sennitt-Sasse solo respondía cuando Allisande y Henrietta ya habían subido a la habitación de Henrietta, después de comprobar que las chicas no podían oírla.

Los Ingrey se lo pasaban de miedo burlándose sin piedad del enfoque de los Sennitt-Sasse. Sorrel se mondaba de risa cada vez que ella les contaba a su familia la conclusión: «Y después de toda la comedia, yo en ascuas por escuchar el seductor secreto que no podía pronunciarse delante de niños, porque los niños se enteran de todo, lo que dijo esa estúpida mujer fue: “Sí, es una nueva lavanda. La compré a mitad de precio en el centro de jardinería el fin de semana; estaban de rebajas”».

Hasta el día en que trataron de colgar a Perrine de un árbol, Bascom y Sorrel Ingrey habían discutido de lo humano y de lo divino delante de sus tres hijas. No ocultaban las opiniones muy

firmes, ni las opiniones críticas. A decir verdad, no tenían demasiadas opiniones que no fuesen firmes y críticas, y habría sido ridículo no permitir a las chicas oírles hablar. En casa de los Ingrey, los niños no estaban protegidos contra los temas más polémicos y controvertidos porque, para los Ingrey, casi todo lo que valía la pena era polémico y controvertido; por ejemplo, desde cuándo ponerse en marcha para un evento importante (con al menos una hora de tiempo adicional, por si alguna cosa salía mal, sostenía Bascom; no, justo en el último momento para no perder el tiempo, se oponía Sorrel) hasta la mejor manera de organizar las finanzas familiares («contrata a un contable caro para ahorrarte todo el lío», decía Sorrel; «mantén registros meticulosos y enciclopédicos y rellena personalmente todos los formularios para ahorrar dinero», decía Bascom).

Espero que así entenderéis que el hecho de decirles a las tres chicas que se esfumasen mientras sus padres discutían privadamente en su dormitorio, con la puerta cerrada con llave, era tan fuera de lo normal que daba miedo. Para Lisette, Allisande y Perrine, ser excluidas de este modo y no poder oír más que susurros y bisbiseos fue casi tan traumático como el incidente del intento de asesinato de Perrine colgándola del árbol; incluso para la propia Perrine.

Las chicas no fueron a la cocina a prepararse la cena: lo que hicieron fue apoyar las orejas en la puerta del dormitorio de sus padres para intentar oír lo que sucedía. Al principio no oían nada pero, a medida que el enfado de Bascom y Sorrel iba aumentando, sus voces se hicieron más audibles.

—¡Pero lo acordamos! —gritó Sorrel—. ¡Prometiste que la próxima vez sería mi turno primero!

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —saltó Bascom—. ¿Cómo puede ser tu turno? ¿Cómo funcionaría la cosa, exactamente?

Lisette, Allisande y Perrine empezaron a llorar. Nunca habían oído a sus padres agredirse verbalmente el uno al otro de aquella manera. Veréis, a pesar de que Bascom y Sorrel Ingrey discutían y estaban en desacuerdo en todo, nunca se peleaban. La situación siempre era del todo amistosa y nunca nadie se enfadaba. Tradicionalmente, el desacuerdo era algo de lo que ambos disfrutaban; un *hobby*, por así decirlo.

Hasta entonces.

—¡Es científicamente imposible que tu turno vaya primero! —vociferaba Bascom—. Es exactamente como el asunto de Malachy Dodd: tú querías que no volviera a venir nunca y yo decía que debía venir una última vez. ¡No es que yo quisiera que volviese a venir otra vez, o que volviese a secas; en un mundo ideal, no le habría dejado pasar del umbral! Pero acordamos que sería bueno para Perrine. Y teníamos que hacerlo primero a mi manera, porque la alternativa era imposible desde los puntos de vista conceptual y práctico. ¡Es lo mismo en este caso!

—Pero tú prometiste que la próxima vez, pasara lo que pasase, mi turno sería el primero —sollozó Sorrel.

—De acuerdo, querida esposa; entonces, respóndeme a lo siguiente: si tu turno va primero, ¿cómo demonios lo organizaremos para que yo tenga mi turno?

—No podremos. En esta ocasión, tendrás que aceptar que no vas a tener tu turno.

—¡No! —rugió Bascom—. Podría aceptarlo en cualquier otra circunstancia, pero esta es la decisión más importante que hemos tenido que tomar jamás. ¡Es mucho lo que está en juego!

En ese momento, Lisette, Allisande y Perrine recordaron que estaban hambrientas y que no habían comido nada para cenar; pero no les importó. Les daba igual morir de hambre si la vida familiar a partir de entonces iba a ser así de desgraciada.

—Precisamente porque nos jugamos mucho es por lo que voy a tener que insistir en esta cuestión de procedimiento —le dijo Sorrel a Bascom—. Tú prometiste solemnemente que, pasara lo que pasase, la próxima vez sería mi turno primero, y es mi intención hacer que cumplas tu palabra.

—No puedes —repuso Bascom—. Tu plan no va a funcionar sin mi cooperación. ¡Me niego a tomar parte en él, así de simple! Tú me necesitas, y si no fueses tan testaruda te darías cuenta

de ello. ¿Es que quieres arruinar nuestras vidas?

—Ya sabes lo que quiero —dijo a su vez Sorrel con voz fatigada.

—Querida —replicó Bascom; aún sonaba severo, pero no tan enfadado—, escúchame e intenta mantener la mente abierta. Probemos primero a mi manera; si funciona, ya no querrás disfrutar de tu turno después. Si aún lo quieres, eso querrá decir que mi método ha fracasado; y entonces te prometo cooperar contigo al cien por cien, y lo haremos a tu modo sin destruir la familia. Lo que digo es razonable, y lo sabes.

—¡Odio lo razonable! —protestó Sorrel—. ¡No sé si podré soportar la espera!

—En el fondo, sabes que es lo más correcto y justo —dijo Bascom.

—¡Por favor, deja ya de ser tan... sabio! —le espetó Sorrel.

Lisette, Allisande y Perrine sabían que su madre se había rendido. Dentro de poco, lo único que oírían a través de la puerta cerrada serían besos y murmullos amorosos. Hubo algo más de llanto, pero era más del tipo «Qué mal lo hemos pasado, ¿eh?» que del tipo «¡Te odio!».

Al cabo de unos veinte minutos, la puerta del dormitorio se abrió lentamente. Las tres chicas salieron corriendo por el descansillo y bajaron las escaleras de tres en tres para que no las pillasen espiando. Abrieron la puerta del frigorífico, sacaron unos quesitos y unas lonchas de jamón y se las metieron de cualquier manera en la boca para que pareciese que estaban cenando.

Al cabo de un tiempo, sus padres aparecieron en la cocina, sonriendo y cogidos de las manos. «Chicas —dijeron—, tenemos algo que anunciaros».

5

Nadie está vestido; vestirse, moverse, exigiría tomar decisiones, y eso es algo que no sabemos hacer. Nuestras bebidas —café, agua caliente con miel y limón y zumo de naranja— están intactas.

A estas alturas, si todo marchase bien y esta fuese una mañana normal de un día laborable normal, Ellen estaría vestida con el uniforme verde oliva de la escuela y casi llegando a Beaconwood en el autobús. Alex, con vaqueros rotos y un suéter, estaría en un tren entre Berlín y Hamburgo, de camino a su siguiente concierto en Alemania.

Yo debería ser la única que estuviese en pijama, sentada a la mesa de la cocina. Pero aquí estamos los tres, y la sensación es espantosa. No podemos simplemente dejar de lado nuestras vidas para no hacer nada; la idea me aterra. Tengo que resolver este embrollo para que Alex pueda volver a su canto y Ellen pueda volver a la escuela. No a Beaconwood, a otra; a una que no sea una locura.

¿A qué escuela irá ahora George Donbavand? Enviaré a Ellen allí. Necesito inmediatamente el número de teléfono de su nueva escuela, y no tenerlo me pone furiosa.

Sé que pecho de egoísta, pero estoy muerta de miedo; a punto de llorar porque no tengo la casa para mí sola y no sé cuándo la volveré a tener. Quiero poder no hacer nada, pero sola, en esta casa enorme que compré con esa intención —o falta de ella— específica, sin nadie que se cruce en mi camino. No puedo tener a Alex y Ellen deambulando también por aquí. Voy a tener que...

«¿Qué? ¿Qué es lo que vas a hacer? Es su casa, tanto como lo es tuya».

Necesito estar con Nadie tanto como necesito hacer Nada; varias horas al día, por lo menos. Hasta esta mañana no he sabido esto sobre mí misma.

Quizá finja tener un trabajo, salga y me pase todo el día, de lunes a viernes, sentada en un banco, lejos de casa. Mi período de meditación con palabrotas puedo llevarlo a cabo en cualquier parte; no tiene por qué ser Speedwell House.

Ahora que mi antigua carrera profesional no es mi única fuente de ira, puedo añadir un nuevo verso al mantra: «Jódete, Beaconwood; jódete, Lesley Griffiths; jódete, Craig Goodrick; jódete, madre de George Donbavand, que provocó todo el problema por ser el tipo de persona a la que no se le puede contar que has perdido el abrigo. Ah, y jódete, comunicante anónima».

Ellen sigue empeñada en que es alguien de la escuela. Volví a interrogarla anoche mientras esperábamos que llegase Alex.

—La señora Griffiths les tiene manía a los Donbavand. Tiene que ser ella.

—¿Qué es lo que tiene que ser ella? ¿Y por qué? —Se lo pregunté tantas veces que al final ya era tan exasperante como un niño en la fase del «por qué».

«Porque son una familia difícil».

No creo que la explicación sea esa. Todas las escuelas están acostumbradas a lidiar con familias horripilantes, y no una ni dos, eso seguro.

—A ver, Ellen, cuéntame los hechos por orden cronológico —dice Alex. Al cabo de unos momentos de llegar a casa, ya estaba preguntándome por qué no había establecido una línea temporal clara del asunto de George Donbavand. La sola expresión me provocó un escalofrío; solo la utilizan las personas muy ocupadas que tienen que ser eficientes.

Será mejor que me enfrente a los hechos: si quiero recuperar mi antigua vida, voy a tener que convertirme de nuevo en esa persona enérgica y competente, al menos en un futuro no muy lejano. Me refiero a mi nueva antigua vida, claro: aquella en la que mi hija era feliz y su mejor amigo del mundo no había sido expulsado.

Me enferma tratar de imaginar lo que va a ser necesario que haga. He sido eficiente durante mucho tiempo, la mayor parte de mi vida, y casi me desmoroné. ¿Cómo puedo volver a lo mismo? No soporto la idea de tener Cosas —cosas importantes— Que Hacer. La mayor parte de la noche de ayer la pasé fantaseando sobre cómo empezar una nueva vida. No en Devon; bien lejos de aquí. Quizá en el más remoto rincón del norte de Escocia, o en Florida.

«¿Y abandonar al pobre George Donbavand a su suerte?

»Ni siquiera le conoces. Hace cuarenta y ocho horas no habías oído hablar de

él.

»Mira lo que sucedió cuando saliste en defensa de Ben Lourenço: nada. No hubo diferencia alguna».

—Ellen —inquire Alex—, ¿puedes decirme qué sucedió y cuándo, empezando por el principio?

—¿Quieres fechas y horas exactas? —replica ella, de malas maneras. Tiene los ojos rojos, con semicírculos oscuros de color gris púrpura debajo. Ha bajado por las escaleras con el aspecto de un fantasma, con el portátil bajo el brazo.

«Ha estado despierta toda la noche, llorando y escribiendo el relato».

—No me eches los perros, El —replica Alex—. Estoy de tu parte; solo que...

—Entonces, ¿por qué me preguntas la cronología de los hechos, como si fueses un policía que no se cree mi coartada? Porque no me crees, ¿verdad?

—Sí te creo.

—Ambos te creemos —la reconforto.

—Pero también creemos que en tu escuela está pasando algo muy extraño, extraño y malo a muchos niveles —aclara Alex—. Por eso es importante que nos digas todo lo que ha sucedido desde tu punto de vista, y cuándo sucedió. Quiero llegar al fondo de este embrollo.

—No ha sucedido «desde mi punto de vista». —La voz de Ellen tiembla de cólera—. Ha sucedido desde el punto de vista de todo el mundo. Ha sucedido objetivamente.

—Lo sabemos, El. —Alargo mi mano para tomar la suya; me la aparta.

—George es real —dice, parpadeando para ocultar las lágrimas—. Es tan real como nosotros tres. Lo expulsaron hace tres días. El señor Goodrick está mintiendo; la señora Griffiths le obliga a mentir. Probablemente le ha amenazado con despedirle si dice la verdad sobre George; es perversa.

«No, no lo es. La respuesta tiene que ser otra».

—Es la directora; los demás profesores hacen lo que ella dice.

—Entonces, ¿George estaba el martes? —pregunta Alex—. ¿El martes fue su último día de escuela o el primer día en que ya no estaba?

—Su último día —contesta Ellen—. Me dijo que lo habían expulsado y que no volvería a venir; y tenía razón. Ayer, el día que mamá me trajo en coche, George no estaba en la escuela, y no había rastro de que hubiese estado en ella alguna vez. Los trabajos expuestos en las paredes con su nombre (el cuadro impresionista y la foto de un martín pescador) habían desaparecido. Y habían

cambiado de lugar todos los demás.

—Increíble. —Alex menea la cabeza—. No, no quiero decir que no lo crea, quiero decir pero qué coño. Perdón; pondré cinco libras en la hucha de las palabrotas.

—Sí, claro, esa hucha de las palabrotas que no tenemos ni hemos tenido nunca —murmura Ellen.

—Lo que cuenta es la intención —dice Alex—. Es increíble: ¿una escuela expulsa a un alumno por robar un abrigo que no ha robado (la propietaria les ha dicho que no lo ha robado) y lo eliminan de la pared del aula como si nunca hubiese existido?

—¿Qué has querido decir con que han cambiado de lugar todos los demás? —preguntó a Ellen.

—Quería decir que no solo quitaron las cosas de George de la pared; eso habría dejado huecos y no había ni uno. Alguien quitó todos los trabajos y luego volvió a colgarlos para que no hubiera espacios muy obvios en los lugares donde estaba lo de George.

—Ellen no puede volver allí —le digo a Alex.

—Mamá, tengo que volver.

—Vosotras dos estáis hablando sobre el futuro, y yo aún estoy intentando saber qué ha pasado hasta ahora —interviene Alex—. Ellen, ¿cuándo hablaste con los profesores acerca de George y el abrigo? ¿El martes, o antes? ¿Con quién hablaste?

—Primero con la señorita Squires; luego con la señora Griffiths, cuando la señorita Squires me dijo que lo hiciese. Le conté que...

—¿El martes? —la corta Alex. No piensa rendirse con su manía de la línea temporal.

—No, el lunes. George supo que estaba en un lío el lunes por la mañana. Lloraba en la reunión general.

—Esta historia saca mis instintos asesinos —apunto, apretando los dientes.

—George me contó de qué le acusaban y yo le dije que no se preocupase. Hice mal en darle falsas esperanzas; pensé que era imposible que no quisieran escucharme; ¡era mi abrigo! ¿Cómo pudieron expulsarlo después de decirles que se lo había regalado? La señora Griffiths fue muy amable cuando se lo conté, o fingió serlo; sonrió y asintió como si me creyese y me elogió por mi bondad y mi lealtad. ¡Y luego expulsó a George igualmente! Luego reflexioné sobre todo lo que me había dicho y me di cuenta de que algo no cuadraba. La intención de

todas esas sonrisas y alabanzas era hacerme callar y echarme de su despacho. No dijo ni una sola vez: «De acuerdo, George puede quedarse; ahora que sabemos la verdad, no le expulsaremos».

—Pero tú supusiste que no lo harían —dice Alex.

—Por supuesto. Parecía que me creía.

—Y así era —digo.

Alex y Ellen me miran.

—Quiero decir que sí, está claro que te engañó; quería expulsar a George y dejó que creyeses que la habías hecho cambiar de parecer cuando no era así. Pero estoy segura de que te creyó.

—Supongo que George también declaró su inocencia, ¿no? —pregunta Alex.

—¡Por supuesto! Le dije a la señora Griffiths exactamente lo mismo que le dije yo, pero tampoco le creyó. ¿Por qué iba a expulsarlo si sabía que no había hecho nada malo?

—Lo del abrigo no es más que una excusa —intervengo—. Una cortina de humo.

—A todo esto, ¿qué hay del señor y la señora Donbavand? —pregunta Alex—. ¿Por qué eres tú la que va a informarse y a quejarse en vez de ellos? George es su hijo, ¿no?

—La profesora y el profesor Donbavand —le corrige Ellen—. Sus hijos no les importan. George los odia.

—Estoy seguro de que sí les importan —opina Alex—. Este George, ¿qué aspecto tiene? —No se me había ocurrido formular esta pregunta.

—¿Y eso que tiene que ver? —responde Ellen, arrugando la nariz.

—Es solo por saberlo. ¿Es alto, moreno y guapo? ¿Bajo, moreno y enclenque?

—Es un varón caucásico —dice Ellen con un suspiro—, unos diez centímetros más alto que yo, con el pelo castaño y ojos azules. ¿Satisfecho?

«George odia a sus padres. Sus hijos no les importan».

En mi mente surge una idea a medio formar. De momento me gusta, y no me apetece esperar.

—Creo que Lesley Griffiths estaba intentando comunicarme algo sin ser demasiado explícita. Estaba utilizando una especie de código, indicándome que todo iba bien aunque yo crea que no. Si no hago caso de las palabras en sí, que eran, como mínimo, inverosímiles, toda su actitud me estaba diciendo: «Confía en mí, Justine. He hecho lo correcto, y estarías de acuerdo conmigo si supieras lo

que yo sé. En serio, no hay problema». Ellen, ¿así fue como se comportó contigo?

¿Sería posible que Lesley hubiese expulsado a George para protegerlo de sus padres, en cierto modo? El único problema de mi teoría es que no se me ocurre cómo podría funcionar.

Ellen se encoge de hombros.

—¿Tengo algún uniforme limpio?

—No. —Con el caos dramático de ayer me olvidé de poner la lavadora, aunque había pensado hacerlo—. Pero no lo necesitas.

—Sí que lo necesito; me voy a la escuela. ¿Puedes llevarme en coche, papá?

—¡Desde luego que no! —Me pongo de pie, preparada para detenerlos, a la fuerza si es necesario.

—¿Queréis hacer el favor de sentaros las dos? —dice Alex—. Nadie se va a ninguna parte mientras yo no me haya tomado otro café. Este está frío.

—Es lo que pasa cuando no te lo bebes —replica Ellen.

—También tenemos que discutir el asunto de esquivar los deberes.

«Cállate, Alex». Eso ha sido una estupidez.

—¿Cómo? —Ellen ha escupido la palabra como si fuese una piedra.

—Les dijiste a tus profesores que mamá y yo habíamos dicho algo que no habíamos dicho, El. Eso no es una buena idea, ¿verdad?

—Tampoco lo es sacar ahora el tema, cuando Ellen está alterada. ¿No podríamos resolver una cuestión cada vez?

—Papá cree que ambas están relacionadas —dice Ellen con voz temblorosa—. ¿verdad? Crees que la conexión son mis mentiras.

—Ya he dicho que te creo en lo de George.

—Solo porque no puedes demostrar que sea falso, no porque confíes en mí. ¿Qué hora es? —me pregunta Ellen—. ¿Son ya las nueve y media?

—Un poco más de las nueve y cuarto —respondo, mirando la pantalla del microondas—. ¿Por qué?

Los ojos de Ellen se iluminan con una expresión de triunfo. Me alegro por ella antes de saber cuál es la razón. Quiero que lo gane siempre todo; sí, incluso las discusiones con sus padres, paradójicamente.

—Os demostraré que George existe. ¡Podéis verle vosotros mismos! Sé a dónde va a las nueve y media. Vamos.

Ellen sale disparada; yo alargo el brazo e intento detenerla, pero antes de que pueda agarrar la manga de su pijama ya ha salido por la puerta de la habitación.

Al cabo de unos segundos se oye dar un portazo en la puerta principal.

—¿Vamos a dejarla salir sin vestirse? —rezonga Alex. La palma de su mano está sobre el émbolo de la cafetera, como si estuviese pensando en activar una alarma de emergencia.

—Vestida como va, no creo que pase del jardín. —Espero que sea cierto.

—¡Todo esto no tiene ningún sentido! —dice Alex, airado de repente—. ¿Es que George Donbavand va a estar en nuestro jardín a las nueve y media? ¿Por qué? ¿Es real, en verdad? Quiero decir, ¿por qué iba Lesley Griffiths a negar la existencia de un chico que hasta el día anterior era alumno de su escuela?

—No lo sé, Alex. Si queremos respuestas, tendremos que seguir a Ellen.

—No estamos vestidos.

—¿Y qué? No se acabará el mundo si salimos en pijama. Ellen quiere que vayamos con ella; tenemos que ir.

El río. ¿Es allí donde se dirige, donde se acaba la tierra perteneciente a Speedwell House y empieza el agua?

—¡Justine!

Estoy en el vestíbulo, a punto de abrir la puerta principal, cuando Alex me llama.

—¿Qué pasa? ¿Es que no vienes?

—¿Creemos en este George Donbavand?

—Sí —contesto sin dudarlo—. Yo creo en él.

Diez minutos más tarde, los tres —Ellen, Alex y yo— estamos de pie en la parte más baja del jardín, mirando por encima del muro. La luz del sol ilumina las irregularidades de la superficie del agua. Limitarse a observar, olvidar que formo parte de una historia que no comprendo, me llena de tranquilidad. Me pregunto si Ellen y Alex tienen la misma sensación.

Esperar en silencio, sin saber el qué, sin ser responsable, sin poder prever nada. Este momento, fuera del tiempo y del contexto, es como querría que fuese mi vida. «Esto es justo lo que deseo». Aquí y ahora es la primera vez que he encontrado mi propio y singular santo grial desde que nos mudamos a Devon. Luego empiezan a agolparse las preguntas y arruinan el momento: ¿está a punto de hacer acto de presencia George Donbavand? ¿Desde dónde? Si no fue hasta el lunes cuando amenazaron con expulsarlo, ¿por qué Ellen lleva tanto tiempo retraída y distante? ¿Es que está tan encerrada en su nueva amistad con George

que ha perdido interés en nosotros, en su familia?

—Bueno, pues aquí estamos —dice Alex; no es un anuncio de servicio público especialmente útil.

—Ya deben de ser las nueve y media, ¿no, mamá?

—No sé. —Hace años que no llevo reloj—. Creo que aún faltan unos minutos.

Cuando trabajaba, siempre tenía mi BlackBerry a la vista, y nunca dejaba de contemplar la pantalla, intentando calcular si podía permitirme perder el tiempo que tardaba en leer la hora.

—Ya sé que no esperáis verle ninguno de los dos —dice Ellen—. Sé que creéis que no es real.

—Si lo es, es muy sencillo de demostrar —responde Alex—. Eso me hace preguntarme por qué en la escuela fingen que no han oído hablar nunca de él.

«Por Dios, cállate».

—Si mienten, va a ser perfectamente obvio enseguida, maldita sea. ¿Eso no les preocupa? Y si es así, ¿por qué lo hacen?

—Entonces deben de estar diciendo la verdad, ¿no? —señala Ellen con amargura.

—Yo te creo, El —le digo.

—¡Mirad! —Ellie está mirando fijamente al río. Ha sucedido alguna cosa.

Pero ¿qué? ¿Qué es lo que ha visto? ¿George Donbavand está a punto de salir del agua en traje de neopreno y saltar el murete de nuestro jardín?

«Por favor, que Ellen no esté loca. Que George sea real».

Me quedo mirando al río —Alex también—, haciendo una cuenta atrás sin números y sin palabras. Es como esperar que empiece un espectáculo de magia. ¿De dónde va a salir el elemento mágico?

No veo ni oigo nada que me sorprenda, solo embarcaciones y aves: una vela naranja amarrada a un mástil, una gaviota harta de repetir siempre lo mismo.

Pero nada de George Donbavand.

—¡Ahí está! —Ellen señala a través del agua; de pie junto a ella siento la excitación que la embarga—. ¡La embarcación de Lionel!

Lionel —cuyo apellido nunca se menciona— es un pintor local bastante conocido, con una voz estentórea y que tiene tendencia a terminar sus frases diciendo «¿Me sigues?». Expone sus trabajos en los bares y cafés, donde espera venderlos por un precio de entre 40 y 90 libras, según el tamaño. A pesar de que Lionel es bastante hábil, sus cuadros son horribles, incluso nauseabundos. Pinta

atractivas escenas y puntos de interés de Devon —la playa de Budleigh Salterton, Exmoor, el Colegio Naval Real de Dartmouth, Torre Abbey— y estropea la belleza que acaba de crear añadiendo una caricatura de sí mismo — con todos los detalles: nariz varicosa, mata de cabello canoso y dientes teñidos de tabaco— en mitad del paisaje, con un estilo chistoso en total conflicto con todo lo demás.

Los títulos de todos sus cuadros empiezan por «Lionel estuvo aquí»; recuerdo dos de ellos («Lionel estuvo aquí en Wortham Manor», «Lionel estuvo aquí en Burgh Island») que dejé atrás con especial alegría en el café Anchorstone de Dittisham, para que distrajesen a la gente de su comida hasta el fin de los tiempos. Los cuadros de Lionel no se venden, así que los propietarios de los establecimientos que le toleran —e incluso le animan, por su condición de «personaje»— acaban teniéndolos siempre expuestos, sin piedad. Su trabajo remunerado es pilotar su embarcación, *The Kingswear Treasure*, una gran barca de madera con motor fueraborda, de Kingswear a Dartmouth y viceversa, docenas de veces al día, siete días por semana. Solo Dios sabe cuándo encuentra tiempo para pintar.

—¿Qué tiene que ver la embarcación de Lionel con George? —le pregunto a Ellen mientras *The Kingswear Treasure* cruza resoplando hacia nuestra orilla del río.

—George estará en ella cuando vuelva a cruzar hacia Dartmouth. Los Donbavand viven en la otra orilla. Su padre siempre llevaba a George y a Fleur a la escuela en barca. Ahora que le han expulsado solo tiene que llevar a Fleur, pero el padre de George no lo dejaría nunca solo en casa, y su madre sale a trabajar como a las cinco y media de la mañana para evitar el tráfico en hora punta. George habrá cruzado en la barca con su padre y Fleur. ¡Seguro!

Veo lo que Ellen quiere decir.

—La barca de Lionel sale hacia Dartmouth a las horas en punto y a las medias horas, así que, como habrán perdido la de las nueve en punto porque la escuela empieza a las nueve...

—Estarán en la de las nueve y media. —Ellen completa mi frase.

Sonrío sin poder evitarlo. Es gracioso hablar de «la de las nueve» y «la de las nueve y media» cuando estamos hablando de la misma desvencijada barca de madera, manejada por el mismo charlatán de pelo blanco.

—¿No dijiste que Fleur estaba en sexto año? —Alex frunce el ceño—. Ya es lo bastante mayor para ir a la escuela sola, ¿no?

—La madre de George cree que no —responde Ellen mientras estira el cuello, casi perdiendo el equilibrio—. Me gustaría que se viese el embarcadero desde aquí. ¿Por qué hay tantos árboles tapando la vista? George y su padre estarán allí, esperando la barca.

—Ahí está.

The Kingswear Treasure se desliza de nuevo en el campo visual, rodeada de espuma.

—¡Ahí está! —me grita Ellen en la oreja—. ¿Ves aquel hombre rubio con gafas, abrigo marrón y bufanda roja? Es su padre. El chico de pie a su lado es George. ¡George! ¡George!

Retrocedo un paso para que sus gritos no me dejen sorda.

«Date la vuelta, George. Por favor, date la vuelta».

—No va a poder oírte con el ruido de la gente de la barca —dice Alex—. Aparte del agua, el viento...

—Es él, papá —dice Ellen, quejumbrosa—. Sabía que estaría en la barca de Lionel y ahí está... ¡demasiado lejos para oírme!

Explota en llanto y echa a correr hacia la casa; Alex la sigue.

Yo me quedo donde está, con la vista fija en *The Kingswear Treasure*.

«Estás decepcionada porque no se ha dado la vuelta. Admítelo. Crees que eso puede significar algo».

Me quedo mirando al chico que podría ser George mientras se aleja. Podría tratarse de la persona que Ellen ha descrito. Cabello castaño claro; yo lo llamaría rubio oscuro, pero es más o menos lo mismo. Está sentado dándome la espalda, así que no veo si tiene los ojos azules.

«Un chico en una barca. Sin prueba alguna de que se llame George Donbavand».

Después de asegurarme de que Ellen y Alex están en casa, grito: «¡George!» tan fuerte como puedo; no responde. Por supuesto que no responde: ya está a medio camino de Dartmouth. Y, como decía Alex, es un día ventoso.

No quiere decir nada.



Mientras estoy sentada en el jardín oigo el coche de Alex detenerse en la grava, al otro lado de la casa. En la cocina he dejado una nota diciéndole dónde

estoy.

Al cabo de diez minutos Alex atraviesa el césped con dos tazas humeantes en las manos. Seguro que me ha hecho el té demasiado fuerte, como siempre, y también le faltará leche. Es una broma constante entre nosotros; Alex llama a mi té «agua beige».

—¿Qué ha pasado? —le pregunto mientras me pasa la bebida.

—Nada de interés; he dejado a El en la escuela y he regresado a casa.

—¿Has entrado en la escuela?

—No.

—¿Has hablado con alguno de los profesores?

—No. Deja que lo intente de nuevo —Alex se aclara la garganta—: he dejado a Ellen en la escuela y he regresado a casa. No ha pasado nada más. En caso contrario, te lo diría.

—Lo siento. —Suelto una palabrota entre dientes—. Deberíamos habernos quedado en casa con ella.

—Pero no lo hemos hecho —suspira Alex—, así que ¿para qué vamos a discutir ahora?

—Está agotada. No creo que anoche durmiese nada. Se quedó despierta, escribiendo su relato.

—No se morirá por estar muy cansada.

—Tenemos que ver ese relato. Hay algo que no va bien en él; no es lo que parece.

—Otra vez no... ¿Qué quieres decir con que no es lo que parece?

—¡No lo sé! —El olor del café de Alex está echando a perder el olor a sal marina que tanto me gusta. Me aparto de él, arrugando la nariz mientras miro su taza—. Si pudiera ser más precisa, lo sería. Hay algo que no va bien, Alex. Ayer lo creía y hoy lo sigo creyendo, por eso lo repito. ¿Por qué crees que Ellen estaba tan decidida a ir a la escuela hoy?

—Me ha explicado por qué: dice que no puede echar a perder su educación solo por estar alterada por lo de George. Creo que es bastante sensato.

—Eso ha sido una mentira para calmarnos. Está asustada, ¿no lo ves? Creo que piensa que la amenaza (para ella misma, para George, para nosotros, para quien sea) será mayor si reconoce que existe. Mantenerse alejada de la escuela sería como indicar que conoce la gravedad del problema. Está intentando... apaciguar el peligro fingiendo que no es consciente de él. Ha ido a la escuela porque tiene la intención de actuar con normalidad.

—Todo eso me suena vago y confuso —dice Alex mientras sorbe su bebida
—. Quiero decir que puede que tengas razón, pero... —Se encoge de hombros
—. Por cierto, ¿qué edad crees tú que tiene Lesley Griffiths?

—¿Por qué?

—Ellen me lo ha preguntado, y no lo sabía.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace un momento, de camino a la escuela.

—Siempre he supuesto que tenía cincuenta y tantos. ¿Qué más te ha preguntado Ellen?

—Nada. No, espera, algo más. Se ha interesado por las fotos de familia en el despacho de Lesley. No sabía a qué se refería. Solo he estado dos veces en su oficina y no me he dado cuenta de que hubiese fotografías.

—Hay un *collage* enmarcado, con Lesley, su marido y sus hijos en su casa de Francia, jugando junto a la piscina.

—Eso es. Ellen lo vio cuando estuvo en su despacho defendiendo a George.

—¿Por qué? ¿Qué puede importarle la edad de Lesley?

La pregunta la formulo más para mí que para Alex. No creo que Ellen, de pronto, por casualidad, haya sentido curiosidad por la edad de la directora.

Mi teléfono empieza a sonar en el bolsillo. Lo cojo rápido, no sea que le haya sucedido alguna cosa terrible a Ellen desde que Alex la dejó en la escuela.

«Si crees que eso puede pasar, no debería estar allí».

«Pero si está aterrada de lo que podría pasar si no va...».

—¿Diga?

—Seguís ahí, en la casa. No vas a ponérselo fácil a ninguno de nosotros, ¿verdad?

—Hola, desconocida chalada. Alex, es esa desconocida chalada de la que te estaba hablando. Tiene también mi número de móvil; genial, ¿verdad?

—Tres tumbas vacías —dice la voz no identificada—. Una de ellas menor que las otras dos.

—¿Disculpe? —Mi corazón palpita como un martillo neumático.

—Dos para mamá y papá, una para un niño.

Me tapo la boca con la mano y trago con esfuerzo.

—Tres tumbas que llenar, y todo porque eres demasiado testaruda para ver qué es lo más sensato y volver a Londres. ¿Vale la pena? ¿La victoria es tan importante para ti?

—Que te jodan.

—Muy adulto, sí —dice la persona que cecea—. Seguro que todo lo resuelves así.

—Si no me equivoco, me acabas de amenazar de muerte. ¿Acaso es eso muy adulto?

Alex me dice por gestos que le pase el teléfono. No. Este enemigo es mío.

—¿Quién eres? —pregunto.

Sin respuesta.

No sé por qué digo lo que digo a continuación. Sé que hay una razón, pero soy incapaz de expresarla en forma de palabras.

—¿Tu nombre es Olwen?

—¿Quién? —pregunta Alex, moviendo los labios.

—¿Olwen? ¿Eres tú?

Oigo un clic. Ya no está.

Capítulo 5

Escolarización en casa

En cuanto se enteraron de los detalles de los cambios que estaban a punto de volver sus vidas del revés, las tres hermanas Ingrey se echaron de nuevo a llorar.

—A partir de ahora, nada de escuela —dijo su madre alegremente—. Os educaremos en casa. Yo os enseñaré lo más creativo e interesante: cosas artísticas y divertidas, como disfrazarse y hacer representaciones de teatro improvisadas, y vuestro padre se encargará de los temas aburridos y *pamposos*, como matemáticas, física, historia, bostezos para todos.

—No, yo les enseñaré las cosas importantes —la contradijo Bascom—, que además también son interesantes. Me temo que los conocimientos de historia de vuestra madre se reducen a poco más que recordar que pensaba que Mick Jagger, famoso por los Rolling Stones, era más atractivo que John o Paul de los Beatles.

—Solo un tipo *pamposo* utilizaría la expresión «famoso por los Rolling Stones» —dijo Sorrel.

—La palabra correcta es «pomposo» —la corrigió Bascom pomposamente. Ella se rio.

Esta vez, Lisette, Allisande y Perrine no se alegraron de que sus padres volviesen a estar en desacuerdo a su modo alegre y jovial. No querían ser escolarizadas en casa. Les horrorizaba la perspectiva de perder esta dimensión fundamental de sus vidas. No se trataba de educación; se trataba de ver a sus amigos, y del chismorreos sin el que no podían vivir (ningún ser humano debería ser condenado a vivir sin chismorreos; eso es un hecho incontrovertible). Por ejemplo, hacía poco que el señor Coote le había echado una reprimenda a Henrietta Sennitt-Sasse por esparcir su desodorante floral en aerosol por todo el autobús escolar, pero no lo había hecho durante las horas lectivas, ni dentro de la escuela. Nada de eso. El señor Coote se había tropezado con Henrietta en el parque un fin de semana y le había empezado a echar la bronca de la forma más severa, aun cuando ni siquiera estaba *in loco parentis*. Cualquiera idiota sabe que un profesor no puede sermonear a un alumno por una falta cometida en la escuela una vez finalizada la jornada escolar. Henrietta le había dicho a Allisande que el «*pas devant les enfants*» que su madre le había farfullado a su padre en esa ocasión había sido una verdadera crueldad, y que estaba segura de que sus padres iban a hacer todo lo posible para que el señor Coote fuera despedido. Henrietta estaba decidida a que lo despidiesen y, si sus padres no lo conseguían, tenía planeado pillarlo de alguna otra forma. El señor Coote tenía la costumbre de despeinar el pelo a los niños y darles palmadas en la espalda, y Henrietta pensó que esta conducta podía presentarse como violencia contra los alumnos.

Por seriales como ese era por lo que Allisande y Lisette Ingrey no querían dejar de ir a la escuela, y así se lo hicieron saber a sus padres. Rogaron y suplicaron, pero no les sirvió de nada. Curiosamente, Perrine pensaba lo mismo que sus hermanas, lo que pilló por sorpresa a todo el

mundo.

—Pero Perrine, la última vez que fuiste a la escuela alguien intentó colgarte de un árbol — señaló Allisande.

—Es verdad, pero eso podría haber pasado en cualquier parte —repuso Perrine—. No hay forma de saber si la persona que intentó matarme era alguien de la escuela. De todas formas, no tengo miedo. Me pilló con la guardia baja, pero no volverá a ocurrir. Si alguien más me intenta matar, puede estar seguro de que yo lo estrangularé primero —dijo Perrine con una risita, y luego puso los ojos en blanco, sacó la lengua por el costado de la boca e imitó el movimiento de tirar de una cuerda por detrás de su cabeza. Hizo un ruido que sonó como hacer gárgaras y como un cuello rompiéndose, todo al mismo tiempo, y se rio un poco más.

Lisette y Allisande se miraron. Casi siempre eran capaces de fingir para sí mismas que Perrine era más o menos normal, pero entonces pasaba algo así y resultaba obvio que en realidad no lo era.

—Eh, un momento —dijo Lisette—. Mamá, papá: nadie ha intentado matarnos ni a mí ni a Allisande, ¿verdad? ¿Por qué no podemos ir nosotras a la escuela, como siempre, y que solo Perrine se quede?

—Me gustaría poder decir que sí a eso, de verdad —dijo Sorrel, agitando la cabeza con tristeza—. Pero me temo que Perrine necesita compañía.

—No la necesito —dijo Perrine—. Sola estoy bien.

—No, no lo estás —dijo Bascom—. Presta atención a tus padres, que saben qué es lo mejor para ti. Las familias deben permanecer unidas, muy unidas, pase lo que pase.

—No se trata de hacer compañía a Perrine —aclaró Sorrel—. También es una medida de seguridad. Vuestro padre y yo estamos decididos a mantener a Perrine confinada en esta casa para que nadie pueda tener acceso a ella con malas intenciones. Y lo conseguiremos porque, cuando unimos nuestras fuerzas, siempre triunfamos.

—Desde luego —confirmó Bascom—. Es el secreto de nuestro feliz matrimonio.

—Así, todo aquel que odie a Perrine y la quiera ver muerta se frustrará —continuó Sorrel—. ¿Cuánto tiempo habría de pasar hasta que pensase «Bueno, si no podemos matarla a ella, nos conformaremos con una de sus hermanas»?

—No creo que nadie vaya a pensar eso —dijo Allisande—. Lisette y yo caemos bien a todo el mundo. No nos castigarían a nosotras porque Perrine haya asesinado a Malachy Dodd.

—¡Oh, ya basta! —intervino Perrine con irritación—. Yo no lo hice.

—Allisande tiene razón —dijo Lisette—. He perdido la cuenta de la cantidad de gente que me ha dicho que lo siente por mí, por tener de hermana a Perrine. Tanto profesores como alumnos me han ofrecido que vaya a vivir con ellos a su casa, que forme parte de su familia.

—Chicas, lo siento —dijo Sorrel—. Tiene que ser de esta forma. Vosotras dos seréis una buena influencia para Perrine, y no quiero tener que preocuparme el día entero por lo que os pueda suceder en la escuela. Es cierto que casi todo el mundo ha sido razonable y comprensivo con vosotras, pero tened presente que basta con que una sola persona suelte un nudo corredizo desde la rama de un árbol.

—Pero... podremos seguir viendo a nuestros amigos, ¿no? —dijo Lisette—. Mimsie podrá seguir viniendo alguna vez a tomar el té después de la escuela, y los fines de semana, ¿verdad?

—¿Y Henrietta? —añadió Allisande.

—Me temo que no —respondió Sorrel, con aspecto de estar realmente disgustada—. Cualquiera que venga a casa podría intentar hacer daño a Perrine. Aunque no tengan intención de hacerlo, es posible que una persona que sí quiera perjudicarla, o matarla, se aproveche de ellos como un mero instrumento. No podemos correr ese riesgo. A partir de ahora, y en un futuro próximo, estaremos solo nosotros cinco. Y quizá acabemos por mudarnos de Speedwell House y de Kingswear, y vayamos a algún lugar donde nadie haya oído hablar de Perrine Ingrey o de Malachy Dodd.

—¡No! —protestaron al unísono Lisette y Allisande, que estaban sollozando—. ¡No queremos dejar a nuestros amigos!

—¿Lo ves? —dijo Sorrel con suavidad, mirando a Bascom—. Con mi método no habríamos tenido que alejar a Lisette y Allisande de sus...

—Querida —repuso Bascom con tono de advertencia—. Te recuerdo que ambos aceptamos esto.

—Es cierto —suspiró Sorrel—. Ambos lo aceptamos.

—Bueno —Bascom se frotó las manos con entusiasmo—, durante un tiempo estaremos solo nosotros cinco, ¡y seguro que nos lo pasaremos bien! ¡Vamos a hacer muchas cosas muy emocionantes! Primero vamos a poner en marcha unas cuantas medidas de seguridad nuevas y muy especiales en casa, para evitar que nadie entre y nos amenace. Será como jugar al escondite, pero... durante mucho tiempo, y nadie va a poder encontrarnos.

—Pero tú y mamá tenéis vuestros trabajos —dijo Lisette.

Eso era cierto. Bascom trabajaba de supervisor en una fábrica de estructuras de madera, y Sorrel era recepcionista a tiempo parcial en la consulta de un veterinario de Kingswear. Ella no habría podido trabajar a tiempo completo, ni tener personal a su cargo, mientras que a Bascom le encajaba perfectamente el rol de gestor. Le encantaba delegar, formar a los empleados y tener la responsabilidad de combinarlo todo para obtener resultados. Incluso cuando alguno de sus empleados perdía un brazo en una de las máquinas de la fábrica, Bascom estaba satisfecho de ser él quien resolviese los problemas ocasionados (a pesar de que, desgraciadamente, no podía hacer nada por el brazo perdido).

—Dejaremos nuestros trabajos —dijo Bascom a sus tres hijas—. Ya nos las arreglaremos. Tenemos algo de dinero ahorrado; por cosas como esta es sensato ahorrar para los malos tiempos.

En ese momento, el cielo crepuscular perdió todo su color, aparecieron unas negras tinieblas y empezó a llover a cántaros, tamborileando en el tejado de Speedwell House. Los Ingrey se pusieron muy juntos, buscando el consuelo mutuo, pero no es fácil encontrarlo cuando parece que incluso el tiempo atmosférico se ha vuelto contra ti.

Estoy sentada en mi coche en Cravestock Road, una estrecha calle de un solo sentido de adosados de entreguerras contruidos con ladrillo rojo. Estoy a menos de diez metros de Panama Row y de Germander, y a menos de veinte de mi vieja amiga, la carretera Circular Norte. Estoy tratando de convencerme de que venir aquí no es lo más absurdo que he hecho en mi vida.

No hay motivo para creer que mi comunicante anónima sea Olwen Brawn, una mujer a la que nunca he conocido; eso lo sé. Pero también sé que voy a sospechar hasta que demuestre que no se trata de ella.

Si podemos hablar —si la lengua no se le queda enganchada en los dientes y no sufre nada parecido a un ceceo—, entonces habré hecho progresos: la habré descartado. Tengo que ponerme en marcha: salir del coche y acabar con esto de una vez.

«Una vez más: ¿por qué, exactamente?».

En silencio, presento mi justificación al juez imaginario que habita en mi cabeza, una combinación físicamente inconcebible de todos los jueces que he visto en *The Good Wife*.

Últimamente han sucedido cosas extrañas: las llamadas anónimas; la arrolladora sensación que sentí la primera vez que vi el número 8 de Panama Row; el fragmento del relato de Ellen que encontré, que contenía tres extravagantes nombres que no creo que fuesen inventados por mi hija; George Donbavand, que o bien no es real o fue expulsado por algo que no hizo y a continuación eliminado de la memoria colectiva de la escuela; Ellen diciéndome que buscó por Internet la casa que yo no había podido olvidar, y que había

descubierto que su nombre era Germander.

Estoy segura de que hay alguna cosa que no me dice, y estaba lo bastante interesada en el número 8 de Panama Row como para tratar de averiguar algo más acerca del lugar. Quizá haya alguna relación entre ambas cosas; quizá mi reacción a Germander la provocase algo que había notado en Ellen; ¿una intensa respuesta emocional? Supongo que de vez en cuando sucede que una madre capta los sentimientos no expresados de sus hijos.

Y por eso estoy aquí. Si quiero encontrar a la persona que me hace llamadas amenazantes, parece razonable empezar a buscar por el compartimento de mi vida etiquetado como «Cosas extravagantes a las que no encuentro explicación», no por el de «Cosas absolutamente normales». La mayor parte de las personas que hay en «Cosas extravagantes» tienen voces que he oído más de una vez; las mujeres de Beaconwood, por ejemplo. Lesley Griffiths, Kendra Squires, Ayesha Al-Ghannam, Helen Minchin y las demás. He recorrido todas y cada una de las mujeres que trabajan en la escuela, y estoy segura de que no es ninguna de ellas.

Olwen Brawn, propietaria y residente del número 8 de Panama Row, es la única mujer del cajón «Cosas extravagantes» cuyo nombre conozco y cuya voz no he oído nunca. Por eso estoy a punto de llamar a su puerta.

Alex cree que estoy actuando de forma irracional.

—Speedwell House —he comentado con él esta mañana, a la hora del desayuno—. Germander. Germander Speedwell. ¿En serio crees que es una coincidencia?

—Sí —ha contestado categóricamente, como si llevase toda la vida esperando ese momento para decir la palabra—. ¿Por qué iba a ser Olwen Brawn, residente de una fea casa cualquiera junto a la Circular Norte, la persona que hiciese estas llamadas?

«No lo sé. He conducido hasta aquí para averiguarlo y estoy tan asustada que no puedo salir del coche».

Por fin me obligo a salir imaginándome que el Range Rover está a punto de estallar en llamas. Luego, mientras camino en dirección al número 8 de Panama Row, imagino que estoy caminando en dirección contraria, más tarde, cuando todo esto haya terminado, cosa que tardará en suceder.

Llamo al timbre de Germander y provoco un coro de ladridos; en la casa hay al menos dos perros, si no más. Oigo una voz femenina diciendo a los perros que no sean tontos y se calmen. ¿Será Olwen Brawn?

Si es así, no es mi acosadora telefónica. No hay ceceo y el tono de su voz es

más agudo. «Demasiado tarde para huir».

Se abre la puerta y me encuentro cara a cara con una mujer con aspecto de ser algo mayor que yo, cuarenta y tantos. Tiene el pelo castaño oscuro, corto y de punta en la parte del flequillo, y lleva un vestido de punto recto, medias negras y sandalias de color rosa intenso. Lleva los labios pintados de color carmín oscuro. Junto a sus piernas y detrás de ella hay un grupo de lo que parecen pequeñas ovejas de color gris azulado, salvo por el hecho de que las ovejas no ladran ni tienen hocicos alargados. De modo que son perros extraños, con una cresta de pelo rizado entre los ojos. Uno de ellos está más arreglado que los otros. Sus largas orejas terminan en unos pompones perfectamente esféricos, como si fuesen un seto al que un hábil jardinero ha dado forma.

Antes de que pueda decir «Perdón, me he equivocado de casa», la mujer sonrío y dice «¡Eh, hola!», como si llevase horas esperando para darme la bienvenida.

—¡Ha venido a por *Yonder*!

—Yo... ¿Disculpa? —No debo de haber entendido bien.

—Está en el patio de atrás, con el hermano que queda. —Me tiende la mano —. Soy Olwen Brawn. Y tú debes de ser Deborah Fuller.

En lugar de pensar «No, no lo soy, y será mejor que lo diga», me pregunto si no será ese el problema: es el hecho de creer que soy Justine Merrison lo que hace que en mi vida nada tenga sentido. En el momento en que acepte que soy Deborah Fuller, todas las piezas encajarán.

—Pasa, pasa.

Olwen Brawn desaparece en el interior de la casa, esperando claramente que la siga. Debería largarme corriendo antes de que se presente la verdadera Deborah Fuller, pero quiero ver el interior; quiero ver si hay algo en la casa de Olwen que explique lo que sentí la primera vez que la vi.

El angosto pasillo tiene suelo de parqué y paredes de color azul pálido, cubiertas de fotografías enmarcadas de perros de distintos tamaños y colores, pero todos ellos con el mismo aspecto de haber pasado por la peluquería, y algunos con escarapelas. Como no podía ser de otra forma, la casa huele intensamente a animal.

—Adelante, por favor —llama Olwen. Luego grita—: ¡*Yonder Star*!

Olwen está en el salón al final del pasillo, reorganizando los perros en un sofá.

¿*Yonder Star*? ¿Como el villancico?

Un cachorro minúsculo, una bola de pelo gris, se me acerca al trote e intenta escalar por mi pierna.

—¡Baja, *Figgy*! —grita Olwen; y añade, dirigiéndose a mí—: Ese que te está incordiando es *Figgy Pudding*, el hermano pequeño de *Yonder*. Maldita sea, te ha manchado de barro. Acaba de entrar del jardín.

—No te preocupes.

Reflexiono sobre lo que ha dicho Olwen antes: «El hermano que queda». De acuerdo, ya lo he pillado: *Yonder Star* es el nombre de un cachorro. Nadie hablaría de hermanos muertos de una forma tan alegre, así que «el que queda» debe de referirse a los cachorros que aún no tienen una nueva casa. Es de suponer que *Figgy Pudding*, que sigue pegado a mi pierna, mirándome esperanzado, es uno de ellos.

—Hola —le digo. ¿Qué más se le puede decir a un perro? No tiene mucho sentido preguntarle si ha leído algo bueno últimamente.

Salta e intenta morderme el abrigo, pero no lo alcanza.

—Todos vuestros nombres vienen de villancicos, ¿verdad? —le susurro al oído—. Es bastante... poco corriente.

El cachorro da un ladrido y sale corriendo escaleras arriba, lo que me permite por fin seguir a Olwen al salón.

Aparte de un sofá, dos sillas y un televisor, hay una gran jaula metálica, como una habitación dentro de una habitación, que ocupa casi toda una pared. La jaula está llena de cojines medio aplastados y alfombrillas manchadas. Y más perros, mayores y con aspecto de ser más viejos. En uno de los sillones, un cachorro regordete —mayor que *Figgy Pudding*— está mascando enérgicamente un almohadón.

No capto nada significativo dentro de *Germander*: ninguna sensación de pertenencia, ningún ambiente especial. Debería sentirme aliviada, pero lo que siento es decepción. Parece que hoy no voy a resolver ningún misterio. Las horas que me he pasado en la autopista no van a dar fruto.

El salón de Olwen lleva a una estrecha cocina con puertas acristaladas que están ahora abiertas. Más allá hay un jardín alargado, con césped descuidado y lleno de pelotas de tenis mordisqueadas por los perros.

Me gustaría preguntarle por qué la casa se llama *Germander*, pero a Olwen solo le apetece hablar de perros.

—Este es —dice radiante de orgullo señalando al cachorro que ataca el almohadón—. ¡*Yonder*, deja de morder! Tendrás que educarlo con firmeza para

que no lo haga.

—No soy Deborah Fuller.

—¿Cómo? —Se me queda mirando y se ríe.

—No soy Deborah, y no he venido a recoger un cachorro.

—Oh. —Olwen suelta una risita—. Lo siento, he supuesto que...

—Por favor, no te disculpes. Soy yo la que debería hacerlo.

—Si no eres Deborah y no has venido a recoger a *Yonder*, ¿quién eres y qué quieres? ¡Oh, por favor, siéntate! Un momento, deja que aparte a *Beth*. No te preocupes, no pierden pelo. Vamos, *Bethlehem*, fuera de aquí. A veces creo que se olvidan de que son perros, de lo malcriados que los tengo. ¡Vamos, ve a echar unas carreras por el jardín! ¿Una taza de té o de café?

—No, gracias. —Su poca desconfianza no me parece muy natural, la verdad—. Es muy confiado de tu parte ofrecerme una bebida; ni siquiera sabes quién soy.

—Oh, eres una buena persona —sonríe Olwen—. Soy capaz de detectarlo. Y... bueno, voy a ser franca. Aún tengo un cachorro que colocar: *Figgy*, el que conociste en el pasillo, y estoy desesperada por encontrarle una buena casa. Es alegre y de buen carácter, pero era el más pequeño de la camada (no puedo soportar la palabra «enano»), así que la gente no lo quiere por todas esas tonterías de que es probable que el más pequeño tenga problemas de salud. No tiene sentido.

Olwen se sienta en la silla frente a mí y se pone a *Yonder* en el regazo. Ahora tiene que esforzarse más para morder el almohadón, pero parece opinar que vale la pena.

—*Figgy* es una preciosidad y perfectamente sano. Bueno, ya lo has visto; ¿te ha parecido que fuese un enano escuchimizado y débil?

—No. Tenía... buen aspecto. —Hasta hoy, no habría creído que fuese capaz de mantener una conversación tan larga sobre temas caninos.

—Y está perfectamente. Pero todos los compradores lo han rechazado y han preferido a sus hermanos más grandes, e incluso cuando se lleven a *Yonder* y *Figgy* sea el único que quede, la gente dirá: «¿Por qué es el que ha quedado? ¿Por qué nadie lo ha querido? ¿Es que era el más pequeño de la camada?». No voy a mentirles, pero es desalentador que todos sean tan tontos.

—Sí. —Eso es algo en lo que podemos estar de acuerdo sin reservas—. No sé nada de perros (me temo que no soy mucho de animales en general), pero la inagotable estupidez de casi cualquier persona con la que te cruzas es muy

deprimente.

«Yo dejé de trabajar para siempre a causa de ello».

—Bueno —ríe Olwen—, como es evidente que no eres estúpida, no voy a tratar de engañarte. Si te preguntas por qué ofrezco un refrigerio a cualquier desconocido que aparece, el motivo es este: *Figgy* necesita un buen hogar, y parece que tú podrías tenerlo. Y... —Agita la cabeza—. A ver, puede que esto suene un poco raro, pero cuando me dijiste que no eras Deborah, tuve una sensación curiosa, como un escalofrío, y pensé: «Esta es la nueva propietaria de *Figgy*». De hecho, ni siquiera lo pensé exactamente: las palabras aparecieron allí, en mi mente.

«Oh, no; eso no es justo». Sonrío y trato de mantener la calma. Las palabras «Yo no soy la nueva propietaria de *Figgy*» están presentes con intensidad en mi mente, que es tan importante como la de Olwen. De acuerdo, tuvo una sensación. ¿Y qué? No quiere decir nada. «No le des ninguna importancia a esto».

—No quiero un perro —digo, finalmente—. Ese no es el motivo por el que vine.

Casi he acabado de contarle a Olwen mi peculiar experiencia en la Circular Norte cuando me suena el teléfono móvil.

—Disculpa. Será mejor que...

—No pasa nada. —Se levanta de la silla—. Voy a subir un momento a buscar a *Figgy*. Probablemente esté haciendo pipí y caca por todos lados, pobrecito.

Sí, pobrecito... mientras viva en esta casa y no en la mía.

—Voy a tener que ir rápido —es Alex al teléfono—, estoy en mitad de una conversación.

—¿La has encontrado? ¿Es ella la que hace las llamadas?

—Sí, y no, no es ella. Es una amable criadora de... perros de aspecto raro. Hablamos más tarde, ¿sí?

—Claro. Solo quería que supieras que he ido a la policía. Vendrán a hablar conmigo mañana, y me han prometido que no enviarían a la agente Hilton.

—Genial. Nos vemos esta noche; espero llegar antes de medianoche.

—¡Aquí está! —Olwen entra en la habitación dando saltitos, con *Figgy* bajo el brazo—. ¡Uy, lo siento! No me he dado cuenta de que aún estabas hablando.

Pongo cara de «no pasa nada».

—¿Es ella? —pregunta Alex—. ¿Y quién es el que «está aquí»?

—*Figgy Pudding*. Te lo explico más tarde. —Pulso el botón de «Finalizar llamada».

Olwen deja a *Figgy* en mi regazo sin preguntar si quiero que lo haga.

—Adelante, sigue. Habías llegado a la parte en que tu hija te decía el nombre...

—De acuerdo. —¿Es aceptable imponer un perro a alguien que no ha expresado deseo de tener a dicho perro en las manos? *Figgy* se acomoda y empieza a lamerme los dedos de la mano derecha—. Sí, Ellen me dijo que había buscado la dirección por Internet y había encontrado el nombre de la casa: Germander, no German.

—Ambos son igualmente horribles, creo yo —dice Olwen—. El nombre ya estaba puesto cuando me mudé; yo no tuve nada que ver. Quería quitar el cartel, pero siempre estaba demasiado ocupada con los Beds, así que decidí dejar que las letras se cayesen por sí solas una a una. Tres abajo, quedan seis.

—¿Los... beds?

—Bedlingtons. Ah, claro, tú no eres Deborah. Ella también es una chalada de los Beds, como yo, o eso me dijo por teléfono. —Olwen echa una ojeada a su reloj—. No parece que vaya a presentarse. Probablemente es otra fantasiosa que nunca tuvo intención de comprar a *Yonder*. Me pasa a menudo. Pero sí, terriers de Bedlington. Todos mis perros son Beds. Es una raza maravillosa.

Figgy deja de lamer y me mira, como para comprobar si me estoy tomando en serio esta charla motivadora.

«Por favor, no me mires así».

—¿Quieres que te explique por qué son tan fantásticos? —dijo Olwen—. No querría hacerme pesada...

—De verdad, no estoy interesada en un perro —la interrumpo—. Lo siento, *Figgy* es precioso, pero mi vida ya es bastante complicada en estos momentos...

—Ah, ese es el error clásico que todo el mundo comete: creen que un perro hará que su vida sea más difícil, pero no es cierto. Más bien es al contrario: *Figgy* resolverá todos tus problemas.

—¿En serio? —me río—. ¿Y cómo lo va a hacer?

—¿Crees que exagero? ¡Ya lo verás!

Niego con la cabeza.

—Y así... ¿todos los perros de la casa tienen por nombre fragmentos de

villancicos, o solo los nuevos cachorros?

—Oh, sí, todos ellos —dice Olwen con orgullo—. Es mi marca de fábrica. Te sorprendería saber la cantidad de villancicos que hay, y se puede sacar un nombre decente de prácticamente todos los versos, si se piensa de una forma creativa. Tengo un *Wenceslas*, de *Good King Wenceslas*, de cinco años, y un *Stephen, Feast of Stephen*, de tres; ¡los dos del mismo villancico!

Trato de parecer impresionada.

—Me temo que no puedo llevarme a *Figgy*, en serio. No podrás convencerme.

—No pasa nada, no va a ser necesario. Te persuadirás tú misma, o lo hará *Figgy*, ¿verdad *Figs*? ¿No crees que hay cosas que están predestinadas?

—Quizás un poco, hasta hoy. Venir aquí me ha persuadido de que me equivocaba.

—Oh, vaya —dice Olwen con una risita.

—Pensaba que esta casa tenía algún significado especial para mí, pero era solamente el nombre. Debí de ver el perfil de las letras que faltan y el nombre *Germander* se me quedó grabado en el subconsciente...

—¿Y eso qué explica?

—Mi casa, la casa a la que me mudé ese mismo día, se llama *Speedwell House*, y *Germander Speedwell* es el nombre de una planta.

—Ah; entonces, ¿crees que eso era todo? ¿Que con eso se explica por qué te sentiste como te sentiste?

—Eso y la tensión de una mudanza, sí. Me siento culpable por haberte robado tanto tiempo con mis tontas supersticiones.

Con suavidad, me levanto y muevo a *Figgy*, que chilla flojito sin abrir la boca, de mi regazo al sofá.

«Déjalo ya, *Figgy*. No me estás ayudando».

—¿Sabes por qué creo que tuviste esa sensación la primera vez que viste mi casa?

Me lo puedo imaginar.

—Fue por *Figgy*. Sabías que estabas buscando la casa en la que pronto iba a nacer tu futuro perro. —Al verme la cara, se ríe y añade—: No es una teoría más loca que lo que tú me has dicho que creías hasta hoy mismo: que algún día vivirías aquí y que te sentirías desesperadamente agradecida por ello.

Tiene razón, no lo es. Lo que quiero es eliminar la locura, no sustituirla por algo igualmente loco.

—*Figgy* es realmente precioso —le digo, mientras me acerco a la puerta—. Estoy segura de que no vas a tener ningún problema para venderlo.

—No lo voy a vender. Si realmente no lo quieres, me quedaré con él. Pero, y prometo que ya no diré nada más, si cambias de opinión, llámame, a cualquier hora. O envíame un correo electrónico desde la página web GermanderBedlingtons.co.uk. Sí, me temo que mi negocio se llama como la casa, ya que el nombre ya estaba allí y los nombres de los criaderos de perros suelen ser más bien ridículos.

—Gracias. He tenido mucho gusto en conocerte. Y a los perros.

—¿Justine?

—¿Sí?

—No quiero ningún dinero por *Figgy*. Puedes llevártelo gratis.

—Qué tontería. ¿Por qué iba a perder... el dinero que se suele pagar por un cachorro?

—Unas cuatrocientas cincuenta libras. Lo haría porque confío en mi instinto.

—La voz de Olwen es traviesa y autoritaria al mismo tiempo—. Tú y *Figgy* estáis hechos el uno para el otro.

«No es cierto. No lo es». ¿Por qué no para la gente de decirme que algo es verdad, cuando sé que no puede serlo?

Suena el timbre de la puerta, lo que provoca la entrada de una catarata de perros en el vestíbulo. Genial; a lo mejor me puedo ocultar en la multitud y deslizarme hacia la puerta.

—Esta debe de ser Deborah Fuller.

«Vamos, Deborah, quédate con *Yonder Star*, como prometiste. Sería una luz de esperanza».

—¡Oh, eso espero! —Olwen se afana hacia la puerta. Le oigo decir—: ¿Eres Deborah? —Seguido de—: ¡Oh, fantástico!

Muy bien, perfecto. Esto me saca del apuro. *Yonder* se irá a su nuevo hogar, como estaba previsto, y *Figgy* se quedará aquí, en Germander.

«¿Y qué te importa a ti eso, por Dios?».

—¡*Yonder*! —llama Olwen.

—Venga, *Yonder* —digo yo, con toda la autoridad de la que soy capaz—. Nos vamos los dos.

Yonder no me hace ningún caso, así que me llevo el almohadón que estaba mordisqueando. Da resultado: la segunda vez que Olwen lo llama, sale corriendo hacia la puerta principal, dando ladridos. Olwen le da un grito para que se calle;

es una competición de a ver quién hace más ruido. Me arrepiento de haber salido del salón.

Yonder empieza a dar saltos y a tocar con la pata a Deborah, que parece que intenta saludarme, aunque no puedo oírla.

Figgy entra en el vestíbulo para ver de qué va todo este follón.

—¡Oh, fíjate en este pequeñín! —dice Deborah con voz tierna.

—Sí, ¿verdad? —dice Olwen con orgullo.

Figgy olfatea los zapatos de Deborah, se da la vuelta y regresa hacia mí. Intenta trepar por mi pierna como antes, pero cambia de idea, opta por tenderse encima del pie y cierra los ojos.

—¡Míralo, es precioso! —dice Deborah con entusiasmo—. ¡Se ha tumbado a dormir la siesta en tu pie, pobrecito!

—Se llama *Figgy Pudding* —le informa Olwen—. Ya sé que me dijiste que no querrías al más pequeño, pero *Figgy* es especial de verdad.

—Sí, ya veo. Uf, qué difícil...

¿Cómo? ¿Es que va a cambiar de idea y va a dejar a *Yonder* tirado, después de haber prometido quedarse con él?

En realidad me da igual. Ni estas personas ni sus perros son asunto mío.

—Pobrecito *Yonder* —digo con intención, alterada por esta nueva situación. Deborah tiene que llevárselo; no le debe nada a *Figgy*. *Figgy* estará muy bien aquí con Olwen; pero *Yonder* ya está muy ilusionado; no hay más que verlo.

—¿Cómo? —dice Deborah—. Oh, no, desde luego que me llevaré a *Yonder*; pero quizá hable con mi marido y también...

—No.

He sido yo la que ha dicho eso. Oh, esto va más allá de la insensatez. Estoy a punto de cometer una locura.

—Me temo que llegas tarde —dice Olwen a Deborah—. Justine se lleva a *Figgy*.

Capítulo 6

¿Quién estaba sentado en la rama del árbol?

Esa misma noche, una vez dormidos sus padres, Lisette y Allisande se encontraron en la biblioteca para hablar de los nuevos acontecimientos del día. Perrine no estaba invitada a esta reunión secreta. Desde la muerte de Malachy, el vínculo entre Lisette y Allisande se había intensificado, y dejaban a su hermana menor aparte tanto como podían.

Hablaban en susurros para no despertar a nadie, pero no tendrían que haberse preocupado por ello: las paredes forradas de libros de la biblioteca no dejaban pasar sonido alguno. En esa habitación, cualquier cosa que se hablase quedaba amortiguada y engullida por las viejas y amarillentas páginas de volúmenes como *Retorno a Brideshead* o *Pasaje a la India*.

—Me habría gustado que hubiese sido el turno de mamá —dijo Allisande con desconsuelo—. Seguro que su método no habría significado dejar de ver a nuestros amigos. Lo dijo.

—Estoy confusa —dijo Lisette—. Mamá dijo que acabaríamos por mudarnos a algún lugar en el que nadie hubiese oído hablar de Perrine; eso me hizo pensar que era *su* turno. Pero luego aclaró que, si su turno fuera el primero, no tendríamos que aislarnos de nuestros amigos. Entonces, si juntamos las dos cosas... ¿Cuál podría ser su plan de acción preferido?

Allisande se encogió de hombros. Lisette era de esa clase de personas que siempre están decididas a llegar al fondo de todas las cuestiones. Allisande estaba demasiado abatida para ponerse a imaginar teorías. Le daba igual cuál habría podido ser el plan de Sorrel; solo le importaba lo que iba a ser de todos ellos ahora que Bascom se había salido con la suya.

—Le odio y le detesto —pensó Allisande para sí, sabiendo que, en realidad, no lo pensaba. Creía que el punto de vista de su padre era estúpido y contraproducente en casi todas las circunstancias, pero le quería porque era su padre, y es razonable querer a tu familia, a menos que uno de ellos sea un asesino verdaderamente perverso como Perrine.

—Quizás el plan de mamá sea trasladarnos, pero llevarnos a nuestros amigos preferidos —sugirió Lisette.

—Lo dudo. Sé que mamá es, en el mejor de los casos, poco práctica, pero incluso ella sabe que no te puedes llevar a los mejores amigos de tus hijos al otro lado del país. No creo que los Sennitt-Sasse y los Careless estuvieran muy contentos si mamá metiese a Henrietta y Mimsie en la maleta y se las llevase a kilómetros de Kingswear.

Esta disparatada idea las hizo reír.

—Gracias a Dios que te tengo a ti —le dijo Lisette a Allisande—. Sería incapaz de enfrentarme a todo esto si no tuviera a la mejor hermana del mundo.

—Lo mismo digo —respondió Allisande (o lo que sea que dijese las chicas de quince años de antes), y añadió—: Creo que, cuando sea el turno de mamá, volveremos a la escuela. Al

menos, eso es lo que voy a pensar.

—No lo creo —repuso Lisette, frunciendo el ceño—. Puede que por entonces yo ya tenga dieciocho años, o diecinueve —cuando tuvo lugar esta conversación secreta en la biblioteca tenía diecisiete años—, y ya seré demasiado mayor para ir a la escuela. Me habría perdido mis exámenes de nivel A. Sea como sea, en el momento en que volvamos a la escuela, cualquiera que quisiera matar a Perrine podría hacerlo, ¿no? No creo que uno o dos años sean suficientes para que todos olviden hasta qué punto la odian. Y si lo fuesen, lo recordarían en el instante en que asomase la nariz por la clase de nuevo, ¿no crees? Pensarían «Mira, ahí está la asesina» y saldrían corriendo a hacer un nudo con una soga resistente.

—Sí, mamá y papá deben de haberlo pensado también —dijo Allisande—. Y eso quiere decir que nada de escuela, ni de vida social, para nosotras. ¡No lo podré resistir!

—¿Quién crees que lo hizo? —preguntó Lisette a su hermana—. Lo del nudo, digo. ¿Quién crees que era el que estaba sentado en la rama del árbol?

—Supongo que el señor o la señora Dodd.

—No lo creo. No me imagino a ninguno de ellos subiéndose a un árbol. Si quisieran matar a Perrine, no lo harían de esa forma.

—Entonces, ¿quién crees tú que fue?

—Bueno, es obvio que fue alguien que sabía que Perrine iba a jugar a *rounders* en el campo ese día. Alguien que conocía su horario escolar, y es casi seguro que los Dodd no lo conocían. No fuiste tú, ¿verdad, Allisande?

—No, no fui yo.

—Ni yo tampoco —dijo Lisette.

—¿Tú crees que deberíamos...? —empezó a decir Allisande.

—No —dijo Lisette, estupefacta—. Mira hasta dónde son capaces de llegar mamá y papá para proteger a Perrine; incluso a sacarnos de la escuela. Si la matásemos, los destrozaríamos.

—Tienes razón —admitió Allisande—. Podría hacérselo a ella, pero nunca a nuestros padres. Olvida que lo he dicho.

Lisette lo intentó, pero no pudo. Como sabrán aquellos que han pasado por una experiencia personal similar, es difícil olvidarlo cuando una de tus hermanas sugiere el asesinato de la otra.

—Ellen, te juro que ese no es el motivo por el que lo he traído a casa. No pensé en ti, ni en George, en absoluto. No estoy tratando de sustituir a George por un perro. Ni siquiera me pasó por la cabeza.

Estamos los tres en la habitación de Ellen. Los cuatro, si contamos a *Figgy*, que está royendo la esquina de su macuto de la escuela. Cómo me gustaría que lo mascase entero, con todos los libros de ejercicios dentro. Y cuando acabase, podría empezar con la rebeca verde que Ellen está a punto de ponerse, y con los zapatos negros del uniforme.

Sé que es penoso confiar en que un cachorro de terrier de Bedlington de ocho semanas impedirá que mi hija vaya a la escuela cuando yo no he podido hacerlo.

Ellen está más que decidida. Lo veo en la dura mirada en el espejo de cuerpo entero de su habitación mientras se hace el nudo en la corbata de Beaconwood. Ninguna persona de catorce años debería tener este aspecto: seguro, lúcido, resuelto. Parece como si fuesen a procesarla por asesinato. Me dan ganas de llorar. Deseo ayudarla, pero ¿cómo voy a hacerlo si ella no quiere contarme toda la verdad?

Da un tirón a la corbata y empieza de nuevo por tercera vez. De pronto, hoy es importante para ella que el nudo sea perfecto; la misma niña que, hasta la semana pasada, salía corriendo feliz a tomar el autobús con la corbata alrededor del cuello como si fuese una bufanda. Antes de la expulsión de George, la pulcritud le daba exactamente igual.

«Si es que lo expulsaron. Si es que es real».

—Responde a mamá, El —dice Alex—. Está tratando de hablar contigo.

—Y yo estoy tratando de prepararme para la escuela.

—Ya has perdido el autobús —le digo.

—Porque no me habéis despertado. Sabíais que quería ir y me habéis dejado dormir, esperando que dijese «Vaya, ¿ya se ha ido el autobús? De acuerdo, me quedaré a jugar con mi nuevo cachorro, mi amigo de reemplazo, ya que obviamente estoy muy sola sin ningún amigo humano». Pues no voy a decirlo. Voy a hacer que papá me lleve en coche.

—Te llevaré después de que le pidas disculpas a mamá. Piensas lo peor de ella y no dejas que se defienda.

—No se lo impido. Puede decir lo que le venga en gana.

—¿Mientras tú la ignoras y haces comentarios sarcásticos?

Me acerco a la ventana y miro hacia fuera para que Ellen no vea lo enfadada que estoy. Si pudiera alejarme de todo esto navegando en uno de esos barcos que se ven a lo lejos...

—Si la presencia de un perro en la casa te va a convertir en una persona desagradable, se lo devolveré a Olwen —intervengo, enfureciéndome aún más con la idea de tener que hacerlo y sin motivo razonable alguno—. Se lo volvería a quedar sin problemas. No tienes más que decirlo.

—*Figgy* no irá a ninguna parte —dice Alex—. Míralo, no es más que una bola de pelo. No deberíamos utilizarlo en una pelea.

—Has cambiado de tono desde anoche —murmuro—. Anoche todo era «¿Cómo has podido hacer algo tan radical sin consultarme?» y «¿Es que te has vuelto loca?».

—Soy una persona adaptable y tengo sentido de la proporción. Por Dios, El, enfádate injustamente con mamá si es eso lo que crees que debes hacer, pero no te cebas con *Figgy*.

Ellen se gira y se enfrenta a él.

—¿Es que le he hecho algo al perro? ¿Algo en concreto? —le espeta.

—Te has negado a mirarlo. No lo has llamado por su nombre ni una vez. De acuerdo, es un nombre absurdo, pero...

—Muchos criadores lo hacen, eso de poner a sus perros nombres temáticos: villancicos, canciones de ABBA y así.

—Supongo que podría ser peor que *Figgy Pudding*; podría ser *The Winner Takes It All* —dice Alex.

—Mamá, sé que lo has traído para compensar lo de la expulsión de George. ¡Como si fuese a olvidar que han expulsado a mi mejor amigo para ponerme a

querer a un animal! Estoy tan triste y sola que necesito a una mascota que no pueda escaparse; ¡es la única forma de librarme de la melancolía!

—Eso no es cierto, El —dice mi marido y valeroso protector—. Ese no es el motivo por el que tenemos un perro. El motivo es que esa tal Olwen es una vendedora excelente...

—Me lo dio gratis. No pagué nada por él.

—... que identificó correctamente a tu madre como a una persona crédula y fácil de engañar y, por consiguiente, le soltó unas cuantas afirmaciones sobre el destino.

Sonrío.

—¿Qué? —pregunta Ellen—. ¿Es que acaso tiene la más mínima gracia?

—Creo que tienes razón —le digo a Ellen— acerca de mis motivos; pero no tiene nada que ver contigo. Soy yo la que quiere olvidarse de los seres humanos y pasar tiempo con un cachorro. Míralo. —Hago un movimiento de cabeza hacia *Figgy*. Se ha desplazado hacia la pequeña puerta de color verde menta junto a la cama de Ellen y parece que intenta meter la pata en la ranura entre la puerta y la pared.

—Eso es misterioso —dice Alex mientras lo observa—. Nos compramos una casa con una puertecita verde en una pared y después, hete aquí que aparece un nuevo miembro de la familia con el tamaño justo. ¿Lo ves, El? Es el destino.

Aún no he terminado de exponer las ventajas de los perros sobre las personas.

—¿Creéis que *Figgy* —pregunto, a nadie en particular— pediría a cualquiera que reescribiese trescientos sesenta minutos de drama televisivo, toda una serie, eliminando justo aquello que te ha hecho pasar seis meses haciendo juegos malabares, aquello que siempre pensaste que era ridículo, y además negando que hubiera insistido nunca en su inclusión? ¿Expulsaría a alguien por no robar un abrigo y luego negaría la existencia de esa persona? Va a ser muy tranquilizador tenerlo por aquí, sabiendo que no haría nunca nada tan terrible e irracional. Lo peor que hará será mearse en las flores y morder cosas.

—Será mejor que no se mee en mi alfombra —dice Ellen. Su voz tiene un sonido extraño, hasta que me doy cuenta de lo que ha cambiado: ya no está enfadada.

—No debería hacer nada ya. Tuvo un accidente en la cocina hace cinco minutos. Esperemos que eso haya sido todo.

—¿En serio que no lo compraste como premio de consolación para mí?

—Te lo juro. Es mi nuevo mejor amigo, no el tuyo.

Ellen se vuelve hacia el espejo; nuestros ojos reflejados se cruzan, y dice:

—Quiero a George, mamá. No es solo que me agrada. No es solo un compañero. Le quiero.

—Lo sé, El. —Bueno, eso ha sido una mentirijilla. No lo sabía: lo sé ahora.

—No es amor romántico; no «me gusta». —Pone cara rara—. Se puede querer a un amigo tanto como se quiere a una pareja romántica. Así es como quiero a George. Aunque nunca lo vuelva a ver, no voy a dejar de quererle.

—¿Apasionadamente? —pregunta Alex.

—Ellen, lo comprendo. No estoy seguro de que papá lo comprenda, pero yo sí. —Su intensidad me da miedo.

—Me vais a condenar como padre idiota del año, ¿verdad? Después de todo lo que he hecho por esta familia...

—Siento haberme portado tan mal contigo por lo de *Figgy*, mamá. Es muy mono; parece un calcetín gris peludo.

—Bueno, vamos a la siguiente cuestión controvertida —corta Alex—. ¿Va a ir Ellen a la escuela hoy o no?

—Sí, sí que voy a ir.

Decido probar una nueva táctica.

—La policía viene esta mañana, El. Estaría bien que estuvieses aquí para contarles lo de George, la escuela y todo lo sucedido.

—¿Por qué? —pregunta, alarmada—. Pensaba que venían por lo de las llamadas telefónicas.

—Así es. Y tú crees que las llamadas y la expulsión de George están relacionadas, ¿no?

—Yo no sé nada. No quiero hablar con ningún policía. Si me obligáis, les diré que es ilegal impedir que un niño vaya a la escuela si ha dicho que quiere ir.

—Ellen, cálmate...

—¡No, mamá! Voy a ir a la escuela. Iré a clase y... bueno, me mezclaré con los alumnos.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de que pase algo si no vas?

—Justine, ya se lo has preguntado al menos diez veces. La estás intimidando.

—¡No sé de qué tengo miedo!

Ellen se tapa las orejas con las manos, como si no pudiese soportar oír lo que yo vaya a decir a continuación.

Me siento fatal.

—Lo único que sé es que, si me comporto con normalidad, puede que empiecen a suceder otra vez cosas normales. Si me quedo en casa, será evidente por qué lo hago. Quienquiera que nos odie en Beaconwood aún nos odiará más porque sabrá que no nos hemos olvidado del asunto de George. —La voz de Ellen suena temblorosa y constreñida, como si una mano le estuviese oprimiendo la garganta.

No puedo llorar; solo serviría para alterarla más.

—Sabrán que no nos hemos olvidado hagamos lo que hagamos —dice Alex—. Nadie se olvida del tipo de conversación que tuvo mamá con la señora Griffiths.

—Tengo que ir y actuar como si nada hubiera pasado —repite Ellen—. Eso transmitirá a la escuela el mensaje de que no pensamos causar problemas.

—Yo estoy pensando en causar un montón de ellos, en cuanto decida los pormenores.

—¡Mamá, no!

—No puedes limitarte a decir «¡No!», El. Yo no lo entiendo y tú no me lo quieres explicar. Si crees que algo va mal en Beaconwood, si crees que es alguien de allí quien hace esas llamadas amenazantes, ¿por qué la respuesta obvia no es no volver allí jamás? ¡Hay otras escuelas!

—Justine, ya lo has preguntado muchas veces. Si quisiera responder...

—¡Es por George! ¿Y si se escapa y viene a buscarme? En un día lectivo, iría a Beaconwood, ¿no? Es donde cree que estaré yo, así que tengo que estar allí. Y ya sé lo que estáis pensando.

Alex y yo nos miramos un instante. Yo estoy pensando en la palabra «escapa», que nuestra hija ha pronunciado hace unos segundos. Me pregunto si Alex piensa en lo mismo.

—Vais a decir que George, después de que lo hayan echado a patadas, no volvería a aparecer por la escuela —dice Ellen—. Y yo también lo creía, al principio; pero luego pensé en el autobús. Podría esperarme una mañana en la parada del autobús, en el exterior de los terrenos de la escuela; y creo que es lo que va a hacer en cuanto pueda. Lo conozco más de lo que te conozco a ti, mamá; más de lo que tú y papá os conocéis.

—Eso es mucho decir, El —dice Alex frunciendo el ceño.

—Es verdad. Deberías haberme despertado a tiempo para el autobús, mamá.

—¿Por qué has dicho «si George se escapa», como si su casa fuera una especie de cárcel? —pregunto.

—Porque lo es. No le permiten ir a ninguna parte, ni hacer nada, ni tener amigos. Es una cárcel sin un cartel que lo diga.

—¿No saben sus padres que tú eres su amiga?

—Para nada —ríe Ellen—. Se volverían locos.

Intento captar la atención de Alex, pero está ocupado intentando quitarle a *Figgy* de la boca un par de calcetines de Ellen.

«¿Se volverían locos, o ya se han vuelto locos?».

¿Y si es la madre de George, la profesora Anne Donbavand, la perturbada que está haciendo las llamadas?

—Por eso no os he contado nada de George durante tanto tiempo. Él me lo hizo prometer. Dice que, si su madre supiese lo de nuestra amistad, le encerraría en un armario para que no pudiera verme más. Es una tarada. George siempre dice que le gustaría tener una madre como tú.

La oigo, pero no he pillado lo que ha dicho. Me ha distraído alguna cosa en la ventana de su dormitorio y me ha parecido reconocer algo. Mientras Ellen hablaba, mi atención se ha quedado pillada en otra parte; pero ¿dónde?

Parecía importante.

¿Sería algo que he visto fuera? Me acerco a la ventana y miro; todo tiene un aspecto normal: el césped que se extiende hasta el río, los árboles del jardín, las barcas en el agua, las colinas boscosas salpicadas de casitas.

No hay nada que me parezca fuera de orden.

Examino la propia ventana y no veo nada reseñable o significativo, solo una ventana de guillotina normal que tendrá que repintarse próximamente.

—¿Justine? ¿Qué pasa?

—Yo... Nada.

Ni soñar en decirles a Alex y Ellen que he tenido otra intensa, ilógica sensación que probablemente no quiere decir nada. Creo que ya he gastado mi cupo de rarezas de todo el año.

¿Podría quizá tener relación con la historia que está escribiendo Ellen sobre la familia Ingrey? Después de todo, es la misma ventana desde la que cayó y se mató Malachy Dodd, empujado por la malvada Perrine.

«Pero, al principio, ni siquiera estabas mirando hacia la ventana, sino en dirección contraria; mirabas a *Figgy* dar vueltas con el calcetín de Ellen en la boca. Luego te volviste hacia la ventana, esperando ver... ¿Qué esperabas ver?».

—Justine, ¿nos prestas atención, querida?

Mi teléfono móvil empieza a sonar, y el sonido me despeja la cabeza como

una zambullida en agua fría.

—¿Será la policía o la psicópata? —digo alegremente mientras lo saco del bolsillo.

—O el conductor del autobús escolar preguntándose por qué Ellen nunca aparece últimamente —dice Alex.

—¿Hola?

—Así que sigues ahí, con toda tu seguridad. No piensas irte, ¿verdad? Pues yo tampoco; aquí me quedo. No podrás hacerme huir.

—Estás loca —le digo con tranquilidad—. Te quedas, ¿dónde? ¿Vives por aquí cerca?

—¿Por qué me haces esto, Sandie? He guardado silencio todos estos años, me he callado un secreto espantoso que desearía no haber sabido porque tú querías que lo hiciese. No solo porque tenía miedo de lo que me harías, a pesar de que estaba aterrorizada, sino también para complacerte. ¿Por qué me mortificas?

—Yo no me llamo Sandie.

—¡Dime qué tienes planeado hacerle a mi familia!

Ellen empieza a sollozar. Alex se acerca para consolarla, pero ella sale de la habitación.

—Me está confundiendo con otra persona —contesto con tono distante, como si fuese otra persona la que habla—. Yo no soy Sandie. Mi nombre es Justine Merrison.

—No mientas. Yo sé tu nombre y tú sabes el mío.

—No. Esas dos cosas no son verdad.

—¡Cállate! Esta es tu última oportunidad. —Las palabras suenan como un grito ahogado. Está histérica, pero trata de no alzar la voz. ¿Quizá para que no la oigan?—. Tu última oportunidad y la de tu familia. Os enterraré a todos. Si quieres vivir, Sandie, vete a casa.

—Empecemos por el principio —dice el agente Euan Luce—. Sus dos números de teléfono, el fijo y el móvil, ¿quién los tiene? Vamos a hacer una lista exhaustiva.

Tiene casi cincuenta años y es exhaustivo para todo. Cuando llegó —con una hora de antelación y sin disculparse—, pasó tanto tiempo limpiándose los zapatos en la alfombrilla que pensaba que íbamos a mantener la entrevista de pie

en el vestíbulo.

Alex y Ellen se estaban preparando para salir y *Figgy* se revolcaba sobre sus pies. El agente Luce tuvo que esperar mientras buscaba por Internet veterinarios locales y marcas de pastillas antiparásitos y hacía una lista para Alex de todo lo que tenía que comprar en Pet World después de dejar a Ellen en la escuela.

Ahora me está interrogando en el salón, y está claro que considera que las circunstancias no son en absoluto ideales. He tenido que controlar a *Figgy* para que no intentase seguir a Alex y Ellen cuando se han ido. Luce ha chasqueado varias veces la lengua, mirando los inofensivos juegos del perro por la habitación. Supongo que no tiene ninguna experiencia con perros y que su mujer se afana en alisar los pliegues de las cortinas cada vez que oye la llave en la puerta.

Debe tener algún motivo para estar así de tenso. Puede que tenga una montaña de trabajo que le sigue en su cabeza como si fuese un matón. Cuando yo tenía una profesión, también era así. Mis días solían empezar con el deseo de matar a mi pobre cartero y de rasgar las cartas sin abrirlas ni leerlas, solo porque el correo había caído sin ningún orden en el suelo del vestíbulo. Cuando trabajas demasiado durante demasiado tiempo, empiezas a sospechar que los objetos y las personas inocentes se han confabulado contra ti.

No sé por qué Luce dice «Empecemos por el principio» cuando esto no es el principio en absoluto. Se ha pasado la última media hora preguntándome detalles sin sentido: mi nombre completo, el de Alex, el de Ellen, cuánto tiempo llevamos viviendo en Speedwell House, dónde vivíamos antes, a qué nos dedicamos Alex y yo.

—Yo no hago Nada —le he dicho con malicia, y he disfrutado al ver cómo se echaba atrás. «Miro fijamente las barbillas prominentes de los policías que nos visitan». La de Luce está separada del resto de su rostro por una profunda arruga, y tiene aspecto de ser plegable, como si pudiese retroceder o extenderse más.

La suya ha sido la mejor reacción que he obtenido hasta ahora a la afirmación «No hago Nada». Me habría gustado darle una respuesta más larga y explícita: «No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve prisa. Si todos los relojes y dispositivos electrónicos de la casa se averiasen ahora mismo y no tuviese forma alguna de saber la hora, no tendría ni la más mínima importancia. ¿Sabe cuántas personas me buscarán hoy, ya sea en persona, por correo electrónico o por teléfono? ¡Ninguna!».

Bueno, ninguna, exceptuando a mi comunicante psicópata. Bien pensado, ella no cuenta, porque yo no soy la persona que busca. Espero que esto esté tan claro para Euan Luce como lo está para mí. Le he contado todo lo que me ha dicho ella desde el inicio de su campaña de intimidación, palabra por palabra. He ido incluso más allá: he interpretado cada una de las llamadas de teléfono, imitando la voz de la chalada, emulando su tono tanto como he podido.

—Vamos a empezar por la línea fija —comienza el agente Luce—. ¿Quién conoce ese número?

—Mi padre y mi madrastra, los padres de Alex y unos cuantos viejos amigos.

—¿Cuántos?

—Siete —respondo, haciendo la suma mentalmente.

—¿Y podría darme nombres y datos de contacto?

—Claro que puedo, pero le prometo que ninguno de ellos...

—No puede prometerme nada —me corta enérgicamente—. No sabe de qué es capaz cualquier persona, por muchos años que hayan pasado desde que la conoció. Entonces, ¿solo once personas saben el número de teléfono de esta casa?

—Unas cuantas más de once. La escuela de Ellen, obviamente, tiene todos nuestros datos.

—¿El médico o el dentista?

—Sí. Y las empresas de suministros, nuestro banco, los de las tarjetas de crédito... No se me ocurre nadie más.

—De acuerdo. ¿Y su número de móvil? ¿Quién lo sabe?

—Prácticamente nadie. Mi padre, mi madrastra y la escuela de Ellen.

—¿Y los padres de su marido?

—No. Tienen el número de móvil de él.

—¿Y su madre?

—Murió.

—¿Y los siete viejos amigos?

—Son todo personas que... *Figgy*, para ya. Ven aquí. Lo siento.

Chasqueo de lengua.

Figgy no hace caso alguno a la desaprobación con la que lo están mirando. Mete la cabeza debajo del sofá y menea la cola como si hubiese visto alguna cosa que lo emociona.

—A esos amigos los veo, como máximo, una vez al año —le cuento a Luce

—. No necesitan llamarme al móvil, así que no les he dado el número.

—Entonces, ¿si quedan para encontrarse en alguna parte, no intercambian números de móvil? Eso no es muy habitual.

No hay razón para no contárselo todo, así que lo hago.

—Este móvil es muy nuevo. Cuando nos mudamos de Londres, abandoné deliberadamente mi teléfono y mi número antiguos. No quería que nadie de mi vida en Londres pudiese ponerse en contacto conmigo.

—¿Cómo es eso? —El agente Luce levanta la mirada de su bloc de notas.

—Estaba harta de todos ellos. Quería alejarme.

—¿Sin excepción?

«A excepción de Ben Lourenço».

—Sí. Todos mis amigos, mi círculo social, eran personas del mundo de la televisión. Al cabo de poco tiempo, dentro de mi cabeza, se confundían unos con otros.

—¿Le pasó algo malo en Londres? —se interesa Luce—. ¿Fue lo que hizo que se mudaran?

—No quiero que piense que no tengo ganas de cooperar, pero esta perspectiva de Londres no va a ninguna parte, en serio. Nadie que yo conociese allí sabe mi nuevo número de móvil. Esto no tiene nada que ver con Londres.

—No está usted en situación de saberlo con seguridad —contesta Luce. Él tiene permiso para saber las cosas con seguridad y yo no—. Su marido y su hija saben su número de móvil, ¿no?

Asiento.

—De acuerdo. —Hace una nota en el bloc—. Y cualquiera que lo sepa se lo puede haber pasado a otra persona; no hay forma de saber a quién o a cuántos, así que si buscamos pistas será mejor que nos concentremos en usted.

—Eso es una pérdida de tiempo. Esas llamadas no tienen nada que ver conmigo. ¿Es que no pueden localizarlas?

Sobre mi cabeza, el techo cruje. Oigo hablar en voz alta y las palabras «cepillo» y «minutos». Alex y Ellen. Pensaba que ya se habían ido, pero está claro que no. Están discutiendo sobre el nivel adecuado de limpieza de los dientes. *Figgy* me mira y ladra. ¿Necesitaremos un cepillo de dientes y pasta especial para él? Tendré que llamar a Olwen para preguntárselo.

—Hay alguien más que tiene mi número de móvil: Olwen Brawn, la criada de *Figgy*. Pero no es la mujer que buscamos: no sabía nada de mí o del número hasta ayer y su voz es completamente diferente.

—Tomaré nota de todos modos. En cuanto a localizar las llamadas, sí lo haremos, ya que ha habido amenazas de muerte.

—Gracias.

—Es interesante que diga que las llamadas no tienen nada que ver con usted.

—No es interesante —le contradigo—. Me limito a enunciar un hecho.

—Usted es la que recibe las llamadas.

—Sí, pero no van dirigidas a mí. Van dirigidas a alguien llamado Sandie.

—Que no es su nombre ni guarda similitud alguna con él.

—Exacto.

—¿Alguna vez alguien la ha llamado Sandie?

—Sí —contesto, y espero su mirada de sorpresa—: la mujer que hace estas llamadas. Me ha llamado Sandie dos veces esta mañana. Nunca nadie antes me ha llamado Sandie porque no es mi nombre.

—De acuerdo, deje que reformule la pregunta: ¿tiene el nombre Sandie una importancia particular para usted? ¿Quizá un apodo de su infancia? ¿Le recuerda o le suena a algo?

—Hum... ¿La película *Grease*? Ya sabe: Olivia Newton-John, John Travolta.

—¿Es especialmente significativa esa película para usted?

—No lo es. Me gusta igual que me gustan muchas otras películas. Mire, si tuviese un ligue temático de *Grease* con un hombre que me llamase Sandie lo mencionaría, ¿no cree? No se me ocurre ningún motivo por el que alguien podría dirigirse a mí como Sandie, aparte del motivo real, que ya le he explicado: esta mujer me ha confundido con otra persona.

—No obstante, sabe que vivía en Muswell Hill y que trabajaba en televisión. Y por lo que dijo sobre las tumbas, sabe que su familia consta de dos adultos y un niño.

—¡Sí! —Quiero gritar de frustración—. ¿Podemos dejar de perder el tiempo diciéndonos el uno al otro lo que ya sabemos? No me cabe duda de que es usted una persona ocupada. Sí, esta mujer sabe algunas cosas sobre mí; no lo niego. Y ya sea debido a ello, o a pesar de ello, cree que soy Sandie, una Sandie espantosa que está decidida a destruirla. Y no lo soy. Pero es lista; es ella la que está decidida a asustarme e intimidarme. Justifica su deseo de atacarme con la mentira de que yo, o Sandie, la hemos atacado primero.

—Es una extraña forma de asustar a alguien —dice el agente Luce con una mueca.

—No estoy de acuerdo. Creo que es una forma puñeteramente buena de asustar a alguien. Tiene la amenaza de muerte básica, siempre eficaz («te mataré a ti y a toda tu familia») con una capa adicional de poner histérica a la víctima. La acusas de que te hace exactamente lo que tú estás intentando hacerle a ella; así haces que se sienta culpable, paranoide y confusa, aparte de jodidamente asustada. La víctima acaba convencida de que la culpa de lo que le sucede es suya, a pesar de que no hay ninguna prueba de ello. Si se lo plantea, es brillante.

—Lo siento, no lo comprendo. —Luce agita la cabeza.

«Vamos, *Figgy*, cágate en sus pantalones».

—Puede que usted no lo comprenda, agente Luce —añado con una sonrisa—, pero yo lo estoy viviendo.

—Sin embargo, si seguimos su lógica, todo esto no está dirigido contra usted, sino contra Sandie. Es posible que Sandie haya intentado atemorizarla.

—Cierto, pero... cuando le repito una y otra vez que no soy Sandie, me contradice sin más y me dice que sí lo soy. Así que, después de todo, quizá sí sea su objetivo. —Estoy intentando resolver el misterio mientras hablo—. ¿Cómo es posible que sienta un rencor tan aparentemente personal contra Sandie y no se dé cuenta de que yo soy otra persona? No me lo creo. Es más probable que sea alguien que me odie a mí y quiera confundirme todo lo posible antes de... No quiero decir antes de qué. Prefiero no pensarlo. Pero, aunque me esté mal decirlo —prosigo—, nadie me odia tanto como para hacer lo que está haciendo esta mujer. Quizá sea alguien que estaba ligeramente molesta conmigo, y también estaba enfadada con alguien llamado Sandie, y ha tenido un brote psicótico y nos ha combinado en la misma persona. Esquizofrenemigo: cuando combinas dos enemigos en tu cabeza para formar uno solo.

El agente Luce no parece inmutarse.

—O puede que los locos seamos nosotros por intentar hallar una lógica en todo esto. Quizá esté simplemente loca, chalada de los de espumarajos en la boca; y, en ese caso, mañana podría llamar al teléfono y haberme cambiado el nombre a Gertrude o Montgomery.

Figgy salta, alerta. Intenta ladrar, pero emite una especie de ronquido. Segundos más tarde, oigo la puerta principal.

—No son más que Alex y Ellen que salen hacia la escuela, *Figgs*, cálmate. —Intento mantener un tono de voz neutro; algo incómoda de estar hablando con un perro en presencia de un policía.

—Su marido se llama Alex —dice el agente Luce.

—Sí, ya lo sé.

—¿Derivado de Alexander?

—Sí.

—Sandie es una forma abreviada común de Alexander.

—Intente llamar «Sandie» a Alex —me río—, a ver lo que pasa.

—¿Alguna vez alguien...?

—No. Sea quien sea Sandie, no es Alex. Vamos directamente a lo que sea que venga después, ¿de acuerdo? Sí, Alex viaja mucho por trabajo; es un cantante de ópera muy solicitado, canta por todo el mundo y pasa fuera de casa tanto tiempo como en casa. No, no tiene otra mujer que le llame Sandie y que esté maquinando un plan para matarlo a él, a su mujer y a su hija.

—Me gustaría preguntarle a su marido si alguna vez alguien se ha dirigido a él como Sandie —dice Luce.

—No, nunca.

—Acaba de salir, ¿no? ¿Sabe cuánto tardará en volver?

—La persona que llama se dirige a mí como Sandie, no a Alex —observo con un gruñido—. ¿Con qué frecuencia llama usted a un amigo y, cuando su esposa responde al teléfono, piensa: «Bueno, aunque la que ha contestado es Susan, diré de todos modos “Hola, Geoff” porque es la mujer de Geoff, que es bastante próximo»?

—¿Cuánto tiempo es probable que esté su marido fuera? —pregunta de nuevo Luce.

«Allisande Ingrey. Sandie podría ser una abreviatura de Allisande».

—¿Señora Merrison?

«Cállate un momento. Déjame tratar de averiguar qué significa eso».

¿Cómo va a querer decir nada? Allisande Ingrey es un personaje de ficción. No es más que otra coincidencia irrelevante, como el hecho de que Sandie sea un diminutivo de Alexander.

—¿Justine? ¿Cuánto tiempo es probable...?

—En lugar de rebuscar en nuestras vidas la causa de una conexión que no existe, ¿por qué no se limitan a localizar las llamadas? ¿Se tarda mucho tiempo? Quiero decir, ¿pueden hacerlo esta mañana? ¿Podrían estar haciéndolo ahora, en lugar de esperar a que Alex vuelva para poder hacerle preguntas que no vienen al caso? Me imagino que estará fuera bastante rato. Primero dejará a Ellen en la escuela, luego tiene algunos recados relacionados con el perro y...

Me quedo muda en el momento en que la persona cuyas actividades

matutinas estoy describiendo aparece en el portal.

—¿Alex? Pensaba que habías llevado a Ellen a la escuela. ¿Qué pasa? —Su rostro está tenso y pálido.

—¿Dónde está Ellen? —dice—. No la encuentro.

—¿No encuentra a su hija? —pregunta el agente Luce.

—Recibí una llamada de mi agente. Cuando terminé, Ellen se había esfumado. No está en casa y tampoco la veo en el jardín. ¿Tú la has visto?

«No, pero la he oído cerrar la puerta. Y *Figgy* también».

—Estoy seguro de que no hay de qué preocuparse, señor Colley. —El agente Luce se pone en pie, listo para actuar.

—No pasa nada —intervengo—. Yo sé dónde está.

Encuentro a Ellen junto al muro, en la parte baja de la colina, lo más cerca del río que puede llegar sin salir de nuestro terreno. Seguro que ha querido llegar a tiempo de ver el viaje de regreso de la barca de Lionel.

Está llorando, en abundancia pero en silencio, como si no hubiese notado el torrente de lágrimas. O el frío: no lleva abrigo, pero no está temblando, aunque solo de verla con su fina blusa blanca y su casi igualmente delgada rebeca me hace temblar a mí.

¿Dónde está ahora su abrigo? Si han expulsado a George Donbavand por robarlo, ¿no le habrán obligado también a devolverlo? En ese caso, ¿por qué no lo ha traído Ellen a casa?

Me quito mi abrigo y la envuelvo con él, pero ella no parece notarlo.

—¿Está ahí?

Alex viene tras de mí, precedido por *Figgy*. No respondo; si yo puedo oírle, pronto podrá ver a Ellen por sí mismo. Tengo que centrarme en lo que yo veo: la escena de una espantosa tragedia, a juzgar por el rostro de mi hija.

—¿Ellen? ¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—Déjame en paz.

—No. Vas a tener que decirme qué pasa.

—Y tú, ¿quién eres? —me dice con frialdad.

—¿Que quién soy? —No estoy segura de lo que esperaba que dijese, pero no era eso.

—Sé que eres mi madre porque nos parecemos, pero a lo mejor eso es todo lo que sé.

—Ellen, ¿de qué estás hablando? ¿Ahora soy de los malos?

—La chalada que no deja de llamarte, esa a la que tú dices que no conoces, te llamó Sandie.

—Así es.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea.

—No te creo. La gente no llama por teléfono y te llama por un nombre distinto porque sí.

«Genial; primero el agente Luce y ahora Ellen».

—No, no es lo usual, pero parece que pasa de vez en cuando.

—¿Qué sucede? —pregunta Alex.

—No soy Sandie ni lo he sido nunca, Ellen. Has estado en casa del abuelo y Julia y has visto mis antiguos boletines de notas con mi nombre escrito.

—El, ¿qué está pasando aquí? —La voz de Alex suena airada—. No estarás dudando de la identidad de mamá, ¿no?

—No pasa nada. Es comprensible. Cualquiera confiaría más en la palabra de una acosadora anónima que amenaza de muerte que en la de la madre a quien ha conocido toda la vida.

Figgy deja de mordisquear la hierba, mira hacia arriba y lanza un débil ladrido. Sé cómo se siente.

—Lo siento, mamá.

«Eso no basta». Se supone que las madres lo perdonan todo, así que se supone que en algún momento tendré que admitir la derrota y renunciar a mi indignación; pero todavía no.

—¿Mamá?

—Llámame Sandie, como todo el mundo —respondo con voz monótona.

—¿Por qué nunca vamos a casa del abuelo y Julia?

—Eso no es verdad. Vamos a veces.

—Casi nunca. Cuando vamos, siempre dicen que les gustaría vernos más a menudo; tú finges estar de acuerdo, pero nunca haces nada para arreglarlo. Aún no les has invitado a venir y hace cinco meses que vivimos aquí. Y aquella vez que el abuelo dijo si podían venir y quedarse para mi cumpleaños, y tú dijiste que el cuarto de invitados estaba ocupado, era mentira: era que no querías que viniese.

—El —respondo, soltando el aire lentamente—, si quieres que tengamos esta discusión, la tendremos. Pronto.

—Pero ahora no —contesta con amargura, como si se esperase esta clase de decepciones de mí.

—No, ahora no. De momento, tendrás que conformarte con esto: mis razones para mantenerme alejada del abuelo y de Julia no tienen nada que ver con el hecho de que me llamen Sandie, porque no soy Sandie y no lo he sido nunca. Mi nombre ha sido siempre Justine Merrison.

—De acuerdo, ya te he entendido —dice Ellen de malas maneras—. Perdona que haya sacado el tema.

Oh, perfecto, no pasa nada. Seguro que al cabo de diez minutos ya me habré olvidado por completo de que mi hija me ha acusado de fingir mi identidad.

—Esto es de locos, El —interviene Alex—. ¿Estás aquí llorando porque, así de pronto, te han dado ganas de ver más al abuelo? Con todos mis respetos por él, pero...

Ellen le arrebató de la mano de un tirón la correa de *Figgy*.

—¡Y yo no puedo creer que ahora tengamos un cachorro! ¡Justo cuando una psicópata nos está acosando y amenazando! ¿Y si mata a *Figgy*?

La sugerencia hace que me encoja de miedo. Sí, es una fantasía paranoide, pero sé a qué se refiere Ellen. Se supone que los psicópatas pasan de los animales a las personas, ¿verdad? Si damos por descontado que nuestra anónima comunicante no ha matado nunca a un ser humano...

Me estremezco y me obligo a no ponerme neurótica.

—No es seguro para él estar con nosotros, mamá.

Me rompe el corazón oírle expresar preocupación por *Figgy* pero no decir nada sobre sí misma. Debe de estar asustada, y habría preferido no contarle nada de las llamadas telefónicas. Debería haber hecho todo lo posible para que no supiese nada de ellas.

—El, a *Figgy* no le va a pasar nada —le contesto con una confianza que no siento. Quizá debería llamar a Olwen y decirle que se lo volviese a quedar. ¿Sería lo correcto?—. No va a pasar nada. El agente Luce ha dicho que localizarían las llamadas. Confío en él para resolver todo este embrollo.

Será mejor que vuelva con Luce; lo he dejado solo en el salón. ¿Estará aprovechando nuestra ausencia para rebuscar en los armarios de la cocina, con la esperanza de encontrar una vieja fotografía mía con el nombre «Sandie» garabateado en el dorso? Eso es lo que pasaría en una película.

—Pero hay llamadas que no se pueden localizar, ¿no? —pregunta Ellen.

—Quizá, si eres un cerebro criminal con conocimientos técnicos —dice Alex

—. Pero no si eres un bicho raro con ceceo.

—Deberíamos volver a casa y dar por concluida la visita del agente Luce.
¿Qué quieres hacer tú, El?

—Lo mismo que antes: ir a la escuela —dice, echando una mirada al río.

—¿Estabas llorando porque has visto a George?

—No. —Su rostro se endurece.

Con suavidad, tomo la correa de *Figgy* de su mano, se la paso a Alex y le envío una seña invisible con los ojos.

—Vamos, *Figgs*. Tú y yo tenemos una cita con la poli en el salón, tío.

Cuando se han ido, le hablo a Ellen:

—Debes de echar mucho de menos a George. Estabas acostumbrada a verlo cada día. Bueno, cada día de clase.

Ellen asiente.

—Hoy no estaba en la barca de Lionel.

—¿Estás segura?

Me lanza una mirada fulminante.

—¿Por eso estabas tan disgustada?

—¿«Estaba»? ¡Lo estoy! Le he perdido. Pensaba que al menos podría verle de lejos, pero ahora ni siquiera puedo hacer eso ya. —Empieza a llorar de nuevo
—. Si George no viene a buscarme, no volveré a verle nunca; ¿y cómo va a venir, si sus padres le están vigilando cada momento del día?

—Aguanta, El. Solo ha pasado un día. Solo porque George no estaba en...

—¡No lo entiendes! —me grita—. Hoy es día de clase y no estaba en la barca, y su padre tampoco. Si Fleur hubiera ido a clase esta mañana, habrían estado allí; de manera que está claro que no ha ido. Sabía que acabarían por hacerlo, pero no pensaba que fuese tan pronto.

—¿Crees que han expulsado a Fleur?

—¡Se han librado de ella, igual que hicieron con George!

Ellen se vuelve y sale corriendo hacia la casa. Demasiado tarde, alargo una mano para detenerla y, al cerrarla, solo hay aire.

Capítulo 7

Muere un rajaculo

Lisette, Allisande y Perrine no volvieron nunca a la escuela. Bascom y Sorrel Ingrey tardaron casi seis meses en convertir Speedwell House en un entorno totalmente seguro para la protección de Perrine y de todos ellos. Se deshicieron de la antigua y desvencijada puerta de madera del camino de entrada, que hacía años que no cerraba bien, y la sustituyeron por una enorme verja de dos hojas con una sólida cerradura. La verja parecía de madera, pero el interior era de metal. Hicieron construir alrededor de los terrenos un muro que limitaba la parcela propiedad de los Ingrey. Por si esto fuera poco, lo remataron con alambre de espino electrificado y el mejor sistema de alarma que podía ofrecer la tecnología moderna.

También protegieron las ventanas con barras y rejas para que pudiera entrar la luz, pero nada más. Las puertas frontal y trasera ya tenían cerradura, pero añadieron otras, así como cadenas, cerrojos y alarmas.

Bascom y Sorrel preferían no arriesgarse con los trabajadores locales, así que lo organizaron para traer a todos los que necesitaron en autocar desde Nottingham, que estaba a una distancia suficiente para que Sorrel estuviese segura de que nadie hubiera oído hablar de Perrine ni de lo que había hecho. Aparte de hacer las reformas de la casa, estos trabajadores también actuaban como guardias. Mientras fuese posible irrumpir en Speedwell House o en sus terrenos existía un riesgo, y estos hombres sabían que parte de su trabajo era mantenerse alerta contra intrusos peligrosos, o incluso contra aquellos de aspecto inofensivo, que a veces resultan ser los más peligrosos de todos.

Durante seis meses, la familia Ingrey convivió con cerrajeros, albañiles y especialistas en el tendido de alambradas. Sorrel tenía que enseñar a sus tres hijas arte, teatro, literatura, estudios cinematográficos y escritura creativa rodeada por el ruido de taladros y martillos. Para adaptarse a ello, hacía que sus hijas dibujasen apuntes de carpinteros y soldadores y les hacía escribir historias en las que las familias tenían que encerrarse detrás de inescrutables puertas por uno u otro motivo. En el tema cinematográfico, les hizo ver en vídeo (la forma habitual de ver películas en aquella época) un film llamado *Esta casa es una ruina*. La película trata de una pareja que se ve forzada a convivir con un montón de obreros mientras reforman su ruinosa casa.

El personal que trabajaba en Speedwell House no dormía en la casa, con la familia Ingrey: lo hacían en sacos de dormir y mantas en los dos autocares que los habían traído a Devon desde Nottingham. El motivo de ello no era la falta de espacio en la casa ni la falta de alojamiento para ellos, no. Los trabajadores dormían en los autocares debido a otro de los famosos compromisos de Bascom y Sorrel Ingrey. Sorrel no quería que los hombres se quedaran en los pubs y hoteles de las proximidades para que no oyeran hablar de Perrine, la asesina, y decidieran utilizar las

sierras y los soldadores para atacarla en lugar de dedicarse al arreglo del edificio. Bascom no quería que los obreros durmiesen en su casa por si alguno de ellos se colaba en las habitaciones de sus hijas y abusaba de ellas. Cierta era que todos los trabajadores parecían buena gente, pero *nunca se sabe*, decía Bascom.

Así que, para que tanto él como su mujer estuviesen contentos, los hombres tenían que dormir en los autocares.

Se había decidido que todas las clases se impartirían en la biblioteca de Speedwell House, pero ni siquiera el aislamiento que proporcionaban volúmenes tan gruesos como *Guerra y paz* o *Dombey e hijo* bastaba para absorber todo el alboroto que hacían los trabajadores, así que Lisette, Allisande y Perrine tenían que intentar concentrarse en sus estudios con un ruido infernal a su alrededor. Perrine no era distinta de su carácter habitual, a diferencia de Lisette y Allisande, que sí habían cambiado. Antes siempre habían tenido una naturaleza alegre; ahora, sin embargo, una terrible amargura se dibujaba inequívocamente en sus rostros. Odiaban el ruido, echaban de menos a sus amigos de la escuela, y los sudorosos traseros de los obreros, que parecían incapaces de subirse los pantalones hasta la cintura, las distraían de sus tareas. Lisette y Allisande no lo entendían; no hay duda de que una persona que puede cubrir una ventana de guillotina con una elaborada estructura metálica no debería tener problemas para mantener oculta la raja del culo, ¿no?

(Pido disculpas por la vulgaridad, pero es necesaria para lo que estoy a punto de explicar: pocos días después de la llegada de los autocares de Nottingham, Lisette y Allisande Ingrey habían dado con un apodo colectivo para los trabajadores: los *rajaculos*).

Lisette, una chica concienzuda que aún esperaba, de un modo u otro, poder hacer los exámenes del nivel A e ir a la universidad, se aplicaba en sus estudios a pesar de todo, y era cada vez más inteligente y erudita. Allisande, que era por naturaleza más bien holgazana y despreocupada, hacía lo mínimo posible. Estaba, de hecho, entusiasmada de haber descubierto que, en general, durante las clases de Sorrel podía no hacer nada en absoluto. La moda de ver vídeos, que se había iniciado de forma legítima con *Esta casa es una ruina* como parte de estudios sobre el cine, se extendió enseguida al resto de clases de Sorrel. Lisette se quejaba amargamente cuando una clase doble de arte se traducían nada más que en ver la película *Vértigo*, que muestra un cuadro e incluye una escena en una galería de arte. Se quejaba también cuando las clases de teatro consistían en ver *Oficial y caballero* y *American Gigoló* (a Sorrel le encantaba el actor Richard Gere).

Por suerte para Lisette, su padre no se permitía este tipo de lujos en sus clases. Bascom Ingrey enseñaba a las chicas matemáticas, lengua inglesa, historia, geografía, francés, español y ciencias. O lo intentaba. A Bascom le costaba mucho más que a Sorrel concentrarse con los *rajaculos* armando jaleo a su alrededor. A diferencia de su mujer, Bascom no era una persona adaptable que quisiera en secreto ver vídeos todo el día: estaba decidido a que las chicas aprendiesen más en casa de lo que nunca lo habían hecho en la escuela. Tenía la intención de mejorar sus mentes y sus caracteres.

Un martes, durante una clase de historia, perdió los nervios. Estaba intentando hablar a las chicas de Bismarck y de la Liga de los Tres Emperadores cuando uno de los *rajaculos* apareció de pronto en la biblioteca: un joven de cabello claro y piel escamosa bajo los ojos, como si le hubiesen caído un montón de migas de cruasán de los párpados para aterrizar justo debajo.

Entrar en la biblioteca estaba estrictamente prohibido; todos los *rajaculos* habían recibido la consigna de no interrumpir jamás las clases. Sin disculparse por su irrupción, el joven le dijo a Bascom:

—Necesito que me aguanten un trozo de madera, colega. Un minuto nada más.

Bascom se puso violeta de rabia. Aparte de todo lo demás, no creía que ser un trabajador manual fuese excusa para hablar con frases inapropiadas. Furioso, salió de la biblioteca y se encerró en su dormitorio hasta que se calmó. Mientras volvía, las chicas le habían oído gritar:

—¡Sorrel! ¿Podrías sustituirme? ¡Estoy demasiado furioso para dar clases!

—Yo le sostendré el trozo de madera —dijo Perrine, y salió tras el *rajaculo* de ojos escamosos.

—¡Genial, guapa! —oyeron decir Lisette y Allisande, y se dieron cuenta de que nunca antes, ni desde la muerte de Malachy Dodd y ni siquiera antes de eso, le habían oído decir a nadie algo tan agradable y elogioso a Perrine. Claro que tampoco la habían oído a ella ofrecerse a hacerle un favor a alguien de forma tan altruista.

Es extraño que a nadie se le ocurriese que Perrine podría no haberse ofrecido voluntaria por amabilidad o generosidad. Estaban todos demasiado atónitos: no solo su padre había dejado una clase de historia a medias, sino que también le había sugerido a su madre que le sustituyese, cuando sabía perfectamente que a ella la historia le parecía un «saco de bostezos». Lisette y Allisande temían que Bascom pudiese estar sufriendo una crisis nerviosa.

Perrine volvió a la biblioteca al cabo de cinco minutos. «Mamá viene hacia aquí» dijo; al cabo de unos instantes, Sorrel entró majestuosamente en la habitación con un vídeo en la mano.

—Muy bien, chicas; como vuestro padre está teniendo una rabieta, vamos a ver *Lo que el viento se llevó*. Ahí hay un montón de historia. ¡Hombres! No aguantan nada. ¡Son solo niños grandes, todos sin excepción!

—Perrine acaba de ayudar a un *rajaculo* a hacer algo en la casa que no podía hacer solo —explicó Allisande.

Sorrel puso en marcha *Lo que el viento se llevó*, pero la paró casi enseguida y preguntó:

—¿Oís eso? Creo que es vuestro padre pidiendo ayuda. No le voy a hacer caso. ¡Oh, no puedo concentrarme en una película! ¿Hacemos otra cosa?

Antes de que ninguna de las chicas pudiese sugerir algo, Sorrel entornó los ojos con mirada maquiavélica y dijo:

—Ya sé: vamos a hablar de un tipo de historia diferente: el más interesante. No las interminables rotaciones trienales de las cosechas y los pactos Kellogg-Brioche de vuestro padre.

—Briand —dijo Lisette a la defensiva.

—Vamos a hablar del día en que alguien intentó colgar a Perrine de un árbol —dijo Sorrel.

—Preferiría no hacerlo —dijo Perrine—. Ya lo he superado.

—Tonterías —repuso Sorrel—. Tienes trece años y yo soy tu madre: no lo superarás mientras yo no diga que puedes hacerlo.

Perrine suspiró, como si le hubiesen ordenado hacer una redacción increíblemente aburrida como deberes.

—Esto es lo que me gustaría que comentásemos —dijo Sorrel—. Sabemos que había una cuerda colgando de un árbol, y que finalmente se cayó al suelo, lo que le salvó la vida a Perrine. Sabemos que Perrine dijo que había visto una figura en el árbol, en las ramas altas, sosteniendo la cuerda. También dijo que había oído pasos alejándose, después de que esa misteriosa persona soltase la cuerda. Pero ¿vio alguien más a este atacante, ya sea en el árbol o huyendo del lugar? ¿Eh?

Perrine frunció el ceño maliciosamente. Parecía haber entendido hacia dónde se dirigía su madre. Lisette y Allisande estaban desconcertadas, preguntándose qué podía querer decir Sorrel.

—Veréis, me pregunto si pudiera ser que ese supuesto asesino no existiese —prosiguió Sorrel—. ¿Y si fue Perrine quien enganchó la cuerda en el árbol, metió la cabeza en el nudo corredizo y lo agarró con los dedos para no ahogarse?

—¡Estaba colgando en el aire! —dijo Perrine, indignada.

—Vale, de acuerdo —dijo Sorrel—. ¿Y si te subiste al árbol, ataste la cuerda, pasaste el nudo alrededor del cuello y saltaste, agarrándolo con la mano para evitar estrangularte? ¿Alguien vio cómo cayó el nudo alrededor de tu cuello, como tú afirmas que sucedió? ¿Fue alguien testigo de que no trepases al árbol y luego te tirases, colgada de una cuerda?

—No sé quién vio qué —dijo Perrine—. Tendrás que preguntar tú misma.

—Hummm —dijo Sorrel, entrecerrando de nuevo los ojos.

Lisette y Allisande estaban cada vez más asustadas. Habrían preferido que les contasen el exilio de Dreyfus en la isla del Diablo y cómo Esterhazy había sido el que realmente había cometido el crimen. Habían dado por descontado que alguien había tratado de matar a Perrine, y ahora su propia madre estaba poniéndolo en duda.

—Pero mamá —dijo Lisette—, si nadie está tratando de matar a Perrine...

—¡... entonces no necesitamos a los *rajaculos* y podemos volver a la escuela! —Allisande completó la frase de su hermana.

—Lo siento, pero realmente alguien trató de matarme —insistió Perrine—. Plantéate esto, mamá: ¿por qué me tomaría yo tantas molestias en fingir que han intentado matarme?

—Para provocar compasión —sugirió Sorrel—. Lo que pasa es que no la provocaste, ¿verdad? A todos tus compañeros de clase y a tu profesor les pareció bien ver cómo te ahogabas. Aun así te vieron como la víctima y no como la asesina, cosa que no está mal como cambio de punto de vista.

—Perdón, ¿cómo dices que se llama esta clase? ¿Historia o refutación de la historia? —Perrine se rio burlonamente de su propio chiste.

Lisette tenía ganas de vomitar: ¿Creía realmente Sorrel lo que decía, o era todo para evaluar a Perrine? ¿Estaba quizá a punto de decir «Lo siento, querida, claro que estoy segura de que tú no fingirías que alguien intentara matarte»?

Claro que Perrine no lo haría. Hacer un montaje para fingir un intento de asesinato contra uno mismo era tan diabólico como cometer un asesinato. O incluso peor, por retorcido.

Nadie supo nunca lo que Sorrel estaba a punto de decir, porque en ese momento sucedió algo dramático. Las tres hermanas y su madre escucharon a alguien gritar «¡Socorro!» desde algún lugar alto.

—¡Oh, por el amor de Dios! —espetó Sorrel—. ¡Escuchad a vuestro padre! Así es como reacciona cuando alguien entra inesperadamente en una habitación.

—Mamá, esa no es la voz de papá —dijo Allisande.

—¡SOCORRO! —aulló de nuevo la voz masculina.

—Es verdad —dijo Lisette—. No es papá.

Sorrel se puso de pie. Cuando estaba a punto de ir a investigar qué sucedía vio caer a un hombre por la ventana, como le había pasado a Malachy Dodd. Mientras caía, agitaba los brazos.

Se oyó un gran estruendo; Sorrel y sus tres hijas corrieron hacia la ventana. El hombre se había partido la cabeza y la sangre se extendía por la grava, donde había caído.

—¡Dios mío! —dijo Allisande—. ¡Es el *rajaculo* que vino antes, a quien ayudó Perrine!

Perrine emitió una risilla gutural. Sorrel, Lisette y Allisande se miraron, todas ellas pensando lo mismo: ¿y si Perrine había, de algún modo, tirado al *rajaculo* desde el andamio adosado a uno de los laterales de Speedwell House? ¿Y si se había agarrado a un poste metálico, se había quedado colgando todo lo que habían aguantado sus brazos y sus dedos, había pedido ayuda sin que le hicieran caso y, finalmente, había caído hacia la muerte?

—A mí no me miréis —dijo Perrine, a pesar de que nadie lo hacía porque no podían soportarlo—. Yo no le he matado. De todos modos, no es más que un *rajaculo*. Su vida no le importa a nadie.

Por fin estoy sola en casa. El agente Luce se ha ido con sus interminables anotaciones; Alex ha ido a llevar a Ellen a la escuela y luego irá al pueblo. Yo estoy con *Figgy*, que, afortunadamente, no empaña en absoluto mi satisfactoria sensación de aislamiento. No va a impedirme hacer lo que estoy a punto de hacer, ni tampoco me va a pedir que me justifique.

—Te lo cuento, *Figgs*, porque eres muy discreto y no me lo preguntarás. — Me siento a la mesa de la cocina con una taza de té en el regazo—. Voy a buscar por Internet a la profesora Anne Donbavand; voy a buscarla hasta que no quede nada por encontrar. ¿Que por qué? Porque...

Me paro para escribir su nombre en el cuadro de búsqueda y pulso Intro. Mi primera impresión: los resultados son abundantes y todos ellos están relacionados con la persona correcta. La mayor parte de ellos parecen mortalmente aburridos, quizá por mi completa falta de interés en la asiriología.

Estoy a punto de zambullirme en el primer enlace de la lista cuando me doy cuenta de que, después del «porque», he abandonado mi explicación. Eso es un poco impresentable, aunque la explicación se la estés dando a un perro.

—Las razones son varias, *Figgy*, y todas ellas, en mi opinión, bastante convincentes. Ellen está obsesionada con George. Es posible que le haya dado nuestro número de teléfono, e incluso mi móvil. Ellen no tiene teléfono propio, así que el que quiera ponerse en contacto con ella tiene que llamarme a mí o a casa.

Ellen siempre ha sido inflexible con lo de que nunca tendrá un móvil. En Londres, el mío siempre echaba a perder todo lo que intentábamos hacer como

familia. Todos los viajes, cenas y celebraciones de cumpleaños se veían interrumpidos por cinco o diez mensajes de texto, correos electrónicos o llamadas, la mayor parte de los cuales requerían una respuesta inmediata. Una vez, Ellen llamó a mi BlackBerry «el destructor de familias».

—Si George tiene los números, es posible que también los tenga su madre —sigo diciendo a *Figgy*—. ¿Quiero decir con esto que creo que la profesora Anne Donbavand es mi misteriosa comunicante? En absoluto; pero podría serlo. Nunca he oído su voz, así que es posible que sufra un extraño ceceo. No quiere que George tenga amigos, ¿verdad? Ellen es amiga de George. Esto hace que Anne Donbavand sea la persona que, con más probabilidad, quiere que nuestra familia se vaya de Devon y vuelva a Londres, creo yo.

Trato de interpretar el silencio en forma de una correcta y sabia respuesta, pero no hay forma de averiguar lo que pasa por la cabeza de *Figgy*.

—Yo creo que sí —añado, consciente de que parece que hablo a la defensiva—. Diga lo que diga Ellen, la idea de que es alguien de Beaconwood quien me llama y me amenaza... Lo siento, pero no me lo trago. Y Alex creerá que es ridículo, pero todo esto de «Sandie»...

Me interrumpo; *Figgy* se me queda mirando, expectante.

—Cuando he hablado con «la mujer del ceceo» esta mañana y Ellen ha empezado a llorar... No era la angustia corriente de que un extraño llame y ponga en peligro tu seguridad. Ellen rompió a llorar y salió corriendo en el momento en que me oyó decir «Yo no me llamo Sandie». Fue el nombre lo que hizo que se derrumbara, el nombre y el hecho de que alguien me lo aplicase. Más tarde me acusó de ocultar mi verdadera identidad, de ser Sandie. De alguna manera...

Con la taza de té en la mano, me acerco a la ventana. Aquí de pie, mirando hacia fuera, recuerdo la sensación que tuve en la habitación de Ellen. «Algo no es como tiene que ser; la ventana, la vista o...».

No, no me viene a la cabeza, y es una tontería esperar que venga.

Figgy parece estar dormido. Repaso mentalmente el resto de la teoría: de un modo u otro, hay alguna relación entre el hecho de que Ellen se altere a la mención de Sandie y la Allisande de su historia.

Si Ellen sospechaba que yo podía ser Allisande Ingrey, eso significa que Allisande Ingrey es real.

¿Es posible que tres generaciones de una familia, todos ellos con nombres poco corrientes, no tengan absolutamente ninguna presencia en Internet? Busqué

a los Ingrey en Google y no encontré nada. Quizá debería preguntar por ellos por ahí, en los pubs o en la oficina de correos de Kingswear. No todo el mundo está en Facebook o tiene seguidores en Twitter, sobre todo después de salir de Londres; yo soy prueba viviente de ello. No he mirado ni una sola vez mi *timeline* de Twitter ni mi página de Facebook desde que dejé mi trabajo. Si hay algún mensaje para mí, no tengo interés en recibirlo.

Podría haber cerrado todas mis cuentas en redes sociales al dejar Londres; probablemente debería haberlo hecho, pero eso querría decir que tenía que pasar por cada una de ellas una vez más, y no estaba dispuesta a enfrentarme a ello. Sabía exactamente la clase de mensajes que estarían esperándome y el número de ellos, porque me había atrevido a expresar públicamente mi desacuerdo con el punto de vista dominante en una cuestión que, en un mundo cuerdo, no habría supuesto problema alguno. Me negaba, me niego, a leer todas esas tonterías, así que fingí que Twitter y Facebook habían dejado de existir.

Devon debe de estar lleno de personas que opinan lo mismo de Internet, y evitan los dispositivos electrónicos en favor del aire fresco, los paseos a caballo y la tierra blanda.

—Pero si Perrine Ingrey hubiera cometido un asesinato, seguro que encontraría alguna cosa —le digo a *Figgy*, que ha abierto los ojos.

Figgy bosteza.

Yo vuelvo a la mesa, me siento y empiezo a hacer clic en los resultados de la búsqueda de «profesora Anne Donbavand». Aquí tenemos su página en el sitio web de la Universidad de Exeter. No hay foto, sino un cuadrado en la esquina superior derecha, con una silueta genérica de una cabeza y unos hombros. Maldita sea; me gustaría ver su cara. A lo mejor le echaría una mirada y diría: «Ah, sí, no hay duda: una acosadora desequilibrada»; o quizá lo contrario: «No puede ser que alguien con esa cara sea capaz de hacer nada malintencionado».

La profesora Donbavand tiene tres especialidades: la historia de la medicina en Mesopotamia, el lenguaje babilónico y la gramática y crítica literaria del lenguaje acadio.

Uf. Desde mi posición de persona con solo dos especialidades —no hacer Nada y la política interna de Lockhart-Gardner, el bufete de abogados de la serie *The Good Wife*—, no puedo evitar sentirme inepta por comparación.

—Tiene que ser ella la de las llamadas —informo a *Figgy*—. Si yo tuviese que pasarme los días investigando enfermedades del ojo en tablillas cuneiformes, no tardaría en ponerme a lanzar amenazas de muerte como una

histórica.

He recorrido tres páginas de resultados y no he encontrado nada acerca de Anne Donbavand que no esté relacionado con su trabajo. Como tenga que leer algo más acerca de las diversas ponencias que ha presentado en conferencias de asiriología, empezaré a tener tentaciones de morder la mesa de la cocina. Su dirección de correo electrónico está publicada en la página de la universidad. ¿Y si le envío un correo?

En mi mente oigo a Ellen gritar «¡No, mamá!».

Vuelvo al cuadro de búsqueda vacío y tecleo «Donbavand Exeter». Ellen dijo que el padre de George también trabaja allí. Sí, aquí está: Dr. Stephen Donbavand, Departamento de Economía. El formato de la página es el mismo que el de su mujer, salvo que él ha tenido la consideración de poner una foto.

Podría ser el hombre al que vi en la barca de Lionel. Creo que lo es. No vi su cara, solo la parte de atrás de la cabeza, pero se parece a él. Tiene ese aspecto de falta de bigote de algunos hombres: ni rastro de vello facial, pero un labio superior con una curva extraña que te hace pensar en un bigote aunque no esté allí.

Sonrisa amplia, grandes ojos azules con gafas. Parece majo, como un pato grande y bondadoso. Accesible.

No me importa lo que Ellen me diga —a gritos— luego. Antes de volver a Beaconwood para el tercer asalto de intentar que alguien me diga la verdad, le voy a enviar un correo electrónico a los padres de George Donbavand; a los dos.

Abro mi correo de Gmail y hago clic en el botón «Redactar»; se abre un cuadro de mensaje vacío. «Estimados profesora y doctor Donbavand —tecleo—. Mi nombre es Justine Merrison. Soy madre de Ellen Colley, que es alumna en Beaconwood y conocida de su hijo George». Será mejor que no ponga «amiga», después de lo que me ha dicho Ellen. «Conocida» tiene un aire formal y distante; nadie podría poner ningún problema al hecho de conocerse.

Probablemente no deba sacar directamente el tema de la expulsión de George, así que escribo «Tengo entendido que ha habido un poco de jaleo últimamente acerca de un abrigo que Ellen le dio a George. Me está costando que en la escuela me expliquen exactamente qué sucedió, y me parecería verdaderamente útil poder hablar con uno de ustedes, o con ambos». A continuación escribo mis números de teléfono de casa y móvil, satisfecha de mi propia madurez por no añadir: «Aunque, desde luego, es posible que ya conozcan estos números y los estén utilizando en una campaña de acoso

sistemático».

Copio y pego las direcciones de correo electrónico de los Donbavand de la página web de la Universidad de Exeter, hago clic en Enviar y cierro de un golpe el portátil, como si así quedase anulado lo que acabo de hacer.

«Era lo correcto. Volver a ir a Beaconwood también es lo correcto».

—Cuanto más decidido está todo el mundo a ocultarme secretos, *Figgy*, más ganas tengo yo de averiguarlos.

Se está persiguiendo su propia cola, dando vueltas sobre sí mismo en mareantes círculos.

—Pero ¿quiénes son los Ingrey? —suspiro—. No pueden ser reales, ¿a que no? Si lo son y no hay forma de encontrarlos por Internet, ¿de dónde los sacó Ellen?

La belleza de los jardines de Beaconwood a la brillante luz del invierno es inoportuna hoy. Solo se debería poder ver estos jardines, respirarlos, pasear por ellos, en un estado de felicidad; cualquier otra situación es discordante. Contemplo los exuberantes árboles salpicados de escarcha, los arbustos moteados del color de las bayas, y lo único que siento es ira y frustración porque soy incapaz de disfrutarlos. La tristeza de Ellen me tiene abatida: el saber que está ahí, dentro de ella, y no la puedo sacar y destruirla. Es como acarrear una roca pesada, sin poder elegir cuándo soltarla.

Oigo una voz infantil detrás de mí:

—¡Qué mono! ¿Es un Airedale?

Al volverme veo a un niño vestido con el uniforme de Beaconwood Juniors. Como muchos niños de su edad cuyos padres tienen buena intención pero llevan vidas demasiado ajetreadas, tiene la cara limpia y el cuello sucio; cuando Ellen era pequeña lo llamaba una «bufanda de roña».

«Imagínate estar demasiado ocupado como para no poder asegurarte de que tu hijo se lava como debe. Oh, un momento, no hace falta que te lo imagines: a ti te pasó».

Un BMW negro sale del aparcamiento de la escuela hacia la carretera, chirriando las ruedas, como si estuviese haciendo una prueba para aparecer en un episodio especial sobre conducción imprudente de *Top Gear*. Capto un vistazo fugaz de un puño de camisa con gemelos y la mano de un hombre despidiéndose. El niño devuelve el gesto de adiós. Es más sensato que su padre. Ambos llegan tarde —a la escuela y al trabajo, respectivamente—, pero solo el niño se da cuenta de que no tiene sentido darse prisa si ya has perdido la mitad

de la mañana; puedes tomarte tu tiempo.

—Es un Bedlington —respondo. Como soy una principiante en esto de los perros, no sé si es una forma común de abreviar o si debería haber dicho «terrier de Bedlington». Supongo que la versión corta es aceptable, porque estoy casi segura de que un Airedale también es un tipo de terrier.

—¿Qué edad tiene?

—Ocho semanas.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre completo es *Figgy Pudding*, es el que le puso su criadora, pero le llamamos *Figgy*.

Estoy preparada para una burla, pero el niño se limita a asentir.

—Nosotros tenemos un bull terrier que se llama *Woody*, pero su verdadero nombre es *Cantorella Jumping Jack Flash*. Es lo que dice en su certificado de pedigrí.

—Del Kennel Club, ¿verdad? —Olwen me contó algo al respecto.

—Sí. Si tu perro es de pura raza, puedes obtener un certificado en el que se enumeran todos sus antepasados. Los antepasados de *Woody* han ganado un montón de premios. ¿Y los de *Figgy*?

—No lo sé.

Debería darle las gracias por ayudarme a evitarme una tarea. Probablemente nunca habría ido a buscar el certificado de pedigrí de *Figgy*, pero ahora seguro que no lo voy a hacer. Odio demasiado los árboles genealógicos. «Lo siento, *Figgs*. Incluso el tuyo».

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro. —El niño intenta parecer modesto—. Soy experto en perros. Antes de tener a *Woody* teníamos...

—No es sobre perros, sino sobre una persona: George Donbavand. Estaba en Beaconwood hasta hace poco. Creo que era algo mayor que tú. ¿Le conocías? Por cierto, ¿cómo te llamas? Yo soy Justine. —Sonrío y le tiendo la mano.

—Harry Shelley.

—¿Conocías a George?

—Un poco. Pero no me permiten responder preguntas sobre él: nos dijeron que no lo hiciésemos. Tendrás que preguntar a alguno de los profesores.

«Así que George es real». La pesada roca que transporto es, de repente, más ligera. Puede que mi hija sea infeliz, pero no está trastornada.

—Lo haré, gracias. Ha sido un placer conocerte, Harry.

El niño sale corriendo hacia el edificio de la escuela y yo intento seguirlo, pero *Figgy* tiene otras intenciones: se pone a olfatear un arbusto y ahí es donde se pasa los diez minutos siguientes, sin cambiar de actividad.

Llamo al timbre y espero. Cuando aparece Helen Minchin, no pierdo el tiempo con cumplidos:

—Voy a entrar, así que no trates de impedírmelo.

—No es necesario ser desagradable.

—Estoy de acuerdo. Ni desagradable, ni agradable. Por eso he optado por una actitud neutra-informativa. ¿Lo he hecho bien?

Cuando intento avanzar, se coloca justo delante de mí.

—Me temo que no permitimos la entrada de perros en el edificio.

—Sé que eso no es verdad, Helen. He visto más de una vez por aquí un perro blanco, grande, con el pelo rizado.

—Se refiere a *Pippin*. —La boca de Helen se tensa—. Sí; eso no debería haber sucedido. Desde entonces somos más estrictos.

—Ya. No quiero ni pensar qué significa «más estrictos» en una escuela que hace desaparecer mágicamente a los niños cuando les apetece. ¿Sabe qué? Anoche tropecé con otra madre de Beaconwood que conocía a George Donbavand. Me confirmó que había sido alumno aquí. —No me siento culpable de mentir. Si alguien prefiere la verdad, lo mejor es que empiece también a hacer uso de ella—. Recuerda a George, ¿a que sí, Helen?

Me mira como si le hubiese dicho alguna cosa ofensiva.

—Asistía a esta escuela, ¿verdad?

—Me temo que no va a poder entrar en el edificio con un perro. —Helen lo dice como si fuese una respuesta a mi pregunta.

—No es un perro —le contesto; porque se puede mentir aunque sea absurdo, aunque uno sepa que nadie se lo va a tragar. Puedes decir una tontería ridícula como si fuese el timo más astuto jamás elaborado por la mente humana; eso es lo que he aprendido en Beaconwood—. Es cierto que parece un perro hasta el último detalle, pero en realidad es un humano de aspecto extraño. *Figgy*, dile hola a Helen. Iba a otra escuela, pero lo expulsaron por parecerse demasiado a un perro. Increíble, ¿no crees? Ahora, quítate de mi puto camino.

Helen se aparta. Si hubiera sabido que iba a ser tan eficaz, habría utilizado las palabrotas antes.

Me dirijo a la clase del señor Fisher; ¿por qué no recuerdo su nombre? ¿Lincoln? No, eso suena demasiado americano. Estoy segura de que empieza por

L. Lachlan. Eso es: Lachlan Fisher.

Cuando miro por el delgado panel de vidrio veo que está en pleno discurso, hablando y gesticulando. Ya veo por qué Ellen le llama Rey de los *frikis*. Es fácil imaginárselo *haqueando* bases de datos de inteligencia vestido con un pijama estampado con un personaje de dibujos animados.

Sus gafas estúpidamente grandes han resbalado casi hasta la punta de la nariz. Los niños se ríen de algo que ha dicho; les cae bien. Desde fuera es fácil ver que en la clase hay buen ambiente.

Llamo a la puerta y me preparo para otro encuentro difícil.

Hablando aún y agitando los brazos para resaltar lo que fuese que quisiera decir, el señor Fisher se acerca lentamente a la puerta. Todavía no me ha visto, pero en cualquier momento mirará por el vidrio y su expresión relajada dará paso a otra de incomodidad. No creo que hayan alertado sobre mí a Helen Minchin y a él no. Lesley Griffiths habrá informado a todos y cada uno de los miembros del personal.

Se abre la puerta.

—Hola, Justine. —El señor Fisher me sonrío; parece una sonrisa auténtica.

«Espera; aún no has lanzado el desafío».

—¿Estás buscando a Ellen? —Está haciendo ese extraño y molesto parpadeo que hace siempre: cierra los ojos apretando y luego los abre de golpe. Es desagradable y, además, es difícil no imitarlo—. Debe de estar en su clase ahora, con el señor Goodrick. Vaya, ¿y este quién es?

—*Figgy*. Hace muy poco que lo tenemos.

—Hola, bicho gracioso.

Se me ocurre que algunas personas podrían saludar al señor Fisher con esas mismas palabras.

—Es todo un peludo personaje, ¿a que sí? —Se inclina para acariciarle la cabeza—. ¿O es una chica, quizá?

—No, es un chico —me río—. No he venido por Ellen. Tengo que hablar con usted.

—¿Conmigo? —El señor Fisher parece sorprendido—. Oh. Bueno, vale. Un momento, deje que... ¿Clase? ¡9F! Gracias. Voy a salir un momento a hablar con una madre. No quiero oír el sonido del caos en la clase, ¿de acuerdo? —Cierra la puerta y se vuelve hacia mí—. Muy bien, perfecto. Curiosamente, quería preguntarte algo.

Alguien de Beaconwood que no desea activamente que me vaya. Uf. Voy a

tener que resistir el impulso de darle un abrazo.

—Tú primero.

—Oh. De acuerdo. Quería preguntarte... Ya sé que es una pregunta inesperada, pero ¿trabajabas en televisión? ¿Hacías series y cosas así?

El estómago me da un vuelco. ¿Cómo lo sabe? Nadie que no forme parte del sector se da cuenta de los nombres que aparecen en letra pequeña en los títulos de crédito finales de un programa de televisión.

Le he dicho a Ellen al menos diez veces que no mencionase mi antigua profesión a nadie de la escuela. No es que sea un secreto, pero en cuanto la gente lo sabe empieza a hacer preguntas y yo dejo de poder fingir que esos años de mi vida nunca sucedieron.

—Sí. Era una especie de esclavismo, aunque voluntario y bien pagado, y estoy encantada de haberlo dejado. Se suponía que Ellen no debía decírselo a nadie. No me gusta hablar de ello; me pone muy nerviosa.

—Oh, Ellen no me lo... dijo. —El señor Fisher termina la frase con un cierto nerviosismo—. Bueno, había algo que querías comentarme, ¿no?

Es interesante que no quiera revelar sus fuentes sobre todo porque no se me ocurre ninguna otra persona asociada con Beaconwood que supiese a qué me dedicaba cuando vivía en Londres.

Espero que esto redunde en mi favor. Se sentirá mal y esperará poder compensarlo siendo superatento a partir de ahora.

—Me caes bien.

—¿Co... cómo dices?

—Me refiero a que cuentas con mi aprobación. Le enseñas a mi hija perspectiva narrativa y creo que eres una persona decente. Y últimamente algunos de tus colegas me han tratado de una forma bastante indecente.

—¿Indecente?

—Así es. Tanto Lesley Griffiths como Craig Goodrick me han mentido acerca de George Donbavand.

—Oh. —El señor Fisher me dedica uno de sus parpadeos.

—George fue expulsado por robar un abrigo que no robó. Lo sé porque era el abrigo de Ellen y ella se lo regaló. Cuando intenté hablar de ello con Lesley Griffiths, me dijo que ese chico no existía. Dijo que George Donbavand no existía, que nunca había estado en Beaconwood y que nunca había sido expulsado; lo mismo me dijo Craig Goodrick. Ambos mienten, ¿verdad?

—Hum. —Lachlan Fisher mira hacia *Figgy*—. Esto es un poco incómodo.

—No pasa nada. No me estarás revelando nada si me dices que George Donbavand existe. Tropecé con un chico cuando venía hacia aquí, se lo pregunté directamente y me lo dijo.

—Justine, eso no es verdad.

—¿Qué es lo que no es verdad?

—No se me permite hablar de ello pero... te equivocas.

—¿En qué sentido me equivoco? ¿En que George no es un chico real? ¿En que no lo expulsaron?

—No lo expulsaron.

Me doy la vuelta; no puedo soportar que me mientan en la cara.

—¿Y qué hay de su hermana, Fleur? Supongo que me dirás que a ella tampoco la han expulsado.

—Desde luego que no.

—Entonces, si voy a buscarla a su clase ahora, estará allí, ¿verdad?

El señor Fisher abre la boca. No dice nada.

Sabe que Fleur no está hoy en la escuela, o me hubiese dicho «Claro, ¿por qué no vas a buscarla?». ¿Por qué no está en la escuela?

—Justine... —Lachlan Fisher se aclara la garganta—. A veces, con la mejor intención del mundo...

Espero.

—Verás... es complicado.

—No hay problema. Sé hablar de cosas complicadas. Tengo cuarenta y tres años y he practicado mucho. No te me quedes mirando boquiabierto como un pez en un acuario. ¿Admitirás al menos que George Donbavand es real y que, hasta hace poco, era alumno de Beaconwood?

El señor Fisher baja la mirada a sus manos; entrelaza los dedos, los tensa, los relaja, los tensa, los relaja, como tratando de imitar un corazón que bombea sangre.

—Lachlan, tengo una hija de catorce años muy agitada que no puede comprender por qué han expulsado a su amigo por algo que no ha hecho, incluso después de que ambos hayan explicado a la directora que no lo había hecho. ¿Cómo crees que se siente cuando le cuento que esa misma directora niega categóricamente la existencia del chico al que ella describe como «mi mejor amigo»? ¿Acaso forma parte de la misión de esta escuela joderles el cerebro a los alumnos hasta que son incapaces de distinguir ilusión de realidad?

—No, Justine, no lo es. Siento muchísimo todo esto, de veras que lo siento.

—Entonces dime la verdad. ¿Qué está pasando?

—Yo... ¿No podrías dejarlo correr y confiar en mí?

—No. Dímelo ahora.

—Eso es imposible. Lo siento mucho, pero... si pudiera explicártelo, lo entenderías, te lo aseguro.

—Creo que esa podría ser la frase más irritante que he oído en mi vida.

—Sí, ya lo imagino. Mira, te prometo, tienes mi palabra, que haré todo lo posible por resolver este problema. Me pondré en contacto contigo en cuanto pueda; espero que hoy mismo. ¿Tenemos tus números de teléfono actualizados en la ficha?

—Sí. —Tengo ganas de ponerme a gritar y de darle puñetazos, pero tengo que ser práctica: él es mi mejor oportunidad de averiguar lo que sucede.

—Debería volver a la clase. Vamos a hacer una cosa: esta noche te llamo, en cualquier caso.

—No —contesto—. No me llames a menos que puedas decirme la verdad. Vamos, *Figgy*.

«Vamos a dar la vuelta a la esquina y así podemos ponernos a dar puñetazos contra las paredes. Bueno, al menos yo».

—¡Justine!

—¿Qué?

—George es real. Era alumno de esta escuela hasta hace unos días, y muy buen amigo de Ellen.

—Gracias —le contesto, cerrando los ojos.

—Justine: el tipo de amigos que eran... que son, debería decir...

—¿Sí?

—Nunca he visto nada igual entre dos alumnos de secundaria; ni entre dos personas cualesquiera. Era... bueno, como observador externo supongo que no puedo decir qué era. Pero parecía algo más intenso que cualquier relación que yo haya visto nunca entre adultos.

Capítulo 8

Llévense todos los objetos afilados, talen todos los árboles

Bascom Ingrey se culpaba a sí misma por la muerte del *rajaculo* de los ojos escamosos, que resultó llamarse Jack Kirbyshire. Lisette y Allisande podían apreciar que, para sus padres, no había duda alguna de que Perrine lo había asesinado, así que ellas tampoco lo dudaban. Era innegable que los que se hallaban cercanos a Perrine tenían tendencia a caerse desde una ventana alta y matarse.

Bascom se tomó muy mal esta última tragedia; quedó realmente destrozado. Incapaz de volver a dar clase a sus hijas, Sorrel pasó a encargarse de todas las asignaturas. Todas las clases, de matemáticas a geografía pasando por ciencias, consistían en ver vídeos y comer chucherías. Estaba claro que a Sorrel ya le daba todo igual. Por ejemplo, se habían pasado tres días enteros únicamente viendo episodios de *Cagney y Lacey*. Decir que los debates en clase ya no eran un desafío intelectual era quedarse corto. Lisette estaba preocupada de verdad. Sabía que sus ideas sobre por qué Harvey Lacey iba siempre en pijama no iban a conseguir que ingresase en la Universidad de Cambridge.

Oficialmente, la muerte de Jack Kirbyshire quedó registrada como un accidente, pero tanto la policía local como los Ingrey sabían la verdad, solo que no podían demostrarla.

En Speedwell House, todo el mundo estaba de un humor sombrío. Los *rajaculos* ya no cantaban, ni contaban chistes, ni escuchaban la radio. Bascom y Sorrel no estaban seguros de si sospechaban que Perrine era culpable de asesinato. Nadie de la familia, por supuesto, les había contado nada, pero era tan obvio que Perrine era una niña inquietante que todos pensaban que cualquier persona inteligente sospecharía de ella.

—No podemos perderla de vista —dijo Sorrel a Bascom—. Cualquiera de los *rajaculos* podría intentar matarla. Debemos sacar de Speedwell House todos los objetos afilados o pesados, y talar todos los árboles de donde sea posible colgar una soga.

—A lo mejor no sería tan terrible si un *rajaculo* intentase matar a Perrine y lo consiguiese... —dijo Bascom.

—¡No puedes decirlo en serio! —contestó Sorrel, atónita—. ¿Es que has perdido la fe en ella?

—Pero ¿y si es realmente mala? ¿Mala sin esperanza de redención?

—Entonces deberías perder la fe en ella, sí.

—No puede ser mala —dijo Bascom, con expresión de angustia—. Me niego a creerlo. De pronto se quedó quieto.

—¡Oh, Dios mío, claro! —susurró.

—¿Qué sucede? —preguntó Sorrel—. ¿Se te ha ocurrido algún plan?

—¡Música! —exclamó Bascom—. ¡Nos hemos olvidado de la música! Las chicas necesitan

estudiar música. En la escuela lo hacían, pero las clases no eran gran cosa, ¿recuerdas? Un coro no muy entusiasta cantando *The Windmills of Your Mind* y dando golpes a unos platillos y un triángulo.

—Creo que no te sigo —dijo Sorrel, con el ceño fruncido.

—Bach, Beethoven, Mozart...: ¡clases de música de verdad! Eso es lo que necesitan las chicas. Es lo que Perrine necesita. Esa niña tiene un alma, y te aseguro que la voy a encontrar. La música es la forma de hacerlo, ¡el camino hacia el alma! Bueno, podría serlo. No puedo creer que me olvidase de la música cuando elaboré su plan de estudios en casa. Sé lo importante que es la música. Obviamente, no es un tema que yo pueda enseñar...

—Oh, yo sí puedo —se ofreció alegremente Sorrel.

—Hum, no estoy seguro —repuso Bascom—. Sin ánimo de ofender...

—No te preocupes, no me limitaré a ponerles viejos álbumes de los Rolling Stones.

—Vale, de acuerdo.

—Les enseñaré *Sloop John B* de los Beach Boys y luego podemos cantarla juntas, con armonías y todo. —Sorrel estaba encantada de su ambicioso plan.

—¡No, no! —dijo Bascom, enojado—. No es eso a lo que me refería, para nada. Me refiero a música de verdad. Clásica.

—Vamos, no seas estirado —dijo Sorrel en tono burlón.

—Sorrel, esto tiene una importancia vital. Necesitamos que venga alguien, un especialista.

—¿De Nottingham? —preguntó Sorrel.

—No, no necesariamente. Voy a informarme un poco.

—De acuerdo, querido, pero no eches aún las campanas al vuelo. Me temo que podría no funcionar.

—Tiene que funcionar —replicó Bascom—. Funcionará.

Y de esta forma, David Butcher, un estudioso del órgano de King's College, Cambridge, llegó a Speedwell House, sin sospechar siquiera lo que el destino le tenía reservado.

—Gracias por venir, Justine.

Lesley Griffiths no sonrío. No ha sonreído ni una vez desde que llegó. Es extraño, pero esto me da esperanzas. Últimamente, he visto a demasiadas personas mentirme con la sonrisa puesta para que no parezca que me mienten. Si la verdad está a punto de entrar en escena, lo adecuado es que lo haga con un rostro serio.

Lachlan Fisher no me llamó anoche, aunque esperaba que lo hiciera. En cambio, Lesley me llamó para decirme que había hablado con el señor Fisher y para preguntarme si estaba disponible para charlar mañana por la tarde. En tal caso, ambos harían sitio en su agenda.

Y ahora es mañana por la tarde y aquí estoy, en la oficina de Lesley. Está sentada a su escritorio; Lachlan Fisher está detrás, en el sillón de la esquina. Preferiría que se adelantase: parece un niño al que han obligado a venir contra su voluntad para decirle que se quede sentado en silencio hasta que los mayores terminen de hablar de sus cosas.

Yo quiero que intervenga en la conversación; si no fuese por él, estoy segura de que ni siquiera la estaríamos teniendo.

—¿No has traído el cachorro hoy? —pregunta.

—Se ha quedado con mi marido. Y con Ellen. Está en casa hoy.

—¿Se encuentra bien?

—No. Cuando la he despertado esta mañana, me ha dicho que no quería ir a la escuela. Yo le he contestado «Perfecto. Bravo». La he estado animando a que se mantenga lejos de Beaconwood, ya que los alumnos se desvanecen y su

existencia se borra, así que, desde mi punto de vista, lo de hoy ha estado bien.

—Comprendo tu enfado —dice Lesley— y, sin duda, me lo merezco. Es una situación muy poco corriente, y creo que lo he hecho muy mal. Me refiero a la gestión. Aunque la cosa es que no estoy muy segura de cómo podría haberla gestionado sin... —Se interrumpe y suspira—. ¿Quieres una taza de té antes de empezar? Yo necesito una. ¿Lachlan?

—Un vaso de agua para mí, por favor.

Ambos me miran, esperando que diga qué quiero.

—Antes de que pasemos a las bebidas... Lesley, ¿había un chico en esta escuela hasta hace unos días llamado George Donbavand? —pregunto, aguantando literalmente la respiración.

Hay una pausa sin palabras. Miro el reloj que hay sobre el escritorio; el tictac, audible de repente, me ha recordado su presencia.

—Sí —dice finalmente Lesley—. Sí, lo había.

«Ya lo sabía. No hacía falta que tú me lo dijese».

—Estaba en mi clase —dice el señor Fisher.

—De modo que me mentiste —digo yo, dirigiéndome a Lesley.

—Sí, te mentí.

Mi primer impulso después de que me presenten un hecho que hacía tiempo que me figuraba es dudar todavía con más intensidad. De pronto me dicen que George Donbavand existe, pero ¿y si la verdad después de la mentira no es más que otra mentira?

—¿Lo habéis expulsado? —le pregunto a Lesley.

—No.

—¿Habéis expulsado a su hermana, Fleur?

—De nuevo, no.

—¿Sigue siendo alumna de la escuela?

—No, muy a mi pesar. Justine, sé por qué crees que expulsamos a George: porque fingí hacerlo.

—¿Fingiste hacerlo?! —Me inclino hacia delante en la silla.

—Así es. George cree que lo expulsamos.

—De acuerdo. El único problema es que eso no puede pasar. Jamás. ¿Por qué iba a creer que ha sido expulsado un chico que no ha sido expulsado?

—Es lo que voy a intentar explicarte —responde Lesley—. ¿Seguro que no quieres un té o un café antes de empezar?

—Tomaré un café.

Maldita sea. Las palabras salen de mi boca antes de que pueda evitarlo. No he tomado café desde que me fui de Londres. No he sentido la necesidad de ello, pero ahora sí, y eso es mala señal. Si deseo un suplemento de energía, eso quiere decir que me estoy desviando del camino que me he marcado.

«Es una taza. Una excepción solitaria, no una recaída».

Lesley llama a alguien —Helen Minchin, probablemente— y pide un té, un café y un agua.

—De acuerdo, pues: empecemos. No tiene sentido darle más vueltas mientras esperamos las bebidas. Justine, sobre lo que has dicho, «eso no puede pasar», debo advertirte que en lo que estás a punto de escuchar hay mucho de eso. Por desgracia, muchas de las cosas que uno no cree que vayan a suceder nunca, porque, francamente, no hay quien se las crea, han tenido lugar. En cuanto a la forma de enfrentarme a ellas... Me he visto en un dilema.

—Adelante.

Por encima del hombro, Lesley mira a Lachlan Fisher, que mueve la cabeza en señal de aprobación.

—George y Fleur Donbavand, ambos alumnos de esta escuela desde primer curso. ¿Padres? Mi primera impresión fue: padre normal y agradable, madre infeliz y neurótica. Madre al mando, por desgracia. Padre totalmente dominado; un Padre Monitor de todas todas.

—¿Padre Monitor?

—Sí: padre solo de nombre. Más bien un hijo mayor con privilegios especiales otorgados por el Padre Dominante, que puede retirarlos en cualquier momento. En todo caso, mamá Donbavand lleva todos los pantalones disponibles, así que la señora infeliz y neurótica guía también el día a día de la familia. Es siempre una lástima cuando el mejor de los padres es también el padre inactivo, ¿no crees?

—No creo que alguien sea un buen padre si se sienta tranquilamente y deja que su media naranja perjudique a sus hijos. También me pregunto si no soy injusta. No conozco a Anne Donbavand: ¿tengo derecho a insinuar que perjudica a sus hijos a partir de comentarios de terceros?

—Estoy de acuerdo —acepta Lesley—. De todos modos, no he dicho «bueno», sino «mejor».

—¿Estás sugiriendo que no es difícil ser un padre mejor que Anne Donbavand?

—Lo que no estoy haciendo es negar que Stephen Donbavand podría, y

debería, ser más fuerte. Pero no lo es, ni lo fue. Al cabo de unos años, el nivel de ansiedad se convirtió en un problema: mensajes de correo electrónico pidiendo datos sobre quién prepara la comida y preguntando si habíamos obtenido las referencias adecuadas de estas personas; exigencias de que les informásemos cada vez que llegaba a la escuela un estudiante de intercambio o un profesor temporal y las mismas preguntas sobre referencias. Finalmente invité a los Donbavand a que viniesen a charlar, con la esperanza de llegar al fondo del asunto. He conocido a muchos padres preocupados a lo largo del tiempo, pero aquello era otra cosa. Las preguntas relacionadas con la seguridad... Era como si pensasen que alguien tenía la intención de atacar a sus hijos. Así que, cuando vinieron, les hice una pregunta directa: «¿Creen que alguien quiere hacer daño a Fleur y George? ¿Alguien que llegaría a solicitar un empleo en nuestro comedor para poder envenenarlos?».

—¿Y qué respondieron?

—Ella empezó a gritar incoherencias: que por qué lo preguntaba, que qué era lo que sabía, ese tipo de cosas. Fue una reunión breve. Se marchó de aquí furiosa casi de inmediato, y él salió corriendo detrás de ella. Al cabo de unos días el señor Donbavand me envió un correo preguntándome si podían venir de nuevo. Estaba claro que habían decidido, bueno, que ella había decidido, que querían hablar conmigo. Por supuesto, le dije que sí. En la reunión se mostró totalmente tranquila. Se disculpó por su conducta en la anterior ocasión y a continuación me dijo que ni ella ni su familia existían.

—¿Cómo?

—Palabras textuales; no las olvidaré nunca. No hay nadie llamado Anne, Stephen, Fleur o George Donbavand. Son nombres falsos, me dijo, porque se están ocultando. En respuesta a la pregunta que le había hecho la vez anterior (¿Creen que alguien quiere hacer daño a sus hijos?), me contestó que sí, que temía que así fuera. Alguien quería hacerles daño a todos ellos; de ahí las identidades falsas.

¿Qué era esto, una broma? Al parecer no.

—¿Cuánto tiempo llevaban Fleur y George en la escuela cuando tuvo lugar esta conversación? —Tengo tantas cosas por preguntar que no sé por dónde empezar.

—Hum. —La boca de Lesley se tuerce mientras trata de recordar—. Podría rescatar mis diarios antiguos y comprobarlo, pero... Tanto Fleur como George eran aún juniors.

—¿Hace mucho tiempo, pues?

—Sí, mucho. En Beaconwood llevamos años viviendo con esta información de la amenaza a los Donbavand. Cada nuevo miembro del personal al que contratamos debe ser informado de ello. Lachlan se lo puede decir.

—Es cierto, Justine. Creo que debemos de ser la escuela más preocupada por la seguridad del país. Cuando has oído una cosa así, no puedes evitar preocuparte. Tienes a tu cargo la protección de dos estudiantes cuyos padres te han dicho que están en peligro. Empiezas a ver amenazas por todos lados: conferenciantes invitados, padres de otros niños...

—Nos acostumbramos a ello —dijo Lesley—. Uno se acostumbra a cualquier cosa, ¿no crees? Observábamos como halcones a George y Fleur todo el día y examinábamos y aprobábamos a todo el que entraba en el edificio con la máxima diligencia. Anne Donbavand nos pidió que la informásemos por adelantado sobre cualquier persona con la que Fleur y George pudieran ponerse en contacto para que ellos también pudieran dar su aprobación.

—Nos llevaba mucho tiempo —intervino Lachlan—. Cada semana teníamos que enviar largos correos electrónicos con los nombres de cualquier persona que fuese a venir a la escuela la semana siguiente, las nuevas familias que empezaban...

—Un momento. ¿Queréis decir que, cuando Ellen llegó a Beaconwood, tuvisteis que enviar nuestros nombres por correo electrónico a Anne Donbavand para que ella nos investigase?

Lachlan parpadea a su estilo unas cuantas veces antes de mirar a Lesley. Quiere que sea ella la que me dé la desagradable noticia.

—No creo que haya podido investigar todos los nombres que le enviamos, o no tendría tiempo de hacer nada más. Y esa mujer, por lo que he podido deducir, está obsesionada con el trabajo. Cuando supe que Ellen venía a Beaconwood, le escribí un correo a Anne para decírselo, como hacía siempre que teníamos una familia nueva.

Me siento furiosa de creer lo que estoy oyendo; o creer, al menos, que Lesley ya ha dejado de mentirme. Sería más feliz si aún dudase. La historia ya es muy perturbadora y aún no hemos llegado a la parte de la expulsión. Perdón: de la expulsión fingida.

—La primera vez que Alex y yo vinimos a visitar la escuela, sin Ellen, ¿también informaste por anticipado a Anne Donbavand de que íbamos a venir?

—Sí.

—Esto es increíble.

—Completamente de acuerdo. Lo que pasa es que nunca habíamos tenido un visitante en la escuela para quien el secreto fuese una prioridad. A ti y a Alex no os importaba que alguien descubriese que habíais estado aquí, ¿no?

—No, pero...

—A nadie le importa. —Lesley se libra limpiamente de mi objeción inacabada—. Imaginé que no haría daño a nadie si... mantenía informada a Anne. Y, lo más importante, la mantenía a raya.

—¿No amenazó también con llevarse a Fleur y George de Beaconwood? —pregunté a Lachlan.

—Así es. Lo siento, esa parte me la he saltado. En un determinado momento quedó claro que, si no estábamos preparados para tomar estas... garantías, las que exigía Anne, se llevaría a los dos niños. —Lesley apretó los labios con firmeza—. Y eso sí que no estaba dispuesta a aceptarlo. Al menos, con Fleur y George en Beaconwood podía garantizar que tenían acceso a seis horas de cordura, cinco días a la semana.

—Un momento, estoy confusa. ¿Me está diciendo que Anne está loca y que no hay ninguna amenaza contra su familia?

—No, yo la creía. Pero piensa en esa vida: ocultándose, sabiendo que, si alguien averigua quién eres, puede significar el punto final para ti. ¡Imagínatelo! Es suficiente para volver loco a cualquiera. Creo que eso es lo que le sucedió a Anne Donbavand. La primera vez que la vi no estaba tan mal; empeoró con el tiempo. Me dijo que se había planteado no arriesgarse a enviar a George y Fleur a la escuela en su nueva vida. Fue una decisión a cara o cruz entre nosotros y la escolarización en casa. Pensé en los pobres Fleur y George todo el día en esa casa, con la paranoia de Anne por toda compañía. Francamente, habría hecho cualquier cosa para mantenerlos aquí, mientras no supusiera hacer daño a nadie. De modo que sí, le seguí la corriente a Anne y a sus extrañas demandas.

—¿La crees, pero también sospechas que está paranoica?

—Es una mujer que se toma las cosas muy a la tremenda. —El tono de Lesley sugiere que esto se pasa de eufemismo—. Por lo que yo sé, el peligro al que siempre se refiere no habría inducido a una persona más... equilibrada a iniciar una vida nueva con un nuevo nombre.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que no sabes cuál es la amenaza?

—En efecto.

—¿Ni quién la plantea?

—Tampoco lo sé.

«Una persona o personas desconocidas». Sería divertido si no fuese tan espantoso.

—Así que me habéis traído aquí para contarme una historia que vosotros tampoco conocéis. Genial.

—Te estoy contando todo lo que sé. Debería haberlo hecho antes; me avergüenzo de que haya tenido que intervenir Lachlan para hacer que lo vea claro...

«Ahora viene la excusa».

—La neurosis paranoide es algo muy curioso. Si estás en contacto directo con ella, te acaba afectando. Anne me ha advertido tantas veces que no diga ni una palabra a nadie que llegué a temer que, si decía la verdad, podía pasarles algo a Fleur y George.

—Uf. —Respira, Justine, respira—. No estás bromeando, ¿verdad? Todo esto me lo estás diciendo en serio.

Dos rostros agitados me miran.

«De acuerdo, no es una broma. Definitivamente no lo es. La broma está descartada, a pesar de ser la única opción medio verosímil».

—Entonces, ¿no sabéis quién está interesado en los Donbavand, ni por qué, ni cómo se llamaban antes de ser los Donbavand?

Lesley asiente.

—Anne dijo, y estoy totalmente de acuerdo con ella en esto, que sería imprudente que me lo dijese. Cuanto menos sepamos las personas de Beaconwood, más protegidos estaremos. No tengo ningunas ganas de estar enterada de algo que pueda representar un peligro para mis colegas y alumnos.

—¿Fue eso lo que dijo Anne? ¿Que saberlo supondría un riesgo para ti?

—No de forma explícita. Dijo que era más seguro no saberlo. No creo que estuviese insinuando necesariamente que conocer toda la historia fuese una amenaza para mi vida. Podría más bien ser algo así como «Confía en mí, es mejor que no lo sepas». ¡Y tenía razón! Una cosa tan terrible como para hacerte abandonar tu vida anterior y cambiar de nombre... ¡Prefiero mantenerme en la ignorancia, gracias!

Al oírle decir esto, casi empecé a sospechar otra vez que Lesley mentía. ¿Es que es estúpida? No hay ningún peligro mayor que el de no saber exactamente a qué o a quién te enfrentas. Por muy terrible que pueda ser la verdad, ¿cómo ha podido optar por seguir en la ignorancia?

—¿Ha...?

Mi pregunta se ve interrumpida por unos golpes en la puerta.

Es Kendra Squires, no Helen Minchin, quien trae nuestras bebidas. Deja la bandeja en la mesa con una sonrisa nerviosa; consigo no empujarla fuera del paso para alcanzar mi taza de café, que huele deliciosamente. Voy a fingir, para mí misma, que no tengo intención de bebérmelo hasta que tome el primer sorbo; luego me acabaré el resto en unos pocos tragos para quitármelo de en medio rápidamente y decidir que nunca más volveré a ser débil. Eso bastará para mitigar un poco la sensación de fracaso.

Cuando Kendra se va, Lesley retoma la conversación.

—Estaba diciendo si...

Me quedo en blanco durante un momento; luego recuerdo lo que estaba a punto de preguntar.

Si la respuesta es negativa, va a parecer que estoy loca.

Por otra parte, los restos persistentes de mi cordura me hacen destacar como un huevo entre castañas.

—¿Ha mencionado alguna vez Anne Donbavand el nombre Ingrey?

Lesley me lanza preguntas durante los siguientes diez minutos: «¿De quién es ese nombre?», «¿Estás diciendo que los Donbavand se llamaban Ingrey?», «¿Por qué lo has mencionado si no tiene nada que ver con los Donbavand?», «¿Es Ingrey un nombre real?», «Ah, solo has visto las tres primeras páginas del relato; ¿por qué no te ha enseñado Ellen el resto?».

Parece que de repente sí que tiene ganas de estar enterada de los detalles.

—De momento, he compartido todo lo que quiero compartir —le respondo. Es una línea de guion de *The Good Wife*. No es muy probable que Lesley y el señor Fisher sean fans de los que se saben los episodios de memoria. «Están demasiado ocupados con los *storyboards* de su propia serie: *La escuela disfuncional*».

—Pensabas que era yo la amenaza, ¿verdad? Yo mostraba interés en George Donbavand, un interés para el que había una explicación perfectamente razonable, pero decidiste que era la persona de la que Anne Donbavand y su familia se estaban ocultando; por eso me mentiste.

Lesley se derrumbó.

—Lachlan me convenció de que no podía ser verdad; me dijo que tú siempre le habías dado buenas sensaciones, y eso me recordó que a mí también me pasaba, así que decidí confiar en mi intuición. Sabía que nunca harías daño a

George ni a su familia. —Lachlan Fisher me mira con solemnidad mientras se sube el puente de las gafas—. Si a George le pasase algo, Ellen sufriría, y por tanto también tú, así que... —Se encogió de hombros.

—¿Dijo Anne Donbavand en algún momento que el peligro era yo? —le pregunto a Lesley.

—No.

—Entonces, ¿por qué suponer el peor de los casos?

—Recuerda, Justine, que Anne lleva años hablando de enemigos obsesionados con vengarse de ella a través de sus hijos, y yo no había visto prueba alguna de que lo que decía fuese cierto: nadie parecía mostrar un interés anormal en Fleur o George. Entonces, de pronto, llega Ellen, y ella y George empiezan a pasar juntos todo el tiempo que pueden.

—¿Y tú pensaste: «Ajá, esta niña de catorce años debe de ser el agente secreto de la destrucción»?

—Ponte en mi lugar: estaba en una situación sin salida. Mucho tiempo antes de que Ellen llegase a Beaconwood, Anne me había pedido que la informase si alguien se aproximaba a alguno de sus hijos. Durante años, nadie lo hizo. En general, a los profesores, George les caía bien, pero los alumnos se mostraban incapaces de comprenderlo; además, aunque eran amables, guardaban las distancias hasta el límite de la cortesía. George es un chico extraño. Encantador, ingenioso, con una increíble erudición; pero también podía mostrarse franco hasta resultar grosero y bochornosamente directo. Algunas personas creían que su encanto personal era excesivo y pensaban que quizá fuese puro teatro. Hasta que apareció Ellen, nunca tuvo ningún amigo de verdad. Ella también es intelectualmente muy madura para su edad. Desde el primer momento se hicieron inseparables.

—Entonces, ¿informó a Anne acerca de Ellen?

—No, no lo hice, y fue un descuido voluntario por mi parte. No podía soportar la idea de que sacase a George de Beaconwood para escolarizarlo en casa.

—¿Es que había amenazado con hacerlo si George se hacía amigo de alguien?

—No, pero conozco a Anne. Podía imaginármela llevándose a sus hijos, frenética, si le hablaba de la nueva amiga de George.

—No tenían permitido tener amigos —tercia Lachlan Fisher—. Tampoco mascotas. A Fleur le habría encantado tener un gato; un día vino a la escuela

llorando porque le habían, dicho, en palabras que no dejaban lugar a dudas, que nunca podría tener uno. Tampoco llamadas telefónicas, ni acceso a Internet, ni dulces, patatas fritas o bombones. Nada de excursiones escolares ni nada que supusiera salir de los terrenos de Beaconwood, incluso con la supervisión de profesores; ni siquiera cuando se invitaba a Anne a venir, como madre ayudante, para comprobar que todo estaba en orden.

—De todos modos tampoco tenía interés en ello —dijo Lesley, resoplando—. Siempre estaba absorta en su trabajo.

—Contadme lo de la falsa expulsión.

Lesley asiente.

—Yo no le dije a Anne nada sobre la amistad de George con Ellen, pero él mismo debió de darle alguna pista, o quizá Anne tenía otros espías en la escuela. El caso es que apareció un día, hará un par de meses, enfurecida y muerta de miedo. Nunca la había visto así. «¿Tiene George algo así como una amiga especial?», me preguntó. Y la forma en que dijo «amiga especial», como si se tratase de una terrible maldición... Me dio escalofríos.

—¿Qué le dijiste?

—En ese momento, después de que me hiciese esa pregunta tan directa, no pude mentir.

—¿Le hablaste de Ellen?

—Tuve que hacerlo.

—¿Y qué le dijiste, exactamente?

—Quería saber datos sobre su familia. Le dije que el padre de Ellen era un cantante de ópera bastante conocido y que antes vivían en Muswell Hill, en Londres. Lo siento, Justine. Sé que esto debe de resultarte muy desagradable.

—¿Cómo reaccionó Anne?

—Se fue en silencio. Fue muy extraño: yo esperaba un cataclismo histérico y fue justo lo contrario. Fue casi como si, ahora que la cosa iba en serio, no pudiese permitirse el histrionismo. Necesitaba mantener la cabeza fría y elaborar un plan. O quizás estoy hablando en retrospectiva, a la luz de lo que sucedió después.

Espero.

—Al cabo de más de un mes, Anne vino a verme, de nuevo muy calmada, con una serenidad nada normal en ella, y me dijo que se llevaba a George de la escuela. Yo me lo temía y se podía decir que hasta lo esperaba, pero casi me desmayé cuando me dijo que tenía que fingir que lo expulsaba. Me contó lo del

abrigo que Ellen le había dado, pero me explicó que podía insistir en que había sido un robo y utilizarlo como motivo de expulsión.

—Pero... ¿por qué?

Si tuviera a mano un papel y un bolígrafo escribiría esa palabra para poder mostrarla todo el tiempo: «Por qué».

—Pobre George —dice Lachlan Fisher entre dientes.

«¿De qué sirve compadecerse de él? ¿Por qué no hacer algo para ayudarlo?».

—Para que no odiase a su madre —explica Lesley—. Tal como lo cuenta Anne, Fleur siempre ha sido una niña buena, pero George nunca ha dejado de intentar saltarse todos los límites. Entiende que son por su seguridad, pero le fastidian. Anne me lo suplicó.

«Y tú deberías haberla enviado a la mierda».

—Me dijo que ya le resultaba casi imposible controlar a George y que aún sería peor si la culpaba a ella de alejarlo de Beaconwood y de Ellen. Me pidió que hiciese el papel de mala de la película. Ya sé lo que estás pensando, Justine, pero no fue solo el deseo de echarle la culpa a otra persona. George es extremadamente brillante, y también muy enérgico. Otros dirían testarudo. Si pensaba que estábamos encantados de tenerlo aquí, jamás habría dejado de intentar volver. Habría acosado sin descanso a sus padres, que ya están en un punto de tensión máxima. Podía ponerme en el lugar de Anne, por terrible que fuese. Si George no estaba seguro con nosotros, y en ese sentido tenía que creerla a ella, ya que yo no tenía todos los datos, entonces lo más fácil era hacer creer a George que no tenía la opción de quedarse.

—No. —Se me escapa; ya no puedo contener mi frustración—. ¿Me estás diciendo que lo mejor para un chico que no ha hecho nada malo es que crea que lo han expulsado injustamente? ¿Mejor que saber que, a pesar de sus deseos, sus padres creen que no es seguro que vaya a esa escuela? ¡Vaya chorrada! Ni tú misma te lo crees, Lesley. Has tomado esa decisión apoyándote en el miedo de la madre de George, no por inquietud acerca de George y de lo que puede ser mejor para él.

—Te equivocas —suspira Lesley—. ¿Tomé la decisión correcta? Quién sabe; puede que no. Pero, cuando la tomé, no pensaba más que en George. Trata de comprender: para ser sincera, no estaba segura en absoluto de creer lo que decía Anne Donbavand. Me estrujé el cerebro tratando de resolverlo pero... no tenía nada sólido en lo que basar mi opinión. Y mientras reflexionaba y debatía conmigo misma y con otros, tenía que optar por una forma de tratar con Anne;

por desgracia, eso no podía retrasarlo hasta conocer la verdad. Necesitaba comportarme de una forma u otra en su presencia. Finalmente decidí comportarme como si la creyese, ya que... bueno, seguir adelante como si no la creyese no era una opción posible. Supongo que le quise dar el beneficio de la duda... —Lesley no parece estar muy segura—. Para mí era inconcebible que se lo hubiese inventado todo; y lo sigue siendo.

—¿El beneficio de la duda? ¿Y eso llega hasta fingir expulsar a su hijo, sabiendo que no ha hecho nada malo? —No sé si alguna vez en mi vida me he sentido más asqueada.

—Justine, yo conozco a Anne Donbavand y tú no. Sé que debe de ser muy difícil para el pobre George vivir con ella, de modo que decidí que añadir otro agravio a la colección no serviría más que para hacerlo todo más difícil. George amaba esta escuela, y se la iban a quitar. No quería obligarlo a aguantar un dolor así. Así que... Sí, ya sé que no es muy ortodoxo, pero comprendía la lógica de Anne: anula el dolor apagando su amor por Beaconwood. ¿Tú querrías ser estudiante de una escuela que te diese la patada por una acusación falsa? ¿O la odiarías y pensarías que tenías suerte de haberte librado de ella? Me hicieron creer que había vidas en juego, Justine. ¿Tú qué habrías hecho?

—No lo que hiciste tú —respondo, airada. ¿Cómo se atreve a poner en juego su dilema moral e intentar que comprenda su decisión? Yo no soy la directora de Beaconwood y esto no me incumbe. Sin embargo, ya que estamos en situación...

Sé exactamente lo que yo habría hecho; algo que todavía puedo hacer. El hecho de no ser directora de una escuela no va a representar obstáculo alguno.

Después de tomar la decisión, una decisión con la que estoy satisfecha, siento una menor hostilidad hacia Lesley. Le hablo con un tono más amable:

—Entonces, ¿convocaste una reunión especial del claustro de profesores y les dijiste a todos que no hiciesen mención alguna de George, que fingiesen que nunca había estado aquí?

—Así es, según las instrucciones de Anne. Me advirtió que vendrían personas a preguntar por George después de que se marchase, aparentando hacerlo con la mejor de las intenciones. Anne prácticamente me ordenó que negase que George hubiese estado nunca aquí.

—Y entonces llegué yo haciendo precisamente las preguntas contra las que os habían advertido.

—Pues... sí. —El tono de Lesley es de disculpa.

—No tengo nada contra la familia Donbavand, Lesley. No he conocido

nunca a ninguno de ellos y no había oído hablar de ellos antes de esta semana. Sea quien sea esa amenaza, no soy yo.

—Desde luego que no —dice Lachlan Fisher con vehemencia.

—Rompiste el cristal de la alarma de incendios para que se disparase, ¿verdad? —le pregunto a Lesley—. Tú, personalmente; para sacarme del edificio.

—Así es. En aquel momento no se me ocurrió nada mejor —contesta, incómoda.

—¿Y la policía? —sugiero yo, aunque ahora confío menos en ellos de lo que lo hacía la semana pasada—. Si las vidas de los Donbavand están en peligro...

—Más de una vez le mencioné la posibilidad de buscar ayuda policial, y lo único que logré fue que se pusiese a dar voces. Me dijo que yo no lo comprendía, que implicar a la policía sería lo más peligroso de todo.

—Y la creíste. —No puedo evitar el deje de desprecio en la voz—. De este modo, una mujer perturbada ha obligado a toda una escuela a actuar en función de su chaladura particular.

—No creía, y no creo, que fuese tan simple. Sí, Anne actuaba de forma irracional la mayor parte del tiempo. Francamente, el miedo la hacía delirar. ¿Creo que magnificaba la amenaza más allá de lo razonable? No creo que podamos opinar al respecto, ¿verdad?

A lo mejor estoy siendo poco sensata, pero creo que no me importa. No soy yo la que fingió expulsar a George Donbavand y luego fingió que no existía.

—Pero nada de esto cuadra, Lesley. La conducta de Anne no tiene sentido. Si mandar a tus hijos a la escuela es un riesgo para sus vidas, no los mandas. Si la amenaza es así de grave y es todo tan secreto, ¿por qué no te importa que la directora y todos los profesores conozcan la situación? ¿No te preocupa que algún profesor entrometido intente averiguar más datos?

—No puedo contestar por Anne. —Lesley aparta la vista.

—No, pero puedes aplicar el pensamiento crítico a lo que ella decía. Una de las cosas que decía es que sus enemigos estaban obsesionados con vengarse de ella a través de sus hijos. Eso parece sugerir que es la propia Anne el foco de la ira o del resentimiento, no Fleur y George. ¿Correcto?

Lesley se muerde el labio inferior mientras considera la afirmación.

—Eso no se me había ocurrido, pero... sí, según todo lo que Anne ha dejado entrever, ella es el objetivo.

—Entonces, ¿por qué Fleur y George están encerrados veinticuatro horas al

día mientras que Anne se mueve con toda libertad por el mundo, leyendo ponencias en congresos académicos? Sí, la he buscado por Internet, ¿por qué no iba a hacerlo? Mi hija está obsesionada con George Donbavand, así que yo también lo estoy. Ellen me dijo que sus padres eran raros, así que pensé que echaría una ojeada a su presencia *online*. Anne Donbavand es profesora de universidad. Las universidades suelen tener miles de ingresos al año de personas nuevas, tanto empleados como estudiantes. Cabe suponer que, en cada nuevo curso académico, Anne empieza desde cero con una multitud de caras desconocidas. ¿Por qué no le asusta la posibilidad de que una de ellas sea ese enemigo del pasado al que tanto miedo tiene, que se aproxima a ella para matarla?

—Es natural preocuparse más por tus hijos que por ti mismo —dice Lesley.

—Además, es posible que Anne sepa cuál es el rostro que tiene que buscar, y George y Fleur no —interviene Lachlan Fisher.

—No me lo creo —respondo—. ¿Crees que es normal asumir identidades nuevas, ocultarse y luego anunciar «¡Esta es nuestra nueva identidad secreta! ¡En realidad no somos las personas que aparentamos ser!»?

—Creo que es bastante habitual que el personal importante de la escuela entre en el círculo de confianza de la familia, sí —opina Lesley.

«No. Así, no». Hay algo aquí que no encaja.

—¿Y qué pasa con Fleur? —pregunto—. ¿También ha sido expulsada de mentira?

—No; a ella no era necesario mentirle. A diferencia de George, Fleur nunca fue feliz en Beaconwood. Era tímida como un ratoncito, siempre estaba nerviosa. Será más feliz en casa, aunque sea la casa de los Donbavand.

—Fleur estaba tan preocupada por sus padres como ellos por ella —me informa Lachlan—. Odiaba venir a la escuela porque la alejaba de ellos y, si no estaba a su lado, no sabía si estaban seguros.

—Su capacidad de concentración era atroz —añade Lesley—. Igual que la de cualquier persona que estuviese pensando todo el tiempo si sus padres seguirían vivos al final de la jornada escolar, supongo.

Siento la cólera crecer en mi pecho, como una bola candente.

—¿Así que la profesora Anne se las arregla para escribir ponencias y libros, viajar por todo el mundo para demostrar sus conocimientos, progresar en su envidiable trayectoria académica y, mientras tanto, su hija no se puede concentrar en la escuela por miedo a que se produzca un ataque violento contra

su familia? ¿Y eso os parece bien? ¿Por qué son los hijos los que se llevan la peor parte del sufrimiento?

—Oh, Anne también sufre —responde Lesley—. No hay más que hablar con ella para verlo. Además, George no estaba preocupado. La verdad es que era notablemente optimista frente a la situación. Una vez saqué el tema, con mucho tacto, para ver cómo estaba de ánimo. George intentó quitarle hierro al asunto, como si el hecho de que haya una persona suelta por ahí con la intención de matarte a ti y a tu familia no sea más que un inconveniente menor.

Tengo que salir de aquí; todo me da vueltas.

—Debo contarle a Ellen lo que me habéis dicho —anuncio mientras me pongo de pie.

—Estoy segura de que ella ya sabe que George Donbavand no es el verdadero nombre de George —afirma Lesley.

Mi corazón late más rápido; en la cabeza suenan como pisadas de alguien que se acerca corriendo.

—¿Por qué iba a saberlo Ellen? A mí no me ha dicho nada al respecto.

—Nunca lo haría. Cree que, si se lo cuenta a alguien, incluida tú misma, podría poner en peligro a George.

—No tienes ni idea de lo que Ellen sabe —replico, furiosa—. Pronto sabrá que George no fue expulsado; eso es lo principal.

«¿Seguro?».

Vine aquí en busca de respuestas; en cambio, me siento como si hubiesen puesto en mis manos un enigma mayor y aún más imposible de resolver que el que traía.

¿Y si quien sea que quiera matar a los Donbavand ha añadido a Ellen a la lista debido su amistad con George?

«No. No pienses siquiera en ello. Tú no crees lo de esta misteriosa amenaza a los Donbavand, ¿verdad?».

Murmuro un «gracias» gutural mientras salgo de la habitación.

A medio camino del pasillo oigo pasos en el linóleo, detrás de mí. Al volverme veo a Lachlan Fisher. Lleva algo en la mano: un documento escrito a máquina.

—Para ti.

—¿Qué es?

—A todos los alumnos de Noveno año les encargamos que escriban un relato. George me dio el suyo antes de irse. Quería que yo tuviese el último

trabajo que hizo para Beaconwood. Significaba mucho para él.

—Gracias. Se lo daré a Ellen.

—No. Bueno, hazlo si quieres, pero léelo primero.

—¿De qué va? ¿De su familia?

¿No sería maravilloso que la solución al misterio de los Donbavand estuviese contenida en los deberes de Escritura Creativa de un chico de catorce años?

—No, no es autobiográfico en absoluto.

«Entonces, ¿para qué me haces perder el tiempo?».

—Trata sobre injusticia —aclara Lachlan Fisher, destacando la palabra con uno de sus parpadeos—. Y sobre locura.

Ya he tenido bastante de ambos por un día, pero cojo el relato y lo meto en el bolso, porque Lachlan ha convencido a Lesley para que hable conmigo y le debo una.

—La historia de Ellen es sobre un asesinato. Un asesinato con una extraña sensación de realismo.

A Lachlan no le gusta lo que le digo; le observo parpadear fuertemente, como para alejar mis palabras.

—¿Lachlan? ¿Te encuentras bien?

Murmura alguna cosa inaudible, se vuelve y regresa apresuradamente al despacho de Lesley.

Capítulo 9

La puertecita verde no tiene cerradura

David Butcher, el nuevo profesor de música de las chicas Ingrey, se presentó a Lisette, Allisande y Perrine con la ayuda de una canción folclórica húngara. «Soy el señor Butcher, y para que no lo olvidéis, he aquí una canción llamada *The Handsome Butcher (El carnicero guapo)*». A continuación, se aclaró la garganta y se puso a cantar:

*Siete cerraduras en la puerta roja,
Siete puertas en la ciudad roja.
En la ciudad vive un carnicero, le llaman el Guapo John Brown.
En la ciudad vive un carnicero, le llaman el Guapo John Brown.
Las botas de John Brown relucen de limpias,
Las espuelas de John Brown tintinean y brillan.
En el capote, una flor carmesí; en la mano, una copa de vino.
En el capote, una flor carmesí; en la mano, una copa de vino.
De noche, las doradas espuelas suenan,
En la oscuridad, las botas de cuero relucen.
No llames más a mi ventana, tu corazón ya no es mío.
No llames más a mi ventana, tu corazón ya no es mío.*

Las chicas Ingrey no olvidaron nunca el nombre de David Butcher, pero no fue por el carnicero de la canción, sino porque Perrine lo asesinó.

(Ya sé que apenas acaba de ser presentado, pero no tiene sentido llegar a conocerlo. Después de todo, en esta historia no es más que una víctima, por muy brillante y fundamental que hubiera podido ser como profesor de música en caso de haber seguido viviendo).

David Butcher no se cayó por una de las ventanas del segundo piso de Speedwell House y se mató: lo encontraron tendido en el suelo de la biblioteca, frío e inmóvil. Un día llegó pronto a clase; Perrine también. Cuando Lisette y Allisande entraron en la biblioteca a la hora acordada, encontraron a Perrine acurrucada en una silla, con una sonrisa de satisfacción y el cadáver del señor Butcher a sus pies.

Sin ninguna marca en él.

—¿Qué le has hecho, Perrine? —preguntó Bascom con tono de desesperación.

—Nada, padre —respondió ella con indiferencia.

—¡¿Qué significa «Nada, padre»?! ¿Lo has envenenado? Ha tenido que ser veneno, porque

no tiene heridas visibles.

—No creo que fuese así —dijo en voz baja Sorrel Ingrey—. Creo que Perrine se ha limitado a quitarse la máscara, la que siempre lleva en nuestra presencia, y le ha dejado ver quién es en realidad. Creo que el terror ha sido tan grande que a Butcher se le ha parado el corazón.

—O quizá no ha hecho más que desearle la muerte —sugirió Allisande—. Eso podría haber bastado.

—Estáis hablando de mí como si fuese una bruja —dijo Perrine, indignada.

—Vamos, Perrine —Sorrel dio una palmada—. Te voy a llevar arriba a tu habitación y te voy a encerrar en ella.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Perrine.

—¡Tanto como me parezca! —contestó Sorrel, furiosa.

—No te olvides de la puertecita verde —le dijo Bascom a Sorrel—. Tendrás que apoyar la cómoda contra ella por el otro lado para que no se pueda escapar. Esa puerta no tiene cerradura. De inmediato, Lisette cambió mentalmente la letra de *The Handsome Butcher*:

La puertecita verde no tiene cerradura.

Apoya una cómoda contra ella.

En esta casa hay una asesina que se llama Perrine Ingrey.

En esta casa hay una asesina que se llama Perrine Ingrey.

—¿Qué otra opción tienen papá y mamá, Perrine? —preguntó Lisette, que aún esperaba que se impusiera un punto de vista racional—. Cuando tienes libertad para hacerlo, matas. Si lo reconocieras y prometieras no hacerlo más...

Lisette dejó de hablar en cuanto se dio cuenta que nadie de la familia le estaba prestando atención.

—¿No debería merecer un castigo más severo que quedarse un rato encerrada en su habitación? —intervino Allisande—. ¡Es su tercer asesinato!

—Te agradecería que lo dejases en manos de tu padre y en las mías —dijo Sorrel con dureza.

Se llevaron a Perrine arriba. Todos pudieron oír el ominoso ruido de la llave girando en la cerradura. Bascom Ingrey se sentó en un sillón, en la esquina de la biblioteca, llorando en silencio hasta que vino su mujer, que le miró y frunció los labios.

—Cálmate ya, Bascom —dijo con brusquedad—. Este no es momento para dejarse llevar por los sentimientos. Tenemos que hablar de asuntos importantes. —Sorrel se sentó—. Chicas, nos enfrentamos a una época difícil, pero papá y yo hemos trazado un plan; si lo seguimos al pie de la letra, todo saldrá bien, ¿de acuerdo?

Lisette y Allisande asintieron con impaciencia. Lisette se preguntaba cuándo podían haber elaborado ese plan. Por cómo lo había dicho Sorrel parecía algo reciente, pero el cuerpo de David Butcher lo acababan de descubrir.

—Todos habríamos preferido que las cosas hubiesen sido distintas, pero debemos enfrentarnos a los hechos —dijo Sorrel solemnemente—. Perrine es una asesina. Ya ha matado tres veces y no podemos dejar que vuelva a suceder. Sería una irresponsabilidad social. Debemos llamar a la policía y contarles lo que sabemos. El único problema es que no tenemos pruebas. Perrine tiene una habilidad especial para no dejar pistas sólidas de sus crímenes.

—Debemos considerar la posibilidad —opinó Bascom— de que la policía no pueda hacer nada, porque no tenemos nada concreto que ofrecerles, y no se pueden poner a encerrar a gente a tontas y a locas. Así que... —Miró a su mujer con expresión vacilante.

—Así que vamos a tener que falsificar las pruebas —dijo Sorrel, mientras sacaba un pequeño cuchillo, el que usaba para picar ajos, y lo sostenía en alto.

Lisette y Allisande lanzaron un grito ahogado.

—Voy a clavarle este cuchillo en el corazón a David Butcher. Y quizá también le raje el cuello. Necesitamos que tenga más aspecto de asesinado. No temáis; no notará nada, así que no le vamos a causar daño alguno. No quiero hacerlo, la idea de destrozar un cadáver me repugna, pero tengo que hacerlo para que parezca que es así como ha muerto: un apuñalamiento, algo de lo que pueda haber testigos.

—¿Quieres decir que...? —titubeó Lisette.

—Sí. Los cuatro hemos de fingir ante la policía que hemos visto a Perrine apuñalar a David Butcher con este cuchillo. Así habrá una prueba y, con un poco de suerte, la encerrarán durante mucho tiempo. Claro que seguirá siendo su palabra contra la nuestra, y tendré que asegurarme de borrar mis huellas del cuchillo, pero confío en que la policía nos creará a nosotros.

—Y también cualquier jurado —dijo Bascom.

—Pero tendríamos que mentir en el tribunal, bajo juramento —protestó Lisette.

—Eso me temo, querida —dijo Sorrel—. Sabemos que lo que os estamos pidiendo es algo terrible. Pero, si no lo hacemos, Perrine volverá a matar y creo que todos lo sabemos, ¿verdad?

Bascom y Allisande asintieron.

—Pero... ¿por qué no le decimos a la policía simplemente la verdad? —preguntó Lisette—. Que sabemos que Perrine es una asesina, pero no podemos demostrarlo. Demostrarlo es su trabajo, no el nuestro.

—¿Y qué pasa si fracasan, que es lo que va a suceder? —le respondió Sorrel.

—Pero... pero... —farfulló Lisette.

Sorrel se sentó a su lado y le rodeó el hombro con el brazo.

—Mi queridísima Lisette, sé que eres una persona de moral y principios elevados, y es algo que admiro en ti. Pero, a veces, uno se tropieza con algo aún más importante que los principios. Mira el cadáver del pobre David Butcher... —David seguía sin vida en el suelo, delante de todos ellos—, un músico de talento, un futuro truncado en la flor de la vida por un acto de maldad. ¿Es que puede haber un principio más elevado, más vital, que asegurarse de que nunca vuelva a suceder una cosa así?

—Mamá tiene razón, Lisette —terció Allisande—. Debemos apoyarnos mutuamente en esto.

—Supongo que sí —dijo Lisette de mala gana.

—Bien. —Bascom se puso en pie—. Voy a llamar a la policía.

—Aún no, tonto —dijo Sorrel—. Primero tengo que... bueno, ya sabéis... apuñalar el cuerpo.

—Ah. Oh, sí, claro.

—¿Por qué no vais tú y las niñas a preparar algo de cena mientras me encargo de esto? No es necesario que ninguno de vosotros se implique. Ya sé lo que hay que hacer.

(Puede parecer insólito que la holgazana de Sorrel, que siempre prefería hacer lo mínimo posible, tomase aquí la iniciativa. La triste verdad es que, sea cual sea tu inclinación natural y tu tipo de personalidad, cuando se trata de un quehacer terriblemente desagradable, en el 99 por ciento de los casos es la mujer, no el hombre, quien acaba haciéndolo).

Cuando Sorrel reapareció, el almuerzo ya estaba en la mesa: jamón, *chutney*, pan francés, *hummus*, *taramasalata*, ensalada y hojas de vid rellenas, y zumo de manzana para beber.

—Esto tiene muy buen aspecto —dijo Sorrel—. Buen trabajo.

—¿Y tu... parte? —preguntó Bascom.

—Ya me he encargado de todo. Chicas, no entréis en la biblioteca hasta que yo os lo diga, por favor. No quiero que veáis la carnicería. Bascom, tú tampoco es necesario que la veas.

—Desde luego, lo prefiero —replicó su marido con un escalofrío—. ¿Has llamado a la policía?

—Aún no. Tengo pensado hacerlo mañana a primera hora.

Sorrel empezó a servir comida en los platos que había sobre la mesa.

—¿Mañana por la mañana? —exclamó Bascom—. ¿Es que has perdido el juicio? No podemos dejar un cuerpo ahí...

—No tengo pensado dejarlo ahí indefinidamente —le cortó Sorrel—. Tengo una muy buena razón para esperar hasta mañana: quiero que haya otras personas presentes cuando llegue la policía. Para empezar, quiero invitar a los Dodd, y a las familias de Jack Kirbyshire y David Butcher. Creo que merecen ver cómo se hace justicia con Perrine, ¿tú no? Opino que se lo debemos, más teniendo en cuenta que la hemos protegido todo este tiempo, ocultándola en nuestra casa-fortaleza especialmente reforzada. Quiero que quede claro que no estamos de parte de ella y contra las familias de sus víctimas, y que somos nosotros los que, en última instancia, permitimos que la justicia impere.

—Claro. Por supuesto —aceptó Bascom, como si todo esto hubiera debido resultar evidente para él.

—Mamá, si va a venir gente, ¿puede venir Henrietta Sennitt-Sasse? —preguntó Allisande.

—¿Y Mimsie Careless? —dijo Lisette—. ¡Por favor!

—De acuerdo —aceptó Sorrel—. Invitaré también a los Sennitt-Sasse y a los Careless.

Les pasó un plato con comida a cada uno; luego se sirvió uno para ella y lo puso en la mesa, frente a su silla. Se sentó y, cuando estaba a punto de empezar a comer, se levantó de un salto y exclamó «¡Oh!». Fue a por otro plato y, después de llenarlo de comida, dijo:

—Me había olvidado de Perrine. Haya hecho lo que haya hecho, no debemos matarla de hambre.

—Tienes razón —coincidió Bascom con un sollozo de angustia paternal.

—Voy a llevarle este plato —anunció Sorrel; luego se metió en la boca una hoja de vid rellena porque tenía hambre y no le apetecía esperar—. No tardo nada.

—¿Se lo vas a decir? —preguntó Lisette—. ¿Lo de la policía?

—No —había lágrimas en los ojos de Sorrel—. Con lo que va a suceder mañana, me gustaría que su último día fuese agradable.

Ni a Lisette ni a Allisande se les ocurrió pensar que era difícil tener un día agradable estando encerrado en el dormitorio. La familia Ingrey llevaba en una especie de hibernación tanto tiempo que daban por descontado que pasar un período recluido sin poder salir era una situación normal de la vida.

Cuando llego a casa, Alex está en el jardín con *Figgy*. «¿Todo bien?» me pregunta cuando salgo del coche. Veo que ha comprado una nueva correa de cuero para el perro y la está utilizando para arrastrarlo lejos de un arbusto llamado —creo— acebo menor. Aún no conozco los nombres de la mitad de las cosas que crecen en nuestro jardín; sea lo que sea, *Figgy* está decidido a meter la nariz en él.

«Como su propietaria».

—George Donbavand es real —le digo a Alex.

—Es real y está en nuestra casa —replica él, con una sonrisa.

De repente, noto un dolor agudo en la cabeza, encima de la ceja derecha.

—¿Cómo? Nuestra... Está en nuestra... —Estoy hablando de forma entrecortada—. ¿En qué casa?

—¿Es que tenemos más de una? Esa de allí —señala Alex—. Speedwell House, Kingswear. ¿Recuerdas?

—Esto no tiene gracia, Alex. ¿George Donbavand está dentro? ¿Con Ellen?

—Con una Ellen totalmente transformada, sí. Casi imposible de reconocer: radiante, ingeniosa, burbujeante de alegría... Es casi una revelación: no me había dado cuenta de hasta qué punto era desgraciada.

«Yo te lo dije cien veces».

Empiezo a andar en dirección a la casa, pero Alex me agarra del brazo y tira de mí. O quizá *Figgy*, que está ahora completamente metido en el follaje, tira de ambos. Lo único que indica que sigue allí es la correa tensa que sale de las hojas.

—Justine, cálmate. Abandona tu plan de avergonzar hasta la muerte a tu hija.

No les va a pasar nada; tienen catorce años, no tres. Están jugando al Monopoly.

—¿Monopoly? ¿Quién juega aún a eso? Nosotros no tenemos Monopoly.

—Lo ha traído George. Debo decir que me parece notablemente civilizado para ser un chico adolescente.

—Precisamente hoy habría preferido que no hubiera venido. Necesito hablar contigo, sin visitantes presentes; sobre todo él. ¿Puedes pedirle que se marche?

—¿Por qué? Eso es absurdo. ¿Qué ha pasado en Beaconwood? Te veo muy alterada.

—No puede estar aquí. Mientras esté en nuestra casa, no estamos a salvo. — No estoy segura de creer que digo lo que estoy diciendo. ¿Por qué lo digo?

—Querida, con todo mi respeto, suenas un poco, cómo lo diría... —Alex hace un gesto giratorio con el dedo índice en su cabeza— chiflada.

—¿Por qué está bajada la persiana? —pregunto.

—¿Cómo?

—La persiana de la cocina está bajada, y las cortinas del dormitorio de Ellen están echadas. ¿Cómo no lo has notado? ¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

—Una hora, hora y media... *Figgy* parece muy feliz jugueteando por el jardín, así que pensé...

—¿Estaba bajada la persiana de la cocina cuando has salido? No, no lo estaba —me respondo yo misma—. Creo que no lo estaba cuando he salido del coche: lo habría notado. La acaban de bajar. ¿Por qué? —Salgo hacia la casa a grandes zancadas.

—¡Justine, espera! Frena un poco y no exageres. Piensa: está oscureciendo. Cuando oscurece, la gente cierra las persianas y echa las cortinas, ¿no? Vamos, *Figgy*; parece que nos vamos a casa.

—¿Recuerdas si Ellen ha notado alguna vez que haya que echar las cortinas?

—No lo sé.

—Yo sí —me apresuro. Sea lo que sea lo que esté a punto de suceder, preferiría que Alex y *Figgy* se quedasen en el jardín, pero no puedo impedir que mi marido entre en su propia casa—. Ellen nunca toca las persianas ni las cortinas; ni en su habitación ni en ninguna otra parte. Soy yo quien lo hace. Como puedes ver, no estoy dentro de casa en este momento, lo que significa que George Donbavand debe de haber...

—Justine, te estás poniendo frenética y no hay...

—En su primera visita a mi casa, le ha parecido adecuado cerrar las persianas y las cortinas de dos habitaciones. ¿Por qué?

—No lo sé. ¿Por qué no atamos al chico a un potro de tortura hasta que nos lo diga?

Entro corriendo en casa por la puerta principal, que está abierta.

—¿Ellen? ¡Ellen!

—¡Hola, mamá! —contesta a gritos.

Esta casa es demasiado grande. Tardo demasiado en llegar a la cocina y, cuando llego, Ellen no está en ella.

—¿Ellen? ¿Dónde estás?

—Arriba, con George. ¡En mi habitación!

«En su habitación con un chico “notablemente civilizado para ser adolescente” de una familia gravemente disfuncional, con las cortinas cerradas. Cerradas por él».

Notablemente civilizado significa excepcionalmente maduro, intelectualmente y quizá también sexualmente.

—¡Subo! —grito yo. Intento no mirar a Alex, pero consigo ver cómo meneaba la cabeza por el espectáculo que estoy dando.

La puerta de Ellen está abierta. Ellen y George están sentados en el suelo, con unos vasos de zumo de naranja al lado y un tablero de Monopoly entre ambos.

«Cortinas cerradas, puerta abierta». ¿Qué significa eso? ¿La han abierto en el momento en que pronuncié el nombre de Ellen? Parece que llevan un buen rato aquí sentados; no hay signos de que ninguno de los dos esté físicamente agotado, los dos están vestidos...

Alex tenía razón: están jugando al Monopoly.

George se pone en pie de un salto y se adelanta hacia mí, con la mano tendida. La estrecho.

—La madre de Ellen —dice, con una amplia sonrisa—. Es un placer y un honor conocerla. Tiene una hija extremadamente brillante que está a punto de derrotarme al Monopoly.

Ellen suelta una risita. Sus ojos brillan y sus mejillas están sonrosadas.

—Me parece un poco injusto, ya que fui yo quien trajo el juego. No volveré a cometer ese error. A propósito, su casa es preciosa.

—Gracias. —Tengo que decir algo—. George, ¿tú...?

No sé qué estoy haciendo. No puedo hacer la pregunta, pero tengo que saberlo.

Alex aparece en lo alto de las escaleras. Así es como debe de sentirse un león

que se ha escapado cuando vislumbra a su domador.

—Por favor, pregunte lo que quiera —dice George con entusiasmo—. ¡Adelante con las preguntas!

Su rostro es ancho y cuadrado, cabello castaño claro, labios finos y grandes ojos que intento no mirar fijamente. Es el iris; en lugar de círculos de color, parecen más bien cilindros huecos, superficies curvas azules con el interior gris. Es como si llegasen hasta el fondo de la cabeza, como túneles a través de los cuales se precipitan las negras pupilas de los ojos.

Me aclaro la garganta.

—En realidad no es nada. —La disposición de George a ser interrogado me hace sentir culpable.

—Por favor, o estaré toda la vida preguntándome de qué se trataba —dice de manera teatral—. Mi curiosidad es insaciable.

—En ese caso, tienes algo en común con mi mujer —interviene Alex.

—Te quería preguntar si has sido tú quien ha cerrado las cortinas de la habitación de Ellen.

«Verás, George, es que esta habitación me ha provocado una sensación peculiar últimamente. Pensaba “Hay algo que no va bien aquí, algo que tiene que ver con la ventana”. Fui incapaz de averiguar qué era, y aún lo soy. Ellen nunca cierra las cortinas, pero aquí las tienes: cerradas. Malachy Dodd estaba vivo en uno de los lados de esa ventana y muerto en el otro. Pero no es real, ¿verdad?».

—Ah, sí, yo lo hice —contesta George—. Estaba oscureciendo. —Su sonrisa ha desaparecido y parece acongojado—. ¿Quizá no debería haberlo hecho? Sé que en algunas casas tienen abiertas las cortinas día y noche. En mi familia las cerramos en cuanto empieza a hacerse de noche; ¿aquí es distinto?

—No pasa nada, George —dice Ellen con satisfacción. En este momento, su mundo es ideal. Tiene un aspecto... «alegre» es la única palabra que se me ocurre para describirla—. Mi madre siempre cierra las cortinas cuando oscurece. ¿Verdad, mamá?

No está enfadada conmigo por hacer una pregunta impropia; está demasiado eufórica para sentir rencor.

—Sí, pero estoy en una casa que no es la mía —dice George, aún con el ceño fruncido—. Tu madre tiene razón: no debería haber tocado las cortinas sin antes preguntar. —Se vuelve hacia mí—. Debo confesar que también bajé la persiana de la cocina cuando Ellen me mandó a buscar zumo de naranja. No sé qué pensará de mí...

Se me ocurren otras preguntas: ¿por qué bajar una persiana en una habitación en la que solo vas a estar un momento? ¿Dónde creen sus padres que está?

Habla como un viejo coronel retirado con monóculo.

«¿Y eso te sorprende? Después de todo lo que has oído sobre su familia, ¿qué esperabas? ¿Un chico normal que juega a *Grand Theft Auto* en su Xbox?».

—No te preocupes, George —dice Alex con firmeza—. No pasa nada. De hecho, has sido muy atento. ¿Verdad, Justine?

—Sí. Mucho. Gracias, George. —Sonrío y siento un pinchazo de lástima por este niño que, obviamente, quiere que lo aprecien y necesita aprobación.

Al instante, sonrío ampliamente, imitándome, y dice:

—Creo que es más acogedor si la oscuridad se queda fuera, ¿no le parece?

—Estoy de acuerdo —asiente Alex. Su tono deliberadamente jovial me molesta; está intentando compensar a George por lo que percibe como falta de sensatez por mi parte.

—Mi casa debería ser acogedora como una pequeña casita de campo, pero no lo es. En absoluto. La odio.

—¿Odias... tu casa?

—Oh, no tiene nada que ver con el edificio en sí; el problema son las personas que la habitan. Me desconciertan, no lo puedo evitar. Todos los días —pronuncia cada palabra en voz alta y pausada, como si estuviese compitiendo en un concurso de dicción delante de los jueces—. Ese es otro de los motivos por los que he cerrado la persiana y las cortinas. Pero no es necesario que entremos en detalles. De hecho, es mejor que no lo hagamos.

Miro hacia Ellen, esperando un poco de ayuda, pero me evita. Alex se ha quedado callado.

Genial; la conversación ha derivado hacia una insondable incomodidad y, de repente, soy la única que la controla.

—¿Quién te desconcierta? ¿Hablas de tu familia?

—Justine, creo que prefiere no...

—¡Sí, demonios, mi familia! —George se ríe y mira al techo, refutando así la diplomática advertencia de Alex—. Son una gente lamentable. De los cuatro, yo soy el más normal. Ellen es muy afortunada de tener unos padres cariñosos y razonables como ustedes.

No sé qué decir; hace menos de cinco minutos que conozco a este chico.

—Y ustedes tienen suerte de tenerla a ella, y yo también —añade George—, aunque me gane al Monopoly.

—Aún no te he ganado —le corta Ellen—. Vamos a seguir jugando. Vosotros dos podéis ir abajo.

—George... Has mencionado algo acerca de otro motivo para cerrar la persiana y las cortinas...

—Mamá, estás obsesionada —dice Ellen.

—No pasa nada —dice George—. Sí, que no quiero que me vean.

—¿Quiénes?

—La policía secreta, también llamada mi padre. Nuestra casa está a mitad de la colina, en el otro lado del río, justo enfrente de esta. No creo que pueda verme desde allí, pero no he querido correr el riesgo. No sabe que estoy aquí. No me dejan ir a ninguna parte. ¡Ya se imaginarán lo agobiado que me siento!

Echo una mirada a Alex, que está a medio camino entre una sonrisa y una mueca, sin poder decidir si George está bromeando.

Yo estoy segura de que no bromea.

—¿Dónde cree tu padre que estás ahora? —pregunto.

—No tiene ni idea, y espero que siga así.

—Pero, si no te dejan ir a ninguna parte, ¿cómo...?

—¡Buena pregunta! —George se inclina levemente para acentuar el cumplido—. Me he escabullido. He dejado una nota diciendo que me iba a dar un largo paseo. Mi madre está fuera, en una conferencia; eso hace la vida más fácil, en muchos sentidos. Esperé hasta que supe que no podría llamar por teléfono durante varias horas, escribí la nota para mi padre y me esfumé. —Al ver mi mirada de preocupación, George añade en su extraña y estruendosa voz—. No pasa nada, en serio. Están ustedes a salvo. Mi padre se cortaría su propia cabeza antes que decírselo a mi madre, aunque averiguase dónde estoy. Ella le haría sufrir lo indecible.

«Están ustedes a salvo», ha dicho. George da por descontado que todo el mundo tiene tanto miedo de su madre como su padre. O como él mismo, a pesar de su actitud descarada. Lo que veo en él no es confianza, sino a un chico muy asustado, fingiendo que no lo está.

Debería decirle que, si sus padres no le permiten estar aquí, no puede quedarse.

«¿Y enviarlo de vuelta a la casa de locos en mitad de la colina? Ellen nunca te lo perdonaría».

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, George. Esta es tu casa.

—Gracias, Justine, es usted muy amable. «Todo el tiempo que quieras» sería

siempre, lo que no es muy factible —suspira—. Cómo me gustaría tener una madre amable y normal como usted. ¡Oh! —se vuelve hacia Alex—, ¿les gustaría participar con Ellen y conmigo en nuestro torneo de Monopoly? Sería una excusa muy práctica para abandonar la partida que estamos jugando, que estoy perdiendo, y empezar una nueva. Me harían un gran favor.

Me sorprende pensando que sí, es real, pero ¿tiene realmente catorce años? Aunque sé que esa es su edad, también me pregunto si podría no serlo, de algún modo. ¿Es posible que sea, en realidad, una persona de setenta y cinco años atrapada en el cuerpo de un niño? Es muy cortés, pero luego me llama «Justine» sin que nadie le haya dicho nada. Escrupulosamente cortés y excesivamente familiar; una combinación extraña.

—Pero si abandonas una partida, sea del juego que sea, el que esté ganando en el momento del abandono gana la partida —bromea Ellen. Esta es mi hija, que hasta hoy mismo pensaba que los juegos de mesa eran lo más aburrido del mundo.

—«El momento del abandono» —repite George, amplificando cada palabra—. Qué maravillosa frase. Suena a título de novela romántica, ¿verdad?

—Tienes más oportunidades de no perder si sigues jugando —dice Ellen—. Es tu única esperanza, por remota que sea.

George se vuelve hacia mí y mira hacia el techo en un gesto conspiratorio.

—Su hija es un genio del mal. Estoy completamente a su merced. La próxima vez que venga traeré un puzle, eso seguro. ¡El camino para el progreso es la colaboración, no la competición!

No me cabe duda de que, a partir de este instante, la Nueva Ellen se declarará fan acérrima de los puzles.

—Muy bien, pues —dice Alex con decisión—. Justine y yo os dejaremos mientras vamos a ver qué hace el perro; probablemente a estas alturas esté tachando «Destruir el piso de abajo» de su lista de tareas pendientes.

—Eres gracioso, papá —ríe Ellen.

—Vaya —George parece decepcionado—. Bueno, si cambian de opinión, pueden unirse a nosotros en cualquier momento con mucho gusto. ¡Y el perro también! El Monopoly es divertido con dos jugadores, pero con cuatro o cinco es ideal. ¡Es un juego para toda la familia!

Dos horas más tarde, con el teléfono móvil en el bolsillo, caliente por una

larga llamada, vuelvo a casa, esta vez con el impermeable chorreando y las zapatillas y los calcetines empapados. *Figgy* también lo está. Sin el relleno del pelo seco y mullido, sus patas tienen un aspecto peligrosamente delgado, algo que, por suerte, no parece importarle. Hemos recorrido tres veces el perímetro del terreno de Speedwell House, por la parte de dentro. Yo me habría arriesgado a salir más allá de las grandes verjas de hierro, pero Alex, escandalizado cuando le cuento que he llevado a *Figgy* a Beaconwood, ha sido inflexible: *Figgy* no puede salir de nuestro terreno hasta que no le hayan puesto la segunda tanda de vacunas. Creo que está siendo un poco neurótico, pero si me hubiese puesto a discutir aún habría tardado más en salir de casa, y tenía que hacerlo. Que George me dijese que podíamos unirnos «con mucho gusto» a una actividad que se desarrollaba en nuestra casa me hizo sentir justo lo contrario. Me fui de casa para no tener que hablar con él otra vez antes de que se fuera.

No me desagrada; ¿cómo no me va a gustar un chico tan amable y elogioso con Ellen y tan encantador conmigo? Me fui porque estaba disgustada por él, demasiado para quedarme y seguir aguantando su extraña conversación, para ver cómo volvía a lo que se supone que es un hogar y a sus horribles padres, sabiendo que no puedo hacer nada para ayudarlo. Si no puedo resolver un problema, no quiero estar cerca de él.

«Eres una cobarde».

Abro la cerradura de la puerta delantera y la puerta; *Figgy* entra corriendo delante de mí, pero aún no le he quitado la correa y da un salto hacia atrás. Cuando se la quito se va a toda velocidad hacia su cuenco de comida, en la cocina.

—¿Eres tú? —llama Alex desde la sala de estar—. Estaba a punto de enviar un grupo de rescate.

—Lo siento, tenía que hacer una llamada importante. —No es el tipo de respuesta que debería dar una persona que no hace Nada, pero estoy demasiado cansada para preocuparme por la deriva de mi plan vital—. ¿Dónde está Ellen?

—En su habitación, con el iPod. O con Instagram, o con Video Star. George se fue hace como una hora. Cuéntame lo de la llamada, que supongo que tenía que ver con George. Si te parece, trae alcohol.

Me quito el impermeable, lo cuelgo en el vestíbulo y me cambio las zapatillas de deporte y los calcetines empapados por unas chancletas de andar por casa.

Alcohol; una idea excelente. De camino al frigorífico a por tónica para

añadir a la ginebra me paro frente a la ventana de la cocina, subo la persiana que George bajó y miro hacia fuera. Lo único que veo en la oscuridad es la luz de la luna reflejada en el agua y pequeños cuadrados dorados: las ventanas de las casitas del otro lado del río.

Una de ellas pertenece a los Donbavand. ¿Cuál? No estoy lo bastante cerca como para ver lo que sucede en ninguna de las habitaciones, aunque sí puedo ver destellos de movimiento. Quizá con unos prismáticos...

Pero no tengo prismáticos, y no creo que pueda conseguir unos por aquí cerca. Cuando vivía en Londres, si no tenía algo, iba y lo compraba. Desde que nos hemos mudado, mi actitud es distinta: si hay algo que no tengo, acepto que no puedo obtenerlo. Cuando la vista desde tu ventana consiste en plantas y agua, parece una estrategia sensata y sin líos. Si alguna vez me despierto y me encuentro unos grandes almacenes en el jardín, ya me la replantearé.

Alex ha encendido un fuego en el salón, la única habitación que actualmente tiene una chimenea funcional. El resto necesitan una revisión antes de poder usarlas con seguridad. Personalmente, preferiría arreglármelas con una sola antes que tener que llamar a un deshollinador, pero no creo que Alex estuviese de acuerdo; hasta podría llegar a resolver el problema él mismo.

Le paso el whisky mientras le cuento que he contratado a un detective privado.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Dime que no es verdad!

—Lo es. No te preocupes, es una empresa prestigiosa. Trabajan en todo el Reino Unido, tienen una página web y miles de seguidores en Twitter.

—Justine, ¿te has vuelto loca?

—La última vez que lo comprobé, no. ¿Por qué? ¿Acaso lo parezco? —Me siento delante del fuego con el gin-tonic. *Figgy* entra corriendo desde el vestíbulo y se tumba en mi regazo. Genial; otra vez mojada por culpa de su pelo empapado.

—¿Existe algún detective privado prestigioso? —pregunta Alex—. Pensaba que eran todos unos maleantes.

—No tengo ni idea, ni tú tampoco. No tenemos experiencia en ese mundillo.

—Es verdad, pero...

—No perdamos el tiempo discutiendo: ya está hecho. He pagado por adelantado. Será útil o no lo será. Pensé que valía la pena probarlo.

—¿Le has pedido que averigüe quién hace las llamadas telefónicas? Por cierto, creo que hubo una mientras tú estabas fuera. Sonó el teléfono fijo; cuando

lo cogí, oí una respiración, y luego colgaron.

—Mencioné las llamadas, pero sobre todo hablamos de George.

—¿Por qué? Lo de George ya no es un misterio. George es real. Supongo que Lesley Griffiths te explicó por qué lo expulsó, ¿no?

—No lo expulsó: solo lo fingió.

Entre un sorbo y otro de gin-tonic, le cuento a Alex todo lo sucedido en Beaconwood esta tarde. Me escucha sin interrumpirme, y cuando termino pregunta:

—Y entonces, ¿qué le has pedido a este investigador que averigüe? ¿El nombre original de los Donbavand antes de que se lo cambiasen?

—No solo eso; también dónde vivían, qué sucedió para que saliesen huyendo, quién los sigue con intención de hacerles daño...

—¿Y podrá averiguar toda esa información? ¿Cómo? —Alex arruga la nariz.

—No lo sé. No parecía que nada de eso lo desalentase; se limitó a decirme «Sí, creo que podré hacer algo por usted», como si le hubiese pedido una taza de té y un bizcocho de chocolate.

—No se me ocurre cómo va a poder hacerlo.

—Es que tú eres cantante de ópera, no detective —contesto con impaciencia—. Supongo que tiene sus métodos habituales, porque su empresa lleva treinta años en el negocio...

—Quizá. —Alex no suena convencido—. Espero que no tenga previsto violar ninguna ley y hacerte cómplice.

—Me da igual que rompa todas las leyes de la historia mientras consiga la información que quiero. Le he dado las direcciones de correo electrónico de Anne y Stephen Donbavand y le he sugerido que piratee sus cuentas.

—¡Eso es una idiotez! —Alex mira hacia el techo, exasperado—. Podrías acabar en la cárcel. ¿Qué ha dicho él?

—Que piratear cuentas de correo electrónico va contra la ley. No ha dicho que no lo haría.

—En realidad. Justine, todo esto me preocupa. —Alex se desliza del sofá y se sienta en el suelo, a mi lado. Es difícil dar un sermón severo mientras tienes los pies apoyados en alto—. No es solo el dudoso detective y las cuestiones legales: también está la posibilidad de que descubras algo. La estrategia de Lesley Griffiths es la que yo mismo asumiría: aquí hay en marcha alguna cosa muy jodida y peligrosa, así que lo mejor es mantenerse lo más alejado que puedas de ella.

—Mientras George y Ellen tengan pensado hacer de Heathcliff y Cathy, estamos implicados, queramos o no, Alex.

—No seas boba. El hecho de que George aparezca por aquí de vez en cuando, siempre que puede sacudirse a sus padres, no va a suponer ningún riesgo para nosotros, pero...

—¿No? ¿Seguro? Recuerda que sacaron a George de la escuela por culpa de Ellen; porque, después de años de soledad, ahora tenía una amiga. Su madre no quiere que nadie se acerque a él; Lesley me lo dijo. De acuerdo, quizá haya alguien que se la tenga jurada a toda la familia. Quizá. En tal caso, Anne Donbavand está paranoica y ha decidido hacérselo pagar a George y a nosotros.

No sé si seguir adelante y arriesgarme a estar equivocada, pero no puedo guardármelo.

—Creo que es ella la que hace las llamadas amenazantes.

—No tienes pruebas de eso —dice Alex, con rostro fatigado.

—Por eso he dicho «creo». No he oído nunca su voz y no ha contestado al correo electrónico que le envié. Su marido tampoco. Ahora sabemos que la amistad de Ellen con George la inquieta. Para su mente perturbada, nuestra llegada debe de significar que tiene que sacar a sus hijos de Beaconwood. De manera que, en efecto, cuando pienso quién podría querer llamarme y decirme «Vete a casa o te mataré, a ti y a toda tu familia», ella está en el número uno de la lista. De hecho, ella es toda la lista.

—¿Le has dicho a tu detective que sospechas de ella?

—Sí, se lo he dicho todo.

—Querida, no tienes ni idea de quién es esa persona.

—¿Y eso qué significa? Está trabajando para mí, nada más. No es necesario que seamos amigos del alma.

Nos quedamos en silencio un rato. Yo acaricio la barbilla de *Figgy* con los nudillos y él hace un ruidito que llamaría «ronroneo» si fuese un gato. ¿Ronronean los perros, o hay una palabra distinta para ello?

—Voy a hacer otra llamada telefónica que no te va a gustar —informo a Alex—. Voy a llamar a Olwen Brawn. Pensé en preguntárselo cuando estaba en su casa, pero no me atreví.

—¿Preguntarle qué?

—Si ha oído hablar de la familia Ingrey.

—La fa... —La expresión de desconcierto de Alex da paso a otra de franca incredulidad—. ¿En serio? ¿Dices que vas a preguntarle a una criadora de perros

cualquiera si conoce a unos personajes de ficción inventados por tu hija, y llamas perturbada a Anne Donbavand?

—No fue la imaginación de Ellen la responsable de las páginas que he leído. Sí, era su caligrafía, pero no su creación, créeme.

—Bueno, no tengo por qué creerte —murmura Alex en tono de disculpa en dirección a su vaso de whisky—. Puedo, simplemente, estar en desacuerdo contigo y decirte: «¿Acaso sabe alguien de lo que es capaz la imaginación de otra persona?».

«La imaginación de George Donbavand, por ejemplo»...

Me bebo el resto del gin-tonic.

—La comunicante anónima me llamó «Sandie». En el árbol genealógico del relato de Ellen hay una persona llamada Allisande Ingrey. Sandie podría ser una abreviatura de Allisande.

—Justine, déjalo.

—En ese mismo árbol hay otra persona llamada Ellen, ¿te suena?, que al parecer está casada con un tal Urban Ingrey, el sobrino de Allisande, hijo de su hermana mayor Lisette. Lisette y Allisande tenían una hermana más joven llamada Perrine...

—¡Cariño, esas personas no existen!

—Perrine asesinó a un chico llamado Malachy Dodd y luego la asesinaron a ella. Si los Ingrey son una familia real, eso significa que Lisette y Allisande sufrieron dos traumas graves, lo bastante graves para explicar la neurosis de Anne Donbavand.

—Muy bien —contesta Alex, pensativo—. Entonces, ¿cuál es tu teoría? ¿Que el relato de Ellen no es una historia inventada, sino que es la historia verdadera de la infancia de Anne Donbavand? Que le ha contado George, supongo.

—Quizá. Creo que es posible.

—¿Y Lisette Ingrey es Anne Donbavand? Urban Ingrey debe de ser George, si está casado con Ellen en el árbol genealógico.

—Eso es exactamente lo que Ellen haría. Es evidente que idolatra a George y, al crear un árbol genealógico de su familia, se incluye a ella misma como futura esposa.

—Supongamos que todo eso es verdad. Lisette Ingrey tiene una hermana, a la que podemos suponer igualmente traumatizada por los sucesos de su infancia, llamada Allisande, pero esa no eres tú.

—Claro que no soy yo. Pero recuerda que Ellen se echó a llorar cuando me oyó decir «Yo no me llamo Sandie» a la interlocutora anónima. Y luego me preguntó si era realmente quien decía que era.

—Mierda. —Alex agita la cabeza.

—Eso parece bastante razonable si es que George le ha contado a Ellen el pasado de su madre, ¿no crees? En el relato, Sandie, Allisande, es evidentemente una fuerza del mal, una amenaza, un peligro para Lisette y su familia. Cuando Ellen se entera de que me han llamado Sandie, se muere de miedo. Piensa: «¿Y si mi propia madre fuese la persona que intenta hacer daño a George y a su familia?». Y, antes de eso, pensaba que la persona que hacía las llamadas era alguien de la escuela. Por eso le parecía verosímil que Lesley Griffiths expulsase a George y a Fleur por pura maldad. Quizá pensaba que Lesley era la hermana peligrosa de Anne Donbavand. Recuerda que te preguntó qué edad tenía Lesley.

—Pero si Anne Donbavand es o era Lisette Ingrey, debe de saber que tú no eres su malvada hermana Allisande. Todo esto suena mucho a historia inventada —remata Alex con un gesto despectivo.

Aguanto la respiración todo el tiempo que puedo y luego exhalo el aire lentamente.

—Si estuviese cuerda, en efecto, sabría que yo no soy Allisande. Pero ahora piensa en lo que podría suceder si no lo está. Ha tenido una infancia horrible, con una hermana asesina que más tarde es asesinada. Por algún motivo, acaba siendo enemiga de su hermana viva. Lisette huye para alejarse de Allisande, a la que teme. Se cambia el nombre por el de Anne Donbavand e inicia una vida nueva, pero el miedo a que Allisande la encuentre le hace ser cada vez más paranoica. Allisande nunca aparece pero, en la cabeza de Anne, la amenaza no hace más que crecer. Tiene a sus hijos encerrados bajo siete llaves, por miedo a que su hermana les haga daño si ella no está para protegerlos. Entonces se entera de que George tiene una amiga, saca cuentas y llega a la conclusión de que la madre de la amiga podría tener aproximadamente la edad de su aterradora hermana Sandie, y eso provoca la aparición de un delirio en su mente. En su cabeza, yo soy Sandie. Probablemente ha desarrollado toda una historia sobre cómo Sandie se ha camuflado como productora de televisión y se ha cambiado el nombre por el de Justine Merrison para facilitar el acercamiento a Anne y a su familia sin levantar sospechas. Por eso sería fantástico que el detective encontrase a la verdadera Sandie; quizá eso serviría para que Anne abandonase esa fantasía y se diese cuenta de que yo no soy Sandie.

—Buscaste a estos Ingrey por Internet y no encontraste nada —me recuerda Alex, como si lo hubiese olvidado—. Si uno de ellos hubiese asesinado a alguien llamado Malachy y luego hubiese sido asesinado, todos ellos aparecerían en una búsqueda de Internet, eso por descontado. ¿Y no decías que, en el relato, vivían en nuestra casa?

—Sí, y ya sé que aquí nunca ha vivido nadie llamado Ingrey. Pero ¿y si Ellen cambió los nombres como medida de seguridad? No me cuesta imaginarme a George pidiéndoselo, ¿y a ti? Muchos escritores cambian los nombres para proteger tanto a inocentes como a culpables. Me pregunto si los nombres de los personajes no serán anagramas; suenan muy poco... no sé, naturales. He intentado reordenar mentalmente las letras de «Ingrey», pero no he llegado a ninguna parte.

—¿Anagramas? No parece muy probable. Quiero decir, aún menos probable que todo lo demás. ¿Por qué no se lo preguntas a Ellen? Es su historia, después de todo.

«No, no lo es».

—No me lo diría, ya lo he probado. ¿Te das cuenta ahora de por qué he llamado a un investigador privado? Él me podrá proporcionar hechos concretos: donde creció Anne Donbavand, cuál era su nombre, dónde está ahora su hermana.

—Es cierto que los hechos serán útiles —acepta Alex—. Sin embargo, aún no veo qué tiene que ver Olwen Brawn con todo esto.

—Probablemente nada. Es solo que... vi su casa el día en que nos mudamos y noté una sensación muy intensa, como si alguien me intentase decir alguna cosa. Y luego pasaron muchas más cosas extrañas. ¿Y si...?

«¿Y si Olwen Brawn es Allisande Ingrey, la hermana de Anne Donbavand?».

Me río de mí misma: es tan estúpido e irracional que ni siquiera lo voy a decir en voz alta. Lo que digo, en cambio, es:

—Tienes razón. Lo más probable es que Olwen no tenga nada que ver con esto, pero no se pierde nada preguntándole si conoce a los Ingrey o a los Donbavand, ¿no?

—No creo que tenga mucho sentido, Será mejor que esperes a que la policía y ese detective hagan su trabajo y tú, mientras tanto, hagas algo normal, como llamar a The Car Men y concertar una cita para que limpien el Range Rover. De acuerdo, es una broma, ¡es una broma!, pero no tiene sentido, por así decirlo,

ponerse a ladrar si ya tienes un perro que lo hace. ¿Verdad, *Figgs*? Tú eres un perro, seguro que sabes de qué hablo. Quiero decir que dejes la investigación en manos de los investigadores.

Algo normal; Alex podría haber sugerido que viajase a la Luna. La normalidad está temporalmente en suspensión. Espero que no sea permanente.

—En todo caso, si vas a llamar a Olwen, dile que te aconseje sobre la conveniencia de la castración. El veterinario me dijo que era muy conveniente que lo hiciésemos, pero tampoco quiero echar a perder la futura vida sexual de *Figgy* sin una razón de peso. Sería útil conocer el punto de vista de Olwen.

—La voy a llamar ahora. Tu pregunta será un buen pretexto.

Cuando ya estoy en el vestíbulo, Alex me llama de un grito.

—¿Y la escuela? ¿Vamos a enviar a Ellen de nuevo a Beaconwood o no?

—Ninguno de los dos nombres significa nada para mí —dice Olwen—. No conozco a ningún Ingrey ni a ningún Donbarrand.

—Donbavand.

—Ni a esos. ¿Quiénes son? ¿Gente del mundillo de los perros?

—No tienen nada que ver con perros.

—Iba a decir que, si eran criadores de Bedlington o personas relacionadas con la exposición Crufts, los conocería, pero no conozco a todos los criadores.

—No, ya supongo que no. En fin, no pasa nada; no es importante. —Intento sonar como alguien que hace una llamada de teléfono normal, para charlar.

—¿Quieren cachorros?

—¿Quiénes?

—Esas personas, los Donbavand y los Ingrey.

—No. De verdad, no tiene nada que ver. —Está claro que a Olwen le cuesta pensar que hay partes del universo que no giran alrededor de los perros.

—De acuerdo. Es solo que no creo que tenga otra camada hasta el año que viene por esta época. ¿Tú estás bien? Pareces un poco tensa.

—Estoy bien, gracias.

—¿*Figgy* te está trayendo por el camino de la amargura? Se tarda un poco en acostumbrarse, sobre todo para novatos como tú y tu marido. Pero si le dais una oportunidad, se convertirá en una mascota familiar fantástica. Los Beds son así.

—Ya es una mascota familiar fantástica —replico a la defensiva, recordando la forma en la que George dijo «¡Un juego para toda la familia!», con ese

entusiasmo que parecía salido de un anuncio publicitario—. Yo diría que nos las arreglamos muy bien. Se divierte mucho con los largos paseos, husmeando en los arbustos y la hierba alta.

—¿Paseos? —Olwen suena precavida—. No debería salir hasta diez días después de recibir la segunda tanda de vacunas.

—Me dijiste que no pasaba nada si estaba por el jardín —le recuerdo, aunque paso por alto mencionar que también ha estado en la escuela.

—Sí, pero... ha dicho largos paseos.

—Nuestro jardín es grande.

—¿Lo bastante para un largo paseo?

Genial. Este es exactamente el tipo de conversación que quiero tener con una mujer que vive en un pequeño adosado junto a la Circular Norte de Londres. No hay salida airosa para mí.

—Sí. Siete hectáreas.

«Además, se puede pasear alrededor de él más de una vez, y en distintas direcciones. Aunque no es exactamente asunto tuyo».

¿Es que cree que miento?

—¿Siete hectáreas? ¿Vives en una mansión?

La conversación está invadiendo el terreno de lo inaceptable a pasos agigantados. Ellen ha entrado en la cocina, lo que probablemente es lo único que me impide decirle a Olwen que se meta sus preguntas donde le quepan. En vez de eso, opto por decirle:

—¿Recuerdas lo que te conté sobre Germander y Speedwell? Yo vivo en Speedwell House. Puedes buscarla por Internet. Es una casa declarada patrimonio arquitectónico de Grado II en Devon. Si crees que miento, dame una dirección de correo electrónico y te enviaré una copia escaneada de la escritura.

Desde el sofá, Ellen pone una cómica expresión de «Vaya conversación más extraña, ¿no?».

—Justine, debes disculparme —contesta Olwen—. Estoy siendo tonta y grosera. Claro que no dudo de ti. Me asusté cuando dijiste que *Figgy* había salido a dar largos paseos; y, bueno, al principio de la llamada me has parecido un poco... extraña. Has preguntado con mucha insistencia sobre esos dos nombres, como si pensases que tenía que conocerlos, y luego has cambiado de actitud y has dicho que no tenía ninguna importancia. La verdad es que se me da muy mal separarme de mis perros. Me preocupo por ellos después de que se hayan ido y, durante la primera semana, siempre quiero traerlos conmigo de

nuevo.

—No lo hagas. No creía que fuese posible, sobre todo tan pronto, pero... — Miro hacia *Figgy*. Está bostezando, y tiene unas semillas adheridas al pelo cerca del morro y de la boca; las tendré que despegar más tarde.

—No tienes que decir más —dice Olwen—. Tu miedo ante la idea de que me lo vuelva a llevar es muy tranquilizador. De hecho, me encantaría hacerle una visita en su nueva casa.

«No puede ser; debe de ser una broma».

—¿Cómo te iría mañana? —insiste.

—¿Mañana? Es un poco... pronto.

—Debo admitir que, ahora que me has hablado de esa gran casa con siete hectáreas de terreno, estoy ansiosa por verla. Será como visitar una mansión del Patrimonio Nacional. Mañana es mi único día libre en un futuro próximo, pero si no te va bien, no pasa nada. Puedo esperar unas cuantas semanas.

—No, mañana está bien.

Ellen pone cara de «Y ahora ¿qué?».

Si Olwen quiere venir a casa, prefiero no retrasarlo. Hay algo de todo esto que huele a chamusquina. ¿Todos los criadores de perros son así de intrusivos? ¿Cuántos de ellos estarían dispuestos a viajar de Londres a Devon para visitar a un cachorro al que vieron hace menos de una semana?

¿Es una coincidencia que, casi inmediatamente después de mencionar los apellidos Donbavand e Ingrey, Olwen decida que quiere hacer un viaje de varias horas para ver a *Figgy*?

Quizá, a pesar de la disculpa, sigue preocupada por él y quiere darle el visto bueno a su nuevo hogar. O puede que sea la cruel y perturbada Allisande Ingrey, que creció en Speedwell House, y por eso quiere venir.

«¿Y tú se lo permites?».

Parece que sí. Algo está a punto de suceder y no sabré de qué se trata hasta que haya pasado. Tengo que ir hacia ello o atraerlo hacia mí.

—¿Cuál es tu correo electrónico? —le pregunto a Olwen—. Te enviaré mi dirección exacta.

En cuanto cuelgo el teléfono, Ellen se dirige a mí:

—Papá dice que George no fue realmente expulsado.

Creía que preguntaría por la conversación que acababa de oír a medias; debí haberme dado cuenta de que George pasaría por delante de todo lo demás.

—Así es.

—La próxima vez que venga se lo diré. —La actitud de Ellen es desafiante —. Le diré que lo de su expulsión fue una pantomima.

—Me parece bien. Creo que tiene derecho a saberlo. ¿Crees que habrá una próxima vez? Parece que le resulta bastante difícil salir de su casa.

—Vendrá cada vez que su madre esté en alguna parte donde no pueda llamar por teléfono y preguntar por él.

—Sabías que iba a venir hoy, ¿verdad? Por eso no has querido ir a la escuela. Ellen asiente.

—¿Cómo lo sabías?

—El último día que Fleur vino, George le dio una nota para que me la diese en la escuela.

—El... Si no vuelves a Beaconwood, pronto tendrás que ir a otra escuela. No puedes estar todo el día, todos los días, en casa por si aparece George.

—No es una cuestión de «por si», mamá. Yo y George lo comentamos (sí, ya sé que debo decir «George y yo», y me da igual). Fleur ya no está en la escuela, así que no podrá pasar más mensajes, de manera que hemos acordado que, si George planea venir al día siguiente, enviará una señal. Cada noche, a las nueve menos cuarto en punto, me pondré junto a la ventana de la cocina. Esa de allí es su casa; ¿la ves? La que está pintada de una especie de color mandarina, con detalles de madera pintada de negro. La habitación de George es la del extremo izquierdo. A esa hora estará a oscuras; tiene que apagar la luz a las ocho y media, ¿no te parece increíble? ¡Tiene catorce años! En todo caso, si enciende y apaga tres veces la lámpara de la mesita de noche, eso significa que vendrá al día siguiente. Yo responderé encendiendo y apagando tres veces la luz de la cocina para indicarle que puede venir.

Sé lo que debería decir: que si la próxima vez es un día lectivo, no podrá venir, porque Ellen no puede perderse la escuela por ver a un amigo.

«Sí que puede, si se trata de un amigo a quien ella quiere, que la quiere a su vez y a quien, de otro modo, no podría volver a ver».

Debería decir que, si los padres de George no le permiten visitar a Ellen, entonces, por mucho que comprenda sus conflictos y por tiránicos que sean sus padres, no dejaré que venga a mi casa.

«A la mierda. A la mierda la profesora Anne Donbavand y su despiadada paranoia».

—De acuerdo. Entonces hazlo así.

—¿De verdad? —Los ojos de Ellen casi se salen de sus órbitas; esperaba que

me resistiese.

—De verdad. Esperemos que puedas encajar algún que otro día de escuela entre las visitas de George, ¿vale?

Ellen me rodea con los brazos y me estruja.

—Eres la mejor madre del mundo. Puede que solo sea una vez cada seis meses. Su madre se va de casa con frecuencia, pero normalmente llama cada hora y, si no pudiera hablar con él, sospecharía. La última vez, George sabía que su madre estaría siete horas en un avión volviendo de Estados Unidos, así que no iba a poder llamar. Oye, mamá...

—¿Sí?

—¿Qué te pareció George?

Tengo que esmerarme en dar una buena respuesta. Cuando vivía en Londres y trabajaba demasiado, era una madre nada ideal en muchos sentidos: a menudo estresada y malhumorada y nunca disponible para hacer disfraces de Halloween o ni siquiera para encargarlos por Amazon. A veces Ellen se me acercaba con un titubeante «¿Mamá...?» y yo le soltaba: «¡Ahora no! ¡No me pidas que haga algo ni me digas que necesitas algo! ¡No puedo! Si no puedes resolverlo por ti misma, la respuesta es no». Tenía miedo de derrumbarme si aceptaba una tarea más.

«Terrible».

Lo compensaba con un descontrolado entusiasmo por las cosas que parecían gustarle a Ellen, no desviándome de sus propios deseos y necesidades para cubrir las mías, algo que hacían muchas de las madres que siempre estaban armadas con los mejores disfraces de Halloween.

En este momento, George Donbavand ocupaba el número uno de esa lista de deseos y necesidades.

—Me pareció un chico fantástico. Tienes mucha suerte de que sea tu mejor amigo.

—Cuando preguntaste por qué estaban cerradas las cortinas, ¿creías que nos estábamos besando y eso? ¿Algo relacionado con el sexo?

—No. —La miro con intensidad—. Tienes catorce años; aún eres demasiado joven para eso.

—Exacto —coincide Ellen.

«Gracias a Dios». Si alguien me hubiese dicho algo así cuando yo tenía catorce años, me habría echado a reír hasta que se me hubiesen saltado las lágrimas.

—No, eso ni siquiera se me pasó por la cabeza —miento—. Simplemente me pareció extraño cerrar las cortinas de una casa que no es la tuya. Y sabía que tú no lo habías hecho.

—Mamá, ¿puedes guardar un secreto? Incluso con papá, él no lo entendería.

—¿Estás segura? Papá es bastante liberal.

—No lo suficiente para esto —dice Ellen con seriedad—. Quizá tú tampoco, pero... ¡De verdad, necesito que lo seas!

«De acuerdo, Merrison, prepárate. Lo que sea que tu hija te vaya a decir, no debes fastidiarlo. Tienes que apoyarla, sea lo que sea. Si quiere tatuarse el nombre de George en el tobillo...

»Dios mío, que no sea eso. Cualquier cosa, pero eso no. Es posible que el año próximo, a estas alturas, ya no le quiera».

—Cuando seamos mayores (mucho mayores, quiero decir, cuando hayamos ido a la universidad y todo eso), George y yo vamos a casarnos. Me lo ha pedido y le he dicho que sí. Estamos comprometidos.

Le doy un abrazo.

—Felicidades —le digo, y lo hago sinceramente. Primero la universidad, sí. Mi niña es sensata. O bueno, al menos bastante sensata. Nada de tatuajes, nada de religiones fundamentalistas, nada de *piercings*, nada de volar laboratorios que experimentan con animales porque a George la gustan los conejos...

—Espera —dice Ellen, escabulléndose del abrazo—. No va a ser un matrimonio normal y corriente.

—¿Qué quieres decir?

—George es gay, así que no tendremos sexo nunca. Vamos, no pongas esa cara de «¿Cómo dices?».

—Lo siento, no tenía intención de... ¿George es gay? Pero entonces... ¿no querrá tener un marido en lugar de una esposa?

—¡No! —El tono de Ellen es triunfal—. Queremos casarnos porque nos queremos el uno al otro más que a nadie, y esa es la persona con la que debes casarte, ¿no? Tu persona favorita, aquella con la que quieres comprometerte y pasar el resto de tu vida.

—Sí, pero...

—Los dos podremos tener escauceos con personas que nos gusten, solo por diversión, pero no habrá ningún problema. Podremos tener todos los líos que queramos sin que afecten a la relación, porque nuestro matrimonio no estará basado en eso, sino en algo mucho más profundo. No habrá celos románticos ni

sexuales, como suele haber en un matrimonio. George dice que todo el mundo debería hacer lo mismo que vamos a hacer nosotros, que mucha menos gente se divorciaría cuando cambiasen sus deseos. Dice que el deseo romántico solamente puede ser fugaz, y que es importante casarse con la persona cuyo espíritu sea más cercano al tuyo, aunque no quieras darle un morreo o irte a la cama con ella. Bien pensado, yo creo que tiene razón, ¿no?

—¿Sinceramente? No creo que nadie tenga la razón en lo que se refiere a relaciones. Creo que cada uno debe hacer lo que mejor le funcione. Si este plan funciona para vosotros dos y ambos vais a ser más felices con él, entonces adelante.

«O hazme feliz a mí y cambia de opinión antes de llegar a la edad de matrimonio».

¿Acaso soy una conservadora convencional, a pesar de mis pretensiones de liberalidad? No es muy halagüeño pensar que el socialmente marginado George Donbavand, de catorce años, pueda saber más de la vida y el amor que yo.

No creo que tenga que enfrentarme sola a todo esto.

—Papá estaría de acuerdo conmigo. Deberías decírselo a él también.

—¿En serio? —Ellen se anima ante la perspectiva de tener dos padres comprensivos que conocen su secreto.

—Creo que sí. —Y, en un impulso, añadido—: ¿Has oído hablar de Vita Sackville-West?

—No. ¿Quién es?

—Era parte del Grupo de Bloomsbury, y tuvo un largo y feliz matrimonio con un hombre gay. Creo que ella era lesbiana. Estoy bastante segura de que es el tipo de matrimonio que tenéis planeado tú y George.

«Y la única razón por la que lo habéis planeado es porque la profesora Anne, esa estúpida gilipollas, no se da cuenta de que separar a la fuerza a las personas les priva de la oportunidad de hartarse las unas de las otras. Si siguiese una receta titulada “Crear de la nada un amor condenado y prohibido” no podría haberlo hecho mejor».

—Voy a buscar Vita Sackville-West por Internet —dice Ellen, saltando del sofá—. Espero que tengas razón. George y yo no se lo vamos a decir a nadie hasta que tengamos dieciocho años, pero será más fácil explicarlo si alguien ya lo ha hecho antes que nosotros. George dice que las personas tienen tendencia a odiar y temer las cosas nuevas y diferentes.

—Solo los intolerantes —murmuro cuando sale de la habitación. Y yo no

quiero ser uno de ellos. Decididamente no.

«Comprometida». Mi hija de catorce años está comprometida. Pero no pasa nada, porque es una relación que no tiene componente sexual, y nunca lo tendrá.

Salvo que a mí no me suena bien. Un matrimonio no solo debe implicar amistad; también romance y amor físico.

¿Dónde puse la historia de George después de que me la diese Lachlan Fisher? No la he visto desde que llegué a casa. De pronto tengo unas tremendas ganas de leer el trabajo creativo de mi futuro yerno.

Me pongo a buscar mi bolso verde, que no está en la cocina. Dios mío, espero que Ellen se lo diga a Alex enseguida; a ser posible, en los próximos diez minutos. Necesito hablar de esto con alguien. No me vendría mal un consejo de mi propia madre, pero hace más de diez años que murió. Cómo me gustaría que hubiera vivido y que fuese mi madrastra la que hubiese muerto. Julia. No es una mala persona, para nada, pero siempre la he tratado con frialdad. Habría sido inmoral caerle bien, sabiendo que, cada vez que la veía, me venían a la mente las palabras «¡Ojalá hubieras sido tú!».

Por suerte, la historia de George está en mi bolso verde, doblada de cualquier manera, casi como si me diera igual. De hecho, sin el anuncio del compromiso de Ellen, probablemente ni me la habría mirado.

Vuelvo hacia la cocina, me estiro en el sofá y empiezo a leer.

Al cabo de pocas palabras, la reconozco. Sé lo que pasará en la historia, de principio a fin. Yo aparezco en ella. Leerla produce la misma sensación que verte de pronto metida en un reencuentro que temías y donde no querías estar.

Echo una rápida ojeada, intentando absorberla toda de un vistazo. Me saltan a la vista los nombres de actores y directores.

«La hostia, joder».

Estoy aquí, y también lo están mis antiguos colegas, el motivo por el que me fui de Londres, por el que dejé mi trabajo. Todo.

George Donbavand ha escrito mi historia.

«El doloroso casting» o «El asunto Ben Lourenço» por George Donbavand, 9F

¡No, no es un error! Si hubiera querido titular mi historia de otra manera, me habría cerciorado de darle ese título. ¿De verdad alguien piensa que soy tan chapucero de sacar una historia a la luz sin revisarla exhaustivamente? Si eso es lo que creen, me sorprende que hayan progresado tanto. Yo no querría leer una historia escrita por alguien que no revisa nada. ¿Cómo iban a confiar en sus obras?

Como puede apreciarse, hay dos títulos alternativos. Eso es porque el primero, aunque es perfecto si se interpreta como es debido, será considerado un error por alguien, lo cual mancillaría su perfección. Así que, sin duda, es más seguro llamarlo *El asunto Ben Lourenço*, por el nombre de su trágico héroe. Aunque, de hecho, Ben Lourenço no es, estrictamente, un héroe trágico en el sentido dramático tradicional, porque no es derrotado por un defecto fatal de su carácter o por una debilidad moral. En la historia hay una buena cantidad de debilidad moral, montones de ella, pero no es Ben Lourenço quien la padece.

No sé si decirlo desde el mismo principio... Demasiado tarde: ya está hecho. También diré algo más: la historia que voy a contar se divide en lo que se conoce como «historia principal» e «historia de fondo», como ha sucedido innumerables veces desde que existen registros, o eso me ha contado el venerable señor Fisher, gurú de la clase 9F.

El formato de lo que sigue es ligeramente diferente de ese secular formato. Diferente y, me atrevería a decir, más interesante. Como pronto descubrirás, aquí tenemos una historia principal conocida, envuelta y arraigada en una historia de fondo desconocida. No para todo el mundo, desde luego. Hay personas que saben lo que sucedió y lo que no, pero ninguna de ellas es actor en la historia principal. Y, te lo garantizo, es agotador que se espere de ti que seas uno de los protagonistas de una obra basada totalmente en otra obra, cuyo libreto no puedes leer y tienes que limitarte a suponer.

Cuidado, eso no es excusa para una mala actuación. Y en estas páginas estás a punto de encontrarte con seres humanos que actúan muy mal, por lo que me disculpo de antemano. Por otra parte, espero que podrás disfrutar de la sensación de sorpresa y horror que yo sentí la primera vez que tuve noticia de esta historia lamentable. Lo que se explica es totalmente cierto, cosa que lo hace mucho peor. Sin embargo, también me libra de la obligación de revelar la verdad que rodea la historia de fondo. No puedo hacerlo porque la desconozco; de modo que, por favor, te pido que te reserves esta decepción causada por la parcialidad de la narración y te la guardes, por así decirlo, en el bolsillo.

Por suerte, conozco los hechos relacionados con la historia principal, cosa que es la única razón por la que no me he despedido a mí mismo de mi papel de autor de forma inmediata.

Y ha llegado por fin el momento de aparcar las chanzas introductorias y sumergirnos en el hilo dramático, de modo que allá vamos...

¿Quién es Ben Lourenço? Puede que hayas oído hablar de él, o quizá no. Es un actor británico, originario de Billericay —que yo hasta hace poco creía que estaba en Irlanda—. El nombre suena muy irlandés, ¿verdad? De hecho, creo que deberían trasladarlo allí.

Vamos a conocer un poco mejor a Ben Lourenço. Me han dicho que mide un metro noventa y tres, tiene unos grandes ojos azules realzados por definidas líneas de expresión, cabello rubio oscuro que le hace parecerse un poco a un espantapájaros y un hoyuelo tan profundo en la barbilla que, si fueras su enamorada, te sentirías tentada a limpiarlo regularmente de polvo y roña con la punta de un pañuelo. Es lo que uno llamaría un hoyuelo con sustancia, un hoyuelo que, al verlo, te hace pensar «alguien debería responsabilizarse de ese hoyuelo».

Ben Lourenço nunca ha sido protagonista de nada, pero ha sido un valioso personaje cuasiprincipal en muchas series de televisión con detectives inadaptados a los que se les ha negado la promoción y que se pasean, con el ceño fruncido, por neblinosos páramos, edificios de protección oficial de Londres en calles llenas de basura y blancos y asépticos pasillos del depósito de cadáveres. Es justo añadir que, en su capacidad de intérprete no principal, Ben ha destacado, hasta el punto de llegar a finalista como Mejor Actor Secundario en los premios BAFTA 2012. Nadie se sorprendió cuando se hizo con el galardón. ¡Bravo por Ben!

La interpretación que le hizo acreedor de este galardón no era en absoluto del tipo de las que él solía hacer. En lugar de una serie policíaca era un telefilm, una comedia romántica titulada *La dieta sexual del futuro*. Ya el mismo título suena intolerable, ¿verdad? Preferiría no tener que describir la trama, pero me temo que debo hacerlo. Prometo tener compasión y ser tan breve como pueda.

La dieta sexual del futuro: escrita y dirigida por Freddii Bausor, una famosa directora de cine y televisión que, ocasionalmente, ha llegado incluso a Hollywood. Pero, en caso de que su fama no haya llegado hasta ti, amable lector, no temas: no tardaré en iluminarte. Freddii es ahora una mujer, pero no siempre lo ha sido; o más bien: su cuerpo no siempre lo ha sido, pero sí su esencia. De ahí la necesidad de gran cantidad de cirugía, cuyo resultado neto es que, ahora, Freddii es una mujer en todos los sentidos.

Cuando se emitió en la televisión británica, *La dieta sexual del futuro* fue un enorme éxito. Se trata de la historia de una mujer profesional joven y segura de sí misma, muy feliz de no tener pareja estable, que disfruta del sexo sin compromiso y que tiene aspecto de mujer normal, no de Barbie con exceso de maquillaje, hasta que...

¿Lo has adivinado? ¿Estás a punto? ¿Quieres que termine con tu sufrimiento?

... hasta que una noche conoce a un hombre en una fiesta de su empresa, se enamora brutalmente de él de inmediato y decide, después de que él la invite a cenar de una forma que no deja lugar a dudas sobre si va a haber sexo de postre, que simplemente es incapaz de quitarse la ropa delante de este hombre hasta no haber perdido tres kilos de peso. Para todos los demás hombres con los que retozaba en la cama, su cuerpo era, en su propia opinión, magníficamente adecuado. Pero este hombre es tan divino que se siente obligada a convertirse en perfecta para él.

Ella supone —erróneamente— que su único problema consiste en esos tres kilos de más, no en el hecho de convertirse en una verdadera idiota en el instante en que un hombre atractivo invade su campo de visión; pero, de momento, debemos dejar esta apreciación aparte porque no se nos ha pedido que ofrezcamos nuestra opinión editorial y, de todos modos, ya es demasiado tarde. La película ya está en el aire, chicos, como suelen decir en los círculos de Hollywood y de los BAFTA.

Nuestra atolondrada heroína acepta la invitación a cenar de este buenorro y se van los dos al restaurante. En efecto, después de la comida, en la que nuestra heroína ha hecho todo lo posible por comer únicamente la lechuga de decoración, el héroe sugiere, de una forma totalmente

encantadora, que podrían proseguir con una sesión de fornicación. ¡Socorro! ¡Qué conflicto! ¡Los tres kilos de más! ¡No es posible permitirle que los vea, no sea que salga huyendo a la carrera! ¿Qué puede hacer nuestra infortunada muchacha para impedir el desastre sin dejar escapar a esta atractiva perspectiva de futuro?

Entonces se le ocurre una idea brillante (léase «completamente estúpida»). Recuerda que, en las numerosas leyendas románticas de las que se ha empapado desde el año de la nana, se supone que los hombres prefieren a las mujeres que no se meten alegremente en la cama con cualquier tipo mínimamente atractivo que asoma la nariz. Definitivamente, a los hombres les gustan las mujeres que les hacen esperar y rogar y sufrir y suplicar, porque todos ellos se han creído lo de la distinción entre virgen y puta («que acuñó Sigmund Freud», señala la mejor amiga intelectual de la heroína, con quien nadie de la película quiere tener sexo en absoluto porque siempre lleva un libro grueso debajo del brazo). Los hombres creen que las mujeres demasiado fáciles no valen nada, y solo se quieren casar con las que se reservan el sexo durante un montón de tiempo.

Nuestra heroína ve la solución a su problema delante de las narices. Lo único que tiene que hacer es fingir durante seis meses que es una de esas mujeres y, al mismo tiempo, guardar una estricta dieta en secreto. Cuando hayan pasado los seis meses ya estará en el peso ideal, y aún le gustará más a su héroe romántico después del tiempo y esfuerzo que ha tenido que dedicar a ello.

Este soberbio (léase ridículamente pésimo) plan funciona a las mil maravillas durante un tiempo, hasta que llega el desastre en forma de encuentro fortuito con un grupo de hombres en un bar, varios de los cuales han tenido encuentros en la oscuridad con nuestra ligeramente rellenita protagonista. Todos estos hombres empiezan a decir cosas que uno nunca diría en la realidad, pero que son necesarias para hacer avanzar nuestra trama de ficción: «Qué, chico, ¿te hace esperar? ¡Debe de haber cambiado bastante desde que nos la tiramos! No veía la hora de quitarnos los calzoncillos, te lo aseguro. ¡Ni siquiera me dejó terminarme la cerveza!» (el diálogo real es, sin duda, aún peor).

Maldita sea: ¡nuestra heroína queda al descubierto como una impostora! ¡Nuestro héroe romántico está perplejo! «¿Qué es lo que está pasando?», piensa él. Ella admite que le ha mentado, ya que no le queda otra opción, pero ¿acaso aprovecha esta excelente oportunidad para revelar la verdad a su desgraciado compañero? Pues no: lo que hace es inventarse una nueva y repugnante mentira. Finge que hace poco que ha dejado atrás una relación abusiva, e incluso soborna a uno de sus amigos masculinos (sí, sorprendentemente, ese mal bicho tiene amigos) para que interprete el papel de su agresiva expareja.

Este engaño también acaba por salir a la luz de la forma más desternillante y bochornosa posible, y el héroe romántico deja a la heroína por ser una terrible embustera con unos valores vergonzosos. En mi opinión, la película debía acabar en ese momento, pero obviamente Freddie Bausor no estaba de acuerdo, porque este es el verdadero final: baja autoestima y exceso de promiscuidad por parte de la heroína, pérdida de peso por culpa de la amargura y rescate final por parte de héroe compasivo que está dispuesto a darle otra oportunidad (está claro que, para algunos hombres, cualquier hazmerreír con una grave deficiencia ética supone una oportunidad de mejora). El giro inesperado —ja, ja— es que él dice que está demasiado delgada y se niega a desnudarla con deseo mientras no gane tres kilos como mínimo, aunque lo ideal serían seis. En la última escena aparecen los dos en un restaurante, y él le está metiendo a ella profiteroles en la boca de una forma que se supone que debemos percibir como romántica, pero que lo único que consigue es que las personas que no estén mal de la cabeza piensen en unirse a una organización terrorista por las oportunidades de huelga de hambre que puedan surgir.

La dieta sexual del futuro es la clase de película que mis padres no me dejarían ver en la vida. Y debo decir que, en este caso, comprendo sus razones, que es algo que no siempre me es posible. La verdad es que no me dejan ver casi ninguna película, y desperdician su

desaprobación en cualquier cosa que creen que es demasiado para adultos, demasiado violenta o potencialmente desagradable en algún sentido. ¡Y de su intolerancia musical, mejor ni hablar! No me dejan escuchar música pop ni rock. Creo que están sinceramente convencidos de que todas las flautas y todos los violines dejarán de existir de inmediato si alguno de sus adorados hijos pilla aunque solo sea una nota o dos de *El Factor X*.

Si alguna vez tengo hijos, les dejaré ver y escuchar lo que les dé la gana —a excepción de *La dieta sexual del futuro*, que con suerte ya habrá caído para entonces en el más absoluto olvido—. Es de justicia señalar que el telefilm tuvo bastante éxito cuando se emitió, mucho más que la mayor parte de los telefilms. Quedó primero en «cuota de pantalla del segmento», como al parecer dicen en el mundo de la televisión; y en ese mundo eso es como encontrar el santo grial, porque significa que lo vieron más personas que cualquier otro programa en el mismo segmento.

Volvamos a Ben Lourenço, a quien espero que no hayan olvidado. Ben interpretaba al amigo de la heroína que fingía ser su expareja violenta. Fue el papel por el que ganó el premio a Mejor Actor Secundario. Esto lo puso en el foco de atención del sector de los programas de televisión de forma contundente, por lo que quedó muy agradecido a Freddie Bausor, sin la cual se habría quedado con la condición de hoyuelo famoso, al que todos reconocen pero cuyo nombre no sabe nadie.

A la noche de la entrega de los premios BAFTA asistieron dos personajes bastante notables de una compañía televisiva denominada Factotum Productions, Donna Lodge y Justine Merrison. Donna era la directora gerente de la empresa, y Justine la jefa de desarrollo. Eso quería decir que ambas eran las responsables de generar ideas sobre qué programas y telefilms producir, y de decidir qué actores querían que formasen parte de esas ideas.

Donna Lodge echó una ojeada a Ben Lourenço y decidió que estaría perfecto en una serie dramática que estaban intentando poner en marcha. Al parecer, el desarrollo de esta serie había quedado más o menos interrumpido porque Donna y Justine no se ponían de acuerdo al respecto (mi fuente no pudo darme demasiada información sobre el proyecto, ya que aún no ha llegado a nuestras pantallas y quizá nunca lo haga).

Había empezado como algo con un concepto muy alto, tanto que Donna había terminado por pensar que quizá fuese demasiado alto, y el riesgo demasiado grande. No estaba segura de que los espectadores se lo llegasen a creer, o de que BBC, ITV o Sky lo comprasen. Donna estaba a favor de eliminar el «alto concepto» antes de vender la serie, lo que se traduciría en ofrecérselo a canales que tuviesen posibilidades de emitirlo. Justine no estaba de acuerdo. Su argumento era que, sin el alto concepto, la serie se quedaba sin contenido. Imagínense que venden la idea de James Bond, pero como es un espía tan asombroso y temerario, hacen que no sea espía y se pasee por la cocina, que es algo mucho más convincente, preparando tostadas o escuchando las noticias en la radio, pero siendo un personaje de profundidad, en lugar de tener que seguir una trama que representa un obstáculo para su desarrollo.

Cuando Donna Lodge vio a Ben Lourenço recoger el premio en los BAFTA, se inclinó hacia Justine con la copa de champán en la mano y le dijo «Ben Lourenço sería perfecto». En silencio, Justine pensó «¿Perfecto para qué? ¿Para el papel protagonista de una serie sobre un tipo que pierde el tiempo en nada?». Y aún peor, la ambientación y el título de la obra eran los mismos de la idea original que tanto gustaba a Justine, de manera que todo el mundo asociaba la localización de la trama con un sitio donde pasan muchas cosas extraordinarias, cosa que no iba a suceder esta vez y empeoraba aún más la situación. El título sugería conmoción, caos y redención, pero en el «tratamiento» (la sinopsis, en términos del ramo) se habían eliminado estos tres factores. Imaginen una película ambientada en la cárcel más famosa del mundo, titulada *Celdas de horror y esperanza*, en la que los internos están bastante satisfechos y actúan de forma civilizada y los guardias son sospechosamente benévolos y humanitarios; ¿están empezando a percibir las dimensiones del problema?

Por decirlo suavemente, Justine Merrison era pesimista; pero Donna Lodge era su jefa, y no

se le ocurría qué hacer. A la mayoría de las personas que habían tenido un choque con Donna no les había ido muy bien posteriormente en la industria televisiva, y Justine temía que eso no era una coincidencia. No quería dejar su trabajo, y no se le ocurría una forma de comentar con Donna su descontento que no implicase decirle a grandes voces que dejase de ser imbécil de una vez.

Ben Lourenço fue la primera buena idea de Donna Lodge en bastante tiempo, así que Justine dijo que sí, con la esperanza de que se tratase de una señal de que Donna había recuperado la cordura. El papel protagonista en esta serie sin dramatismo se le ofreció a Ben, y él lo aceptó, aunque solicitó humildemente si podía tener una cierta implicación en la evolución creativa de la idea. «¡Desde luego!» dijo Donna, meliflua.

Justine se quedó de piedra cuando Ben manifestó sus mismas inquietudes, prácticamente palabra por palabra. «Creo que necesitamos un gancho más intenso. Necesitamos llenar seis horas de programación, y creo que mi personaje tiene el potencial de ser interesante, pero necesita algo que le dé motivación. Lo ideal sería conseguir una buena historia tanto para el episodio semanal como para la trama global».

—Es una idea fantástica, Ben —respondió Donna, para sorpresa de Justine, que se aclaró la garganta y añadió—: Te refieres a algo como... —y pasó a describir la idea original de Donna y suya, el drama con concepto elevado, como si fuese totalmente nueva y se le acabase de ocurrir.

—¡Exacto! —dijo Ben—. ¡Es maravilloso! ¡Es justo a lo que me refería!

—Adelante con ello, entonces —dijo Donna, radiante—. Justine y yo pensábamos en algo parecido al principio, pero nos preocupaba que fuese demasiado arriesgado. Aunque, en realidad, lo que debemos intentar venderles es lo que nos despierta la pasión, no lo que creemos que quieren, ¿verdad?

—Cierto —dijo Ben.

—Cierto —dijo Justine.

Y en un abrir y cerrar de ojos, todo había vuelto a su cauce. Justine odiaba a Donna más que nunca, pero de una forma con la que sabía que iba a disfrutar y reírse, no de una forma triste y problemática. Lo principal era que la serie seguía adelante; la serie de verdad, la más ideal posible. O, más bien, los argumentos de venta seguían adelante. Nadie puede decir a qué darán el visto bueno los directivos de un canal.

Sin embargo, los argumentos de venta nunca llegaron a la bandeja de entrada del jefazo de ningún canal. ¿Que por qué? Por culpa de Freddii Bausor. O, más exactamente, por culpa de la enemiga de Freddii Bausor, la mujer que había estado casada con Fred Bausor, que era el nombre de Freddii antes de la operación. Esta excónyuge, una historiadora norteamericana llamada Carine Hartwell, que había dejado a Freddii después de la cirugía, se dirigió a la policía y declaró que Fred la había maltratado con frecuencia y la había sometido a todo tipo de vejaciones durante sus seis años de matrimonio. Varios de sus amigos más próximos dijeron que conocían esos abusos. Pero también otras personas que habían conocido a la pareja dijeron que aquello era absolutamente falso. Un amigo dijo que Freddii le había confesado una vez, entre lágrimas, que era violento y no podía evitarlo. Otro dijo que Carine Hartwell había afirmado varias veces que iba a acabar con Freddii aunque fuera lo último que hiciese. Otro declaró haberla oído urdir verbalmente un plan que implicaba fingir que Freddii era un maltratador y violador de su esposa. Finalmente, todo se redujo a la palabra de unos contra la de otros.

Con todos esos relatos contradictorios en el aire, la prensa y el público, que lo único que querían era tomar partido por uno de los dos lados y no sabían por cuál optar, se vieron obligados a mirar más allá de las palabras de unos y de otros, así que se fijaron en los trabajos de Freddii Bausor y Carine Hartwell, y lo que vieron es esto:

Freddii: series de detectives con asesinatos grotescos y psicópatas que fingen no haberlos cometido. Un telefilm sobre una mujer que cree que tres kilos de sobrepeso la convierten en incapaz de ser amada, y que miente sobre el hecho de haber tenido una pareja que la

maltrataba.

Carine: un volumen académico sobre los misioneros cristianos en Malasia.

Los grupos más interesados decidieron (léase «se autoengañaron por completo») que la comparativa de los trabajos de una y de otra era bastante concluyente. En la industria televisiva, muchos productores, actores y directores importantes hicieron saber que creían a pies juntillas a Carine y que nunca volverían a trabajar con Freddii ni a tomar parte en ninguna de sus producciones culturales. Esta parecía ser la opinión dominante. Famosas estrellas de la grande y la pequeña pantallas empezaron a enviarse unos a otros tuits con infográficos: interminables filas de hombrecillos grises y, juntos en una esquina dándose calor, dos hombrecillos rojos. Se suponía que los hombrecillos grises eran todos los hombres acusados de someter a las mujeres a actos incalificables, y los dos hombrecillos rojos representaban la minúscula minoría de hombres que habían sido acusados en falso.

En Internet se suscitaron acalorados debates sobre si era insultante o transfóbico aplicar un infográfico con hombres inocentes y culpables a Freddii, que nunca había sido un hombre salvo por su físico.

Carine Hartwell fue informada de que no había pruebas suficientes para procesar a Freddii, una noticia que fue recibida con una efusión de solidaridad hacia ella y una aún mayor de odio hacia Freddii, de quien se opinaba que había logrado quitarse el muerto de encima y a quien se detestaba aún con más intensidad que si hubiese sido hallado culpable de algo, aunque la hubiesen odiado con ganas en uno u otro caso. La malicia y el veneno que se movían fueron demasiado para Freddii que, después de todo, solo era una persona. Empezaron a calar en aquellas personas que hacían, en las salas de chat y en las redes sociales, comentarios del tipo «En realidad no sabemos con seguridad si Freddii hizo algo incorrecto», que eran recibidos con una marea de odio si los pecadores no los remataban con un «Aunque personalmente sospecho que sí lo hizo y me gustaría que se muriese». Los menos extremistas de estos comentaristas expresaban su deseo de estrangular a Freddii con una cuerda de piano al tiempo que reprendían a los que la llamaban «él» por su insensibilidad y su privilegiada cisfilia («cis» es una palabra relativamente nueva que significa «no trans». Tú, amable lector, probablemente seas cis).

Un día, Ben Lourenço ya no pudo más, y envió un tuit con el siguiente texto: «Por favor, dejad de retuitear *ese* infográfico. Ya lo he pillado, solo hay dos hombrecillos rojos. ¿Y si Freddii es uno de ellos?».

Las compuertas de la presa se abrieron de par en par y la causticidad empezó a fluir en forma de tuits abusivos y salvajes entradas de blog. Ben Lourenço sustituyó en el papel de Demonio Mayor del Reino a Freddii Bausor. La motivación era ciertamente racional: los hechos terribles de los que se acusaba a Freddii eran presuntos, mientras que Ben Lourenço había cometido de forma inequívoca dos tremendos errores: 1) había salido tácitamente en socorro del patriarcado violento al no condenar a un posible maltratador conyugal, y 2) había cambiado el género de Freddii, revelándose así como un detestable tránsfobo.

Ben explicó que no había querido insinuar que Freddii fuera un hombre; se había limitado a utilizar la metáfora «hombrecillo rojo» para decir «persona inocente singular y excepcional» y, si su uso del simbolismo de los hombrecillos era ofensivo, sin duda todas las personas que habían retuiteado el infográfico eran culpables del mismo crimen.

Las hordas incapaces siguieron sin apaciguarse.

Unos días después del inicio de esta controversia, Donna Lodge le dijo a Justine Merrison que ya no creía que Ben Lourenço fuese la elección adecuada para el papel del héroe de su incipiente serie televisiva. Justine se quedó pasmada. «Es un misógino, de eso no cabe duda —dijo Donna—. ¿Por qué si no iba a defender a Freddii si su actuación fue... digamos que dudosa?».

—Pero Freddii es mujer —señaló Justine.

—Sí, pero... no tanto como Carine Hartwell, seamos realistas —dijo Donna, con una

transmisógina pirueta. Y añadió, con una sonrisa—: No te preocupes. No voy a cambiar de opinión de nuevo acerca del concepto principal. Tú tenías razón.

—Y tú tenías razón al sugerir a Ben Lourenço —contraatacó Justine—. Y cometerías un grave error despidiéndolo, porque no ha hecho nada para merecerlo.

—Humm. —Donna fingió reflexionar—. Mira, lo que queremos es que nos aprueben esta serie, ¿no? ¿Crees que tener a Ben Lourenço de protagonista va a mejorar nuestras posibilidades o va a suponer un obstáculo?

—¿Crees que Ben ha hecho algo malo? —preguntó Justine.

—Sé que hay montones de personas que sí lo creen, y me preocupa lo que vaya a pensar el público —dijo Donna—. El público femenino, para ser exactos. Tenemos que ser pragmáticas. No nos conviene trabajar con alguien que se ha puesto en contra a la mitad de la industria. En serio, no queremos hacerlo.

—En realidad, yo sí quiero.

—Lástima. Ben ya no está. Se ha ido de la mesa.

—Entonces, ¿puedo irme yo también?

—¿Perdón?

—De la mesa —dijo Justine, poniéndose de pie.

En su interior, ya se había ido; había dejado de trabajar con Donna. De ahora en adelante trabajaba con Ben Lourenço, a pesar de que, probablemente, nunca se volverían a ver. No trabajaba con Ben en ningún proyecto televisivo ni nada parecido, sino en algo mucho más importante: seguir siendo racional en una situación de babeante idiotéz. Una advertencia: este trabajo no solo es frustrante, sino también mal pagado.

Después de enviar una serie de tuits apoyando a Ben Lourenço y animando a sus detractores a que se hiciesen cosas de mal gusto a sí mismos, Justine Merrison abandonó su oficina para no volver.

Donna Lodge pronto la sustituyó. También sustituyó a Ben Lourenço por otro protagonista cuyos tuits solían ir acompañados por la etiqueta #apoyoacarine, y también sustituyó el alto concepto de la serie putativa por nada porque, según Donna, no se necesita ningún concepto efectista si se tienen personajes complicados por los que preocuparse.

La serie se había aprobado y se iba a emitir en algún momento del año próximo.

—**M**amá, este es el desayuno más apetitoso que he comido nunca —dice Ellen, llenándose de nuevo la boca de huevos revueltos. Alex le lanza una mirada de sospecha, preguntándose quién será esta encantadora diplomática que les ha visitado y que se parece a su hija.

La luz que entra por la ventana crea un efecto dorado sobre la mesa de la cocina.

No le he dicho nada a Alex sobre el acuerdo entre Ellen y George —me cuesta llamarlo «compromiso»—. Las personas de catorce años no pueden estar comprometidas de verdad.

—Te lo digo en serio, mamá, eres la reina de los huevos revueltos. ¡Están más que deliciosos!

¿A partir de ahora, Ellen será siempre así? ¿Una copia del supereducado George? Me duele el corazón solo de pensarlo. Yo quiero que sea una adolescente normal. Sí, ya sé que nos tocarán unos años de «Qué injusta eres/Qué idiota eres/Siento vergüenza de ser tu hija», pero creo que no podría soportar la idea de una encantadora unidad Ellen+George animándome a jugar al Monopoly en el salón el resto de mi vida.

Quizá debería pedirle a Ellen que me dejase leer todo lo que ha escrito sobre los Ingrey para provocar una buena bronca. Hasta que la vi esta mañana, pensaba sacar el tema en cuanto pudiese; pero soy una cobarde, y reacia a hacer o decir cualquier cosa que atenúe el resplandor de su sonrisa.

Después de leer el espantosamente fiel relato de George sobre los motivos que me llevaron a abandonar mi carrera profesional en televisión y huir a Devon,

tengo una teoría: creo que ha acordado intercambiar información con Ellen. Cada uno de ellos le ha contado al otro una historia real que escribir. George ha escrito la correspondiente a mí y Ellen ha escrito acerca de la infancia de la madre de George. Supongo que para ellos era una manera de conocerse mejor, de estrechar los lazos.

Lisette Ingrey —madre de Urban, suegra de Ellen— es Anne Donbavand. Cuando el detective privado se ponga en contacto conmigo para comunicarme lo que ha descubierto, apuesto a que será precisamente eso. Puede que los nombres difieran —sigo sin creer lo de las tres hermanas llamadas Lisette, Allisande y Perrine—, pero la esencia es verdad. Anne Donbavand tenía una hermana más joven que asesinó a un chico y que fue asesinada a su vez.

«Pero si solo han cambiado los nombres...».

Recuerdo mi conversación con Ellen, después de leer las tres primeras páginas. Le pregunté por qué había utilizado como escenario nuestra propia casa, y ella me preguntó: «¿Crees que van a asesinar a Perrine Ingrey en mi dormitorio? Pues no, no te preocupes. No la matan ni en la casa, ni en los jardines».

«Pero a Malachy Dodd sí. Cae desde una gran altura y se rompe la cabeza en la terraza junto a la fuente».

¿Y si eso hubiese pasado de verdad, aquí, en Speedwell House? Nunca ha vivido aquí una familia llamada Ingrey, pero sí han vivido otras familias. Una de ellas podría haber sido —debió de ser— la familia de Anne Donbavand. ¿Por qué si no situaría Ellen su macabra historia en esta casa?

Si Malachy Dodd cayó desde la ventana de Ellen y se mató, eso podría explicar la extraña sensación que sentí en su habitación. ¿Pueden las tragedias dejar su huella en un lugar, una huella que es aún perceptible años después? ¿Qué significa entonces la sensación extraña y mucho más intensa que noté la primera vez que vi la casa de Olwen Brawn (que, por cierto, vendrá a visitarme más tarde)?

Ya no quiero vivir en Speedwell House. No quiero que Ellen duerma en el antiguo dormitorio de Perrine Ingrey, o como se llamase en realidad la niña asesina. Hago todo lo que puedo para tener la boca cerrada y no soltar todo esto en voz alta.

—¿Te encuentras bien, querida? —pregunta Alex.

Asiento. Es demasiado pronto para decir nada, y también para pedirle más enérgicamente a Ellen que me deje leer el relato. Primero tengo que saber que no

estoy equivocada. El detective al que contraté debería poder averiguar si la familia que vivía en Speedwell House en la década de 1980 tenía tres hijas, una de las cuales fue asesinada.

«Un secreto local a voces. No se lo digas a esos estúpidos londinenses; que compren la casa embrujada y así podremos reírnos de ellos a sus espaldas».

Suena el timbre, y sigue sonando. Alguien lo está apretando y no deja de hacerlo durante casi cinco segundos. *Figgy*, que dormía debajo de la mesa de la cocina, empieza a ladrar ferozmente y sale disparado hacia la puerta principal.

—Acoso mañanero —gruñe Alex mientras me levanto a ver quién es.

Antes de poder abrir la puerta tengo que atarle la correa a *Figgy*, si no quiero que se escape corriendo y no lo volvamos a ver. Tardo unos instantes, tiempo para que el timbre vuelva a sonar brevemente un par de veces.

En el umbral hay un policía de uniforme, de mediana edad, con el cuello escuálido, piernas delgadas como palos y abdomen grueso. Tiene la cara enrojecida por docenas de venas varicosas de color púrpura. Me recuerda una terrina de paté.

—Bueno, era cosa de cara o cruz qué iba a suceder primero, yo visitarla a usted o usted visitarme a mí. Está bien que haya ganado yo, todo eso que se ahorra. Ya estoy aquí. —Su acento de Devon es tan pronunciado que no parece posible. Se inclina y da unas palmaditas en la cabeza a *Figgy*—. ¡Hola, muchacho!

Figgy baja la cabeza y se escabulle, una reacción sensata cuando una persona irritante y extraña te trata como a un tambor.

—No sé de qué está hablando —contesto—. Si el agente Luce ha delegado mi problema en usted, dígame que opino que es inaceptable.

—¿Euan Luce?

—Sí. ¿Le ha enviado él, por lo de las llamadas telefónicas?

—Vaya, así que conoce a Euan. —Parece opinar que se trata de una agradable coincidencia. Imagínate: yo, una persona, conozco al agente Luce, otra persona que probablemente vive a menos de un kilómetro. ¿Quién lo habría pensado?—. ¿A qué llamadas se refiere, señora...? —Se gira y me muestra la oreja, como si yo estuviese intentando decirle mi nombre y él no me oyese.

—Si no ha venido por lo de las llamadas, entonces, ¿por qué ha venido?

—Por lo de los letreros —asiente como si hubiese dicho alguna cosa profunda y dibuja un cuadrado con los dedos.

—¿Qué letreros?

—¡«¿Qué letreros?», dice! Usted debería saberlo, porque tiene uno de ellos. Supongo que no ha salido aún esta mañana, siendo tan pronto. Si es tan amable de salir, le enseñaré de lo que hablo.

—Estoy descalza. ¿Podría explicarme a qué se refiere?

—No es necesario salir demasiado. Está aquí mismo —dice, señalando la pared delante de él, junto a la puerta principal. Debe de estar hablando de la placa de piedra en la que se lee el nombre de la casa. ¿De verdad quiere que salga a inspeccionarla? Sé perfectamente cómo se llama mi propia casa.

—Espere un momento —le contesto.

Ninguno de mis zapatos está cerca de la puerta. Las chancletas no sé ni dónde paran, aunque pensaba que anoche las había dejado aquí mismo. Mover calzado necesario a lugares de acceso imposible es la afición favorita de *Figgy*. Hay un par de botas de agua verdes de Alex. Me las pongo y salgo a una escena de perfección que ni siquiera la presencia del policía puede estropear: la hierba empapada de rocío que baja hasta las hileras de frondosos árboles, el fantástico sol del invierno, el sonido de los remos apartando el agua, el olor del mar.

Durante un momento olvido por qué estoy aquí fuera con el policía. Luego lo recuerdo, me doy la vuelta y miro el letrero. Encima de las palabras «Speedwell House», alguien ha pegado una... cosa de plástico brillante. No sabría cómo llamarlo. Un adhesivo, supongo, grande y cuadrado. El fondo es violeta y las letras, de color turquesa, dicen *Tide Glider*, y cubre por completo el nombre de la casa.

—Será mejor que lo despegue —advierde el policía—. El suyo es el único en este lado del río, por lo que sabemos, pero los hay en el lado de Dartmouth. Casas en las barcas, barcas en las casas. Imagine que su perro se pierde y alguien lee su medallita plateada para ver a dónde puede devolverlo; no querrá que lo lleven a una de las barcas del muelle, ¿verdad? Yo que usted lo despegaría ahora mismo.

Puede que este hombre posea numerosos talentos, pero hacerse entender con palabras no es uno de ellos.

—¿Podría hacer el favor de decirme de qué está hablando de forma que yo lo entienda? *Tide Glider* es... el nombre de una embarcación, supongo.

—Eso es. Anoche, mientras usted y yo echábamos un sueñecito, alguien estaba despierto liando las cosas. Debían de tenerlo bien pensado, porque hasta ahora he visto como treinta de esos grandes adhesivos de plástico, y eso lleva su tiempo. Los he visto en casas y en embarcaciones, oh sí. ¡Cambiados! Nombres

de casas en todas las embarcaciones del muelle esta mañana, y los letreros tapaban los verdaderos nombres de los barcos, incluido el suyo, *Tide Glider*.

—Yo no tengo ninguna embarcación llamada *Tide Glider* —le digo con los dientes apretados—. Ni la he tenido, ni he navegado en ella ni he oído hablar de ella. No sabía nada de ese nombre hasta que lo he leído hace un momento.

—No quería decir eso —contesta, mirándome con los ojos muy abiertos—. Lo que digo es que hay barcos por todo el muelle con los nombres tapados con adhesivos con nombres de casas: *The Old Forge*, *Lilac Cottage*, *The Laburnums*... *Speedwell House* es uno de ellos, y por eso he venido. Además, hay unas cuantas casas, los nombres que he mencionado y algunas otras, con nombres de barco pegados en sus letreros: *Oh, Buoy!*, *Watersprite*, *Wave Weaver*. El periódico local le va a dedicar un artículo. Creo que el fotógrafo está haciendo fotos de los barcos en el muelle. Si quiere posar al lado de su nuevo letrero, haga una llamada al periódico.

Rasco el adhesivo de *Tide Glider* con las uñas, pero soy incapaz de despegar siquiera una de las esquinas. El policía intenta ayudarme y acaba por obstaculizar mis dedos. Le quito las manos del medio y él se encoge de hombros, como diciendo «Hay quien nunca está contento».

—A ver si lo he entendido: ¿me está diciendo en serio que, durante la noche, alguien ha salido con un montón de estos adhesivos de tamaño industrial y ha puesto nombres de embarcaciones en las casas y nombres de casas en las embarcaciones? ¿Y que todos esos nombres corresponden a casas y embarcaciones reales, que no son inventados?

—Así es, son todos reales. Y sí, eso es exactamente lo que ha pasado. Lo que no podría decirle es por qué. Siempre hay gente que hace bromas pesadas por pura diversión, ¿no? Supongo que no habrá oído nada durante la noche; porque alguien tuvo que venir a pegar el adhesivo en algún momento, claro.

Su nombre aparece en mi cabeza, es la respuesta obvia: Anne Donbavand. En el exterior de mi casa a las dos de la madrugada, sus dedos repugnantes alisando el adhesivo...

—Podría ser algo más que una broma —le digo al policía.

—Ah, ¿sí?

—Alguien pretende crear confusión sobre qué casa y qué barco es cuál.

—¿Y por qué iban a querer hacer una cosa así?

«Porque es una persona trastornada».

¿Verdad que hay una historia bíblica sobre casas marcadas para no sé qué

ataque? Me estremezco de pensarlo.

—Puede ser una buena idea construir un muro más alto e instalar cámaras de seguridad —comenta el policía mientras mira hacia la parte de arriba de la casa—. Tal como está ahora, cualquiera podría saltar a su jardín y merodear durante la madrugada, planeando qué daños puede hacer. Nunca he entendido este ansia de la gente rica por vivir a millas de distancia de otras personas, rodeados por sus terrenos pero sin nadie a quien recurrir si necesitan ayuda enseguida. Yo, desde luego, no me sentiría muy seguro viviendo aquí, sin ánimo de ofender. No me sentiría seguro en absoluto.

—¡Esto es tan bonito que es casi ofensivo! —afirma Olwen, un poco más tarde—. Lo que de verdad necesita, aquí mismo donde estoy yo, es una hamaca o un sillón bien cómodo. *Figgy*, eres un cachorrito muy afortunado. Siempre supe que lo serías.

Su entusiasmo contribuye a disolver el nudo de recelo que me ha provocado el policía de la cara de terrina, con el que sigo enfadada. ¿Qué clase de persona es capaz de decir «Yo, desde luego, no me sentiría muy seguro viviendo aquí» para luego regresar corriendo a su propio refugio seguro?

—Si fueses una *trepa* social —dice Olwen— podrías fastidiar a la gente en las fiestas señalando «No solo soy propietaria de una mansión: puedo ver el tejado desde mis propias tierras. ¡Puedo contemplar mis tejas siempre que me dé la gana!».

—Sí, bueno... cualquier cosa antes que contemplar los extractos de cuentas de mi hipoteca —contesto, no sea que piense que soy una especie de ricachona consentida.

De todos modos, tiene razón: desde el punto más alto del jardín se puede ver la casa desde arriba. Ya lo sabía, pero ha sido el comentario de Olwen el que me ha hecho tomar conciencia de la singularidad del hecho.

—¿De manera que crees que esa familia Ingrey vivía aquí? —pregunta. Le he contado toda la historia, o al menos la versión más completa disponible en este momento.

—Posiblemente; aunque, si vivían aquí, no se llamaban Ingrey.

—Es extraño que el apellido no cambie de una generación a la siguiente. Me refiero al árbol genealógico. Si Lisette Ingrey se casó con ese tal Grevel, ¿por qué tanto ella como sus hijos se siguieron llamando Ingrey?

—Pues claro. —Dejo de caminar—. ¿Cómo no me había dado cuenta? Me pregunto si los Donbavand hicieron lo mismo: elegir como apellido de la familia el de soltera de Anne, no el de Stephen. En tal caso, eso se sumaría a las pruebas circunstanciales de que las dos familias, los Donbavand y los Ingrey, son en realidad la misma. Debería llamar a Ops y pedirle que lo averigüe.

—¿Ops? —pregunta Olwen.

—Sí, el detective que he contratado. No se llama así, pero su dirección de correo electrónico empieza por «Ops». Supongo que viene de «Operaciones».

—Ya veo. Justine, no quisiera ponerme quisquillosa, pero «se sumaría a las pruebas circunstanciales» no creo que sea del todo correcto. ¿Seguro que existe alguna prueba circunstancial? Lo que quiero decir es que sí, la historia de Ellen podría tratar de la madre de George y su familia, y la mujer que le ha llamado Sandie por teléfono podría ser Anne, la profesora, cuya hermana podría ser Allisande Ingrey en la historia. Pero ¿no es igualmente probable que nada de eso sea verdad?

No es esto lo que yo quisiera oír.

—Los humanos —dice Olwen— son animales que buscan patrones. Tu teoría abarca pulcramente todos los acontecimientos extraños que han sucedido y los combina, pero hay otras posibilidades mucho menos satisfactorias que son igualmente probables.

—¿Por ejemplo?

—Que las llamadas maliciosas no estén relacionadas con George Donbavand. Que la persona que llama tenga problemas mentales que le provoquen confusión; de ahí que, aunque sabe que tú eres Justine, cuando su dosis de medicación es demasiado alta, o demasiado baja, confunde tu nombre con el de su perro labrador *retriever* dorado, *Sandie*. ¿Sabe cuántos labradores se llaman así? ¡Me pone frenética!

—Claro, ¿por qué no le pondrá todo el mundo a su perro un nombre normal, como *Stood a Lonely Cattle Shed*? —respondo yo, y esquivo el puñetazo de broma que me lanza Olwen.

—Quizás el miedo y la paranoia de la madre de George no tengan nada que ver con las llamadas —prosigue—. También es posible que George haya decidido escribir una historia sobre ti sin haberle contado la historia de su madre a Ellen.

—Sí, y es posible que Ellen esté tan obsesionada con esta historia, mucho más de lo que lo ha estado con ninguna otra tarea que le hayan encargado antes

en la escuela, por algún motivo que no tenga relación con George, pero creo que ahora ya estamos invadiendo el reino de la falta de verosimilitud.

—No es falta de verosimilitud, sino falta de patrones. Son dos cosas distintas.

—Anne Donbavand sacó a George de la escuela debido a su amistad con Ellen. Casi al mismo tiempo dieron comienzo las llamadas amenazantes. Si veo un patrón es porque lo hay. Es un hecho, no una interpretación.

Olwen me mira como si pensase «a ver cómo le digo yo esto».

—No es por disculparla, pero si, de la emoción, George compartió sus futuros planes de matrimonio antes de que Ellen lo hiciese contigo... Bueno, quizá no justificaría sacarlo de la escuela, pero no me sorprendería que una madre reaccionase de manera exagerada ante una situación tan fuera de lo común.

—Eso es cierto. —Y yo tampoco me lo había planteado.

—Ya puestos a hacer sugerencias, se me ocurre otra, si estás interesada en ella.

—Adelante con la sugerencia.

—Has pagado un montón de dinero a ese tal Ops, y esperemos que te pueda ser de ayuda, pero mientras tanto no estás haciendo lo que te sería más útil hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Conectar con Ellen. —Olwen levanta la mano. Casi espero que me ordene que me siente—. Digamos que tienes razón y que tu historia es la historia de la familia de George, una historia traumática. No es sorprendente que ella se resista a sus intentos de invasión de lo que tu hija percibe como la esfera privada de George y suya. Y sin embargo, parece que tú necesitas leer lo que ella ha escrito.

—Es una tarea para la escuela. Si la va a leer su profesor, ¿por qué no yo?

—Justine, no tienes que convencerme a mí. A veces, los hijos son demasiado susceptibles a los intentos de sus padres por forzar la situación. Los cachorros actúan de forma parecida con sus propietarios, más o menos en el mismo momento de su crecimiento. Entre los ocho y los doce meses (su adolescencia, en cierto sentido) hacen valer su independencia de todas las formas posibles, a menudo inoportunas. Aquello que antes hacían para complacerte, de pronto dejan de hacerlo. La fase pasa, claro, pero...

—Ellen no es un terrier de Bedlington, Olwen.

—Lo sé, pero, de todos modos... Yo intentaría aproximarme a ella en términos de igualdad, no de madre a hija. ¿Hay algo que no le hayas dicho desde

que empezaron todos estos hechos inusuales?

Me gustaría poder decir que no, pero no sería verdad. Hay cosas que podría compartir con Ellen, pero no he querido hacerlo: la razón por la que veo tan poco a papá y a Julia, o por qué odio los árboles genealógicos.

—Sea lo que sea lo que te esté pasando ahora por la cabeza, compártelo con Ellen. Confía en ella. Cuando hayas dado ese paso podrás pedirle que sea justa y te deje leer el relato que está escribiendo. No actúes como si tuvieses una especie de derecho divino; haz que sienta que tiene la oportunidad de elegir.

—De acuerdo, mujer-sabia-de-los-perros —contesto en tono cómicamente dolido—. Voy a poner a prueba tu consejo. Si funciona, mereces que te concedan la medalla Crufts de la diplomacia familiar.

Mientras la pronuncio, me quedo pensando en la palabra «medalla». Pasa algo con ella. ¿Dónde la he oído recientemente? «Vamos, cerebro...».

—El policía —murmuro.

—¿Cuál de ellos? —dice Olwen—. ¿No eran tres?

—Esta mañana ha mencionado la chapa de *Figgy*. La ha llamado «medallita plateada». En su momento no le he dado importancia.

—¿Esta? Estate quieto un segundo, *Figgy*. Aquí, en el collar. —Olwen se inclina para examinarla más de cerca—. Vaya, la dirección está equivocada. ¿Se la encargó a su marido? Normalmente, las mujeres no se olvidan de dónde viven.

—No. Alex no haría grabar un medallón para *Figgy* ni lo pondría en el collar sin enseñármelo a mí y a Ellen, eso desde luego.

Voy dando un giro lentamente, fijándome en un grupo de árboles tras otro. Desde que lo traje, *Figgy* ha pasado por todos ellos, y algunos son lo bastante densos como para que una persona se pueda esconder.

—Vaya, pues algún idiota ha puesto en el disco una dirección equivocada —dice Olwen, y se aparta para que pueda acercarme yo.

Cuando leo las palabras grabadas, me cubro la boca con la mano. En una de las caras dice «Perrito»; en la otra «¿Quieres que esté a salvo? Llévame a casa: 19 Lassington Road, Muswell Hill, Londres, N10».

—Es nuestra antigua dirección.

—Supongo que es un error fácil de cometer si vas en piloto automático —dice Olwen sin demasiada convicción.

—No se trata de ningún error. —Levanto a *Figgy* y lo abrazo. Está temblando como una hoja, pobrecito. Entonces me doy cuenta de que tiembla porque yo tiemblo—. Es una amenaza. De Lisette Ingrey, es decir, Anne

Donbavand.

Son las 5 de la madrugada. Me ha sido imposible conciliar el sueño, y el siguiente paso que debo dar es evidente: enviar otro correo electrónico al «padre monitor». Stephen Donbavand; solo que esta vez tendré que ser más sutil.

La otra vez que le escribí le dije con toda sinceridad quién era y qué quería. ¿Quizá se sintió tentado a hablar y Anne se lo prohibió? ¿Está de acuerdo con ella, o se limita a hacer lo que ella dice por miedo?

Tengo que averiguar algo más sobre él. Espero que no tenga inconveniente en encontrarse conmigo, o más bien con la persona que voy a fingir ser en el correo electrónico.

«Estimado Stephen Donbavand» escribo, sosteniendo entre las rodillas el extremo de la correa de *Figgy*. Cuando Olwen comprendió lo que significaba el texto grabado en la chapa, me suplicó que le dejase llevárselo con ella por su propia seguridad —la del perro.

Debí haberle dicho que sí, era lo más razonable, pero fui incapaz de hacerlo. No podía soportar la idea. Le prometí a Olwen que Alex y yo tendríamos sujeto a *Figgy* de la correa siempre que saliésemos. Incluso he ido más allá. Aquí estoy, en la biblioteca de casa, con la correa en la mano por si...

«No pienses en ello siquiera».

Cuando subí a darle las buenas noches a Ellen, abrí la puertecita de color verde menta junto a la cama, rogando por no ver unos pies alejándose rápidamente.

—¿Qué estás buscando?

—Pensaba que había oído a papá —mentí.

«Estaba buscando a Lisette Ingrey».

Tengo en el bolsillo el disco plateado con «Perrito» grabado en una cara y la amenaza de Anne Donbavand en la otra, a punto para dejarlo caer mañana en el escritorio del agente Euan Luce.

«Concéntrate, Justine».

Borro «Estimado Stephen Donbavand» y lo cambio por «Estimado doctor Donbavand».

Ya sé que debe de ser usted una persona muy ocupada, pero me pregunto si no le importaría, cuando le venga mejor, charlar diez minutos conmigo para comentar la posibilidad de ser mi

director de tesis. Estoy evaluando la posibilidad de hacer mi doctorado en Exeter, y mi principal tema de interés es similar a algunas de sus investigaciones. Me inclino hacia el análisis microeconómico de la competencia en los mercados *online*, pero me encantaría poder tener un cambio de impresiones al respecto con usted. ¿Sería posible que nos encontrásemos durante los próximos días? Estoy pasando un tiempo con unos parientes en Exeter, así que ahora sería un momento excelente para mí. Espero noticias tuyas. Con mis mejores deseos, Julia Vowles.

Utilizo el nombre de pila de mi madrastra y el apellido de un detective de una serie de televisión en la que trabajé mucho y que nunca salió adelante.

Pulso Enviar. Como aún no tengo ganas de irme a dormir, busco otra vez por Internet los nombres que ya he buscado más de una vez. Naturalmente, obtengo los mismos resultados. Maldigo en voz baja: mi problema es que me falta imaginación. Debería probar alguna cosa distinta.

Lo intento con «Ingrey anagramas», «Perrine Ingrey anagrama», «Anne Donbavand antes llamada». Nada. Con «Perrito» obtengo muchos resultados, todos ellos irrelevantes.

De pronto se me ocurre escribir «*Tide Glider*» en el cuadro de búsqueda y pulsar Intro. Hago clic en el primero de los resultados porque contiene la palabra «Totnes», aunque sin muchas esperanzas. Al abrirse la página contengo el aliento, sin atreverme a dar rienda suelta a mis pensamientos hasta no haber ampliado la imagen.

Dios mío. El parecido es innegable. Agarro con fuerza el costado del escritorio mientras la correa de *Figgy* se escapa de entre mis rodillas. *Figgy* se queda allí mismo, mirándome, como diciendo: «¿Lo ves? Puedes confiar en mí, me quedo en el sitio por voluntad propia».

Tengo ante mí un artículo de 2011 del periódico *Totnes Times* acerca de una artista local, Sarah Parsons, cuyo cuadro *Anne, Tide Glider* ganó un premio de arte también local. Se trata de un retrato de una mujer de una edad parecida a la mía. El texto bajo la fotografía dice que esta es la obra favorita de Sarah debido a su valor sentimental, y está encantada y emocionada de haber recibido este prestigioso premio. La mujer que aparece en el cuadro es su hermana Anne, de la que se ha distanciado. No hay ninguna explicación sobre lo de «*Tide Glider*».

Esos rasgos (la frente amplia, los grandes ojos gris-azul con el iris como un cilindro hueco)... La mujer del retrato tiene el rostro de George Donbavand.

«Fuera de mi casa, puerca». Cierro la tapa del ordenador para expulsarla y me encuentro mirando los paneles de madera de la pared de la biblioteca. Podría estar escondida detrás de uno de ellos.

Tengo que salir de aquí; necesito aire fresco.

Recojo del suelo la correa de *Figgy* y le doy un tirón hacia la puerta.

—Vamos, *Figgs*; seguro que necesitas ir al baño. Bueno, a la hierba. —
Parece que está de acuerdo, porque sale corriendo hacia la puerta principal.

Giro la llave, abro la puerta tan silenciosamente como puedo y salgo al fresco que huele a noche profunda.

—No es... —empiezo a decirle a *Figgy*, pero inmediatamente me caigo y entro en la pura oscuridad, dejando las palabras suspendidas en el aire.

Capítulo 10

¿Sabes qué? ¿Sabes qué? ¿Sabes qué? Me da igual.

A la mañana siguiente, las cancelas de Speedwell House se abrieron y se quedaron abiertas por primera vez en siglos. Esperábamos invitados: la policía, los Dodd, los Sennitt-Sasse, los Careless, la mujer y los hijos de Jack Kirbyshire y los padres de David Butcher.

Bascom y Sorrel Ingrey habían preparado un inmenso desayuno: tostadas con mermelada, empanadillas de gambas al vapor, fruta fresca, jamón de Parma y finas lonchas de queso holandés. Para beber había té, café o zumo de naranja recién exprimido. Bascom estaba agotado; se había pasado toda la noche despierto, exprimiendo naranjas. Sorrel estaba durmiendo; uno de sus principios, que no rompía nunca, era que debía dormir nueve horas todas las noches.

A Lisette y Allisande, el festín que habían preparado en la cocina les parecía innecesariamente elaborado.

—¿A qué viene todo esto? —decían sin parar—. Hoy no es el cumpleaños de nadie. Es un día horrible. La comida es demasiado buena.

—Todos necesitamos comer —explicó Sorrel—. No puedes invitar a alguien a tu casa a estas horas de la mañana sin darle de desayunar, y ya puestos, mejor que sea un buen desayuno. Ahora, id a sentaros en el salón, chicas; estáis estorbando.

Lisette y Allisande fueron al salón y Bascom les llevó el desayuno mientras Sorrel trasteaba y decía palabrotas en la cocina. Odiaba el estrés y el follón de recibir visitas.

Los invitados se sirvieron bebida y un plato de comida y se reunieron en el salón (sin embargo, de camino al salón hubo mucho movimiento en el amplio vestíbulo georgiano y mucho paseo por otras habitaciones para echar una mirada por la célebre casa, que había estado mucho tiempo cerrada y provocaba el interés de todos los que vivían en los alrededores. Durante al menos media hora, todo el mundo mariposeó por la casa, explorando. Lo digo porque este dato será importante más adelante).

Finalmente, todos vieron momentáneamente satisfecha su curiosidad y acabaron por acudir al salón (aparte de los agentes de policía que habían venido a llevarse de la biblioteca el cuerpo de David Butcher y que ya se habían ido). Solo la policía y los Ingrey sabían qué era lo que estaba a punto de suceder. Los rostros de los Dodd y de los Kirbyshire mostraban su perplejidad por estar en Speedwell House, y se preguntaban qué era lo que hacían allí.

Cuando ya todos hubieron terminado de comer y cargado energía para la terrible experiencia que se avecinaba, Sorrel se puso en pie y habló.

—Muchas gracias a todos por venir. Estos caballeros son policías; dentro de un momento se dirigirán al piso de arriba y arrestarán a mi hija menor, Perrine, por tres asesinatos: los de Malachy Dodd, Jack Kirbyshire y David Butcher.

La habitación se llenó de gritos ahogados y exclamaciones.

—¡Ya era hora! —exclamó la señora Dodd con tono maligno.

Sorrel continuó:

—Nosotros, la familia de Perrine, siempre hemos sospechado que era una asesina, a pesar de que ella lo ha negado con vehemencia. Pero una madre sabe cuándo hay algo torcido en la mente o en el corazón de su hijo, y yo siempre lo he sabido de Perrine, incluso antes de que asesinase a Malachy Dodd. Cuando él murió, y cuando lo hizo Jack Kirbyshire, supe que la culpable era Perrine, pero no podía demostrarlo. No tuve pruebas hasta que la vi apuñalar a David Butcher.

—Todos fuimos testigos del apuñalamiento —añadió Bascom—. También yo, Lisette y Allisande.

—Podríamos haber llamado a la policía directamente —dijo Sorrel—, pero queríamos que estuvierais todos aquí. Somos conscientes de que todos nos veis como los protectores de Perrine, y es cierto que lo hemos sido. Nos hemos recluso a fin de mantenerla segura. Proteger a tu propia familia es un impulso natural.

—Es un poco tarde para algunos de nosotros, ¿no? —replicó la señora Dodd con amargura.

—¿Por qué no se calla la boca? —dijo la madre de David Butcher, volviéndose y sorprendiendo a todo el mundo—. Creo que ya hemos oído bastante de usted. ¿Sabe usted quién era mi hijo?

—Déjalo correr, querida —susurró su marido.

Pero la señora Butcher no estaba dispuesta a dejarlo correr.

—¡Había estudiado órgano en el King's College de Cambridge! ¡Tenía un brillante futuro por delante!

—¿Y qué? —contestó la señora Dodd, con la voz trémula—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué la vida de mi Malachy no importa?

—Vamos a dejarlo —dijo la viuda de Jack Kirbyshire—. No juguemos al juego de la jerarquía de las víctimas.

Cuando alguien dice una palabra como «jerarquía» en un entorno cotidiano, a menudo el resultado es que todos suponen inmediatamente que esa persona tiene razón en todo, porque conoce una palabra larga, y eso es lo que sucedió aquí. Los Dodd y los Butcher se callaron.

—¿Qué va a suceder ahora? —preguntó Henrietta Sennitt-Sasse, frotándose las manos de la emoción—. ¿Van a arrestar a Perrine delante de todos nosotros? ¿Irá a la cárcel para toda la vida?

—*Pas devant les enfants!* —gritó la madre de Henrietta, pero no sirvió de nada.

El comentario de Henrietta puede inducir a pensar que era una mala persona y que se deleitaba con la idea de que un individuo sufriese una interminable sentencia de prisión, pero esto no es así. Lo que pasaba es que Henrietta había ansiado toda la vida conocer los chismorreos de los adultos, y esta era la primera conversación adulta de la que había formado parte.

Uno de los policías se puso en pie:

—Es abrumadoramente probable que Perrine reciba una pena de cárcel, así es. Pero no es probable que sea de cadena perpetua. Recuerden que es solo una niña, y que la ley intenta rehabilitar a los criminales jóvenes siempre que sea posible.

—¿Puedo hacer una pregunta? —La viuda de Jack Kirbyshire se puso de pie—. Al parecer, Perrine ha cometido tres asesinatos, pero solo uno de ellos tiene testigos. ¿Significa eso que podría ser condenada únicamente por un asesinato, el de David Butcher?

—¡Eso no puede suceder! —La señora Dodd se levantó de un salto—. ¡Eso sería un ultraje!

¡Quiero que cumpla sentencia por Malachy, no por otro asesinato cualquiera!

—Si la información que nos ha dado la señora Ingrey, aquí presente, es correcta, es bastante probable que sea así —dijo el policía—. Si no hay forma posible de que Malachy pudiera haber caído al vacío de forma accidental...

—No la hay —intervino Sorrel Ingrey—. Lo llevo diciendo desde el día en que murió. El centro de gravedad de Malachy estaba demasiado bajo para que pudiese caerse por esa ventana. No pudo suceder.

—¡Y no sucedió! —exclamó la señora Dodd, con el rostro congestionado.

La señora Butcher murmuró algo en voz baja.

—¿Y tú qué dices ahora, mala pécora? —preguntó la señora Dodd.

La señora Butcher movió la cabeza. Había decidido no decir lo que le pasaba por la cabeza, pero no se pudo contener:

—¿Es que no tienes ni un poco de vergüenza? —le preguntó a la señora Dodd—. ¿No te sientes ni siquiera un poquito violenta por la cantidad de protagonismo que te estás atribuyendo hoy?

La señora Dodd respondió con una sarta de obscenidades tan espeluznante que casi todos los asistentes se ruborizaron, y la señora Sennitt-Sasse chilló «*Pas devant les enfants!*» más fuerte que nunca.

—Señoras, hagan el favor —intervino el policía—. Estas discusiones no llevan a ninguna parte. Para responder a la pregunta de la señora Kirbyshire... —Hizo una pausa y sonrió ostensiblemente como elogiando a la señora Kirbyshire por portarse mejor que la señora Dodd y la señora Butcher—. Siento mucho decirle esto, pero nos es muy difícil fundamentar estas acusaciones de asesinato; lo más probable es que Perrine se libre de pagar por el asesinato de Jack. Estaba en un andamio cuando lo empujó, así que en realidad es posible que se cayese, aunque todos sabemos que no fue así.

—Mientras ese monstruo perverso cumpla unos cuantos años especialmente por Malachy... —dijo la señora Dodd con decisión—. Años especiales por Malachy. Un buen montón.

En ese momento, Lisette Ingrey se puso en pie y se aclaró la garganta.

—Un momento. Todos estamos hablando como si supiésemos que es culpable.

—¡Pero usted lo sabe! —dijo el policía, con mirada perpleja—. ¿Acaso no la vio apuñalar a David Butcher?

En ese momento, Lisette se dio cuenta de que nunca debió decir que mentiría. Sus padres y Allisande la miraban con expresión entre furiosa y asustada de que dijese algo como «En realidad no vi a mi hermana apuñalar a David Butcher. Me lo inventé».

No podía hacerles esa faena.

—Sí, fui testigo del apuñalamiento de David Butcher por parte de mi hermana Perrine. Sé con toda seguridad que es culpable de ese asesinato. Sin embargo, acerca de las muertes de Malachy Dodd y Jack Kirbyshire no puedo estar segura. Lo único que puedo decir, yo y cualquiera, es que tengo la firme sospecha de que Perrine los mató a los dos, y eso es todo lo que cualquiera puede decir. —Y añadió, volviéndose hacia el policía—: No puede afirmar que Jack Kirbyshire no se cayese. Se supone que es usted un agente imparcial de la ley.

—Tiene razón —repuso el policía, intensamente ruborizado—. Supongo que es tan extraño que toda la familia de una persona me diga que esta persona es una asesina que he supuesto que debía de ser verdad.

—Es verdad —dijo Sorrel.

—¡Aunque lo sea, él no debería decirlo! —protestó Lisette—. Sus criterios para aceptar una prueba deberían ser más elevados. Perrine merece un juicio justo, por malvada que creamos que sea. ¡Podríamos estar equivocados!

—Tiene usted razón, señorita —dijo el policía—. Y ahora, si todo el mundo ha terminado ya de desayunar, subiré a arrestar a la joven Perrine para ponernos en marcha lo antes posible con

ese juicio justo que todos aceptamos que debe tener.

Mientras el policía salía de la habitación seguido por Bascom y Sorrel Ingrey, la señora Dodd gritó:

—¡Yo no creo que merezca un juicio justo! Creo que la tienen que cuelgar y descuartizar en público.

—¡Es colgar, idiota analfabeta! —dijo la señora Butcher, y la señora Dodd contraatacó con una crítica feroz de la señora Butcher, cargada de obscenidades.

A continuación, la señora Butcher hizo algo que sorprendió a todos: se acercó al lugar en el que se sentaba la señora Dodd, le puso el rostro justo delante del suyo y canturreó «¿Sabes qué? ¿Sabes qué? ¿Sabes qué? Que me da igual» (con un ritmo parecido al de Eminem rapeando «*My name is... my name is... my name is... Slim Shady*»).

Toda esa agresividad e insultos pusieron histérica a la señora Sennitt-Sasse, que empezó a canturrear frenéticamente «*Pas devant, pas devant, pas devant...*». como si fuese también un rapero blanco. La confusión era tan grande que, al principio, nadie se dio cuenta de que Sorrel, con el rostro pálido y temblorosa, había vuelto al salón, seguida de cerca por Bascom y el policía.

—¿Mamá? —dijo Allisande, corriendo junto a su madre—. ¿Qué pasa?

—Es Perrine —tartamudeó Sorrel—. ¡No está! No está en su habitación. Ha desaparecido.

—Entonces, señor Colley, vamos a ver si lo he entendido bien: lo despertaron los ladridos de su perro y le pareció que podían venir de fuera. Salió a investigar y vio un gran hoyo excavado en el césped, justo delante de su casa, y su esposa se había caído en él.

—Así es —dijo Alex.

Todas las mañanas tienen que empezar con la policía; es una nueva ley. Hoy es el agente Euan Luce de nuevo, de pie en el rincón del salón, sosteniendo su cuaderno de notas a cuarenta y cinco grados, como si aspirase a convertirse en un atril humano.

Al saber que venía, Alex y Ellen se han vestido. Yo sigo en pijama, bata y chancletas, de acuerdo con mi norma de no vestirme de verdad antes de la hora de comer.

Respiro profundamente unas cuantas veces para sobreponerme a las oleadas de ira que me recorren el cuerpo. Luce ha dicho «gran hoyo» varias veces, y no «tumba», que es lo que le dije yo.

—¿Y no ha visto a nadie? ¿Está seguro?

—No, pero estaba muy oscuro y no me fijé. Mi única preocupación era sacar a Justine de ese... pozo y calmar a *Figgy*, que estaba hecho un basilisco.

—Yo estaba dormida —dice Ellen.

—No es un pozo, ni un hoyo, sino una tumba —aclaro yo—. Me prometió tres de ellas, ¿recuerda? Esta es la primera.

—No necesariamente —opina Luce—. El... hueco en el que ha caído no tiene forma de ataúd.

Es como si alguien te golpease en la cara con un calcetín lleno de estupidez.

—¿Lo dice en serio? ¿Ha ido alguna vez a un funeral?

—A varios.

—¿Y a un entierro?

El rostro de Luce se tensa.

—¿No? Pues confíe en mí, porque yo sí que he estado en uno. La única cosa que tiene forma de ataúd en un entierro es el puto ataúd.

—Justine —murmura Alex.

—No me cabe duda de que el agente Luce ha oído cosas peores, Alex. Diré las palabrotas que me dé la gana, e invito a todos los demás a intentar que no me dé la gana. ¿Qué os parece? ¡Un juego para toda la familia!

—De acuerdo, ya he captado lo de la forma de las tumbas —dice Luce.

—¿Qué hay sobre lo de localizar las llamadas? —pregunto.

—Está siendo más difícil de lo que pensábamos. La persona que está implicada en el acoso telefónico ha tomado medidas para cubrir sus huellas; aunque no todo son malas noticias. Usted cree que la última llamada fue a la línea fija, la que contestó su marido, ¿es así? ¿En la que finalmente la persona que llamaba no habló?

—Exacto —contesta Alex.

—Muy bien, pues. Es un movimiento en la dirección correcta, del antagonismo y las amenazas directas al silencio, de llamadas largas a una corta. Esperemos que el sonido de su voz haya desanimado a esa mujer, señor Colley.

No puedo creer lo que oigo. ¿Y se puede saber por qué Alex asiente?

—Un momento —intervengo—. La mujer, y vamos a dejarnos de timideces y a llamarla por su nombre, Anne Donbavand, no se ha desanimado. ¡Por eso vino en mitad de la noche y cavó una tumba en mi jardín! ¿Le parece que eso es la acción de una persona desalentada?

—Creo que el agente Luce quiere decir que es posible que la persona que ha cavado el agujero sea otra. En ese caso, puede que la persona que llama se haya asustado, al menos de momento, al oírme a mí en lugar de a ti.

—Por Dios, ¿en serio crees que dos personas distintas...?

—Señora Merrison, ¿ha dicho «Anne Donbavand»?

—Sí. No me diga que la conoce.

—¿La esposa de Steve Donbavand?

—Sí —digo, con un suspiro.

—Conozco bien a Steve. Formamos parte de un grupo que organiza actos

cómicos de beneficencia para recaudar dinero para diversas causas. Realmente dudo que su mujer, que es profesora de universidad, haya destrozado nunca la propiedad de nadie o hecho llamadas amenazantes. Steve es uno de los hombres más agradables que he conocido en mi vida.

—Por supuesto —respondo, mirando al techo—. Todos los monstruos necesitan un compinche débil y simpático para conspirar con ellos.

—Por favor, quítese de la cabeza la idea de que la persona que llama es Anne Donbavand —dice el agente Luce con firmeza—. Confíe en mí: no lo es.

—¿Por qué? ¿Por qué es usted compañero de su marido? ¿Habla ella tal como le describí la última vez? ¿Con algo parecido a un ceceo?

—No he intercambiado con ella nada más que un par de saludos, así que no le sabría decir. Lo más probable es que la persona que llama sea alguien que la conoce y que siente alguna especie de resentimiento o rencor...

—Ya le he dicho que no es así, ¿lo recuerda?

Luce me mira inexpresivamente.

—Comprendo que le resulte difícil de creer —me explico—. Usted ha visto las mismas películas que yo, en las que una figura amenazante surgida del pasado de una persona llama por teléfono y dice «Soy yo». La persona que llama conoce un secreto terrible acerca de la heroína, ¿verdad? No es un buen argumento si la heroína se limita a decir «Lo siento, no tengo ni idea de quién eres. ¡Adiós!». No conozco a mi comunicante anónima —inspiro profundamente—, pero creo que sé su nombre: profesora Anne Donbavand. No, no estoy segura al cien por cien. Usted cree que me equivoco, así que, ¿qué le parece si apostamos? Cinco mil.

—Justine, por Dios. —Alex se cubre el rostro con las manos.

—Cállate, papá —dice Ellen—. Pero cinco mil es mucho dinero. Mil.

—Tenemos que salir de este punto del diálogo —dice el agente Luce mientras consulta el reloj—. Tendría que estar en otro lugar ya hace diez minutos.

—Oh, vaya, siento haberlo retenido durante tanto tiempo. La próxima vez intentaré caerme en una tumba coincidiendo con un periodo en el que usted tenga menos cosas que hacer.

—¿Va a investigar lo que sucedió aquí anoche? —pregunta Alex—. Quiero decir que, con tumba o sin ella, alguien entró en nuestra propiedad sin permiso y se pasó varias horas cavando en el césped.

—Voy a ser honrado con usted, señor Colley. Echaremos una ojeada, desde

luego; pero, a esa hora de la noche, con la oscuridad y sin testigos, tendremos suerte si encontramos algo.

—Mejorarán sus posibilidades si miran en casa de los Donbavand. Es probable que encuentren una pala con barro en la mesa de la cocina. Pero no deje que eso le haga cambiar de opinión: ¡es profesora, así que, incluso con una pala con barro tiene que ser inocente!

—Su actitud no sirve de ayuda —dice el agente Luce.

—Me ayuda a mí.

—Si está inquieta, quédense en casa de unos amigos durante un tiempo; pero, en mi opinión, el riesgo no es tan grande como se imagina.

—Y el medallón de *Figgy*, ¿qué? Alguien que no somos nosotros encargó que lo hicieran. Esa misma persona se lo puso en el collar. ¿Es ese otro ejemplo de voz anónima desanimada?

—Como les acabo de decir, ¿por qué no se marchan una temporada?

—Y luego, ¿qué? ¿Cuándo podríamos volver?

Si nos vamos, el acoso se interrumpirá y la policía dejará de investigar, suponiendo que hayan siquiera empezado a hacerlo. Sin embargo, por mucho tiempo que pasáramos lejos de aquí, la campaña maliciosa daría comienzo de nuevo en cuanto cruzásemos el umbral de Speedwell House.

No. De ningún modo voy a dejar que alguien me eche de mi casa.

—¿Van a interrogar a Anne y Stephen Donbavand? —le pregunto a Luce—. ¿Seguirán tratando de localizar las llamadas?

Me aseguro de no mirarlo mientras hablo. Quiero que se dé cuenta de que ya no le tengo ninguna confianza, que solo pregunto para acentuar su incapacidad.

—Sí a lo último que ha dicho. Si realmente quiere que hable con Steve y su mujer, lo haré, pero...

—Pues sí. Y quiero que les diga que no estoy dispuesta a soportar sus estupideces indefinidamente. Voy a defenderme, y lo que voy a hacer no les va a gustar en absoluto.

—Voy a hacer como que no he oído lo que ha dicho —dice Luce, frunciendo el ceño—. Amenazar no es aconsejable, y eso ha sonado precisamente a amenaza.

—¿De verdad? Genial. Su trabajo es asegurarse de que los Donbavand crean que lo digo realmente en serio.

Ops, que no tiene ni idea de que mi familia y yo le llamamos así, me llama al móvil al mediodía.

—¿Justine? ¿Es usted? Apenas la oigo.

—Sí, soy yo.

—¿Prefiere que la vuelva a llamar cuando esté en alguna parte menos ruidosa?

—No, por favor... —No puedo decir «Por favor, hable conmigo ahora», que sonaría demasiado desesperado—. Un momento, voy a cruzar la calle, así me alejaré del ruido de la playa.

Estoy en el paseo marítimo de Torquay con *Figgy*. Busqué por Internet y encontré una página que parecía bastante sensata en la que decía que no iba a pasar nada malo si se paseaba a un cachorro antes de la segunda tanda de vacunas mientras no entrase en contacto con otros perros.

Decidí creerlo. Necesitaba —necesito— estar en algún lugar abarrotado de gente, no oculta del resto del mundo por una pantalla de árboles que impida ver si me pasa algo. Y *Figgy* está más seguro aquí que en casa.

Alex y Ellen se han ido al cine; tampoco tenían ganas de quedarse en Speedwell House, mirando por la ventana hacia la tumba del jardín.

No podemos seguir así, no podemos irnos a la cama cada noche preguntándonos si al despertarnos nos encontraremos con una segunda tumba en el jardín, y luego una tercera. Ops no tiene ni idea de lo mucho que necesito su ayuda. «Por favor, por favor, que encuentre algo que me sea útil».

—¿Me oye mejor ahora? —le pregunto después de cruzar la calle y meterme en el portal de una tienda.

—Sí, un poco mejor. Me temo que lo que le voy a decir es un poco incómodo.

—¿En qué sentido?

—No es lo que está esperando escuchar.

—No estoy muy segura de lo que espero. —Cierro los ojos y me cubro el oído libre con la mano. No quiero que los cientos de rostros y voces me distraigan. ¿Torquay está siempre así? Es como el centro de Londres, salvo que aquí la gente es molesta de una forma totalmente distinta.

Si Ops ha encontrado algo que me sirva de ayuda —ayuda de verdad—, pasaré por alto la respuesta de Stephen Donbavand que he recibido esta mañana diciendo que estaría encantado de reunirse con mi *alter ego*, la lumbrera de la economía. No pienso ir a verlo bajo falsas apariencias.

—De acuerdo, ahí va la primera —empieza Ops—. Nada de Bascom y Sorrel Ingrey, ni de sus hijos ni de sus nietos. Ni el más mínimo rastro de esos nombres que me dio ni de su familia. A menos que hayan eliminado todas las pruebas de su existencia, cosa poco probable si no estás en el programa de protección de testigos... Incluso si la policía está implicada en la ocultación de una identidad, suele haber pistas que seguir, si se sabe dónde buscarlas. Llevo treinta años en este negocio. ¿Quiere que le dé una opinión sincera? Está buscando una familia que no existe. ¿No dijo que supo de estos Ingrey por un relato? Yo creo que son personajes de ficción.

«O son reales pero no los ha podido encontrar porque Ellen cambió sus nombres para camuflar una historia real como si fuese invención suya».

—Vamos con los Donbavand —dice Ops—. Le alegrará saber que sí existen. Stephen Donbavand, nacido en 1968 en Edimburgo. Hijo único. Padre farmacéutico, madre instructora de baile...

—Un momento. ¿Cuál era su nombre?

—¿El nombre de quién?

—El de Stephen Donbavand. ¿Cómo se llamaba cuando nació?

—Como era de esperar, se llamaba Stephen Donbavand.

—No, eso no es lo que era de esperar. —Mi corazón palpita mientras intento descifrar qué significa. ¿Es que Ops se ha olvidado de lo que le dije?—. Recuerde que Lesley Griffiths, la directora de la escuela de mi hija, me explicó que los Donbavand se habían cambiado el nombre.

—Porque alguien los estaba buscando, ¿es eso? Según los datos de los que dispongo, eso es algo que pondría en duda. No hay nada que indique que ni Stephen ni su mujer Anne hiciesen nada que crease ese nivel de malevolencia, ni que se cambiasen de identidad. Sus vidas están bien documentadas y no hay controversia alguna en ellas. Él tuvo una crianza de lo más normal en Edimburgo, fue a la Universidad de Durham y se doctoró en Leeds, donde tuvo después su primer empleo.

Ops contiene el bostezo que se apreciaba en su voz después de la última frase. Después de tres décadas, averiguar la verdad sobre las personas debe de ser ya un trabajo aburrido.

—Se fue de Leeds cuatro años después para unirse al departamento de Economía de Exeter, en donde sigue. Su mujer nació en Totnes. Su nombre de soltera es Anne Offord, escrito O-F-F-O-R-D. Una hermana, de nombre Sarah. Sus padres Martin y Denise. Siguen en Totnes, donde tienen un negocio de

diseño de cocinas que gestionan entre los dos. Él se encarga de los trabajos de construcción e instalaciones y ella, del diseño y la contabilidad. Anne fue una estudiante brillante; fue alumna de Saint John's, Oxford, y luego de Pembroke, Cambridge, para el posgrado. Su primer empleo fue en Leeds, donde conoció a su marido; luego se fue a Exeter; se fueron juntos, al mismo tiempo. Consiguió la plaza de profesora titular hace tres años. Dos hijos, Fleur y George, de diecisiete y catorce años respectivamente.

—Cuénteme lo que sepa de su hermana.

—Estaba casada con un tal Gregory Parsons, del que luego se divorció.

«Sarah Parsons, la artista. Con una hermana de la que se ha distanciado, Anne».

—Es pintora. Aunque, al parecer, Anne no tiene mucho contacto con su familia. La cosa no va más allá de la Navidad y de felicitaciones de cumpleaños.

—Una hermana viva. ¿Alguna que haya muerto?

—¿Cree que lo esencial de la historia de su hija podría ser verdad, pero que ha alterado los nombres? Siento volver a decepcionarla: Anne Donbavand, de soltera Offord, solo ha tenido una hermana.

—¿Pero ha...?

—Deje que me explique —dice con aire de cansancio—. Sí, después de recibir su último mensaje, consulté la historia de Speedwell House, cerca de Kingswear. No hay ningún asesinato ni muerte inesperada asociada con ella durante los últimos doscientos años, ni tampoco con ninguna de las familias que han vivido en ella. Hice una comprobación exhaustiva para ver si los Offord habían adoptado a Anne cuando era un bebé, pensando que eso podría llevarme hacia otra familia en la que sí hubiese un asesino, pero fue un callejón sin salida: Anne no fue adoptada. ¿Hasta qué punto se fía de esa directora?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Bueno, es ella la que le ha contado lo del cambio de nombre de la familia Donbavand y la que le ha dicho que estaban ocultándose, ¿no? Después de investigar sobre ello, me huele mal. Como le he dicho, los pasados de Anne y Stephen Donbavand parecen convencionales y anodinos.

Pienso en la palabra «distanciado»; implica una desavenencia, algo más drástico que un alejamiento gradual.

—Las personas que cubren tan bien su rastro no suelen aparecer en el refugio seguro de su elección para inmediatamente empezar a parlotear con los maestros de la escuela local acerca de sus nuevas identidades y de la terrible amenaza de

la que han logrado huir. Eso no encaja.

«Mierda. Mierda, mierda, mierda». Y ahora, ¿qué debo parecer yo?

—Tengo la dirección de correo electrónico profesional de Anne Donbavand. ¿Cree que podría entrar en su cuenta?

Si lo que Lesley me dijo es verdad, es de suponer que en la cuenta haya mensajes sobre sacar a George y Fleur de Beaconwood. A menos que Anne tenga una cuenta de correo distinta para la correspondencia no profesional.

—Podría hacerlo —dice Ops con una risita—, pero sería ilegal, y tanto usted como yo podríamos acabar en la cárcel.

Es lo mismo que me dijo la última vez que le hablé de pirateo. Esperaba que mi creciente desesperación me hiciese merecedora de una respuesta distinta, pero al parecer no es así. Esto es ridículo. ¿Qué es, un detective privado o un ratón?

—Comprendo que no quiera correr ese riesgo, pero yo sí estoy preparada para correrlo. ¿Es también ilegal que me explique cómo hacerlo?

—Escúcheme, Justine: no le conviene tomar el camino de quebrantar las leyes. He visto hacerlo a clientes míos, después de aconsejarles que no lo hiciesen, y siempre acaba mal.

Tengo ganas de preguntarle «Pero ¿acaba?». Lo único que quiero es poder dejar de vivir en vilo. De algún modo sé que los Ingrey son reales; solo tengo que descubrir cómo.

«Y también quieres seguridad para ti y tu familia, ¿recuerdas?».

—¿Y qué hay de Malachy Dodd?

—Ah, sí —dice Ops, vergonzoso—. Debo admitir que aún no me he puesto con eso. Voy a intentar encajarlo mañana. Ya que estoy en ello, ¿quiere que eche una mirada a la directora? No le cobraré de más.

—¿Lesley Griffiths? ¿Cree que podría...?

—Creo que podría estar llenándole la cabeza de trolas, sí. No le resulta nuevo, ¿no? Le dijo que George Donbavand nunca había estado en la escuela y luego admitió que sí.

—Sí, pero sus razones eran bastante persuasivas. Yo la creí.

—No me cabe duda de que fue convincente, pero eso nunca pasa, ¿verdad?

—¿Qué es lo que no pasa?

—Directoras de escuela que dicen que alumnos a los que llevan años dando clase son producto de la imaginación de otras personas. Directoras de escuela que fingen expulsar a chicos para facilitar que sus padres se los lleven de la

escuela.

«Pero Lachlan Fisher confirmó toda la historia».

—¿Quiere que le diga lo que pienso yo? Que ha cambiado de mentira, pero sigue mintiendo.

—No lo creo —contesto.

Tengo ganas de sentarme en el suelo y cerrar los ojos. ¿Tendré que volver a meter a Lesley en la lista de personas que no son de fiar? ¿Y también a Lachlan Fisher? Cuando me dio el relato de George y le dije que el de Ellen iba de asesinatos, puso cara de asombro y se marchó. Me pregunto si tuvo la misma idea que yo después de leer el relato de George: que George y Ellen se habían intercambiado sus historias familiares.

¿Lachlan se asustó porque el secreto de los Donbavand, el secreto que habían ocultado a todo el mundo en Beaconwood, tenía que ver con asesinatos?

—Lo que George me contó acerca de sus padres se ajustaba a lo que me había explicado la directora —le dije a Ops.

—Dijo que él le contó que eran excesivamente estrictos. ¿Hizo mención de que estuviesen huyendo de una vida anterior?

—No. —Debo de parecer ingenua y despistada.

—¿Justine?

—¿Sí?

—No cometa el error de pensar que, si algo suena inverosímil, debe ser cierto. Eso es lo que se llama el síndrome de «Nadie puede haberse inventado una cosa así». No hay nada que sea lo bastante excéntrico y estafalario como para que nadie sea capaz de inventárselo.

—¿Puedo hacerle una pregunta que tiene más que ver con la psicología que con los hechos objetivos?

—Adelante.

—¿Hasta dónde puede uno fiarse de sus instintos sobre las personas? Me refiero a que, si conozco a alguien y me da la sensación de que es buena gente y fiable, ¿es algo de lo que puede uno fiarse?

—Si no hay nada sólido que argumentar en contra, desde luego. Si todo parece correcto, uno confía en la persona. Si no, sería imposible vivir. Para empezar, nadie se casaría. El dilema se plantea cuando se empiezan a percibir detalles que no encajan en el esquema global, cosas que no hay forma de cuadrar. Personalmente, a pesar de que nunca he conocido a esta persona, no me cuadra con una directora de escuela sensata y de fiar.

—Tiene razón —contesto con un suspiro—. Debo mantener la mente abierta.

Después de todo, ¿quién les encargó a Ellen y George que escribieran las historias? Craig Goodrick y Lachlan Fisher: profesores de Beaconwood. ¿Y si les pidieron específicamente que fueran historias sobre secretos de familia? ¿Y si lo hicieron por encargo de Lesley?

«Y eso, ¿qué podría querer decir?». Tengo tantas sospechas que estoy empezando a perderme.

—Luego le enviaré un correo electrónico con una lista de nombres, tanto profesores de Beaconwood como la propia directora. No me importa pagar un poco más si le voy a dar más trabajo, pero me gustaría que les diese una ojeada a todos ellos.

Generalmente no hay forma de evitar volver a casa en un momento u otro, por mucho que a uno le dé pavor la idea. Retrasé el regreso tanto como pude, pero *Figgy* se cansó de pasear calle arriba y calle abajo por las cuestas de Torquay en medio de la lluvia, de modo que se tumbó en el suelo y se negó a moverse. Al final tuve que llevarlo en brazos al coche; cuando llegué, sudaba a chorros.

Ahora estoy sumergida en la bañera, tomando un baño de espuma aromatizada al muguete, con los ojos cerrados, preguntándome si el agente Luce habrá hablado con Stephen Donbavand. «Hola, Steve. No conocerás a una mujer de nombre Justine Merrison, ¿verdad? ¿Una que tiene una hija que va a Beaconwood? No debería decirte esto pero, en confianza, afirma que tú y Anne estáis intentando hacer que se vaya de Devon».

—¿Mamá? —Ellen aparece en la puerta—. Uf, ¿se puede saber cuánto gel de baño has puesto en la bañera? ¿Toda la botella?

—Mucho —respondo con descaro—. Los baños de espuma deben ser como tartas de merengue de limón. Las burbujas son el merengue, que tiene que ser tan espeso como...

—En realidad me da igual. —Ellen hace un gesto con la mano para que me calle—. Solo venía para decirte que he buscado por Internet a Vita Sackville-West.

—Ah. ¿Y?

—Su matrimonio no fue exactamente el que George y yo queremos, aunque más o menos sí.

—Oh. —No quiero hablar de esto ahora, pero lo que se dice nada de nada. De hecho, ni ahora ni nunca. Lo que quiero es que desaparezca.

—Se llama matrimonio de orientación mixta.

—De acuerdo. Tiene sentido. El, supongo que no le has dicho nada de esto a papá, ¿verdad?

—Lo siento; no quería hacerlo hoy. Solo quería ver una película y comportarme como una adolescente normal.

Asiento; espero que no con exceso de intensidad. «Sí, sí, sé normal».

—De todos modos, me estaba preguntando... ¿Conoces algún ejemplo de personas famosas muertas cuyas futuras suegras las odiaban ya tanto con catorce años que cavaron una tumba para ellas? ¿En su propio jardín?

Me río. Ellen sonrío.

—No, la verdad es que no.

—Genial. Es una extraña forma de ser única.

—Ellen, no tengo la completa seguridad de que la persona que ha destrozado nuestro jardín sea la madre de George. Podría no ser ella.

—Eso no es lo que le has dicho al agente Luce esta mañana, Por cierto, tienes pompas de jabón en la barbilla; parece una barba de Santa Claus.

—Ya lo sé; lo de Luce, no lo de la barba. —Me limpio la barbilla y me incorporo un poco—. Es extraño. A veces siento que tengo pruebas de sobra de que Anne Donbavand me la tiene jurada; en otras ocasiones, en cambio, me da la impresión de que no tengo nada concreto. Hay algo con lo que tú podrías ayudarme mucho, Ellen.

—¿Preguntárselo a George? Lo haré la próxima vez que lo vea, pero Dios sabe cuándo será eso. Aún no me ha enviado la señal, y probablemente no pueda hacerlo durante mucho tiempo. Pero sé lo que diría: «Mi madre es capaz de eso y de más. Está loca de remate». Siempre lo dice.

«¿Más pruebas? ¿O ninguna prueba aún?».

—¿Me dejarás leer tu historia sobre los Ingrey?

—No. ¿Por qué quieres leerla?

—Creo que ya sabes por qué. —Y, teniendo presente el consejo de Olwen, añadido—: Siento haber sido demasiado enérgica la primera vez que te pedí leerla. Fue por el árbol genealógico; me sentó muy mal. Tengo una especie de fobia por los árboles genealógicos.

—¿Y cómo es eso?

Estoy empezando a tener calor en la bañera. Salgo de ella y me envuelvo con

la gran toalla verde colgada en la barra de las toallas.

—¿Recuerdas que el otro día me preguntaste por qué no veíamos más al abuelo y a Julia?

—Sí.

Ellen me sigue por el pasillo hacia mi dormitorio. *Figgy* está sentado en la cama, mordisqueando un clip metálico de cabello.

—Tú deberías estar con Alex, con la correa puesta. ¿Se puede saber dónde está y por qué no te ha llevado con él? —Y dirigiéndome a Ellen—: ¿Crees que debería llamar «Alex» a papá cuando hablo con *Figgy*, o... algún nombre distinto?

—¿Como qué? —Me mira con expresión de sospecha, entrecerrando los ojos—. ¿Papá? ¿Papi?

—No. —Me ruborizo.

—¡Sí! —Me señala con un dedo acusador—. ¡Eso es exactamente lo que estabas pensando! ¡Es repugnante! ¡Papá no es el padre de *Figgy*!

Quizá consulte a Olwen acerca de esto, para tener una segunda opinión de una persona experta.

—Has cambiado de tema. Se supone que debías contarme por qué odias los árboles genealógicos y por qué nunca vemos al abuelo y a Julia.

—No es que no los veamos nunca. Los vemos de vez en cuando.

—Mamá, deja de... procrastinar.

—Creo que quieres decir prevaricar. —Sea la palabra que sea, lo cierto es que tiene razón.

Me siento en la cama. ¿Por qué será tan difícil?

—¿Sabes que algunas personas sienten fobia a sus parientes? Se llama singenesofobia. Me lo dijo George; él la padece.

—¿Hay un nombre específico para la fobia a los parientes de George? Porque creo que eso es lo que yo padezco. —Sonrío.

—Mamá, cuéntame qué pasa con el abuelo y Julia.

Si se lo voy a acabar contando, no tiene sentido aplazarlo por más tiempo.

—Cuando yo tenía más o menos tu edad, Julia me regaló un árbol genealógico. No me refiero a un boceto rápido en un pedazo de papel. En aquella época le gustaba la genealogía y la historia de las familias, así que hizo una investigación exhaustiva y, después de retroceder varias generaciones, le encargó a un artista que convirtiese la información en un verdadero árbol genealógico para mí. Era enorme, y muy hermoso. Solo había un problema.

—¿Cuál?

Es fácil hacer que suene banal, porque no se produjo ningún gran drama, ningún conflicto manifiesto.

—Julia pensó que no sería apropiado empezar a investigar sobre los padres, abuelos o bisabuelos de mi madre. Hacía un año que el abuelo había dejado a mi madre por Julia, y Julia fue lo bastante razonable para pensar que a mamá, que aún estaba desconsolada, le disgustaría que Julia se pusiese en contacto con ella y la incordiasse pidiéndole detalles de sus antepasados. Así que en el árbol genealógico no había nadie de la familia de mamá. Solo ella, como primera esposa de papá, pero era como si no hubiese tenido padres. Había quedado reducida a un pequeño recuadro junto al abuelo.

—¿Julia se incluyó a sí misma en el árbol genealógico como segunda esposa del abuelo? —pregunta Ellen.

—Sí. Pero no pasa nada, es lo que esperaba que hiciese. Solo que también incluyó a varias generaciones de su familia.

—¿Cómo? —El rostro de Ellen muestra repugnancia—. ¿Me tomas el pelo? ¿Julia puso a sus bisabuelos en un árbol genealógico que hizo para ti?

Asiento.

—¿Quieres decir que hizo eso siendo consciente de que tú eres la hija de la mujer a quien le robó el marido, y además dejó a los antepasados de esa mujer fuera del árbol genealógico?

—Sí.

Debería decir que Julia no robó el marido a nadie, que mi padre se fue con ella por su propia voluntad; pero la verdad es que pareció un robo.

—Eso es ofensivo —dijo Ellen.

—Odié ese árbol genealógico desde el mismo momento de verlo. Mi madre tenía apenas asignado un espacio minúsculo y aislado, rodeada por docenas de antepasados de Julia. A Julia no se le pasó por la cabeza que, aunque mamá no le importase a ella, a mí sí me importaba, y que podía sentirme disgustada por aquella representación visual de su insignificancia.

—Nunca debió hacer ese árbol genealógico, ni regalártelo. Es la desfachatez de, después de romper una familia, elaborar una ilustración de ello y regalársela a la hija de la propia familia que has roto.

Ellen me ha dejado impresionada; ella también es capaz de ver el problema. Muchos años después intenté hablarlo con mi padre, que se limitó a mover la cabeza, asqueado por lo que él percibía como ingratitud por mi parte.

—Cuando mamá murió, años más tarde, culpé a Julia y al árbol genealógico. Mamá vio el árbol; Julia y papá, el abuelo, quiero decir, me lo dieron delante de ella. En su propia casa, de hecho, durante un día de Navidad en el que todos intentábamos pasarlo lo mejor posible juntos. Mamá trató de que no se notase, pero yo me di cuenta de que estaba destrozada. Creo que ahí se inició su cáncer, aunque, como tantas otras cosas, no puedo demostrarlo. Y ya sé que probablemente no sea verdad, es solo que... —Me encojo de hombros—. En todo caso, este era el motivo por el que el árbol genealógico de tu historia me hizo sentir rara.

—Muy bien —dice Ellen con la voz cargada de malicia—. Ahora odio a Julia, y me alegro de que apenas nos veamos.

—Y yo, hija —digo también, aunque sé que es lo contrario de lo que debería decir—. El abuelo tampoco está libre de culpa: debería habérselo impedido y decirle que me comprase otra cosa, un libro o así. Idiota. Pero no puedes odiarlo porque es tu abuelo.

—Claro que puedes odiar a personas que tienen relación familiar directa contigo —me informa Ellen—. George odia a su madre. Dice que se sentiría muy feliz si se muriese.

—¿En serio?

Ellen asiente.

—Dice que nunca pierde la ocasión de hacerle la vida imposible. Tampoco es que piense matarla ni nada por el estilo, pero sí tiene la esperanza de que se muera joven. Que no se haga muy vieja, quiero decir. No le entristecería en absoluto.

—Ellen, escúchame, esto es importante. La madre de George... creo que podría ser una mujer peligrosa...

—George también lo cree.

—... y creo que tu historia sobre los Ingrey podría ser, en cierto modo, la suya propia. Si lo es, es urgente que la lea. Necesito conocer toda la información que tengas sobre Anne Donbavand.

—¿Por qué? —Ellen aparta la mirada.

—Para mantenernos a salvo a todos.

—No veo cómo esa información podría ayudarte a mantenernos a salvo.

—Entonces, tu historia es sobre la infancia de la madre de George, ¿verdad?

Ellen se muerde el labio inferior.

—Te diré lo que creo: creo que tú me lo querías decir, pero no puedes

porque se lo has prometido a George, y lo entiendo. Si te vas a casar con él, tu lealtad ha de ser hacia él en primer lugar.

«¿Estaré yendo demasiado lejos?».

—Quizá si no te lo dijese literalmente... —dice Ellen, titubeante.

—Eso es —contesto con entusiasmo—. Puedes simplemente dejarme leer la historia.

—No, no puedo hacerlo.

«Maldita sea».

—¿Por qué no, El?

—Por el mismo motivo por el que tú estás tan ansiosa por leerla. Si utilizas algo de lo que digo... —dice, llorosa.

¿Utilizarlo para hacer qué? Eso es justo lo que he estado buscando, ¿no? Pruebas. Si no es una historia real, ¿cómo voy a poder utilizarla para hacer daño a nadie?

—Hazme una pregunta que pueda responder sin responderla —musita Ellen, como si decirlo sin que se oiga sea lo mismo que no decirlo.

—De acuerdo. A menos que me digas aquí y ahora que estoy equivocada, voy a asumir que la historia que estás escribiendo sobre los Ingrey habla de Anne Donbavand. Perrine es su hermana menor. Anne es Lisette Ingrey. George te habló sobre su infancia. Si no me contradices, supondré que estás confirmándome que tengo razón.

—¿Hola? —Alex me llama por las escaleras—. Justine, ¿está *Figgy* arriba contigo?

—¡Sí, papá, y no lleva la correa! —contesta Ellen a gritos.

—Joder. Digo, ¡maldita sea! Cinco libras a la hucha de las palabrotas. No, que sean cincuenta, porque no dejo de repetirlo. La correa está aún enganchada al arnés, debe de haberse escurrido de él. Es demasiado grande, necesitamos una talla más pequeña.

—Te lo dije. Compraste uno para perros medianos.

—Era el único que tenían en *Chorradas para mascotas*. —Así es como Alex cree que debería llamarse el supermercado de accesorios para mascotas, y lo menciona siempre que tiene ocasión.

—Hola, *Figgs*, especie de Houdini —dice, entrando en el dormitorio—. ¿Dónde está El?

No me he dado cuenta de que ha salido.

—Estaba aquí hace un momento.

—¡Estoy en mi cuarto! —grita, antes de cerrar de un portazo.

—¡Sí! —le digo a Alex.

—Sí, ¿qué?

—Yo tenía razón. Anne Donbavand es Lisette Ingrey.

Tengo que agarrarme a este dato y no dejar sitio para la duda. Lo que acaba de suceder —que Ellen se vaya de la habitación sin decir una palabra— es bastante definitivo.

Pero entonces, ¿por qué Ops no ha podido encontrar ni una sola pista de una hermana asesinada? ¿Es que ha cometido algún error? ¿Acaso no es cierto que Anne creció en un hogar normal, con sus padres y una hermana menor?

Los Offord. Y Sarah Parsons.

Si quiero estar del todo segura, tengo que hablar con ellos.

Capítulo 11

El misterio de la casa abierta

Todas las personas reunidas en el salón de Speedwell House escuchaban casi sin atreverse a respirar mientras el policía que había subido con Bascom y Sorrel explicaba lo que había sucedido desde su punto de vista. Había subido por las escaleras él primero; Bascom y Sorrel le seguían. Al llegar a la puerta del cuarto de Perrine, el policía había extendido la mano para que Sorrel le pasase la llave.

—Tenga cuidado. Puede que Perrine vaya a por usted.

—Bueno, creo que puedo defenderme de una chica adolescente —respondió el policía.

Giró la llave de la puerta y entró en la habitación.

—¿Dónde está? —preguntó—. Si es una broma, no tiene ninguna gracia.

Al oír esto, Bascom y Sorrel se precipitaron al interior del dormitorio de su hija más joven. Perrine no estaba allí; y, lo que era mucho más raro, su cama tampoco.

—Debe de estar escondida —dijo Bascom.

—¿Dónde? —repuso Sorrel—. No hay un armario ropero, solo una cómoda con cajones demasiado pequeños como para que Perrine se meta en ellos.

Bascom, Sorrel y el policía buscaron por la habitación, pero ni Perrine, ni su cama, estaban por ninguna parte.

—¿Y la puertecita verde de la pared? —preguntó el policía—. ¿Podría haber...?

—No —dijo Sorrel—. Eso seguro. Ábrala y compruebe si puede salir. Verá que no es posible. Hemos colocado un ropero de caoba muy pesado por el otro lado.

—Pero... ha tenido que irse por allí —dijo Bascom, con perplejidad en la voz—. La única otra salida de la habitación es la puerta principal, que, como ha podido ver, estaba cerrada con llave.

—La ventana también estaba cerrada con llave —dijo Sorrel, que no hacía más que darse la vuelta rápidamente, como si esperase que alguna cosa peligrosa le saltase encima—. Tiene que estar aún en la habitación, pero ¿dónde? No puede estar escondida debajo de la cama, porque ¡no hay cama!

—Vamos a mantener la calma mientras no hayamos comprobado todas las posibilidades —dijo el policía—. Creo que su marido tiene razón, señora Ingrey: parece que la puertecita verde es la única posibilidad. Apuesto a que, si la abro, me encontraré con la parte de atrás del ropero que ha mencionado con un agujero de gran tamaño en él, lo bastante grande como para que Perrine haya podido escaparse.

Abrió la puerta y comprobó de inmediato que se equivocaba. A través de la abertura de la puerta solo se veía madera maciza e intacta; nada de agujeros.

—Quizá apartó el armario ropero, salió de aquí y lo volvió a poner en su lugar.

—Inténtelo —sugirió Sorrel.

El policía empujó y resopló, pero el armario ropero no se movió ni un milímetro (o pulgada, como se solía decir en los viejos tiempos).

—¿Lo ve? Usted es un hombre fornido y corpulento y no es capaz de moverlo. ¿Cómo iba a hacerlo Perrine, una adolescente delgada?

—Entonces, volvimos a buscar en cada rincón del dormitorio —explicó el policía a las personas reunidas en el salón— y no encontramos ni rastro de Perrine ni de la cama.

Los Dodd y los Butcher estaban furiosos, sobre todo las mujeres.

—Entonces, ¿qué? ¿Se supone que se ha escapado? —dijo la señora Dodd, de malas maneras—. ¡Si la policía deja que se salga con la suya, les voy a hacer la vida imposible, de eso pueden estar seguros!

—¡Tiene que haber justicia! —afirmó la señora Butcher.

La viuda de Jack Kirbyshire se echó a llorar.

—No puedo soportar la idea de que otra persona sea asesinada como mi pobre Jack —dijo entre sollozos.

—Su aflicción y su sed de justicia no es lo que importa aquí —dijo Sorrel con autoridad—. Vamos a centrarnos en los aspectos prácticos de las cosas. Perrine no puede haber huido de su habitación; es totalmente imposible, ¡a menos que uno de ustedes la dejara salir!

—¿Uno de nosotros? —dijo el señor Careless, el padre de Mimsie Careless—. Ah, ya veo. Se refiere a mí, ¿verdad? ¡Me está acusando de dejar a una asesina suelta por el mundo!

—Nadie le ha acusado, caballero —dijo el policía—. Pero debo decir que su conducta es bastante sospechosa.

—No, aún no me ha acusado nadie, pero pronto lo harán; espere y verá. ¿Tiene la más mínima idea de lo que significa ir por el mundo con el apellido Careless (Descuidado)? En el momento mismo en que alguna cosa va mal y no hay nadie obvio a quien echar la culpa, hasta tus mejores amigos empiezan a pensar «Eh, ¿y ese tal Careless?». Careless de nombre, descuidado por naturaleza. Si hay humo es porque hay fuego...

—Lo lamento —dijo la señora Careless, ruborizada—. Mi marido sufre un complejo enorme por culpa de su apellido; en cambio, a mí no me parece mal. Mi nombre de soltera sí que era horrendo; nunca lo adivinarían: Common-Dowd (Vulgar y poco atractivo). ¿Se imaginan?

—Me importa un pimiento el idiota de su marido y su estúpido nombre —se quejó Sorrel—. ¿Dónde está mi Perrine? ¡No puedo soportarlo! ¡Tengo que saber dónde está! ¡Debo saber que está a salvo! ¡Uno de ustedes se la ha llevado de la casa mientras yo no estaba alerta y está pensando en torturarla y matarla! ¿Por qué se me ocurriría la locura de dejarles que entraran en mi casa?

Bascom hizo lo que pudo por calmarla. Cuando se le pasó el brote de histerismo, el policía tomó las riendas del asunto:

—Presten atención, todos. Esto es muy sencillo. Bueno, en realidad es muy confuso, y encontrar la solución no va a ser fácil, pero a lo que me refiero es a que es sencillo explicar el misterio. Lo que tenemos aquí parece ser un misterio de habitación cerrada (cómo desaparece una niña de una habitación cuando es práctica y científicamente imposible), ¡pero en realidad no se trata de un misterio de habitación cerrada!

—¿Cómo que no? —dijo Lisette, que estaba convencida de que sí lo era.

—No —dijo el policía—, porque esa es la parte simple: alguien abrió la puerta de la habitación de Perrine y se la llevó, junto con la cama. Después de hacerlo, esa persona volvió a cerrar la puerta con llave. Sabemos que eso es lo que debió suceder, porque es lo único que pudo suceder. Y ahora les voy a enseñar lo que encontramos en el suelo, en el dormitorio de Perrine. —Rebuscó en el bolsillo y sacó un objeto tan pequeño que nadie podía verlo—. Un pequeño tornillo metálico. Esto parece indicar a todas luces que la persona que se llevó la cama del dormitorio de Perrine la desmontó antes. Desde luego, es mucho más fácil llevarse una cama en

piezas de madera relativamente pequeñas que en forma de una cama entera, así que desmontarla parece razonable.

»Afirmo que lo que tenemos aquí no es un misterio de habitación cerrada, sino un misterio de casa abierta. Por primera vez en meses, esta mañana Bascom y Sorrel Ingrey abrieron su casa y la llenaron de gente, incluidos mi persona y las suyas. Antes de reunirnos todos en el salón, deambulamos de uno en uno y en pequeños grupos, metiendo la nariz donde quisimos y charlando entre nosotros. Uno de nosotros (yo no, me apresuro a añadir, ya que soy policía y estoy más allá de toda sospecha) ha robado la llave de la habitación de Perrine, ha ido al piso de arriba, ha abierto la puerta, ha desmontado la cama y se las ha llevado, la cama y a Perrine. Pero ¿por qué también la cama? ¡Eso sí que es un verdadero misterio! Y a Perrine, ¿se la han llevado para castigarla o para librarla de la justicia?

—¡Pero lo habríamos visto! —dijo Sorrel—. ¡Alguien lo habría visto si una persona se hubiese movido por la casa con Perrine y un montón de piezas de una cama debajo del brazo!

—No, querida —dijo Bascom—. Nosotros no lo habríamos visto: estábamos en la cocina, sirviendo el desayuno justo hasta el momento de venir a esta habitación. Desde el lugar donde estábamos nos era imposible ver el vestíbulo o la puerta principal.

—¿Hubo alguien en el vestíbulo todo el tiempo? —preguntó el policía al grupo de personas—. ¿Puede alguien jurarme por las vidas de sus seres queridos que nadie fue al piso de arriba, y que nadie vino después, al cabo de un rato breve o largo, con Perrine y las piezas de la cama?

Todo el mundo empezó a hablar al mismo tiempo, dificultando así la comprensión de lo que se decía, pero después de unos momentos todo quedó claro: no hubo nadie en el vestíbulo todo el rato, y nadie pudo ver todo el tiempo el vestíbulo y las escaleras.

—¡Ajá! —dijo el policía—. Entonces, algo hemos avanzado. Ahora sabemos que mi teoría es perfectamente posible.

—¿Y cómo se hizo esta persona con la llave de la habitación de Perrine? —inquirió Sorrel—. Estaba en el bolsillo de mi rebeca y allí seguía hace un momento, cuando lo acompañé al piso de arriba para que arrestase a Perrine.

—Quienquiera que la cogiese, debió de volverla a poner en su lugar —respondió el policía—. Aunque admito que es un poco raro que no notase que nadie le metía la mano en el bolsillo, señora Ingrey.

—Mamá, cuando estabas preparando el desayuno no llevabas la rebeca puesta —dijo Allisande—. Lo recuerdo porque tenías una mancha en la blusa, y yo pensé «Mamá tiene un aspecto de lo más dejado. Debería volver a ponerse la rebeca».

—¡Tiene razón! —soltó la señora Sennitt-Sasse—. Parecía una salpicadura de café. Yo también la vi.

—Sí, ahora recuerdo —dijo Sorrel con actitud distante, como si estuviese tratando de recuperar el recuerdo completo de un rincón oscuro y tenebroso de su mente. Se apartó el lado derecho de la rebeca y todo el mundo pudo ver la mancha descrita—. Sí, es cierto, me quité la rebeca; ahora lo recuerdo. La dejé colgada en uno de los percheros del vestíbulo antes de ponerme a trastear en la cocina.

—¡Ahí lo tienen, pues! —exclamó el policía—. Cualquiera podría haber accedido a ella, en el vestíbulo, sin ser visto.

—Eso me parece tan improbable que hasta lo encuentro gracioso —dijo el señor Careless, riéndose a modo de demostración—. Nadie podría hacer todo eso sin ser visto: subir al piso de arriba y librarse de algún modo de una chica, por no hablar de una cama, que antes tendría que haber desmontado. ¡Es absurdo! Había personas deambulando por todos lados; alguien tendría que haber visto algo.

—¿Cómo podía saber esa persona que la llave de la habitación de Perrine estaba en el bolsillo de tu rebeca? —preguntó Bascom a Sorrel—. Solo la familia lo sabía.

El policía se quedó mirando fijamente a Lisette y Allisande.

—Chicas, ¿alguna de vosotras tiene alguna cosa que compartir con nosotros?

—No —dijo Allisande, en tono agresivo—. ¡Yo no lo hice! Nunca me molestaría en desmontar una cama, por ningún motivo en absoluto. Sería un estorbo de primera.

—Es la verdad —dijo Lisette—. La tuve a la vista todo el tiempo. No fue arriba ni liberó a Perrine, y tampoco la mató y ocultó su cuerpo en otra parte de la casa.

En ese momento empezó a sonar el teléfono. Sorrel lanzó una mirada de cansancio a Bascom. «Yo contesto», dijo.

—Liberarla, o matarla y ocultar el cuerpo —dijo, pensativo, el policía, repitiendo las palabras de Lisette—. Esa es realmente la cuestión, ¿no? ¿Cuál de las dos cosas ha sucedido? Si es la primera, es posible que nunca encontremos a Perrine. Si es la segunda, no hay duda de que encontraremos su cuerpo oculto en alguna parte, en los terrenos de Speedwell House, o encerrado en el portaequipajes de algún coche.

—¡Deberíamos mirar de inmediato en los portaequipajes de todos los coches! —dijo Lisette—. ¿Y si Perrine está aún viva, atrapada en uno de ellos? Quizás el que se la llevó tenga pensado matarla más tarde porque esta mañana no le ha dado tiempo.

Todos miraron a la señora Dodd, que dijo:

—Me gustaría tenerla encerrada en el portaequipajes de mi coche para poder hacerla sufrir tanto como ella me ha hecho sufrir a mí, pero... me temo que no es así. Si no me creen, pueden comprobarlo.

—Teniendo en cuenta toda la situación, me inclino a creerla —dijo el policía—. Tengo una pregunta para usted, señorita.

Allisande dio un codazo a Lisette, que alzó la mirada y vio que el policía se estaba dirigiendo a ella.

—¿Sí? —dijo. No se había dado cuenta porque le rondaba una idea por la cabeza que se negaba a desaparecer.

—Ha mencionado que pudo ver todo el tiempo a su hermana Allisande, por lo que ella no puede ser la culpable. ¿Es correcto?

—Sí —contestó Lisette.

—De acuerdo. Ahora, mi pregunta es: ¿pudo ella verla a usted todo el tiempo?

Sin embargo, antes de que Lisette o Allisande pudieran responder, Bascom Ingrey entró en el salón. De hecho, sería más preciso decir que entró tambaleándose. Su rostro tenía una tonalidad grisácea.

—Era de la comisaría de policía. Han encontrado muerta a Perrine. ¡Asesinada!

—Anne es algo más que mi hermana —dice Sarah Parsons. Estamos de pie en la galería de su casa, mirando el cuadro *Anne, Tide Glider*, que está colgado en la pared—. En cierto sentido, siempre la he percibido como la persona que me creó. Si no fuese por ella, yo no existiría.

Suelta una risita; me la esperaba. He descubierto que su risa no significa que encuentre algo divertido, sino que es su forma de señalar que ha terminado de hablar. Sería interesante saber si también lo hizo después de decir «Estoy arruinada y a punto de perder mi casa». Quizá tenga una estrategia de puntuación distinta para las conversaciones tristes.

Es una mujer de treinta y pocos años, rechoncha y de baja estatura, con una mata de cabello castaño y rizado y —gracias a Dios— ningún problema para invitar a un extraño a su casa. Le envié un correo electrónico a su página web para decirle que me encantaban sus pinturas y preguntarle si podía verlas para, quizá, comprarle una; funcionó.

Sarah vive en Totnes, en Fore Street, en un edificio estrecho de tres plantas encajado entre una tienda que vende cristales y una agencia inmobiliaria. En la planta baja están los cuadros, y todos ellos son suyos. Ella vive arriba, en los dos pisos superiores. Acabamos de tomar el té en su casa: un delicioso Earl Grey en unos brillantes accesorios de plata con un colador para atrapar las ramitas y hojas. El té en bolsas que tengo en casa no sabe tan bien, pero no es tan complicado de preparar.

—¿Cómo es eso de que Anne la creó? —le pregunto a Sarah.

Parece que le gusta hablar de su familia; me da la impresión de que es una

ingenua entusiasta. Descalza, sin maquillaje; en el dedo medio del pie derecho lleva un anillo con un gran corazón rojo. Mientras hablamos, hace volar de un lado a otro la falda de su largo vestido azul de seda, como hacía Ellen cuando se vestía de princesa Disney, con tres años.

—Un día mi madre pasó por la escuela a recoger a Anne y otra madre la felicitó; le dijo que tenía un aspecto fantástico, que debía de estar muy emocionada, y le preguntó cómo era que no se veía aún ni rastro de barriga. Resultaba que Anne le había contado a toda la escuela que su madre estaba embarazada, ¡y de gemelos! Anne, siendo hija única, se sentía sola, y sus padres no daban señales de ir a darle un hermano, de manera que se inventó a dos de ellos. Cuando mi madre se enteró de la mentira de Anne, se sintió mal por privarla de lo que tan obviamente deseaba, tuvo una conversación con mi padre y... —Sarah extiende la falda hacia ambos lados, como si fuesen unas alas, y hace una pequeña reverencia—. *Voilà!* Aquí estoy yo, gracias a mi hermana.

Y lo remata con su risita de puntuación, la señal para que yo hable.

—¿Por qué *Tide Glider*? —le pregunto, mirando la foto.

—Oh, Anne y su familia tienen una embarcación que se llama así, y también parecía un nombre apropiado para ella. En cierto modo se ha alejado de nosotros deslizándose, como la marea. De mi padre, de mi madre y de mí, quiero decir. Aunque quizá no sea para siempre... —Esta vez no ha habido risita, sino una sonrisa triste.

De modo que Anne tenía un adhesivo con el nombre de su propio barco y lo pegó encima del letrero con el nombre de mi casa. Pero ¿y las otras casas, y las otras embarcaciones? ¿Por qué implicarlas también? ¿Para crear más confusión? ¿Para que no pudiese convencer a la policía de que los objetivos específicos éramos yo y mi casa?

—Es un cuadro muy hermoso.

Esta puede ser la mayor mentira que he dicho en toda mi vida. Sarah tiene talento como artista, pero el tema de la pintura me ofende. Podría comprarla solo para añadir un par de cosas: una flecha roja y las palabras MALA ZORRA en rojo y en mayúsculas.

Esperaba poder hablar también con los padres de Sarah y Anne —Martin y Denise Offord—, que viven cerca. Pero, poco después de llegar, Sarah ha dicho que estaban en el Algarve y que pasan casi todos los inviernos en la villa que tienen allí.

Me esfuerzo en mantener la vista fija en el retrato que tengo frente a mí.

—Creo que he leído algo por Internet sobre esta pintura —me esfuerzo en dar un tono vago a mis palabras—. Decían que se había distanciado de Anne, su hermana.

—Sí —Sarah frunce el ceño—, sé exactamente a qué artículo se refiere. Yo nunca utilicé la palabra «distanciada», y me sentí furiosa cuando ellos la usaron. No ha habido ninguna discusión, y todos nos llevamos perfectamente bien. Anne está ocupada con su propia vida y su propia familia, pero nos vemos por Navidad y... —Se encoge de hombros—. A decir verdad, somos una de esas familias que pasamos todo el tiempo juntos, y eso puede ser un poco agobiante. Entiendo los motivos de Anne para tomar su propio camino. Yo también lo hice, o eso creí: hui a Escocia y me casé. Cuando nos separamos, mi exmarido dijo que mis padres eran el principal motivo por el que le era imposible vivir conmigo. —Eso le provoca una risotada.

—¿No le gustaban?

—No, no era eso. Más bien decía que se sentía como si estuviese casado con los tres. Mi madre y mi padre llamaban cada noche, nos reuníamos un fin de semana de cada dos... O bien ellos venían a Escocia o bien nosotros veníamos aquí. Nathan se hartó de tener solo uno de cada dos fines de semana para nosotros. ¡Para mí era lo normal! —Una risita.

—Pero Anne no habla con usted cada noche ni la visita cada dos fines de semana, ¿no?

—No —suspira Sarah—. Viene con Stephen y los niños un par de horas el día de Navidad, nada más. Y claramente no lo pasa bien cuando está aquí. Siempre parece estar un poco distante de la celebración, como si solo su cuerpo estuviese presente. Stephen, su marido, es un verdadero encanto; intenta compensar esa actitud con un exceso de amabilidad, pero bueno, el resultado es un tanto horrible...

—En fin, gracias a sus aptitudes artísticas, este retrato representa las múltiples facetas del carácter de Anne.

—¿De verdad? ¡Es usted muy amable!

—¿Cómo es ella? Espero que no le moleste mi interés. Quiero decir, ¿cómo era de niña? ¿Tuvo siempre esta actitud distante con el resto de ustedes, o es que sucedió alguna cosa? Le repito que, si lo cree necesario, puede decirme que me ocupe de mis propios asuntos...

—No, no sucedió nada en absoluto. Por eso resultó tan raro que se apartase

de nosotros poco después de empezar la universidad. Ya sé que todo el mundo utiliza la excusa «yo no hice nada malo», pero es que, literalmente, no sucedió nada. Creo que Anne debió de sufrir una especie de epifanía psicológica. A veces, las personas que te rodean te recuerdan cómo eras antes, esa persona que no quieres volver a ser. Mi madre y mi padre le suplicaban que les dijese qué habían hecho de malo, pero lo único que conseguían era que desviase el tema. Yo les decía que lo dejaran correr; si alguna vez vuelve a nosotros, lo hará cuando dejemos de presionarla.

—Parece una postura sensata.

—Soy más optimista que mi madre y mi padre —dice Sarah—. Anne y yo estábamos muy unidas, a pesar de los siete años de diferencia. Ella me contaba historias de estrellas de cine a quienes había conocido, Richard Gere y Harrison Ford, y bandas de pop que le habían propuesto unirse a ellas porque necesitaban una vocalista femenina, ¡nada menos que Duran Duran!, y yo me tragaba ciegamente las historias. —Risita.

—Pero... ¿no eran ciertas? —No sé por qué pregunto, si ya sé la respuesta. La adolescente Anne Offord de Totnes no conocía a Richard Gere ni a Harrison Ford, ni la habían invitado a cantar con Duran Duran.

—¡Claro que no, pero Anne las contaba como si lo fueran!

«Eso se llama “mentir”. Es lo mismo que los embarazos inventados».

—Anne tenía una imaginación increíble. Yo siempre tuve aptitudes visuales, mientras que lo suyo eran las historias. Yo estaba convencida de que Anne acabaría siendo escritora, y mi madre y mi padre también lo pensaban. A veces me pregunto si se hizo profesora solo para fastidiarnos.

—No deja de ser extraño que piense que querría hacer eso si realmente no pasó nada, ni un conflicto, ni una desavenencia, ni... —Me encojo de hombros, fingiendo desinterés con una risilla—. ¿Seguro que no hay ningún secreto oscuro de familia? ¿Una tercera hermana oculta que haya podido alejar a Anne?

—Ja, ja. No, me temo que no. —Ni rastro de reconocimiento ni de sentimiento de culpabilidad—. En serio, aparte de estar muy unidos, más que la mayoría, excluida Anne, mi familia no tiene ningún interés.

«Salvo por el hecho de que contiene a una mentirosa compulsiva que empezó precozmente».

—Como yo me hice artista, se puede decir que soy semibohemia, pero mi infancia fue tan aburrida como un publireportaje sobre la estructura de la sociedad, de esos de 2,4 hijos y un microondas. Lo más espectacular que me

sucedió fue cuando parecí desarrollar una extraña afección respiratoria, pero incluso eso acabó siendo una tremenda decepción: ¡resultó que había desarrollado alergia a nuestro perro!

La mención del perro me hace pensar en *Figgy* y en lo extraño que es no tenerlo conmigo; hoy lo tiene Alex, y me siento algo celosa. Quiero volver con él, hundir la nariz en el rizado pelo de su cabeza. Si pudiera volver atrás en el tiempo y decirle a mi yo de Muswell Hill, productora de televisión, que se convertiría en una persona que aspiraba a no hacer Nada y que tenía ganas de abrazar a un perro, seguro que se sentiría angustiada.

Y además se lo tendría bien merecido; aunque no sé exactamente por qué.

—El cuadro de Anne, ¿está a la venta? —le pregunto a Sarah.

—Hum, buena pregunta. —Empieza a mordisquearse el dedo pulgar—. ¿Le importa que me lo piense? Quiero decir que seguro que estará a la venta; pero, por su valor sentimental, no quiero darme prisa en venderlo. No sé si tiene mucho sentido...

—Desde luego. —Sonrío; pero por dentro estoy maldiciendo. Quiero el cuadro ahora mismo, para pintarrajarlo. Quiero cavar una tumba para él en el jardín de la profesora Anne. Que sus grandes amigos Richard Gere y Harrison Ford me lo impidan, si pueden.

Le escribo mis datos a Sarah y le pido que me envíe un correo electrónico cuando haya tomado una decisión sobre el retrato. Espero que la decisión me sea favorable, y que, cuando venga a recogerlo, pueda hacerle algunas preguntas más. Si descubre mi juego, siempre puedo decirle la verdad: «Mire, siento haber fingido ser lo que no era, pero la situación es la siguiente...». Eso es lo que haría una persona normal, una persona que solo miente de vez en cuando, si es necesario: disculparse y recurrir a la verdad cuando la descubren. Una persona con sentido del honor.

Los mentirosos compulsivos como Anne Donbavand generan nuevas mentiras para explicar las antiguas: «Vaya, ¿así que lo que dije resultó ser falso? Pues mira, aquí tienes una nueva y bonita historia, falsa también.

»La chica adolescente que fingía que Duran Duran quería contratarla ha crecido y se ha convertido en una mujer adulta que finge que su familia se ha cambiado de nombre y ha iniciado una nueva vida porque un ente sin nombre los perseguía».

Creo en Lesley Griffiths, diga lo que diga Ops. Dudo que él haya trabajado nunca en una serie de televisión; probablemente yo he leído más documentos

sobre la psicología del mentiroso compulsivo que él. Se llama «mitomanía». Recuerdo un documento con ese título en mi escritorio; estuvo allí semanas, y nunca encontré tiempo para leerlo. Al final acabé por tirarle un café encima a propósito, con la esperanza de que nadie me trajese otra copia.

Pero me la trajeron, y finalmente me lo leí. Una frase se me quedó grabada: «Las historias tienden a mostrar al mentiroso bajo una luz positiva, como héroe o como víctima». Pensé que era extraño: ¿quién querría ser una víctima? ¿Por qué se consideraba una forma favorable de presentar a un personaje?

Si alguna vez conocía a Anne Donbavand, quizá se lo preguntase.

Antes de abandonar la galería de Sarah, no puedo resistirme a hacerle una última pregunta. La lanzo por encima del hombro, mientras salgo, ya con la mano en la puerta, para quitarle importancia. Si reacciona mal, siempre puedo salir corriendo.

—Por cierto, ¿no habrá oído hablar de una tal Perrine Ingrey, verdad?

—Pues no, pero es un nombre muy seductor. ¿Es una artista?

De nuevo, ni una mínima señal de reconocimiento.

—No estoy segura de que sea nadie —contesto, poniendo toda la honestidad posible en mi comentario de despedida—. Creo que me han dado información equivocada.

Llego a mi cita de las cuatro con Stephen Donbavand sin aliento y con dos minutos de retraso. Llegar de Totnes a Exeter ha sido fácil; lo que ha sido casi imposible es dar con la oficina correcta una vez dentro de la Universidad de Exeter.

Llamo a la puerta. Dos minutos de retraso solo se considera «tarde» si eres una fanática de la puntualidad como yo. Es otro de los vestigios de mi vida en Londres; allí, dos minutos tenían importancia. Todas las reuniones para las que se hubiesen necesitado dos horas se comprimían en una, porque invariablemente se acumulaban una docena de ellas, seguidas de una noche en la que tenías que hacer las tareas domésticas con una mano mientras organizabas y reorganizabas las reuniones del día siguiente en el iPhone con la otra.

Espero que el espíritu de la Universidad de Exeter sea más relajado. Supongo que es un buen presagio que ninguna de las personas con las que me he cruzado hasta ahora parece tener ni idea de dónde está ninguno de los edificios o departamentos. Finalmente, encuentro la oficina de Stephen Donbavand por

accidente.

¿Quién se supone que era yo? Demasiado tarde: la puerta se está abriendo. «Mierda». Esto no es un olvido normal: es quedarse en blanco por culpa del pánico.

—¿Julia Vowles?

«Gracias, gracias, gracias».

—Sí. ¿Doctor Donbavand?

Me tiende la mano. Cuando estoy a punto de estrecharla se gira de golpe y se dirige a una mesa en el rincón de la habitación con un hervidor eléctrico, tazas y sobrecitos de Nescafé.

—Un placer.

Me guardo la inoportuna mano e intento no parecer avergonzada. ¿Será esto una novedad, como el beso muá-muá sin contacto que practica la gente de la tele?

Para mi sorpresa, tengo el corazón acelerado y la garganta seca. Quizá un día le cuente a alguien —a Alex, por ejemplo— lo que hice y lo convierta en una historia divertida: cómo me colé en el despacho de Stephen Donbavand, haciéndome pasar por alguien que quería estudiar micro-bla-bla economía. No haré mención de que apenas podía respirar de lo asustada que estaba.

¿Y si Stephen Donbavand se percata de que estoy actuando? ¿Y si me ataca?

—Por favor, pasa y ponte cómoda. ¿Un café? Puedo ofrecerte normal o descafeinado, pero me temo que no tengo té.

—Descafeinado, por favor. —Con esto no rompo la norma: el Nescafé instantáneo descafeinado tiene más que ver con el zumo de frutas que con el café.

—¡Buena idea! Yo tomaré otro. —Parece encantado de que vayamos a tomar la misma bebida.

Conozco a este hombre. No a este en concreto, sino a los de su especie. Es una de esas personas tan condenadamente amables que son incapaces de reconocer la actitud contraria. No me sorprende que Anne Donbavand se haya casado con alguien así: es el tipo perfecto para dejarle actuar como ella quiera.

Su oficina es ordenada e impersonal; dos estantes con libros de economía, con títulos como *Nota acerca de la existencia de equilibrio de Nash en juegos con compensaciones discontinuas* y una pequeña alfombra azul y blanca que, en el centro de una habitación tan grande, tiene un aspecto más bien lamentable. La taza en la que me sirve el café tiene estampado el eslogan «¡El 150% de las

estadísticas están equivocadas!». No hay ni una sola foto en el despacho, ni de su mujer, ni de sus hijos, ni de nada.

Es como si Stephen Donbavand hubiera llenado obedientemente la oficina con varias cosas para hacerla suya, pero no tuviese ni la menor idea de cómo convertirla en algo realmente personal o acogedor. O es una forma típicamente masculina de ocupar un espacio o yo soy una sexista.

Ya sé más sobre el padre de George de lo que sabía cuando llamé a la puerta. Sé, por ejemplo, que no me ha echado una ojeada y ha pensado «Esta no es Julia Vowles; es Justine Merrison», o «Esta es mi cuñada, Allisande Ingrey».

¿Hasta qué punto le ha hablado Anne de mí? Las personas ocultan información a sus cónyuges continuamente. Esta mañana, yo he ido a Totnes sin decirle a Alex que luego me iba a acercarme a Exeter a fingir que era Julia Vowles, la estudiante de economía. Es posible que Anne Donbavand no le haya dicho a su marido que me está acosando.

Aunque, si George sabe la historia de los Ingrey, él también debe de saberla. Pero no, esto no funciona así. Si Stephen y George —y, supuestamente también Fleur— creen que Anne es Lisette Ingrey, hija de Bascom y Sorrel, hermana de Allisande y Perrine, ¿a quién creen que visitan cada Navidad, donde pasan una incómoda tarde con Martin y Denise Offord y Sarah Parsons?

Contemplo el rostro sonriente de Stephen Donbavand cuando se sienta enfrente de mí con su propia taza, envuelta —esto es extraño— en una toallita de té azul, y pienso «a este hombre le podría contar cualquier cosa impunemente».

—Bueno, ¿y por qué la Universidad de Exeter? —pregunta.

—Porque usted está aquí —respondo—. Como decía en mi correo, he leído parte de su trabajo y opino que es muy interesante.

—Oh —parece sorprendido—. ¡Vaya, muchas gracias!

Me pregunto si su taza tiene estampado un eslogan oculto por la toallita de té: «¡El 150% de los posibles estudiantes de doctorado vienen para hacer preguntas en secreto sobre la chalada de tu esposa!».

—También conozco a su cuñada, Sarah Parsons —añado impulsivamente. Ya estoy asustada, así que no es problema pasar directamente a aterrorizada.

Stephen Donbavand parece sorprendido, pero de forma agradable.

—¡Vaya! ¿Y cómo es que conoce a Sarah?

—Por pasar junto a su galería con frecuencia; un día reuní el valor necesario para entrar, y empezamos a charlar, como ya sabe, es una persona muy amable e informal, y desde entonces hemos sido buenas amigas. Es una estupenda artista,

¿no cree?

—Así es. Una artista de talento.

—Debe de tener cuadros suyos por todas las paredes, ¿a que sí? Oh, lo siento —me tapo la boca con la mano—, no debería haberlo dicho. Sé que a Anne no le gusta demasiado relacionarse con su familia, según me dijo Sarah; así que no hay motivo para que tengan muchas obras suyas en su casa.

—No tiene importancia —sonríe Stephen. Su rostro, con su expresión benévola, sigue sin mostrar signos de sospecha—. De hecho, la totalidad de mis conocimientos sobre arte podrían ocupar el reverso de un sello de correos, de modo que, en lugar de conversar sobre un tema que revela mi ignorancia, ¿le parece que hablemos mejor sobre sus planes de investigación?

Interesante; hago un comentario intrusivo sobre su esposa y su respuesta es tratar de hacerme sentir mejor.

—Sí. Aunque estoy pensando si será adecuado pedirle que sea mi director de tesis, siendo yo amiga de Sarah.

—No creo que eso genere ningún tipo de conflicto de intereses —responde Stephen Donbavand.

—Perfecto. Yo tampoco lo creo.

Nos sonreímos mutuamente.

—Bueno, cuénteme algo de su trabajo.

«Mierda». Y ahora, ¿qué? Estar sentada en una habitación con alguien que cree que estoy pensando trabajar me está provocando sudores y náuseas.

—¿Julia? ¿Se encuentra bien?

—No pasa nada, solo un ligero mareo.

«Piensa, mujer. Economía. Ayuda, rápido. El presupuesto. El Canciller de la Hacienda con una caja de color rojo en las manos. Tuvo que ser Alex quien me dijera que la caja no estaba llena de dinero; siempre me había preguntado por qué no tintineaba cuando George Osborne la agitaba en el aire».

—¿Julia? ¿Quiere que vaya a buscar un poco de agua? El café no es lo mejor en caso de mareo, ni siquiera el descafeinado.

—Un poco de agua me vendrá bien, gracias.

Stephen deja la bebida en el estante junto a su silla. Con las prisas para ir a por el agua que espera que me haga sentir mejor, la toallita de té azul se cae al suelo y veo que la taza tiene, en efecto, un eslogan estampado; uno de esos insoportables, irritantes eslóganes que empiezan por «Mantén la calma»; en este caso: «Mantén la calma y deja de preocuparte».

—Aquí tiene.

—Gracias.

Tomo dos largos sorbos de agua fría. Stephen está de pie delante de mí, demasiado cerca; probablemente para poder sostenerme si me desmayo.

—Ya estoy mucho mejor, de verdad. Gracias.

Cuando se da la vuelta para volver a su asiento, veo las palmas de sus manos y lanzo un grito ahogado.

Se gira y me mira:

—¿Se encuentra bien?

—Sí, no es nada... Es que el agua está muy fría; pero es agradable. — Sonrío, y espero que no pueda oír las palpitations de terror de mi corazón.

Tiene las manos enrojecidas e hinchadas, agrietadas, sucias de barro, con líneas marrones cruzando las palmas. En uno de los pulgares, cubierta a medias por una tirita, tiene una ampolla.

Ese es el motivo de que use una toallita de té: sostener una taza habría sido demasiado doloroso.

He encontrado al cavador de tumbas de Speedwell House. No Anne Donbavand, sino su marido, Stephen el sonriente. O quizá fueran ambos.

—Vaya, eso debe de doler. ¿Se ha quemado las manos?

—¿Cómo? Ah, no, de hecho ha sido cavando.

¿Cómo te atreves, cabrón? ¿Cómo te atreves a tomártelo con esa alegría?

—¿Jardinería, en esta época del año? —Mi risa suena ahogada.

Soy casi tan mala actriz como economista; pero no importa: ahora ya sé que Stephen Donbavand cavó un hoyo en mi jardín para asustarnos a mí y a mi familia. Ya no estoy tan preocupada por si descubre mi verdadera identidad: él tiene algo que ocultar, así que va a suponer que es la única de las personas presentes que tiene un secreto.

—Bueno... —ríe y se encoge de hombros—, si hace feliz a mi mujer...

Me quedo sin respiración. No tiene idea ni de con quién está hablando, ni de lo que me ha contado. Y sí, yo ya lo sabía, en realidad. Un hombre como este no iría a cavar un hoyo en el jardín de un extraño por iniciativa propia. Eso no sería propio de Stephen Donbavand. Lo que sí haría, si un día se viera casado con una lunática peligrosa, es mantener la calma y dejar de preocuparse. O preocuparse, pero no hacer nada al respecto.

Lo intenta de nuevo.

—Hablemos sobre su propuesta de tema de doctorado. Y me gustaría que me

diese un poco de información sobre su...

—No.

No puede atacarme físicamente sin usar sus manos, que están heridas. Si tengo que defenderme, lo haré; y creo que podría con él.

—Vamos a hablar un poco más de su esposa. Antes de casarse con usted, se llamaba Anne Offord, y tenía una hermana, Sarah. Sin embargo, ella finge que se llamaba Lisette Ingrey, y que tenía dos hermanas, Allisande y Perrine. Perrine asesinó a Malachy Dodd. Claro que ninguna de estas personas es real, ¿verdad que no?

El hombre se ha quedado paralizado y pálido como un muerto. No me va a preguntar qué quiero decir: lo sabe.

—Mi nombre no es Julia Vowles. Creo que usted sabe quién soy yo, ¿no? ¿Quién podría estar lo bastante nervioso como para concertar una reunión falsa? ¿A quién está atormentando su mujer en este momento? ¿A quién la está ayudando a acosar? ¿Se le ocurre alguien?

—Creo que debería marcharse... Lo... lo siento mucho. —La última palabra se confunde con un sollozo. El profesor está encorvado en el asiento, protegiéndose con los brazos. Protegiéndose de mis palabras; nada más que palabras.

—Soy Justine Merrison, Stephen. Sus manos están doloridas porque se pasó casi toda la noche pasada cavando una tumba en mi jardín; para tener contenta a su mujer, como ha dicho. Está asustado de ella, y lo comprendo. George también lo está y, por lo que puedo suponer, Fleur también. Sin embargo, desde mi punto de vista, esa no es excusa para aceptar cualquier cosa que le pida que haga.

—Justine, tiene que marcharse. —No me lo pide: me lo suplica.

—Lo haré cuando diga todo lo que quiero decir. Anne me ha estado llamando por teléfono, llamándome Sandie, diciéndome que vuelva a Londres o me matará a mí, a mi marido y a mi hija, Ellen, la mejor amiga de George. Pero Anne sacó a George de Beaconwood, haciendo que la directora fingiese expulsarlo, por su propio bien, al parecer, para que nunca más pudiera volver a ver a su mejor amiga. ¿Qué es lo que tendría que hacer Anne para que usted se plantase y dijese «Ya basta»? ¿Es que está esperando que mate a alguien para actuar? En tal caso, me gustaría sugerir un plan alternativo. Como soy la persona a quien es más probable que mate en primer lugar, creo que estoy en mi derecho.

—Justine... —Alza sus manos heridas para intentar detenerme.

—¿Qué?

—Sabe que no puedo hablar con usted. Si lo hubiese sabido, no habría acordado esta reunión.

—En tal caso, me iré. Pero antes quiero oírle decir que sabe que su mujer es una mentirosa compulsiva y que está haciendo daño a sus hijos. Dígame qué es lo que piensa hacer al respecto y me iré. Dígame qué va a hacer para evitar que me cause más problemas.

Stephen Donbavand se levanta y se acerca a la ventana. Luego dice, en voz baja:

—No le deseo mal alguno, Justine. Nada de lo que yo pueda decir es lo que usted querría oír.

—Entonces puede esperar una visita de la policía.

Su rostro se transforma con la sola mención de la palabra.

—No, por favor, usted no sabe... Anne nunca haría daño a nadie. No es violenta.

—¿Lo dice en serio?

—¡No tiene pruebas!

—Le he visto las manos. Y en ningún momento ha negado mis acusaciones.

—Váyase, por favor.

Me pregunto si estará tan desesperado como parece. Las personas desesperadas aceptan hacer cualquier cosa. Con mi voz más razonable, le digo:

—Si no quiere que vaya a la policía, impida que su mujer haga lo que está haciendo. ¿Podrá?

No hay respuesta.

—Y dígame la verdad: ¿de dónde viene la historia del asesinato de Malachy Dodd por parte de Perrine, y todo lo de los Ingrey? ¿Está basada en una historia real, o es todo invención de Anne?

—Por favor, váyase. No tiene derecho a...

Se acerca a mí en dos zancadas y, de pronto, se detiene, como dándose cuenta de que no puede hacerlo. Es de ese tipo de personas que nunca pueden hacer nada.

Levanta el teléfono del escritorio.

—Nunca lo he hecho antes, pero creo que puedo hacer que la echen a la fuerza del recinto de la universidad. Esta es su última oportunidad de irse por iniciativa propia.

—De acuerdo. —Me pongo de pie—. Yo también le daré una última oportunidad: la de impedir que Anne se acerque a mí o a cualquier persona de mi

familia. Eso incluye llamadas telefónicas, y también a mi perro. ¿Le ha contado lo que le hizo a nuestro cachorro?

Stephen cierra los ojos con fuerza. Espero que se esté imaginando algo peor de lo que realmente sucedió, y todo lo malo que va a suceder si no hace lo que le pido.

—Sé que usted detesta esta situación tanto como yo, Stephen, así que pare a su mujer. Si no quiere acabar usted en la cárcel y sus hijos en acogida, no puede permitir que Anne siga actuando. Todavía no es demasiado tarde, pero no le queda demasiado tiempo.

Me voy cerrando de un portazo.

—Sé que no estás dormida, así que...

Alex enciende la luz del dormitorio. Eso no es lo que debería pasar: se supone que debería estar viendo el resto de la película en la que yo no me podía concentrar, cuyo título ya he olvidado, y darme tiempo para pensar qué hacer tumbada en la oscuridad. Preocupada, analizando el panorama, tratando de conciliar mi incredulidad, el impulso de reírme de toda esta absurda situación, con mi miedo y con la seguridad de que, por ridícula e imposible que parezca, es real. Está sucediendo.

Me gustaría que Alex hubiese encendido la lámpara, en lugar de la luz del techo.

—No estás dormida en absoluto. Pensaba que estabas cansada.

—Estoy exhausta. —«Pero no puedo dormir»—. ¿Dónde está *Figgy*?

—Roncando en la habitación de Ellen. Lo comprobé hace un momento; los dos están bien. ¿Querida?

—¿Sí?

—¿Dónde has ido hoy? —pregunta Alex, sentándose en la cama—. No cuando fuiste a Totnes, sino después.

Me incorporo y le cuento mi encuentro con Stephen Donbavand. Me escucha sin interrumpirme y, cuando termino, me dice:

—No lo entiendo. ¿Admitió que fue él quien estropeó nuestro jardín?

—No lo «estropeó»: cavó una tumba en él.

Para mí es esencial destacar este hecho; parece que soy la única que le da importancia: no es solo hacer un hoyo y estropear el jardín: es una tumba vacía, lista para llenarla con el cadáver de la odiada hermana de Lisette Ingrey,

Allisande.

—No lo admitió exactamente. No dijo «Sí, yo lo hice», pero tampoco lo negó. Y su expresión y su forma de actuar eran casi equivalentes a una confesión.

—Entonces, ¿por qué no fuiste inmediatamente a ver al agente Luce?

—¿Para qué? No hay pruebas. Stephen Donbavand lo negaría y Luce le creería.

—Pero debemos decírselo de todos modos. ¿Qué vamos a hacer sin la ayuda de la policía?

Buena pregunta, para la que no tengo respuesta.

—Por eso estaba tumbada en la oscuridad, por si se me ocurría algo. Era más sencillo antes, cuando creía que yo no era Allisande Ingrey.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Déjalo correr.

—Justine, explícamelo. Me estás asustando.

«¿En qué sentido? ¿Cuál es el peor de tus temores? ¿Qué esté poseída?».

—Pensaba que era un error. La comunicante anónima me llamaba Sandie, pero yo sabía que esa no era yo. Yo soy Justine. No puedo ser al mismo tiempo Justine y Sandie, de modo que supuse que, quienquiera que fuese, me confundía con otra persona, alguien que la había intimidado en el pasado, una antigua enemiga. Ya fuera su nombre Allisande Ingrey o un hipocorístico de Allisande Ingrey, o algo completamente distinto, pensaba que, como mínimo, era una persona real.

»Entonces hice un avance, o eso pensé yo: varias pistas parecían señalar que se trataba de la hermana de Anne Donbavand, y que ambas eran personajes de la historia de Ellen. Cuando Ops me dijo que Anne solo tenía una hermana, Sarah, y que no existía ninguna relación con asesinato alguno, no me quedé convencida del todo. Aún pensaba que lo de Perrine Ingrey podía ser real, pero estar muy bien oculto. ¡Y entonces, cuando Ellen prácticamente me dijo que la historia que estaba escribiendo era real y que trataba sobre la madre de George, supe que debía tener razón! Y luego conocí a Sarah Parsons, que me explicó lo de las mentiras que Anne contaba cuando era niña. Fue entonces cuando me di cuenta de que, si estás trastornado y eres lo bastante cruel, puedes inventarte cualquier cosa.

—No estoy seguro de saber de qué estás hablando —repuso Alex.

—Puedes inventar un pasado en el que haya alguien, una hermana ficticia,

que vaya a por ti, y utilizarlo como excusa para ejercer un control malsano sobre tu marido y tus hijos: «Todos tienen que hacer lo que yo diga (mis hijos no pueden salir nunca de casa) porque esta persona que me he inventado está intentando matarnos a todos, y yo soy la única que comprendo el peligro».

—Un momento: si Allisande Ingrey es una persona inventada, entonces tú no eres ella. Quiero decir que, bueno, ya sabemos que no lo eres, pero...

—Lo sabemos. —Alex no lo entiende. Quizá yo sea la única persona que puede entenderlo—. Si se puede demostrar que Allisande es otra persona, entonces yo no soy Allisande. Pero si no es más que un producto de la imaginación de Anne Donbavand, entonces Allisande puede ser cualquier persona que Anne quiera. ¿Me explico?

—No. Para mí, esto no tiene ningún sentido.

—Ella puede ser yo. De hecho, lo es, porque Anne lo dice y, en el único ámbito en el que Sandie existe, el control absoluto está en manos de Anne. Tengo que enfrentarme a los hechos, Alex. He estado tratando de encontrar otra candidata para ser la hermana falsa de la falsa personalidad de Anne. ¡Hasta he contratado a un detective! Y ni yo ni Ops la hemos encontrado. No existe.

—Entonces... esos hechos a los que te quieres enfrentar ¿son las mentiras de Anne? Las mentiras no son hechos.

—Pero las mentiras pueden crear hechos, y también las ficciones. Y eso es lo que ha pasado en este caso. No ha habido confusión de identidades, ni llamadas anónimas con el objetivo equivocado. El objetivo soy yo, y lo he sido desde el principio. Anne sabía a quién estaba llamando: llamaba a la hermana de Lisette.

—Pero tú no eres...

—¡Sí, Alex, sí que lo soy! No creas que me gusta más que a ti, pero no puedo esconder la cabeza en la arena: en un mundo imaginario, inventado por una tarada, del que nunca acepté formar parte, yo soy la hermana mediana, mayor que Perrine y menor que Lisette. Soy Allisande Ingrey.

Capítulo 12

La leyenda de la perversa Perrine

Bascom Ingrey no pudo decir más y se derrumbó, dando alaridos, sobre la alfombra persa (la misma que la joven Allisande había rociado una vez con suavizante por pura diversión. Desde luego, ya nadie se estaba divirtiendo).

El policía corrió al teléfono.

Nadie más movió un músculo; todos miraban a Sorrel y esperaban que ella también cayese al suelo sollozando.

—¿Qué pasa? —dijo al darse cuenta de que todos la observaban por si daba signos de angustia—. Antes de alterarme voy a esperar a recibir confirmación. No me gusta sufrir, y no voy a ponerme a hacerlo antes de que sea necesario.

Al cabo de unos minutos, el policía volvió a entrar en el salón.

—Me temo que es cierto —dijo—. Se ha encontrado el cadáver de Perrine.

Sorrel se tapó la cara con las manos y gimió.

—¡Bien! —dijo la señora Dodd.

—¿Dónde? —se interesó la señora Kirbyshire.

—Eso es lo más extraordinario —contestó el policía—. La encontró Lionel, el barquero; ya saben, el propietario de *The Kingswear Treasure*...

—Tiene demasiados tatuajes —dijo la señora Sennitt-Sasse, con tono de advertencia.

—Sí, bueno, lo que sea —dijo el policía, a quien no le gustaba que lo interrumpiesen—; el caso es que, a pesar de los tatuajes, puede encontrar cadáveres, y Lionel encontró uno hace unos diez minutos: el de Perrine. Ha dicho que tenía aspecto de que la hubiesen estrangulado, por la cara azul; pero lo más extraño es que estaba en su cama, tendida y cubierta con las sábanas. Y nunca adivinarían dónde estaba la cama. Pues yo se lo voy a decir: estaba en el muelle de madera desde donde sale *The Kingswear Treasure* para ir a Dartmouth. Por eso fue Lionel quien la encontró. —El policía miró el reloj—. Ahora debo ir de inmediato al muelle.

—¡Un momento! —gritó Sorrel Ingrey—. Por favor, antes de irse, llévese a estos intrusos de mi casa para que pueda volver a dejar a mi familia encerrada en un lugar seguro. No me deje aquí con estos extraños; me da la sensación de que nos matarían a todos. Su sed de venganza no tiene límites.

—¿Intrusos? Fue usted la que me invitó —dijo la señora Sennitt-Sasse.

—No seas tonta, Sorrel —dijo Bascom—. Nadie de los que hay aquí podría haber hecho todo el camino de ida y vuelta al muelle de Lionel esta mañana sin que lo hubiésemos notado.

—Entonces es que alguien estaba esperando a la puerta de Speedwell House, a punto para llevarse a Perrine y la cama —repuso Sorrel.

—No se preocupe, señora Ingrey. Le aseguro que vamos a llegar al fondo del asunto —dijo el policía.

—Espero que cumpla su palabra —replicó Sorrel, mirándolo a los ojos con dureza—. Recuerde que estaba dispuesta a entregar a Perrine para que se hiciese justicia. Ahora que es ella la que ha sido asesinada, espero que busque justicia para Perrine con la misma dedicación y entrega. Asesinar a una asesina es inaceptable. Por eso en los países civilizados no tienen pena de muerte.

El policía tenía aspecto de no estar de acuerdo, pero asintió de todas formas.

Al cabo de quince minutos ya no quedaba ningún invitado-intruso, y Speedwell House estaba de nuevo cerrada con llave para que el mundo exterior no pudiese entrar en ella.

Bascom y Sorrel Ingrey se quedaron sentados en el salón durante horas y horas. Bascom lloraba; Sorrel miraba al vacío con expresión aturdida. No parecían darse cuenta de que sus dos hijas menos problemáticas seguían vivas y necesitaban sus cuidados.

Con la tácita aprobación de sus padres, a Lisette y Allisande no les costó nada escabullirse.

—Vamos a la biblioteca —susurró Lisette.

—Pero... aún no la han limpiado —dijo Allisande—. Puede que el cuerpo de David Butcher no esté allí, pero habrá litros de sangre. Será espantoso.

—Lo sé —contestó Lisette—. Pero necesito verlo. De momento, todo es espantoso; no hay forma de evitarlo.

—Sigo sin entender por qué tengo que sentarme en una habitación llena de sangre —replicó Allisande de mal humor.

Lisette pensaba que era importante hablar con Allisande en la biblioteca. Tenía algo muy importante que decirle a su única hermana viva. Necesitaba hacerle frente y obligarla a admitir la verdad, y era razonable hacerlo en la biblioteca, con el parqué húmedo y rojo por la sangre de un inocente profesor de música, el lugar donde se verían forzadas a ser testigos del horror que se había apoderado de sus vidas. Lisette pensó que sería simbólico tener esta conversación fundamental en la biblioteca, en presencia de este imperecedero espectáculo visual, pero no podía explicárselo a Allisande, porque explicar un símbolo es la forma de estropearlo.

Finalmente, consiguió tentar a su hermana para que entrase en la habitación con las palabras: «Tengo un secreto muy emocionante, pero solo te lo diré si entras aquí conmigo».

En la biblioteca no había tanta sangre como Lisette había pensado. La imagen en su cabeza era que la biblioteca se había convertido en una verdadera piscina poco profunda, sin un extremo más hondo que el otro, como las piscinas para niños que suele haber al lado de las grandes en los hoteles. En cambio, había gotas y manchas y un par de charquitos más grandes, pero nada de sangre hasta las rodillas, como había imaginado Lisette. De hecho, la biblioteca tenía prácticamente el mismo aspecto que siempre.

—¿Por qué no hay más sangre? —preguntó.

Allisande (que, recordemos, siempre tenía permiso para ver lo que le diera la gana en la tele, mientras Lisette estaba ocupada con actividades que merecieran la pena, según el criterio de Bascom) respondió:

—Es porque Perrine lo mató mucho antes de que mamá lo rajase con un cuchillo. Vi una peli en la tele en la que pasaba eso mismo: mataban a alguien a puñaladas, o eso es lo que parecía, y la policía averiguaba que no había sido así, que el cadáver llevaba mucho tiempo muerto porque no había sangre alrededor del cuerpo. Al parecer, si apuñalas a alguien que ya está muerto, la cantidad de sangre derramada es mucho menor.

—Allisande —dijo Lisette, seria—, ¿quién crees que ha matado a Perrine?

Allisande dio un resoplido, como queriendo decir que la cuestión no le importaba demasiado.

—No tengo ni idea —dijo—. Supongo que la respuesta evidente es que fue la señora Dodd, que está lo bastante furiosa como para convertirse en una maniaca homicida... pero no pudo ser ella.

—¿Por qué no?

—Sería demasiado obvio.

—¡Esto es la vida real, no un relato! —explotó Lisette, perdiendo la paciencia—. ¡Estás tratando de ser frívola, como si todo esto respondiera a una especie de provocación, pero eso es porque sabes la verdad! ¡La sabes tan bien como yo, pero te niegas a admitirlo!

—¡Te equivocas! —protestó Allisande, que se había ruborizado hasta la raíz del cabello.

—Sí, la sabes. Tú y yo sabemos más que nadie, ¿verdad? Uno por uno, los invitados pasaron por la cocina para que papá y mamá les diesen el desayuno, pero nosotras no fuimos. Papá nos trajo los platos al salón mientras mamá estaba ocupada en la cocina, ¿recuerdas?

—Sí, tienes razón —admitió Allisande a regañadientes—. Pero no veo que eso signifique que...

—¡Sí lo ves! —la interrumpió Lisette—. ¡Deja de mentir! Sé que no es fácil enfrentarse a la verdad, y no hay nada en la vida que te haya enseñado a perseverar ante las dificultades...

—¡Odio las dificultades! —repuso Allisande mientras cruzaba la habitación haciendo aspavientos, con cuidado de no pisar la sangre de David Butcher—. Prefiero no hablar de esto, Lissy, por favor. Vamos al jardín; podemos hacer una lista de los nombres que les pondremos a nuestros futuros hijos. A mí me gustan bastante Ptolomeo para niños y Arbella para niñas; ¿tú qué opinas? No Arabella (que contiene «árabe» y que suena un poco como escarabajo, ¿no crees?), sino Arbella. ¿Te gusta?

—Tenemos que hablar de esto, Sandie —dijo Lisette—. Nosotras dos estuvimos todo el tiempo sentadas en el salón, mirando hacia la ventana. Seguíamos en el mismo lugar cuando todo el mundo entró y se situó para la gran reunión, y sabemos que Perrine no pudo haber sido asesinada después de ese momento porque no había nadie que pudiera hacerlo: todos los sospechosos estaban en el salón.

—¡Cállate, cállate ya! —gimió Allisande.

—Quienquiera que se llevase a Perrine de la casa, junto con las piezas de su cama, debió de salir por la puerta de delante y por el camino principal; es la única forma. La puerta de atrás siempre ha estado cerrada con llave, y solo se puede llegar a ella por el otro tramo de escaleras, el que está en el ala de la casa donde no está el dormitorio de Perrine.

—Eso no es verdad —dijo Allisande—. Alguien podría haber bajado por las escaleras de al lado del salón, directamente desde el dormitorio de Perrine, y dado un rodeo hacia la puerta de atrás en lugar de ir a la puerta de delante. Robando la llave de la puerta de atrás...

—¡Pero eso no es posible! —dijo Lisette acaloradamente—. ¡La única llave de la puerta de atrás se guarda en la vitrina de puertas de cristal, en el salón, y nosotras estuvimos todo el tiempo allí! ¡Si alguno de los invitados hubiera cogido la llave de la vitrina, lo habríamos visto! ¡Nadie se acercó a ella!

—Intrusos —murmuró Allisande.

—¿Qué?

—Los has llamado invitados. Yo los llamo intrusos.

A Lisette se le cayó el alma a los pies.

—Uno de ellos asesinó a nuestra hermana —dijo Allisande.

—Sandie, tienes que decir la verdad. ¡A mí y a ti misma! Desde donde estábamos sentadas, si alguien hubiera salido por la puerta de delante, lo habríamos visto. ¿A quién vimos? ¿A quién viste tú?

—A dos policías llevándose el cuerpo de David Butcher en una especie de camilla. —De pronto, los ojos de Allisande se iluminaron—. ¿Y si no era solo el cuerpo de él? ¿Y si también estaba Perrine? Ya sabes que la leyenda de la malvada Perrine se ha extendido por toda la zona, hasta llegar incluso a Paighton y Torquay. ¿Y si la policía hubiese decidido hacerse cargo de la asesina de una forma prohibida, sin juicio ni nada?

—Ya he pensado en eso —dijo Lisette—, pero es imposible. El cuerpo de David Butcher

estaba en una bolsa, ¿no? Una bolsa con cremallera, con la forma exacta de una persona, una sola persona, un hombre adulto. Perrine no habría cabido en la bolsa de ninguna manera; y aunque hubiese cabido, ¿qué hay de las piezas de su cama, incluido el gran cabecero de madera? Ninguno de los policías llevaba piezas de cama.

—Quizá las llevaban escondidas debajo de las chaquetas —sugirió Allisande, que empezaba a dar muestras de nerviosismo.

—Sabes que eso es imposible —dijo Lisette—. Y sabes algo más. ¿Por qué te niegas a admitirlo?

Allisande parecía atrapada. Se tapó los oídos con los dedos y se puso a cantar: «Siete cerraduras en la puerta roja, siete puertas en la ciudad roja. En la ciudad vive un carnicero, le llaman el Guapo John Brown...».

—Sabes a quién más viste salir por la puerta de delante —insistió Lisette—. Sé que lo sabes, Sandie, porque sé que viste exactamente lo mismo que yo vi. Y yo lo sé.

—¡A nadie! —balbuceó Allisande—. ¡No vi a nadie! Nadie salió por la puerta de delante, excepto los policías que llevaban el cuerpo.

—Ya veo lo que tratas de hacer —dijo Lisette—. Estás diciendo la verdad y mintiendo al mismo tiempo.

Allisande empezó a cantar de nuevo: «Las botas de John Brown relucen de limpias, las espuelas de John Brown tintinean y brillan. En el capote, una flor carmesí; en la mano, una copa de vino».

—Sabes quién mató a Perrine. —Lisette alzó la voz para hacerse oír por encima de la canción—. No lo sabes por lo que viste, sino porque es la única posibilidad.

—«De noche, las doradas espuelas suenan. En la oscuridad, las botas de cuero relucen. No llames más a mi ventana, tu corazón ya no es mío...».

—Sabes cuándo se hizo, y por qué.

—«No llames más a mi ventana, tu corazón ya no ¡ES MÍO!».

—Sabes que la cama de Perrine fue desmontada, transportada y montada de nuevo en el muelle. La policía nunca sería capaz de averiguarlo, ¿verdad, Sandie? No podrían hacerlo a menos que se lo dijésemos nosotras; y debemos hacerlo. Tenemos que contarles por qué el asesino o asesinos de Perrine decidieron complicarse la vida desmontando y montando muebles.

—¡No! —rugió Allisande—. ¡No diremos nada a la policía!

—Tenemos que hacerlo, Sandie. Es lo correcto. Decir la verdad es lo correcto, y permanecer unidas es aún más correcto.

—¡No! ¡Lo hizo Lionel, el barquero! ¡Siempre anda por ese muelle!

—No seas tonta; Lionel no vino a casa. ¿Cómo iba a tener acceso a Perrine?

—Lo único que sé es que es exactamente el tipo de persona que no tendría problema alguno en desmontar una cama y volverla a montar. ¡Seguro que ni siquiera necesitaría las instrucciones!

—Tú sabes que Lionel no ha tenido nada que ver —le espetó Lisette, entre lágrimas—. De acuerdo, pues: si tú no quieres decir la verdad, yo lo haré. Me voy a la policía ahora mismo.

—No, no lo harás. —Allisande sonrió de forma amenazadora—. Porque, si lo haces, te mataré en cuanto vuelvas a casa, querida hermana.

—Depende de ti —dice Alex—. Si quieres ir, puedes.

Me mira para comprobar que no he cambiado de opinión.

Ellen está junto a la puerta principal con el uniforme de la escuela y el macuto al hombro.

—Tengo que ir a la escuela en alguna parte. Y, aunque sea muy triste ir a Beaconwood ahora que ya no está George, al menos estuvo allí en su momento. Si empezase a ir a una escuela distinta, no tendría ningún recuerdo de haber estado allí con George o de haberlo conocido allí. Sería aún peor.

—Entonces debes ir —le contesto, sorprendida por la intensidad de sus sentimientos. Yo nunca quise a nadie tanto como Ellen quiere a George hasta que tuve más de veinte años—. Alex, ¿la acompañas andando hasta el autobús y aprovechas para pasear a *Figgs*?

—No hay problema, ¿verdad, *Figgs*?

«Por favor, que no tarde mucho en contarle su plan de casarse con George». Necesito que Alex me tranquilice, asegurándome que eso no va a suceder, que Ellen y George recuperarán el sentido común antes de llegar a la edad en que puedan casarse legalmente.

Diga lo que diga ella, los sentimientos de Ellen por George no son platónicos. Cuando menciona su nombre, sus ojos se iluminan y le cambia la voz. Si se casasen, sería un desastre. George acabaría por enamorarse de alguien con un amor que superaría el vínculo de amistad que tiene con Ellen, y eso le rompería el corazón. Y si George tardase demasiado en darse cuenta del error, Ellen podría perder su oportunidad de tener hijos.

—¿Seguro que no te importa que vaya, mamá? No hace mucho estabas totalmente en contra.

—Eso fue... —Me aclaro la garganta—. Reconozco que no he estado muy acertada, El; estuvo mal que yo dijese eso. No apruebo el comportamiento de Lesley Griffiths y los profesores en el asunto de George, pero era una situación complicada. Ahora que los Donbavand se han esfumado de Beaconwood, espero que todo vuelva a la normalidad.

—No hay ninguna escuela que sea normal —replica Ellen—. Cualquier edificio con más de cinco personas va a tener su dosis de rareza. La gente es rara y ya está.

Me pregunto si no será más sabia que yo; tampoco sería tan difícil. Quizá se case con George y sean felices para siempre y se quieran más que nadie en el mundo. ¿Cómo voy a saberlo?

La mañana es fresca y agradable, una mañana que ni siquiera la tumba que un desconocido malintencionado ha cavado sin permiso en tu jardín es capaz de estropear. De pie en la entrada miro como Ellen, Alex y *Figgy* desaparecen de mi vista por encima de la colina. Las voces que oigo, apagándose poco a poco, no hablan de matrimonios de orientación mixta, sino de cuándo podrán volver a empezar a ver *The Good Wife*, o si mamá volverá a decir que no le apetece, como ha dicho todas las noches.

No lo puedo evitar; ¿cómo voy a sumergirme en una intriga de ficción, cuando sé que Lisette Ingrey podría estar fuera con una pala, moviendo tierra para cavar dos tumbas más?

Me doy cuenta de las implicaciones de «dos más»: que la tumba que ya hay va a seguir tal como está. «Inconcebible». Ya lleva demasiado tiempo ahí: hoy mismo la rellenaré. El contenido del agujero está al lado, en montones, sobre el césped. Lo volveré a meter dentro. ¿Tengo una pala? Quizá podría hacerlo con las manos.

Pienso en las manos enrojecidas y sucias de barro de Stephen Donbavand y siento un escalofrío.

Mientras camino hacia el cobertizo para ver si tengo una pala, suena el teléfono.

Es ella de nuevo, pero esta vez no hay saludo, ni «Soy yo».

—¡No me encontrarás nunca! —dice con la voz agitada, como si llevase horas gritándome y justo acabase de pensar en llamarme para que la oyera—. No sabes el nombre de mi casa, ¿a que no? Y si lo supieras, no te serviría de nada,

porque lo he tapado. Pero yo sí te puedo encontrar a ti: sé dónde vives, así que tengo ventaja.

—Entonces, ¿por qué has cubierto el letrero de mi casa con el nombre de tu barco, *Tide Glider*? Puedo ver la lógica de cubrir el letrero de tu casa, si crees que te va a ayudar a ocultarte, pero ¿por qué el mío si, como dices, sabes dónde vivo y, obviamente, yo también? —Cuanto más fuera de control parece ella, más tranquila estoy yo. Esta mujer no tiene estrategia, ni ideas claras. Su voz es la de alguien a quien es posible burlar—. ¿Por qué cambiar los nombres de tantas casas y barcos? ¿Es que acaso querías ocultar el hecho de que se trata de un asunto entre tú y yo? ¿Entre tu familia y la mía? ¿Habría sido quizá demasiado claro, Anne? ¿Habría creado un vínculo entre nosotras que ni el más estúpido de los policías hubiese podido ignorar?

—¿Cómo sabes el nombre de mi barco? —Levanta la voz y la acelera—. ¿Cómo sabes si tengo un barco? ¡Yo no tengo ningún barco!

—Sé bastante sobre ti. Sé que tu marido tiene una taza en la oficina que dice «¡El 150% de las estadísticas están equivocadas!». He visto las ampollas en sus manos, de cavar un agujero en mi jardín porque tú se lo pediste. Ay, qué daño. Deberías decirle que vaya al médico, Anne. Esas llagas deben tratarse: podrían infectarse.

—¡Espero que te infectes tú!

—¿Y por qué iba a infectarme?

—¡Me voy a morir de risa cuando te atragantes con la tierra y te mueras!

—De hecho, estaba a punto de volver a poner la tierra... —Me detengo: alguien llama a la puerta principal.

—¡Mamá, abre!

«Ellen». Suelto el teléfono y corro a la puerta como una exhalación. ¿Por qué no está en el autobús escolar?

Parece que está bien; asustada, pero no herida.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde están papá y *Figgy*?

—Vienen detrás de mí —responde, jadeando—. La madre de George estaba allí.

—¿Qué?

—Estaba en la parada del autobús, apoyada en su coche, esperándome. He sabido que era ella porque se parece muchísimo a George. Entonces me ha sonreído y me ha llamado con la mano. —Ellen hace un gesto con el dedo índice—. Me he dado un susto de muerte y he salido corriendo.

—¿Ellen! —Alex viene corriendo hacia la casa—. ¡Entrad las dos!

Al principio me da la impresión de que *Figgy* no está con él, porque no lo veo a su lado. Luego me doy cuenta de que Alex lo sujeta en sus brazos; parece un pequeño bulto gris con mirada de sorpresa. *Figgy* puede correr más rápido que ninguno de nosotros. Si Alex lo lleva en brazos es porque cree que necesita protección.

—¿Qué sucede? —grito.

—Viene hacia aquí; me siguió desde la parada del autobús y no se anduvo con sutilezas. —Alex cruza el umbral y mira por encima del hombro—. Deberías ver su cara. Creo que va a haber problemas. Vamos a cerrar la puerta con llave.

—Mamá, de verdad, está furiosa —dice Ellen—. Creo que lo sabe.

—Sabe lo de... —Casi digo «el compromiso».

—¡Lo de la visita de George! ¡Está como loca!

—Esto es... ¿Qué quieres decir con «furiosa»? ¿Muestra signos de ir a ponerse violenta?

—¿Violenta? No lo sé —responde Alex—. A juzgar por su expresión, yo no lo descartaría. Nadie me había mirado nunca así.

—Está aquí —digo; Alex y Ellen se vuelven a mirar.

A cincuenta metros, más allá de la tumba abierta en el jardín, Anne Donbavand está de pie al principio de la pendiente del césped hacia el río.

—Papá, aguanta la correa de *Figgy* —dice Ellen—. No dejes que se acerque a ella.

—¿Y no sería mejor que ninguno de nosotros se acercase a ella? —me pregunta Alex—. No tenemos por qué hablarle y, si es necesario, podemos llamar a la policía y pedirles que la saquen de nuestra propiedad.

—¿Alguno de vosotros la ha visto hablando por el móvil? —pregunto.

—Estaba hablando mientras me seguía —asiente Alex—. Parecía enfadada. ¿No sería...?

—Exacto. La ya no tan anónima persona que me llamaba.

—Mamá, ¿por qué coño, perdón, por qué está allí, simplemente de pie?

Muy lentamente, Anne Donbavand empieza a caminar hacia la casa. Estoy muy tranquila.

—Ve a la cocina. Llévate a Ellen y *Figgy*. Yo me encargo de ella. —Suena como si tuviese un plan; supongo que por eso Alex no discute, cuando casi esperaba que lo hiciese.

Pienso en llamar a la policía y lo descarto. No hay más que una mujer

caminando hacia mi casa; no tengo pruebas de que ni yo ni mi familia estemos en peligro. La policía no sería más que un estorbo, y tendré mejores oportunidades de luchar contra el peligro que sea si no me rodeo de inútiles.

¿Qué le diré a Anne cuando se acerque lo bastante como para hablar con ella? ¿Será ella la que inicie la conversación, o seré yo? Yo soy la anfitriona, y ella viene a mi casa, pero no me imagino diciéndole «Hola, Anne». Lo único que me viene a la cabeza son cosas que no tienen nada que ver con hablar. Acciones violentas. Quizá la peligrosa sea yo.

Anne rodea la tumba abierta. Aparte de sus peculiares ojos, de mirada más que profunda, tiene un aspecto común: pelo liso, castaño oscuro, con melena hasta el hombro y sin un estilo particular; abrigo de lana de color azul marino intenso, abotonado hasta las rodillas; manos en los bolsillos. Pantalones negros, botas negras de tacón cuadrado, bolso de cuadros azules y marrones.

Su rostro no está inmóvil; los labios, las cejas, la nariz, la piel de los pómulos, se mueven constantemente, de manera casi imperceptible, como si alguien estuviese dando tirones entre bambalinas. Quizá se trate de un trastorno neurológico que provoca contracciones, o puede que esté ensayando el intercambio de palabras que va a tener lugar en unos instantes. Sí, eso es lo más probable, ¿verdad? Está siendo espectadora de una escena teatral dentro de su cabeza, una escena en la que pelea, gana y lo disfruta. Intenta no pronunciar las palabras, y en general lo consigue, pero su esfuerzo le cuesta.

A medida que se acerca, los temblores de la cara se van haciendo cada vez menos frecuentes. Cuando se planta delante de mí ya se han detenido; ha dejado a un lado su conversación imaginaria para prepararse para la real.

—He quitado el adhesivo de *Tide Glider* de mi letrero —le espeto—. Aún lo conservo, ¿lo quieres? Por cierto, ¿sabes si se comentó en los periódicos lo del día en que las casas y los barcos se intercambiaron los nombres?

—No sé de qué hablas. No leo los periódicos, tengo demasiado trabajo.

«*Periódicosz*».

Es ella; es su voz, con esa especie de ceceo. Mis últimas dudas se desvanecen y se convierten en certeza absoluta.

—Debe haberte costado mucho hacer todos esos adhesivos. ¿Has delegado el trabajo en tu marido? ¿Como la excavación?

—No he venido para hablar de adhesivos ni de letreros de casas.

—¿Ni de excavar?

—¿Eres Justine Merrison?

Está claro que lo que ella dice le importa más que lo que digo yo. Su mirada me advierte que esa va a seguir siendo la tónica general, por mucho tiempo que pasemos hablando.

—¿Cómo? Ah, claro; finges que no me conoces. Sí, soy Justine; aunque tú prefieres llamarme Sandie, ¿recuerdas?

—Nunca te he llamado de ninguna forma; esta es la primera vez que nos vemos.

—En persona, sí. En conversación, no. Me sorprende que no reconozcas mi voz: yo reconozco la tuya de las llamadas amenazadoras, incluida la de hace diez minutos.

—De verdad que no sé de qué estás hablando. ¿Eres la madre de Ellen?

—Así es. Justine Merrison, la madre de Ellen; así que no soy tu hermana Allisande Ingrey.

—¿Quién?

—En efecto. Porque ambas sabemos que Allisande no existe.

Anne me mira fijamente, con frialdad.

—No tengo ni idea de lo que quieres decir. ¿Puedo entrar? Necesito comentar algo contigo —dice mientras mira hacia el vestíbulo por encima de mi hombro.

—Podemos hablarlo aquí. No pienso dejarte entrar.

—¿Cómo? No, no, aquí no. Me gustaría entrar.

—Pero no puedes.

—¿Por qué no, por el amor de Dios?

—Porque eres una perturbada peligrosa. Porque crees que eres alguien llamado Lisette Ingrey, pero no es así. O quizá ni siquiera lo crees de verdad y solo lo finges, porque es lo que te conviene.

Sus ojos no denotan ni una pizca de sentimiento de culpa o de turbación.

—No, eres tú la que está fingiendo. Un momento, vamos a llamarlo por su nombre: mentir. Estás inventando mentiras sobre mí; aunque no puedo decir que me sorprenda. Pero verás... —echa una ojeada al reloj—, tengo que ir a trabajar, así que te agradecería que dejases de decir tonterías y me dejases pasar.

—No. —¿Podría empujarme y entrar? ¿Se atrevería a hacerlo?—. No tienes derecho a entrar si yo no quiero que lo hagas. Esta es mi casa, no la tuya. No lo ha sido nunca.

Un estremecimiento la recorre al oírme decir eso. Lo cual no tendría sentido, a menos que se creyese Lisette Ingrey, que creció en Speedwell House.

—No sé qué crees que es real y qué fingido dentro de tu cabeza, pero les has dicho a tus hijos que eres Lisette Ingrey. Que tu hermana Perrine asesinó a Malachy Dodd y que luego la asesinaron a ella. Que, de algún modo, eso hizo que tu otra hermana, Allisande, quisiera matarte, así que tú y tu familia tuvisteis que cambiar de nombre, y ni George ni Fleur tienen permiso para hacer nada o ir a ninguna parte, no sea que la temible Allisande lo vea como una oportunidad para hacerles daño. Eso es lo que creen George y Fleur, ¿no es así? Y lo creen porque es lo que les has contado.

Anne se me queda mirando como si fuese un obstáculo grande y feo en mitad de su camino.

—No conozco a nadie llamado Ingrey ni Dodd.

—Has obligado a tu marido a venir aquí de noche y cavar una tumba en mi jardín, esa de ahí, ¿la ves?, después de amenazarme por teléfono con tres tumbas. A veces te ocultas en los árboles, en mi propiedad; cuando viste que tenía un nuevo perro, hiciste grabar una placa plateada para él, que también contenía una amenaza. La razón real por la que quieres que me vaya a Londres con mi familia es separar a Ellen y George, la misma razón que te hizo sacarlo de Beaconwood después de convencer a Lesley Griffiths para que fingiese expulsarlo. Confiesa que es así.

—¿Fingir expulsarlo? —Anne se ríe—. No sé qué historias te han contado, pero...

—Lesley Griffiths me dijo que le pediste que fingiera expulsar a George para que él se rebelase contra la escuela por ser injustos con él y no quisiese volver.

—Si eso es lo que te ha contado Lesley, está mintiendo. ¿Piensas dejarme entrar o no?

«Increíble».

—¿Piensas, al menos, admitir que me has estado llamando y amenazándome? He reconocido tu voz.

—No. No he tenido contacto alguno contigo hasta que has abierto la puerta.

¿Qué sentido tiene negarlo?

Si una persona no quiere admitir que la han pillado y no le importa lo que pienses de ella, ¿qué vas a hacer? Es perfectamente libre para inventar historias ridículas, de las que no tienen por qué convencer a nadie. Si una persona no obedece las reglas básicas de la lógica y no pelea con limpieza, ¿cómo vas a demostrar algo contra ella?

Y sin embargo, Anne Donbavand es capaz de pensar racionalmente; ha

publicado docenas de artículos y tres libros; cabe suponer que puede construir argumentos lo bastante razonables como para satisfacer a sus editores. Todo lo que me ha dicho desde que apareció en el umbral de mi puerta ha sonado muy razonable, y todo lo que yo le he dicho a ella ha sonado a lo que podría decir una persona trastornada. Un observador objetivo que fuese testigo del diálogo sin conocer toda la historia se pondría probablemente de su parte.

¿Qué puedo hacer? No puedo arrestarla, ni interrogarla bajo juramento — aunque estoy segura de que no le importaría nada cometer perjurio—. No tengo poder alguno para castigarla ni para retenerla.

—¿Qué es lo que quisiste decir antes cuando dijiste que no te sorprendía que inventara mentiras sobre ti? —le pregunto.

—Quería decir que, dado el carácter de tu hija, no era probable que el tuyo fuese mucho mejor. Me he estado preguntando qué clase de madre podría tener una hija como Ellen y...

—Y aquí se acaba esta conversación —dice Alex, que ha aparecido detrás de mí—. Ahora que ya has insultado a mi esposa y a mi hija, no tengo interés alguno en nada de lo que tengas que decir. Ahora voy a cerrar la puerta (perdón, Justine) y espero ver cómo te vas de aquí. Si dentro de cinco minutos sigues en mi propiedad, llamaré a la policía.

Y cierra la puerta en la cara de Anne.

—Alex, no quiero quedarme aquí. —Me tiembla la voz. No puedo creer lo que ha dicho sobre Ellen. Es algo peor que las amenazas de muerte. «Dado el carácter de su hija...». La sola idea de que alguien pueda decir una cosa así de mi niña...

—Creo que se irá —dice Alex—. No parecía muy segura.

—Me da igual. Vámonos de Devon: no quiero estar cerca de esa mujer, aunque no esté en nuestra casa, aunque un río entero nos separe. Está obsesionada con esta casa. —Es más de lo que puedo soportar: la idea de Anne Donbavand, todas las noches, mientras dormimos, resentida, vagando en silencio por nuestro jardín, imaginando que es la agraviada Lisette Ingrey, que había vivido aquí—. Pero si nos vamos, ella habrá ganado —me contradigo a mí misma.

—Sería una situación temporal —contesta Alex—. Podemos hacer que construyan un muro más alto, y poner una puerta que se pueda cerrar con llave... ¿Crees que estamos exagerando? —me pregunta, pasándose la mano por el cabello.

—No.

—Nunca he tenido una sensación tan desagradable con nadie como la que tengo con ella.

Un fuerte grito me deja sin aliento.

«Ellen».

Alex sale corriendo. Tras un momento de vacilación, yo salgo tras él.

«La cocina».

Todas las habitaciones de esta casa están alejadas entre sí. Entre un lugar y otro hay mucho tiempo para pensar. Para temer lo peor. «No, no, no». Esto no está sucediendo. Nada malo va a suceder.

Anne Donbavand está en mi casa. En la cocina, sentada en el sofá. La ventana está abierta. Ellen está llorando, apoyada en una de las patas de la mesa de la cocina, abrazada a *Figgy*. Su correa —azul marino con motivos de huellas de color azul pálido— está en el suelo, entre Ellen y la madre de George.

—Papá, haz que se vaya —solloza Ellen—. Ha entrado por la ventana. Yo la había abierto para escuchar lo que le estabais diciendo en la puerta. No he podido detenerla y agarrar a *Figgy* al mismo tiempo. ¡Creía que se había ido! Iba hacia el vestíbulo, casi estaba allí, y he oído un ruido. Estaba empujando la ventana, abriéndola desde fuera para poder entrar. Ha cogido la correa de *Figgy* y ha tirado hacia ella. Creo que se lo iba a llevar.

—Todo eso es mentira —dice Anne.

—¿Todo? Entonces, ¿no has entrado por la ventana de mi cocina?

Anne me sonrío. Ahora que está dentro de casa, está más contenta.

—Vaya, realmente te importa una mierda lo que diga, ¿no? —Siento un asco que amenaza con dominarme. Sería capaz de decir o hacer cualquier cosa.

—Anne —interviene Alex.

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo en nuestra cocina después de que Justine haya dicho explícitamente que no podías entrar? ¿Recuerdas que lo dijo?

—Sí. Pero tengo que hablar con los dos. Será más sencillo si dejáis que tenga lugar la conversación. Si no fuese necesario, no estaría aquí.

—Si quieres hablar, Justine y yo nos encontraremos contigo en alguna parte, en cuanto te parezca bien, pero no en nuestra casa. Vete, por favor.

—No —responde con una sonrisa. Se está aguantando la risa.

—De acuerdo; esto es totalmente inaceptable —respondo yo—. Voy a llamar a la policía para decirles que tenemos un intruso en casa.

Me desplazo hacia el teléfono de la pared.

—Adelante —dice Anne—. Cuando lleguen, les contaré que tuvieron retenido a mi hijo de catorce años en su casa contra mi voluntad. Sabían que George no tenía permiso para estar aquí, pero no hicieron nada al respecto; le dejaron quedarse. No llamaron por teléfono a sus preocupados padres para informarles de que estaba a salvo. Eso es imperdonable.

Me río.

—Y yo les confirmaré, con mucho gusto, que es verdad. Si hubiera sabido a qué tipo de lugar tenía que volver George, no le hubiese dejado irse.

—Iba a volver con su familia —Anne parece molesta—. Somos una familia muy unida y feliz.

—Eso no es verdad —dice Ellen, que ha recuperado la presencia de ánimo. *Figgy* aún está en sus brazos—. George nunca ha estado aquí. Él nunca vendría aquí sin permiso. Ya sabe que no le dejan hacerlo.

«Mierda». ¿He metido a George en todo este lío admitiendo que estuvo aquí? Está claro que Anne ya lo sabía, así que supongo que fue él quien se lo dijo.

—Eres una mentirosilla sinvergüenza, ¿verdad? —dice Anne, echando hacia atrás la cabeza en una carcajada—. ¿Ya les has contado a tus padres que has convencido a George para que se case contigo?

—Fue idea suya —replica Ellen.

Me mira con pánico en los ojos. Sin palabras, no tengo duda alguna de lo que quiere decirme. No debo pensar que, a pesar de estar al corriente de lo del matrimonio, Anne lo sabe todo. No sabe que George es gay.

Asiento. «De acuerdo».

—Por eso he venido a hablar, por esa estupidez del matrimonio —dice Anne—. Y entonces, oh sorpresa, oigo a Ellen decir «bla-bla-bla la visita de George»; ¡la visita que ahora mismo estás negando que tuviera lugar!

—Un momento. —Anne ha cometido un error, y lo aprovecho—. Ellen, ahora mismo, cuando has entrado en la cocina, ¿has tocado el teléfono?

—Sí. —Ellen parece sorprendida—. Lo he colgado; estaba descolgado, suspendido del cable en la pared.

—Exacto. —Me vuelvo hacia Anne—. Cuando Ellen ha hablado de la visita de George, no estabas cerca de la casa. Has aparecido un momento más tarde, al otro lado del jardín. Es imposible que oyeses lo que ha dicho Ellen, a menos que... —Me río—. ¡Anne, te acabas de traicionar! Cuando Ellen ha llamado a la puerta, yo estaba al teléfono con mi profundamente desagradable comunicante

anónima; y, como nos acaba de decir mi hija, solté el teléfono y corrí. Cuando ella ha entrado, lo ha encontrado descolgado. Así que no hay más que una forma de que hayas podido oír lo que Ellen ha soltado sobre la «visita de George»: que tú seas la comunicante anónima. Si estabas en el jardín, la voz de Ellen no podía llegar hasta ti. En cambio, la cocina... Había soltado el teléfono, pero tú seguías escuchando, ¿verdad? —digo, levantando la voz—. Y la voz de Ellen en el vestíbulo, asustada como estaba, bastó para que la oyeras. ¡Admítelo!

—No. He oído a Ellen desde el jardín —dice Anne con calma, pero ha cambiado de expresión. «Como una serpiente». Ahora, su rostro se ha oscurecido. He conseguido irritarla.

—George nunca ha estado aquí, lo juro. —Ellen lo intenta de nuevo—. Cuando oíste «la visita de George», no me estaba refiriendo a que George hubiese venido aquí. Te aseguro que nunca ha estado en esta casa.

—¿Crees que soy idiota? —pregunta Anne.

—No, escúchame. Mi padre es cantante, yo me he criado escuchando mucha ópera, y mi favorita es *Carmen*, de Georges Bizet. Cuando era niña, antes de saber nada de francés, vi su nombre en una funda de CD y lo pronuncié mal. Mi madre y mi padre pensaron que había dicho «George Visita», y se convirtió en una broma familiar. Desde entonces hemos llamado a Bizet «George Visita». ¿Verdad, mamá?

«¡Un juego para toda la familia!».

Ellen no me mira a mí; mira un poco a la izquierda. Al girarme veo lo que puede haber captado su atención.

El cartel. La lista de Alex, con «¡¡CAR MEN!!» en primer lugar. Carmen de Bizet. De ahí ha sacado la idea.

—Es verdad —miento—. Debe de ser eso lo que oíste, Anne.

¿Es eso lo que hace Stephen Donbavand? ¿Conspirar porque no puede soportar que queden al descubierto las mentiras que ha dicho una persona a quien quiere?

—Justine, ¿por qué nos estamos justificando ante esta mujer? —pregunta Alex—. Es más, ¿por qué estamos siquiera hablando con ella?

Anne se acerca a Ellen y se la queda mirando.

—¿George Visita en lugar de Georges Bizet? —Su voz es fría como el hielo—. ¿En serio esperas que me lo crea?

—Sí —responde Ellen, desafiante.

Figgy ladra.

Anne abre el bolso; yo estoy a punto de gritar, esperando que saque algo del bolso —un cuchillo, o una pala pequeña—, pero no lo hace. Lo que hace es bajar el bolso abierto y mostrárselo a Ellen, mientras dice:

—En el futuro, mantente alejada de mi hijo.

—¡Papá —grita Ellen—, hay algo muerto ahí dentro!

Alex intenta agarrar el bolso de Anne, pero ella lo aparta y lo cierra de un golpe.

—¿Qué tienes ahí? ¡Enséñamelo!

«Por favor, que no sea el perrito o el gatito de algún pobre desgraciado».

—Estaba cubierto de sangre —solloza Ellen—, y la cabeza estaba arrancada.

—Miente otra vez —dice Anne.

—¡Tenía cola, puta zorra de mierda!

«Dios mío». ¿Una ardilla? En nuestro jardín hay montones de ellas.

—Vaya, vaya, qué lenguaje más horrible para una niña.

—Pues si no quieres oír algo peor de dos adultos, te sugiero que te largues de mi casa a toda hostia —grita Alex.

—No os preocupéis, ya me voy. He dejado bien claro lo que quería decir.

Anne sale de la cocina de malas maneras. Oigo sus tacones repiquetear en el suelo del vestíbulo y la puerta principal cerrarse de golpe.

Corro hacia el cajón de debajo de la fregadera y, agarrando el cuchillo más grande que veo, lo levanto y lo bajo con fuerza, clavándolo en la madera de la superficie de trabajo, con todas mis fuerzas, una y otra vez.

«Me habría gustado matarla, me habría gustado matarla, me habría gustado matarla».

—Justine, para ya. Dame eso. —La neblina roja que me nubla la vista se abre momentáneamente, y veo a Alex quitándome el cuchillo de las manos—. No se lo hagas pagar a la casa.

Tengo que hacer algo. No me voy a quedar aquí parada, ni a hablar más de esto con nadie. Ha llegado el momento de actuar.

—Voy a salir.

—¿Adónde vas?

—¡No seas estúpida, mamá!

—Tengo cuarenta y tres años. Puedo ir a donde me apetezca.

—Sí, y puedes matar a Anne Donbavand y acabar en la cárcel —dice Alex.

—No voy a matar a nadie.

—Entonces dime dónde quieres ir.

No tengo energías para mentir; y tampoco debería hacerlo.

—A su casa.

—Ha dicho que se iba a trabajar. Y aunque no fuera así, no te dejará entrar.

—Yo no la he dejado entrar, pero ella ha entrado de todos modos, ¿no? —le respondo con rencor—. Yo puedo hacer lo mismo. ¿Crees que va de camino a la Universidad de Exeter? Quizá tuviese pensado hacerlo, pero cambió de idea al oír las palabras «visita de George». Estará conduciendo hacia su casa a toda velocidad para amargarle un poco más la vida a su hijo. O a lo mejor ni siquiera le grita; quizá se reserva los gritos para cuando está entre un poco y medio enfadada. En el caso de un motín grave como este, a lo mejor le cava una tumba en el jardín de atrás.

—Entonces, si tú tienes razón y Anne va de camino a su casa, ¿acaso quieres aparecer en mitad de una enorme pelea familiar?

—Llegaré antes de que empiece la pelea.

—¿Y qué piensas hacer?

—Trae a George aquí, mamá. ¡Por favor! Puede vivir con nosotros.

—No, El, no puede —dice Alex—. Eso sería secuestro.

—A George le encantaría que lo secuestrasen, papá. Imagínate que... *eso* es tu madre; seguro que a ti también te encantaría.

—Sí, pero... —Alex gime y se vuelve hacia mí—. Justine, piénsalo por un momento. Si tienes razón y Anne se dirige a su casa, llegará antes que tú.

—No. Yo llegaré antes.

—¿Y cómo lo vas a hacer? Ella tiene ventaja y tú aún no te has vestido siquiera. ¿Para qué quieres ir a casa de Anne?

Hago caso omiso de la pregunta y me siento en el suelo junto a Ellen.

—No llores, El; todo saldrá bien —le digo mientras acaricio a *Figgy*, que me corresponde con un gruñido. Es algo que no le había oído hacer nunca. Quizá esté alterado por la situación. Me mira con los ojos muy abiertos y lame mi mano, como para disculparse por haber gruñido.

—Ellen, escúchame: dijiste que Anne estaba apoyada en su coche en la parada de autobús, ¿no?

Ellen asiente.

—Si se dirige hacia su casa, irá en coche; el único camino alternativo es la barca de Lionel, y ¿por qué iba a tomar la barca y dejar el coche en esta orilla del río? Tendría que venir a buscarlo después. —Echo una ojeada a la hora en el

reloj del microondas—. La barca de Lionel sale dentro de ocho minutos. Puedo llegar a tiempo con el Range Rover; luego son cinco minutos para cruzar a la orilla de Dartmouth, y no parece que necesite más de cinco minutos hasta la casa de George. Si Anne va en coche, tendrá que dar todo el rodeo, que son como mínimo cuarenta y cinco minutos; a estas horas, más bien una hora.

—Pero ¿qué harás cuando llegues allí? —pregunta Alex—. ¿Cuál es la finalidad del viaje?

—No tengo tiempo para contártelo.

«Ni para averiguarlo yo misma».

Agarro el bolso, el teléfono, las llaves del coche y me pongo un abrigo encima del pijama. En el vestíbulo, deslizo los pies en lo que queda de las chancletas mascadas por el cachorro y me pongo en marcha, con la pregunta de Alex resonando en los oídos.

¿Qué haré cuando llegue allí? Estoy a punto de descubrirlo. Si puedo llegar antes que Anne...

En el coche, actúo con disciplina. No puedo mirar el reloj del salpicadero o empezaré a preocuparme por la hora, a hacer cálculos frenéticos, a medir cada uno de los segundos de esta loca carrera, y eso me impedirá concentrarme en conducir tan rápido como pueda. Piso el pedal del gas a fondo.

Si me encuentro con un coche de frente en este camino tan estrecho, se acabó todo: perderé la barca de Lionel.

«No pienses tampoco en eso. No pienses, no sientas, no respires, no seas humana. Estás acostumbrada, ¿recuerdas? Tu trabajo era así».

Llego a la barca segundos antes de que salga, con el sudor chorreando por mi rostro. Los demás pasajeros evitan mirarme. Son nueve, y todos ellos ponen cara de «turista feliz para quien el tiempo no es un problema». Espero que se ahoguen todos, no de verdad, solo en mi cabeza, para hacerme sentir mejor.

Lionel —la sutileza no es su fuerte— se inclina para acercar su rostro al mío y dice:

—¡Vaya, parece que alguien está un poco nervioso esta mañana!

Le contesto que me lleve al otro lado tan rápido como pueda y filtro su respuesta, que dice algo sobre los viajes que tardan lo que tardan, corrientes, vientos de proa, ¿me sigue? Si me pusiese a prestar atención a los detalles acabaría por empujarlo al río, y eso sería contraproducente.

Me da la impresión de que pasan años hasta que empezamos a movernos para cruzar el Dart. Una mujer de pelo cano con impermeable verde señala hacia

mi casa y pregunta:

—Mira, Morris, ¿es esa la casa de Agatha Christie?

—No seas tonta —responde Morris.

¿Es que está insinuando que Speedwell House no es lo bastante buena para Agatha Christie? Que se ahogue también.

Me encanta mi casa. Lo único que odio de ella es su proximidad a Anne Donbavand.

Un truco que aprendí en mi época de taxis y reuniones apresuradas en Londres; saco el monedero y preparo el importe exacto del viaje para dárselo a Lionel y poder largarme rápido mientras los demás pasajeros rebuscan monedas en los bolsillos.

Finalmente llegamos al muelle de la orilla de Dartmouth. Mientras navegábamos he identificado el camino óptimo para subir a la colina. Nunca he corrido cuesta arriba antes y, de hecho, habría dicho que no era capaz de hacerlo, pero no es verdad. Hay muchas cosas que uno no puede hacer hasta que tiene que hacerlas.

Ahora se me ha acabado el camino o, lo más probable, lo he perdido. Trepo por la boscosa ladera, casi perdiendo pie unas cuantas veces. Las chancletas no son el calzado más apropiado para esto. Si me caigo ahora, puede que llegue hasta la barca de Lionel, que está llenándose de pasaje para hacer el viaje hacia la orilla de Kingswear.

Contra todo pronóstico, llego de una pieza. El chalé de color mandarina de los Donbavand tiene un letrero de madera en la pared, a la izquierda de la puerta principal. Debe de tener un nombre, pero no lo veo. La superficie del cartel está cubierta por un gran adhesivo, con la misma forma y tamaño que el que tapaba el letrero de mi casa. En este caso, dice «*Wavebreaker*».

«Para ocultar la verdadera identidad del chalé y que la vengativa Allisande Ingrey no pueda encontrar a su hermana Lisette para matarla».

Es una locura, pero ahora no es el momento de plantearse si todo esto es posible.

Llamo a la puerta con fuerza y no sucede nada. No oigo movimiento en el interior.

Me inclino y grito a través de la abertura del buzón: «¡Hola! ¿Hay alguien en casa? ¿George? ¿Stephen?». Miro por la estrecha rendija rectangular. Tranquilidad total: una casa vacía.

—¿Justine? ¿Es usted?

Doy un grito y un brinco hacia atrás. La voz es clara y próxima; debe de estar en el vestíbulo, justo detrás del buzón.

—¿George?

—Sí. ¡Hola! ¡Qué sorpresa!

—¿Estás sentado apoyado contra la puerta?

—Sí. Es a lo que yo llamo «salir». Me temo que es lo más que puedo hacer últimamente.

«Inimaginable». Y sin embargo, en esta orilla del río, en esta casa, es lo normal.

—Déjame entrar, George.

—No puedo. La puerta está cerrada y no tengo la llave.

«Mierda».

—Mi madre se la llevó. No tiene un pelo de tonta: sabe que si pudiese acceder a la llave, las posibilidades de que me encontrase en casa al volver serían, como mínimo, escasas.

—¿Estás solo?

—Sí. Mi madre y mi padre están en el trabajo y Fleur tiene día de prueba en una escuela nueva.

—¿Y tú no? —Me están empezando a doler los dedos de aguantar el buzón abierto.

—No sea tonta —ríe George—. Yo no puedo salir al mundo, no soy de fiar; Fleur sí. La ha creado nuestra madre; no tiene ideas propias, en absoluto. Nunca sería tan atrevida como para hacerse amiga de alguien o, Dios no lo quiera, confiar en alguien fuera del núcleo de la familia. No hay peligro de que eso ocurra.

¿Dónde ha aprendido a hablar así? ¿De su madre? Me pregunto cuántas veces le ha contado Anne la historia de Lisette, Allisande y Perrine Ingrey.

—George, necesito entrar.

—Y yo necesito salir —contesta él—. No estoy seguro de si compartimos dilema o no. Creo que probablemente sí.

—Tus ventanas no parecen de cristal doble. Voy a romper una.

—¿En serio? —Suena emocionado—. Justine, es genial, de verdad.

—No, George, no lo soy. Es que... tengo que entrar en la casa.

—¿Dónde está Ellen? ¿En la escuela o en casa?

—¿Cómo? No, tú debes quedarte aquí. Creo que tu madre está de camino, y furiosa. Sabe que viniste a nuestra casa.

—Está siempre furiosa, o llorando, o preocupándose. Créame, estará todo el día en el trabajo. Nunca vuelve antes de las siete. Mi padre regresa sobre las cinco.

—¿Y les parece bien dejarte aquí solo todo el día?

—Bueno, mi madre sabe que no puedo salir. Hasta hace poco no me habrían dejado sin compañía, pero se ha declarado el estado de emergencia: les dije a mis padres que Ellen y yo estamos comprometidos.

—Eh, sí, vale... —¿Acaso espera que lo felicite?

No pueden dejarlo todo el día encerrado en casa. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Qué piensan hacer?

En lugar de convertirme en responsable de un allanamiento, debería llamar a los servicios sociales. Si hay suerte, la persona que envíen a hablar conmigo no organizará carreras solidarias con Stephen Donbavand.

—Puede romper la ventana del salón —sugiere George—. En la parte de atrás, la de más allá a su derecha. Es la que pondrá más furiosa a mi madre.

Suelto la tapa del buzón y corro hacia el jardín de atrás. Casi me pongo a reír al ver lo que hay en el césped: una pala grande, sucia de barro. Después de toda la noche cavando una tumba en mi jardín, Stephen debía de estar agotado. Llegó a casa, soltó la pala y, desde entonces, no ha podido recogerla.

Es demasiado pesada para levantarla por encima de la cabeza, así que la balanceo contra la ventana, que estalla en mil pedazos. George está de pie al otro lado, con los ojos muy abiertos y una expresión que parece de felicidad.

—Utilice la pala para retirar todos los fragmentos del marco de la ventana —me aconseja—. Eso es. —No voy a poder entrar antes de que él salga: ya tiene un pie en el alféizar.

—Cuidado, no te vayas a cortar: puede haber trozos de vidrio.

—Estoy bien. ¿Dónde está Ellen, en la escuela?

Se da impulso hacia fuera y aterriza en el césped, a mi lado. Lleva vaqueros oscuros, zapatos rojos y una camiseta de color caqui de cuello raído. Quizá tuviese letras estampadas, hace tiempo.

Me recuerda a Germander, a las tres letras que se cayeron del cartel.

—No sé dónde está Ellen ahora. Estaba en casa cuando salí. Tu madre nos hizo una visita, así que no fue a la escuela en autobús.

—Vaya, siento que mi madre les impusiera su presencia.

—Probablemente Alex ya habrá llevado a Ellen a la escuela, pero no estoy segura. Quizá haya preferido esperar en casa a que yo vuelva. Sabía que venía

hacia aquí.

—De acuerdo. Probaré primero en la escuela y luego en Speedwell House. Será mejor que me dé prisa o perderé la barca de Lionel. Puede tomar té o café, sírvase usted misma. —Se ríe—. No deja de ser cómico en estas circunstancias, ¿no cree?

—Sí que lo es. Un momento, George. ¿Crees que podrías esconder algo sin que nadie lo encontrase? Quiero decir, ¿tu madre registra tus cosas?

—No, ni siquiera se molesta. Sabe que no tengo nada que no sean «objetos permitidos» —dice, dibujando unas comillas con los dedos en el aire.

Saco el teléfono móvil del bolso para ver si hay cobertura; la hay. Se lo doy a George.

—Toma esto. Hay un icono con un sobre, mi correo electrónico. Si haces clic en él se abrirá mi bandeja de entrada. En ella hay varios correos que me ha enviado Ellen. Si haces clic en Responder, puedes enviarle correos. Escóndelo en tu habitación, en algún sitio donde tu madre no mire nunca, y podrás enviar mensajes a Ellen siempre que quieras. ¿Sabes enviar un correo electrónico?

—Ellen me enseñó con su iPod —contesta George, asintiendo. Examina el teléfono desde todos los ángulos—. Pero ¿y usted? ¿Se las arreglará sin él?

—Me compraré otro.

—Pero, hasta entonces, ¿cómo llamará?

—No tengo intención de llamar a nadie. No quiero que nadie pueda llamarme a mí. Cuanto menos tiempo pase comunicándome con otras personas, mejor; salvo con Ellen y Alex, claro.

—Es lo contrario que yo. ¡A mí me encantan las personas! —dice George, radiante—. Quiero hablar con todo el mundo, excepto con mi madre. Mi padre y Fleur no cuentan; no son más que copias de ella. Cuando les conté que Ellen y yo estábamos prometidos, todos dijeron exactamente lo mismo.

Quiere que le pregunte, pero soy incapaz de enfrentarme a ello. Asiento e intento parecer comprensiva; como si yo hubiese dicho algo mejor...

—Justine, ¿está segura de esto? —pregunta George. Está sopesando el teléfono en la mano como si fuese un lingote de oro—. Es muy generoso de su parte. ¿Cree que me lo merezco? —Frunce el ceño—. ¿Y si leo sus correos electrónicos personales? ¡Le prometo que no lo haré!

—Adelante, hazlo. No hay nada secreto en ellos.

Me inventé una dirección de correo electrónico distinta para mi correspondencia con Ops, y esos mensajes no se cargan automáticamente en el

teléfono. Aunque George buscase en el historial de Internet, no podría acceder a la cuenta: está protegida por una contraseña.

—Si retrocedes hasta el año pasado verás cómo me quejo y despotrico como una chalada sobre las injusticias en el mundo de las series de televisión. Pero bueno, todo eso ya lo sabes: el asunto de Ben Lourenço.

—¿Cómo lo sabe? —pregunta, preocupado—. ¿Se lo dijo Ellen?

«Un momento; ahora es mi turno».

—George, ¿quién es Lisette Ingrey?

George abre unos ojos como platos. La nuez se mueve arriba y abajo en su garganta.

—¿Tu madre te contó que ese era su nombre antes de cambiárselo? ¿Te dijo que tu nombre había sido Urban Ingrey?

—¿Cómo que si me lo dijo? ¿Quiere decir que no es verdad?

No debería haber sacado el tema; he elegido un momento inoportuno. Aunque George crea que su madre nunca llega a casa antes de las siete, Anne podría estar de camino. No me queda mucho tiempo.

—Es cierto, Justine, todo lo que Ellen le ha contado es verdad. —George parece alterado—. Espero que no crea en los genes malos ni nada parecido. Creo que es una tonta superstición sin base científica —suelta, a la defensiva—. Solo porque mi tía fue quien fue, eso no quiere decir nada sobre mí. ¡Es tan probable que yo mate a alguien como que vaya patinando hasta Marte!

—George, en serio... No tengo ninguna mala opinión sobre ti. No debes preocuparte por eso.

«Odia a su madre, y es lo bastante inteligente para ver hasta qué punto es destructiva; pero cree todo lo que ella le ha contado sobre su historia; lo cree incondicionalmente».

No puedo ser yo la que me encargue de decirle que su madre es tan embustera como tirana. En un mundo ideal, eso sería la tarea de Stephen Donbavand; pero él no es más que un trasto inútil.

—Gracias por su fe en mí, Justine. Le prometo que no la defraudaré.

—No podemos hablar de esto ahora, George —respondo. «Tengo que registrar tu casa»—. Coge el teléfono y escóndelo.

—Es usted una persona maravillosa.

Mis ojos se llenan de lágrimas. Es patético, lo sé, pero no puedo evitarlo.

—¿Justine? Cuando salga de la casa, antes de irse, no tape la ventana. Déjela abierta o no podré entrar de nuevo. Voy a fingir que he estado todo el día en el

piso de arriba y no he oído cómo se rompía.

Asiento. George se mete el teléfono en el bolsillo de los vaqueros, me hace una reverencia como si yo fuese la reina y él mi humilde servidor y sale corriendo colina abajo hacia la barca de Lionel.

Entro en la casa por la ventana. Lo primero que veo en el salón, cuyos colores predominantes son el marrón y el beige, es un aparador con las puertas abiertas, con juegos de tablero y puzzles en el interior y apilados encima. En una esquina hay un televisor, pero no veo ningún reproductor de DVD. Las paredes están ocupadas por anodinos cuadros de paisajes; los dos sofás tienen un aspecto viejo y destrozado. Hay dos estanterías llenas de libros de todo tipo: novelas, diccionarios, tomos sobre asiriología, libros de economía. ¿Por qué tantos diccionarios? Hay más de diez, y ninguno de ellos es de una lengua extranjera. ¿Quizá Anne compra una edición tras otra con la esperanza de que cambie el significado de «verdad»? ¿De que, de pronto, en 2010 o 2011, la palabra se redefina según su conveniencia?

«Verdad: cualquier mierda que te apetezca inventarte, para que todos los que te conocen se pregunten si no se estarán volviendo locos. Significado anterior: aquello que está de acuerdo con los hechos o la realidad».

En la parte de atrás de la casa hay una deprimente cocina de color gris y negro, y un aseo que parece haber sido en su momento un armario debajo de la escalera. Aparte de eso, el salón ocupa todo el piso de abajo. En el piso de arriba encuentro lo que busco: tres dormitorios, uno doble y dos individuales, y un baño.

Algo no funciona. Si no tuviese más información, supondría que en esta casa vive una familia normal. El dormitorio de Fleur está pulcramente ordenado. En las paredes hay pósteres de lo que parece ser una especie de grupo de música femenino: *The Saturdays*. La habitación de George está bastante ordenada, pero no inmaculada como la de su hermana. Hay unos cuantos montones de ropa en el suelo, y una estantería llena hasta los topes de novelas: Dickens, Jane Austen, Charlotte Brontë, Robert Graves, Tolstoi.

Interesante. Parece que Anne no tiene inconveniente en que su hijo lea novelas, mientras no tenga acceso a Internet. A lo que ella le tiene miedo es a las demás personas; no le preocupa la influencia de *Jane Eyre* u *Oliver Twist*.

Las personas inteligentes pueden también ser las más estúpidas.

El dormitorio de Anne y Stephen es el más desordenado de la casa. La cama no está hecha; hay un montón de ropa limpia y planchada en equilibrio en una

esquina, medio derrumbado en el suelo, donde también hay un montón de ropa sucia y arrugada y toallas de baño húmedas. En la pared de la ventana se apoya una tabla de planchar. En una de las esquinas hay un tocador con dos ordenadores portátiles, así como maquillaje, desodorante, perfume y calcetines hechos una bola.

Los Donbavand necesitan una casa más grande; la reclusión no tiene por qué implicar estrecheces.

El teléfono empieza a sonar y me da un buen susto. Está en la mesita de noche junto a la ventana, y es una antigüedad. Me lo quedo mirando: está cubierto de polvo. No quiero tocarlo: seguro que apesta a aliento de embustero. Solo de pensarlo me dan náuseas.

Podría ser Anne, que quiere hablar con George. Si no responde, quizá le dé un ataque de pánico y venga derecha a casa... Tengo que salir de aquí lo antes posible. Ya no hay nada que me impida irme. He hecho lo que quería: invadir la casa de Anne, igual que ella invadió la mía.

Abro al azar los cajones del tocador, pero no encuentro nada interesante. Uno de ellos contiene entre diez y veinte adaptadores para enchufes. Furiosa, lo cierro de golpe, pensando en Anne viajando por todo el mundo, compartiendo sus ideas con otros eruditos, mientras que a su hijo no le permite tener siquiera un amigo, bajo amenaza de sacarlo de la escuela.

En el cajón siguiente hay un montón de accesorios para el cabello encima de un sobre de papel manila; lo saco del cajón y lo abro. Y me quedo sin respiración.

La primera página mecanografiada está encabezada por las letras «A.I.», subrayadas. «Allisande Ingrey». A continuación hay una lista numerada de algo que parece ser inscripciones para lápidas. Son un montón de páginas, empezando por las más breves y básicas —«En recuerdo de», «Siempre estarás en nuestra memoria»— y siguiendo por sugerencias más largas y elaboradas: «Una florecilla, que no ha podido/abrirse en la tierra y lo hará en el cielo». Junto a la número cuarenta y seis hay una marca en tinta azul: «La cadena familiar se ha roto/Parece que ya nada será igual/Pero uno a uno Dios nos llama/Y los eslabones a unirse volverán».

Sin duda es una referencia al asesinato de Perrine Ingrey.

El teléfono ha dejado de sonar. El silencio me hace pensar en algo que sé que es cierto, aunque me gustaría poder fingir que no: Anne Donbavand ha elegido la inscripción para mi lápida.

El mismo sobre contiene tres catálogos de ataúdes, con fotos de todos los modelos que se pueda imaginar: oscuros, brillantes y caros; claros, sencillos y baratos. Junto a uno de los más caros hay una marca en tinta azul. Una opción extraña si lo que planeas es asesinar a alguien, pero lo entiendo: puede que Lisette odie y tema a Allisande, pero le importa. Cuando alguien te importa, no optas por lo más barato.

Sobre el tocador hay un lápiz de ojos negro. Lo destapo, pongo una X junto a la marca de Anne y empiezo a escribir «Buena calidad, pero excesivamente barroco. Prefiero un estilo más sencillo, ¿vale, hermanita?». Lo dejo mientras estoy escribiendo «calidad»; me niego a hacer bromas con esto, ni siquiera para hacer enfadar a Anne. No quiero llamarla «hermanita» porque no es mi hermana, ni lo ha sido, ni lo será nunca.

Todo esto no tiene ninguna gracia; no puedo ponerme a bromear. Una mujer peligrosa y paranoica tiene fantasías en las que me mata y me entierra, y tengo unos folletos que lo demuestran. Ha sido minuciosa: aparte de los ataúdes, el sobre contiene cientos de imágenes de urnas, dos catálogos enteros. Anne no debe de haberse decidido entre enterramiento y cremación.

Inspiro profundamente varias veces. Quizá no vaya más lejos; puede que el contenido del sobre y el hoyo en mi jardín le basten.

«Y la chapa de *Figgy*, y entrar en tu casa después de decirle que no era bienvenida en ella, y las llamadas anónimas, y el animal muerto en el bolso...».

Abro los cajones uno por uno; en el tocador no hay nada más, y tampoco en los armarios roperos.

Encuentro otros dos sobres —uno rojo y uno verde— en el cajón de la mesita de noche de Anne. Al abrir el primero, veo algo que me pertenece y me quedo sin aliento. «¿Cuándo ha podido Anne...?».

No, no lo ha robado. Se trata de su propia copia del folleto de la agencia inmobiliaria. Debió de ver que Speedwell House estaba en venta, como lo vimos nosotros, y pidió más detalles, como nosotros.

He aquí la bonita foto de la escalera, el dormitorio de Ellen con la puertecita de color verde menta en la pared...

¿Por qué pierdo el tiempo mirando algo que me sé de memoria? Cierro el folleto y saco los demás papeles del sobre: información sobre Speedwell House, impresa a partir de una página web... Cuando veo lo que hay al final de la pila,

palidezco: más detalles de la inmobiliaria, pero mucho más antiguos; quizá quince o veinte años más antiguos. Los colores de las fotografías están desvaídos. De nuevo, ahí está la puertecita en la habitación de Ellen —«la habitación de Perrine»—. En ese mismo momento me juro a mí misma que voy a pintar la puerta de un color distinto en cuanto pueda, tanto si Ellen está de acuerdo como si no. He llegado a aborrecer ese color verde menta. ¿Por qué no lo ha cambiado nadie nunca?

A lo largo de los años, Anne ha recogido toda la información que ha podido sobre Speedwell House, la casa familiar de los Ingrey; con la salvedad de que los Ingrey nunca han vivido allí, y Anne Donbavand no es Lisette Ingrey.

Con un escalofrío vuelvo a meterlo todo en el sobre verde.

El sobre rojo es peor: contiene una lista de nombres, direcciones de correo electrónico, alias de Twitter, datos de lugares de trabajo y números de teléfono. Me sube una bocanada de bilis a la boca; me la trago, haciendo una mueca por el mal sabor, y me siento en el borde de la cama para no perder el equilibrio. Cuando el vértigo disminuye, vuelvo a mirar.

En la lista aparecen todas las personas a las que conozco o he conocido: Ben Lourenço, Donna Lodge, Freddie Bausor, mi padre y Julia, amigos de la infancia, vecinos, directores de *casting*, artistas maquilladores, agentes... Todas las personas que formaron parte de mi vida, todas aquellas a las que seguía o que me seguían en Twitter, y lo mismo en LinkedIn y Facebook.

Todas.

¿Por qué no pondría al máximo la configuración de privacidad de Facebook? ¿Por qué, hace ya tantos años, no hice que mi cuenta de Twitter fuese privada? La presencia de Anne en mi vida digital ha compensado con creces mi ausencia de ella.

Podría haber evitado esta invasión con facilidad; hace unos años, Alex me dio un sermón sobre privacidad digital, y yo me reí de él y le dije que sonaba como un chalado conspiranoico. «No me ocultó de nadie —le dije—. Odio esta obsesión por la privacidad. No hace más que dar mucho trabajo para nada».

Anne debe haber pasado horas investigando todos mis contactos. El sobre contiene un buen montón de papeles. Una ojeada rápida me indica que ha investigado de forma minuciosa todos y cada uno de los nombres de la lista. De algún modo ha conseguido direcciones y números de teléfono de más de veinte personas, algunos de los cuales ni siquiera yo misma tenía. Matthew Read de la BBC, Peter Fincham de ITV, Will Peterson de Independent Talent, mi amiga

Cassie de la escuela primaria, quien a mi pesar me encontró y se puso en contacto conmigo hace unos años... Anne ha encontrado y enumerado sus direcciones y otros datos variados.

Obsesionada conmigo, obsesionada con mi casa. ¿Qué fue primero? Seguramente fue la casa. O quizá fue una combinación de eso y de la amistad entre Ellen y George. Yo osé mudarme a Speedwell House y luego mi hija Anne le arrebató la lealtad de su hijo...

Aquí está el número de teléfono móvil de mi padre y, justo debajo, el mío. «Gracias, papá. Gracias por darle mi número a una chalada. No pensaba que pudieses superar lo del árbol genealógico, pero parece que lo has conseguido».

Y ahora, ¿qué hago? ¿Llevo los sobres directamente al agente Luce? ¿Y qué demuestran? Mi nombre no aparece en ningún lado en estas páginas. Parece simplemente una inofensiva lista de nombres y direcciones. Y en cuanto al otro sobre, los catálogos de ataúdes y urnas y las inscripciones... ahí tampoco está mi nombre. Tanto Anne como yo sabemos que A.I. significa Allisande Ingrey, y que, en la mente retorcida de Anne, yo soy Allisande Ingrey, pero no hay nada aquí que sirva de prueba a una persona que dude de ello. La abreviatura «A.I.» tiene otros significados: inteligencia artificial, información anticipada... En Londres, los editores me enviaban constantemente hojas de información anticipada sobre los libros que estaban a punto de publicar, por si quería hacerme con los derechos de televisión. Anne podría decirle al agente Luce que había escrito «A.I.» como encabezado de la lista porque esta contenía información de la que era útil disponer con anticipación en caso de muerte. Podría fingir —y no me cabe duda de que lo haría— que las marcas azules señalaban objetos elegidos para su propio funeral, no para el mío.

Cierro los ojos con fuerza; durante unos momentos, una violenta furia me invade, tan intensa que no me deja hablar, ni pensar, ni moverme. Respiro con intensidad, expulsando toda la ira, y también mi última esperanza de obtener ayuda de la policía. Ya no me ofende la incapacidad, o quizá la desgana, de Euan Luce para ayudarme. Así son las cosas, nada más.

Abro los ojos y miro por la ventana: no hay rastro de coche alguno que se dirija hacia la casa. Desde aquí podría ver a cualquiera que viniese desde la carretera principal, lo cual es bastante útil. La vista desde el chalé de los Donbavand no es tan bonita como la que hay desde Speedwell House, en parte porque los techos son mucho más bajos y las ventanas, mucho más pequeñas...

Mi corazón da una sacudida; el pensamiento se queda flotando en mi mente:

«Más pequeñas, más bajos... Más pequeñas... Más bajos...».

Busco en mi mente, intentando averiguar qué es lo que ha pasado por ella a toda velocidad. «Vamos, cerebro, dime de qué se trataba».

La ventana de Ellen, la sensación extraña en su habitación...

Dios mío, ya sé qué es. Por supuesto.

Sé lo que es, pero no sé qué quiere decir. «Perrine Ingrey. Malachy Dodd. Perrine y Malachy, en su dormitorio, el dormitorio de Ellen...».

Vuelvo a mi conversación con Sarah Parsons y me fijo en un comentario insustancial, un comentario que entonces pensé que era trivial y al que no le di importancia.

Tengo que leer el resto del relato de Ellen, sea como sea. Y tengo que volver a hablar con Sarah.

Levanto el auricular del teléfono de la mesilla y marco el número de mi propio teléfono móvil. George contesta al cuarto timbrado. «Hola, este es el teléfono de Justine. Habla George Donbavand».

—Soy yo, George.

—¡Hola! ¡Es fantástico recibir una llamada de mi... benefactora telefónica!

—George, no me digas eso, por favor. Deja de dedicarme cumplidos. Tengo que preguntarte...

—Pero lo digo con toda sinceridad, Justine. Eres la primera persona que me llama en mi vida. Esta es la primera llamada telefónica que recibo especialmente para mí; no para la familia en general, quiero decir.

—George, escúchame: ¿sabes dónde conseguimos nuestro perro?

—¿Figgy? Eh, no. ¿Es que no lo sabe usted?

—Sí, pero te pregunto si tú lo sabes.

—De acuerdo; pues no. Ellen dijo que un día apareció con él. Creo que dijo que venía de Londres; que fue a Londres y volvió, por sorpresa, con un perro.

—¿No te dijo el nombre de la persona que me lo dio, ni su dirección?

—No. Oh, pero ahora recuerdo que me dijo que estaba usted conduciendo y vio una casa, y que se obsesionó con ella...

—¿Dijo dónde? ¿Qué casa?

—No, solo dijo una casa en Londres. ¿Por qué?

—Estoy intentando averiguar si tu madre ha podido obtener esa información de alguna manera.

—No lo creo, no —dice George.

A pesar de vivir en Londres, Olwen forma parte de mi vida desconectada, de

mi vida post-Londres. Quizá sea la única persona que Anne no sabe que conozco. Nunca la he seguido, ni me he comunicado con ella por Twitter, Facebook o LinkedIn. Recuerdo que le pregunté a mi comunicante anónima si ella era Olwen, pero creo que no mencioné el apellido «Brawn».

Es bastante probable que Anne Donbavand no sepa ni el apellido de Olwen ni su dirección.

—Gracias, George.

—No hay de qué. ¿Justine?

—¿Sí?

—¿Aún está en mi casa?

—Sí.

—Yo estoy al lado de la suya, a punto de llamar a la puerta. Le he enviado un correo a Ellen desde la barca de Lionel. Como no me ha contestado enseguida, le he enviado un correo a Alex (he encontrado un mensaje suyo en la bandeja de entrada y lo he respondido). Me ha dicho que puedo ir. Es extraño y algo así como simétrico que usted esté en mi casa y yo en la suya, ¿no?

—Sí. George, tengo que colgar. Dile a Alex que le llamaré dentro de cinco o diez minutos, ¿de acuerdo? Es importante; asegúrate de que responda al teléfono.

—Lo haré, no se preocupe. ¿Justine?

—¿Sí?

—Hay un hoyo inmenso en su jardín.

—Ya lo sé, George. Tengo que dejarte, de verdad.

—No pasa nada —responde jovialmente—. Puede que nos veamos más tarde, cuando vuelva a casa, ¿no?

—Hum... Sí, quizá. Adiós.

Cuelgo el teléfono, con la esperanza de que utilizase la palabra «casa» en el sentido de que yo vivo allí, no de que él tenga intención de vivir allí también de ahora en adelante. Y, aunque así fuera, no puedo pensar en ello justo ahora; no puedo pensar en nada más allá del peligro inmediato de que Anne Donbavand me asesine y me entierre con un epitafio horrible en la lápida. Debo concentrarme en mantenerme viva, yo misma y los míos.

Vuelvo a descolgar el teléfono y entonces me doy cuenta de que no recuerdo el número de Olwen; lo tenía guardado en el móvil. Marco el número de información de teléfonos.

—¿Pueden ponerme con Brawn (B, R, A, W, N), de la casa de nombre

Germander, Panama Row número 8, Londres?

—Un momento, lo estoy comprobando —dice una aburrida voz al otro extremo de la línea—. Tengo un Brawn en el número 8 de Panama Row; la inicial del nombre es O.

—Ese es; ¿me pasa la llamada? Gracias.

«Por favor, que Olwen esté en casa. Por favor, por favor, por favor».

—¿Hola?

—¿Olwen, eres tú?

—¡Justine! ¿Te ocurre algo? ¿Estás llorando?

—No —«Sí, de alivio».

—¿Qué sucede? ¿Le pasa algo a *Figgy*?

—No, *Figgy* está bien. Ahora no te lo puedo explicar, pero... Olwen, sé que es mucho pedir, pero ¿podría ir con mi familia a quedarme en tu casa? Iría a un hotel, pero no sé cuánto tiempo sería, y Alex y yo apenas alcanzamos a pagar la hipoteca; se nos acabaría el dinero en pocas semanas. —Sé que estoy farfullando y que probablemente lo que digo no tiene mucho sentido, pero tengo que tratar de explicarme o pensará que soy una presuntuosa de marca mayor—. Se lo pediría a otra persona, a alguien a quien no acabase de conocer, pero no puedo acudir a nadie a quien conozca más que a ti, porque ella tiene sus direcciones. La tuya es la única que no tiene. Tengo que ir a algún lugar donde ella no pueda encontrarme o nunca podré volver a dormir tranquila. Tú eres la única que no está en la lista.

—No hay ningún problema —responde Olwen—. Tú y Alex podéis quedaros en mi dormitorio y yo me iré a casa de mi mujer un tiempo.

—Yo... no sabía que estuviera casada.

—Sí, con Maggie. Vive un poco más abajo, en la misma calle. ¡Esperemos que lo de compartir techo no conduzca al divorcio!

«Gracias, gracias, gracias. Si pudiese estar allí ahora mismo...».

—¿Justine? Lo del divorcio era una broma, de verdad. No pasa nada. Podéis venir todos, *Figgy* incluido, cuando queráis.

«Todos...».

No. Solo pensarlo ya es una locura. George no puede venir con nosotros.

No es mi yerno. No es nada mío.

Capítulo 13

Quién, cómo, cuándo y por qué

Lisette sabía que la amenaza de su hermana era totalmente seria. Había fracasado en convencer a Allisande, y siempre iba a ser así. Los ojos de Allisande estaban llenos de odio por ella, más odio del que Lisette había visto nunca en ellos hacia Perrine (tres veces asesina).

Oh, Lisette lo comprendía, desde luego. De alguna forma retorcida, tenía sentido. Pero le rompía el corazón de todos modos.

Aquella noche, Lisette hizo una mochila y se escapó de casa. Abrió la vitrina de puertas de cristal, cogió la llave y se fue por la puerta de atrás. Fue a la policía, les contó todo lo que sabía y se fue lejos de allí. Cómo le fue desde entonces, y cómo se abrió camino en el mundo... eso ya es otra historia, pero puedo decir esto: le fue excepcionalmente bien. Trabajó duro para labrarse su propia carrera y, una vez que lo logró, se casó con un hombre maravilloso y tuvo dos hijos fantásticos.

Pero había un problema: Lisette había construido su nueva vida, con un nuevo nombre, en un lugar situado a cientos de millas de Speedwell House. Echaba de menos terriblemente Kingswear y el río Dart. No a su familia, ni la casa, ni siquiera a Mimsie Careless. Al cabo de años de permanecer lejos de allí, Lisette se dio cuenta de que aquel lugar de Devon en el que había vivido era especial, y que lo añoraba desesperadamente.

Así que, después de muchos años, Lisette Ingrey (que se había cambiado de nombre para protegerse, a ella misma y a su familia) se mudó de vuelta al lugar que la había visto crecer. Tomó la precaución de vivir al otro lado del río, con la esperanza de que eso bastase para no encontrarse nunca de manera fortuita con Allisande, a pesar de que no sabía si su hermana y sus padres seguían por allí, ni si vivían aún en Speedwell House.

Pero había algo que sí sabía: nadie había sido acusado nunca del asesinato de Perrine. En las noticias locales, Lisette oyó mencionar ocasionalmente que el asesino de Perrine Ingrey aún andaba suelto.

No la sorprendió: a pesar de saber con toda seguridad quién lo había hecho, no había podido aportar ninguna prueba concluyente. Si la policía hubiese interrogado a Allisande, habría oído una historia muy distinta; sin duda, Allisande habría fingido que había visto a Lionel, el barquero, entrando y saliendo a escondidas de Speedwell House con su caja de herramientas, y todo se habría reducido a la palabra de Lisette contra la de su hermana.

Y seamos realistas: en Kingswear y sus alrededores, todo el mundo, policía incluida, pensaba que la muerte de Perrine Ingrey era una muy buena noticia.

Lisette sospechaba que su familia se habría mudado para dejar atrás las terribles reminiscencias. Después de todo, Bascom, Sorrel y Allisande se tenían unos a otros; no

necesitaban el río Dart ni las verdes laderas de las colinas a una y otra orilla para ofrecerles alimento emocional y conectarlos con los fragmentos felices de su pasado (que los había, a pesar del extenso catálogo de tragedias y violencia que acabo de relatar).

Lisette pronto averiguó que se equivocaba. Un día estaba comiéndose una ensalada de langosta en el Anchorstone Café de Dittisham, contemplando con tranquilidad los destellos del sol en las aguas del río. Cuando terminó de comer, pidió la cuenta. En su mesa, delante de ella, alguien puso un platito blanco con un trozo de papel doblado en él. No le dio mayor importancia hasta que lo abrió y vio la inconfundible caligrafía de su hermana Allisande. No era la cuenta. La nota decía «Vete de Devon y no vuelvas jamás, o te mataré a ti, a tu marido y a tus hijos». Lisette se giró de inmediato en la silla, pero era demasiado tarde: Allisande ya se había ido.

Lisette rompió en mil pedacitos la horrible nota y los dejó en el plato; luego entró en el café y le preguntó a la mujer que atendía la caja si alguna de las personas que trabajaban para ella se llamaba Allisande Ingrey. «No, no trabaja aquí —respondió la mujer—, pero ¿sabe una cosa? ¡Es muy extraño! Estuvo aquí hace un momento, pidió lo de siempre (¡de hecho, lo estoy preparando ahora mismo!) y dijo que iba a sentarse a una de las mesas de la terraza, pero no hace ni dos minutos la he visto darse el piro. Nunca lo había hecho antes, esto de pedir y desaparecer».

Lisette miró lo que la mujer estaba preparando: dos bollos pulcramente cortados en dos; en el plato había también dos vasitos de cerámica, uno con nata y otro con mermelada, ambos casi vacíos. La mujer del café había extendido la mayor parte del contenido sobre los bollos.

—Normalmente no hago esto para todos los clientes —dijo, al ver que Lisette se quedaba mirando—, pero Allisande paga un poco más para no tener que hacerlo ella misma.

Los ojos de Lisette se llenaron de lágrimas. Esto era muy típico de Allisande, que, como Sorrel, era partidaria de la ley del mínimo esfuerzo. Ninguna de ellas pediría jamás langosta, por ejemplo, por el engorro de tener que romper el caparazón y extraer los trocitos de carne con un artilugio metálico.

Por primera vez desde que había salido huyendo de Speedwell House, Lisette sintió una intensa añoranza por su hermana (imaginaos el dolor, combinado con el hecho de que esa misma hermana acababa de reafirmar su intención de matarla; es todo bastante horroroso, ¿no?).

Lisette se aclaró la garganta y preguntó:

—¿No sabrá por casualidad si Allisande y su familia viven aún en Speedwell House?

—No, ya hace tiempo que no viven allí —repuso la mujer del café—. Bascom y Sorrel viven ahora en un chalé en Dittisham. Está aquí mismo, colina arriba, si quiere ir a verlos. No hay más que ir subiendo; se llama Speedwell Cottage, como su antigua casa.

Lisette se quedó sin aliento. La idea de ver de nuevo a sus padres, después de tantos años... Pensó hacerlo, pero decidió que no lo soportaría, que la experiencia sería dolorosa en exceso.

—Allisande vive en Londres ahora, pero visita a sus padres un fin de semana de cada tres —dijo la mujer—. Ha sido mucho más buena con ellos que esa otra hermana, la que huyó y los abandonó, no recuerdo su nombre...

—Lisette —dijo Lisette.

La mujer se inclinó hacia ella y susurró:

—Según Allisande, y por favor, no se lo diga a nadie, yo misma juré que no lo haría...

—Puede estar tranquila.

—Allisande dice que Lisette mató a su hermana menor, Perrine, y luego huyó para que no la mandasen a la cárcel.

Lisette se quedó sin habla. Había supuesto que su hermana acusaría al prescindible barquero, Lionel, pero nunca imaginó que ella misma podía ser la acusada. Aunque, en realidad, era lógico. ¿De qué otro modo podía Allisande explicar a Bascom y Sorrel la súbita desaparición de Lisette? Oh, podía imaginarse perfectamente la conversación:

Sorrel: Pero ¿adónde se ha ido? ¿Y por qué? ¡No podré soportar la pérdida de una segunda

hija!

Bascom: ¡Yo tampoco! ¿Es que nuestras vidas no están lo bastante destrozadas ya?

Allisande: Asesinó a Perrine, mamá y papá. Yo la vi mientras estabais en la cocina sirviendo el desayuno. La vi salir corriendo de casa con el cuerpo de Perrine y las piezas de la cama.

Bascom y Sorrel se habrían opuesto enérgicamente. Habrían dicho lo más obvio: que alguien la hubiera visto; que el cuerpo de Perrine habría sido demasiado pesado para ella quien, a pesar de ser mayor que su hermana, era más menuda y delgada; que Lisette no había tenido tiempo de llegar al muelle, volver a montar la cama, poner a Perrine en ella y regresar antes de que empezase la reunión en el salón.

Bascom y Sorrel Ingrey habrían señalado todos estos argumentos en defensa de Lisette a Allisande. Pero cuando Allisande siguió insistiendo —y no cabe duda de que lo hizo, de forma cada vez más desesperada, como si realmente lo creyera—, habrían acabado por rendirse y admitir que sí, que era posible. Habrían tenido en cuenta el hecho de que Lisette había huido sin despedirse de ellos, y habrían comparado esta actitud con la de Allisande, su querida hija, que seguía allí. Después de sopesar todos los factores, habrían decidido aceptar la mentira de que Lisette había matado a Perrine.

Lisette podía incluso imaginar a sus padres defendiéndola por este crimen que no había cometido. «Debió de hacerlo para salvarnos —habrían dicho Sorrel o Bascom, o quizá ambos—. Ella sabía que algún día Perrine saldría de la cárcel y que volvería a matar. Lisette decidió que había una única forma de evitarlo y de protegernos para siempre».

Allisande, desde luego, habría dejado que sus padres interpretasen los imaginarios acontecimientos de esta forma benévola. No se habría opuesto porque creía en la lealtad dentro de la familia, y para ella eso significaba decir cosas bonitas de tu familia en público mientras los amenazas de muerte en secreto.

Lisette estaba segura de que Allisande no les había mencionado a Bascom y a Sorrel que le había dicho que la mataría. Las amenazas de muerte formaban parte de la verdad, y Allisande había decidido, muchos años atrás, que la verdad no era su amiga, sino su enemiga. Para que Bascom, Sorrel y Allisande vivieran felices y comieran perdices, la leyenda de la lealtad a la familia tenía que sobrevivir: Perrine era la única Ingrey que podía reconocerse como fruta podrida. Si era necesario hacer pasar a Lisette por asesina, tenía que ser una asesina noble, que matase para proteger a Bascom, Sorrel y Allisande. Del mismo modo, si esta última no podía evitar señalar (mintiendo) que su hermana era una asesina, era fundamental que lo hiciese sin criticar, alabando a Lisette y solidarizándose con ello por el crimen que había cometido, haciéndolo pasar en lo posible por una buena acción.

Lisette estaba contenta de haber huido cuando lo hizo, y no solo porque así impidió que su hermana le prendiese fuego por la noche o algo igualmente espantoso: estaba contenta de no formar parte de una familia que se había alejado tanto de la verdad. La naturaleza perversa de Perrine había acabado por emponzoñar a todos los Ingrey, aparte de Lisette —y, desde luego, del marido y los hijos de esta, que sabían la verdad y estaban de su lado—. Fue el respeto de Lisette por la verdad y la justicia lo que hizo que Allisande considerase que era más prescindible que Lionel, el barquero.

Pero ¿y tú, la persona que está leyendo esta historia? ¿Respetas la verdad? Porque aún no te la he contado, ¿no es así? Podría haberlo hecho con facilidad, pero entonces la habrías dado por descontada, que es algo que no quiero que hagas. Creo que la apreciarás más si luchas durante un tiempo por averiguarla y, finalmente, lo consigues. Cuanto más te cueste llegar a ella, más la valorarás (este es el motivo por el que las historias de misterio son las mejores: porque solo se llega a la verdad al final, cuando ya está uno totalmente desesperado, y esta estrategia es la que te hace darte cuenta de la escasez de la verdad, tanto en las historias como en la vida, y cómo es realmente lo único que importa).

De modo que vamos a ver si eres capaz de resolver el rompecabezas: ¿quién mató a Perrine

Ingrey? ¿Cómo, cuándo y por qué? Te he dado todas las pistas posibles, así que deberías poder llegar a la respuesta.

Leo tres veces los dos últimos párrafos y dejo los papeles en el suelo.

—Ellen, por favor.

—No. Te he dejado leerlas, y dijiste que eso era lo que querías.

—¡Pero no me di cuenta de que no habría final!

—¡Oh, no! ¡Ja! ¡He llegado antes que tú! —Uno de los Bedlingtons de Olwen se ha levantado a mirar si lo que alguien ha puesto en la alfombra es comestible. Después de poner la historia en un estante alto, Ellen dice—: Ya está, fuera de peligro.

El perro ladra como protesta.

Alex, Ellen y yo aún estamos en período de pruebas. Los perros de Olwen están contentos de que *Figgy* haya vuelto, pero con el resto de nosotros no lo tienen tan claro. Creo que les preocupa perder la mayoría si aparecen demasiados seres humanos.

Yo estoy viviendo la premonición que tuve hace ya muchos meses, en un atasco en la Circular Norte. Germander, Panama Row número 8 —una casa que yo no elegiría en la vida— es temporalmente mi hogar, y no me importa en absoluto que esté tan cerca de una autopista de seis carriles. El ruido y los humos no me preocupan para nada; estoy tan contenta y agradecida de estar aquí, lejos y a salvo de Anne Donbavand, que no puedo creer en mi buena suerte.

No puede haber sido una premonición, porque esas cosas no existen. Una coincidencia total es más verosímil. En cuanto a la extraña y potente sensación que experimenté la primera vez que vi la casa de Olwen... Fue el día en que cambié de vida. Probablemente estaba más nerviosa de lo que yo misma era

consciente. Si Anne Donbavand puede soñar cosas salidas de ninguna parte, quizá yo también puedo. Quizá todos lo hagamos a veces, y cometamos el error de tragarnos todo lo que nos pasa por la cabeza, si es que nos parece urgente y verdadero.

—Esto es como la vida real —contesta Ellen—. A menudo no hay resolución.

—Pero en tu historia la hay —dice Olwen—. Tú no la revelas, pero está claro que hay una respuesta.

—¿También la has leído? —exclama Ellen, sorprendida.

—Solo la última parte. Me llamó la atención mientras estaba en casa de Maggie, imprimiéndolo para tu madre. Me gustó el final; es un desafío para el lector.

—Yo no quiero un desafío —intervengo—. Quiero saber quién mató a Perrine Ingrey; y, citando el título del último capítulo, cómo, dónde y por qué.

Yo nunca dije que lo único que quisiera fuese leer el relato de Ellen. Ese no era más que el primero de mis deseos. Ahora quiero otras cosas.

—¿Por qué quieres saber quién lo hizo? —salta Ellen—. ¿Qué importa?

¿Cómo podría explicarle que, como personaje central de la ficción de Anne Donbavand, necesito entender lo mejor posible cuál es mi papel? Quizá saber quién mató a la inventada Perrine no suponga cambio alguno para mí, pero no puedo estar segura de ello mientras no tenga la respuesta.

—Quizá deberíamos tratar de averiguarlo, como nos dice la historia —sugiere Olwen—. Si lo hacemos bien, a lo mejor Ellen nos da una pista.

—¿Lo harías, El? —pregunto.

—No. —Se muerde el labio por dentro y se mira los pies.

—¿Por qué le juraste a George guardar el secreto? ¿Te dijo que les harían daño a él y a su familia si se lo decías a alguien, aunque fuésemos papá y yo?

—No.

Olwen me mira como diciéndome: «No pongas palabras en su boca. Deja que sea ella quien hable».

El silencio crece a nuestro alrededor; espero que Alex —que ha salido a comprar al supermercado con Maggie— no elija este momento para volver.

—No sé quién mató a Perrine —dice Ellen por fin—. George tampoco lo sabe. La historia la escribí tal como él me la contó. He incluido todos los detalles que he podido recordar, tal como me los relató. La mayoría es, palabra por palabra, lo que su madre le ha contado, aunque George ha añadido algunos giros

cómicos por su cuenta, como lo del rap de Eminem.

Ellen sonríe con orgullo, pero es una sonrisa triste. A diferencia de mí, ella no siente alivio por estar lejos de los Donbavand. Echa de menos poder ver la ventana de George desde la suya.

—¿Cómo que George no sabe quién mató a Perrine? —pregunto de mala manera. «Joder, joder... ¿Cómo puede no saberlo?».

¿Quizá Ellen está mintiendo? Sé que se siente culpable por «traicionar» a George al dejarme leer la historia. Puede que se comprometiera con su propia conciencia a compartir el texto pero sin ofrecer ninguna información más, a mantener el secreto de familia de su amado prometido Urban Ingrey.

Un secreto falso es la peor de las mentiras. «Jura que nunca le dirás a nadie lo que te estoy contando, que no es verdad —o pronto descubrirás que te estoy manipulando—. Jura que te lo guardarás para ti misma y nunca comprobarás los hechos preguntando a nadie, sobre todo a nadie más honesto que yo».

Anne Donbavand se inventó toda una telaraña de falsos secretos para mantener recluidos a sus hijos y hacer que temieran a los extraños. George decidió que quería lo bastante a Ellen como para tirar de la telaraña y enredarla a ella también. Ahora está atrapada, con los Donbavand, en su conocimiento falso compartido de acontecimientos que nunca sucedieron, y yo soy la extraña en la que teme confiar.

—Cada vez que George se lo pregunta a su madre, ella le dice que debería poder averiguarlo por sí mismo —le dice Ellen a Olwen. Me ha dejado de lado como público. Debo de tener aspecto de estar enfadada—. Dice que todos los datos están al descubierto. Por eso mi historia acaba así.

No puedo creer lo que escuchan mis oídos.

—No se lo dice explícitamente a George porque eso pondría su vida aún más en peligro de lo que ya lo está ahora, y siempre dice que, si él llega a averiguar la respuesta, se negará a confirmársela.

—Entonces, ¿por qué le explica la historia al pobre chico, por el amor de Dios? —dice Olwen.

—Ojalá no lo hubiera hecho —responde Ellen con amargura—. George detesta saber que sucedieron todas esas cosas horribles y que tiene alguna relación con ellas. ¿Por qué se lo tuvo que contar Anne? Entiendo que quería protegerlos, a él y a Fleur, pero ¿qué clase de protección es esa? «No olvidéis, niños, que hay alguien que nos la tiene jurada a todos y que siempre será así, a menos que tenga éxito».

—No lo sientas demasiado por George, Ellen —dice Olwen—. Puede que su madre no sea una madre ideal, pero él tiene el mejor y más leal de los aliados: tú.

Ellen parece apaciguarse un poco. Me pregunto si le ha contado a Olwen sus planes de matrimonio con George. Por algún motivo, sospecho que sí lo ha hecho, aunque Olwen no me ha dicho nada al respecto. Alex aún no lo sabe; si lo supiese, no me cabe duda de que lo habría mencionado.

—Ellen, tú sabes que no es verdad, ¿no? —le digo con suavidad.

—¿Qué es lo que no es verdad?

—La historia que has escrito. Sé que George la cree porque su madre se la ha contado, pero... es mentira, de principio a fin.

Ellen se echa atrás, agitando vigorosamente la cabeza, como si quisiera expulsar algo de ella. Me gustaría haber podido encontrar una forma mejor, más delicada, de decirlo.

—Pero... ¡no! ¿Cómo no va a ser verdad, mamá? ¡Nadie puede inventarse algo tan elaborado! ¡Sería la locura más grande de la historia!

—Yo creo que Anne Donbavand está loca. No, en realidad... no está loca, sino que es una perversa manipuladora, camuflada de persona perturbada. Piénsalo, El. No puedo creer que no hayas buscado los nombres por Internet: Perrine Ingrey, Lisette, Urban. Yo sí lo hice, y no encontré nada. Nada de historias de asesinatos, nada sobre la muerte de Malachy Dodd. Y en Speedwell House nunca ha vivido nadie llamado Ingrey...

—¡Es porque lo ocultaron todo! Lograron que no apareciese en los periódicos y nunca llegó a Internet. Eso es lo que le dijo a George su madre.

—Es una mentirosa patológica, El. Sé qué familias han vivido en Speedwell House durante los últimos cien años; puedo enseñarte una cronología. No hay ningún Ingrey, no hay ninguna familia en la que hubiese un asesino que fuese luego asesinado. —Hago una pausa para dejar que procese la información y prosigo—. La familia de George nunca se ha cambiado de nombre. El nombre de su padre desde que nació es Stephen Donbavand. Se ha llamado así toda su vida. Anne Offord, ese es su nombre de soltera, se casó y se convirtió en Anne Donbavand. Tengo documentos de un investigador privado que lo demuestran.

Los ojos de Ellen miran en todas direcciones mientras lucha para asumir todo lo que le digo.

—George me dijo que... tiene unos abuelos que se llaman Offord, pero que no son familia carnal. Su madre le dijo que eran sus padrinos, y que asumieron el papel de figuras paterna y materna cuando ella se alejó de su familia biológica.

—Gracias a este detective, he visto el certificado de nacimiento de Anne. Martin y Denise Offord son sus padres biológicos.

—Entonces... —Ellen parece estar enfadándose—. Entonces... ¿ha estado mintiendo sobre toda esa historia, sobre todos los detalles? ¿Se ha creado una vida y un pasado trágico y ha hecho creer a sus hijos que era cierto?

—Así es. Y les ha hecho creer que estaban amenazados por alguien que no existe: Allisande Ingrey. En realidad, la única amenaza para su bienestar es la propia Anne.

—P-pero... George cree todo esto. Dios mío —susurra Ellen—, ¿por qué iba alguien a hacer una cosa así? ¿Por qué?

—No lo sé —contesto. Loca, chalada, perturbada, demente... Ninguna de esas palabras hace justicia a la enormidad de las acciones de Anne.

—Tiene que ser verdad —insiste Ellen.

—No, El. No tiene por qué serlo y no lo es. ¿Por qué George y Fleur se llamaban Urban y Garnet Ingrey, cuando se suponía que Ingrey era el apellido de soltera de su madre? ¿Y el de su padre? ¿Qué pasó con él?

—Puede que Anne sea feminista —dice Olwen.

—Yo creo que más bien es una narcisista desenfrenada. En su invención, sus hijos, a quienes considera de su propiedad, debían tener el mismo apellido que ella. Creo que considera a Stephen Donbavand como alguien irrelevante, un simple lacayo.

—Pero tantos detalles... —Ellen sigue negando con la cabeza—. En serio, ¿no hay nada que sea verdad? No puedo creer que alguien imagine todo eso a partir de nada.

—Las mentiras de Anne se basan en, como mínimo, una dolorosa historia real. Tuve mis sospechas cuando estuve en su casa; fue por algo que me ocurrió, pero tenía que comprobarlo con su hermana Sarah para asegurarme, y eso es lo que hice. También tenía que leer tu relato, El, y ahora ya lo he hecho; ahora estoy segura.

—¿De qué? —pregunta Ellen—. Dímelo.

—Lo haré; pero antes tengo que escribirle una carta a Anne.

—¿Por qué? Si tienes razón y es una embustera tan grande como dices, no deberías tener ninguna relación con ella. ¿Qué piensas decirle?

—Le voy a dar la oportunidad de entrar en razón y cambiar de conducta. No me digas que no va a funcionar; eso ya lo sé.

«¿Lo sabes? ¿O esperas en secreto que tu voz —la voz de la razón pura, sin

sesgo— sea capaz de comunicarse con ella y salvar la situación?».

—Lo hago por mí misma, tanto como por Anne y otras personas —respondo, mirando a Ellen y a Olwen—. Después de oír y leer tantas mentiras, me gustaría ver la verdad, lo que yo sé, por escrito. Necesito saber que Anne la ha visto, que la ha leído palabra por palabra. Después, si decide rehusar la oportunidad de ofrecer cordura a su propia familia, es asunto suyo.

—Y entonces llamarás a los servicios sociales y les dirás que tiene encerrado a su hijo en casa un día tras otro —dice Olwen—. Aunque, como he dicho, yo lo haría de inmediato.

—No —dice Ellen rotundamente—. Si haces eso, George acabaría en asistencia social, y eso no puede suceder. No duraría ni cinco minutos, mamá. Ya sabes cómo es la gente; no todo el mundo, pero la mayoría —puntualiza.

Asiento. Es como si fuésemos dos adultos ponderando la situación de un niño en situación vulnerable.

—Si vamos a hablar de cómo es la gente... —interviene Olwen—. Enfrentarse a una mentirosa patológica no da resultado. Yo lo he intentado —suspira—. Algún día, si no hay más remedio, os contaré la historia de mi vida.

«Pas devant les enfants».

—Si se los desafía, lo único que hacen es crear más mentiras. «Ah, ¿ha contratado un detective?», dirá Anne. «Pues resulta que yo lo contraté antes y le pagué para que le contase falsedades y ocultase sus verdaderos descubrimientos». Mentirá sin parar porque, para ella, tú no eres real, Justine. No eres más que un peón en su partida, como todas las personas. Ni siquiera ella misma es real en su mente. Por eso puede creerse sin esfuerzo una identidad propia falsa. Su idea de sí misma es tenue, inestable, insatisfactoria; les pasa a todos los mentirosos compulsivos. Generalmente se han criado en hogares en los que se premia la falta de honradez y se castiga la honestidad: «Sí, papá, claro que tienes razón en todo. Eres una persona familiar, amable y cariñosa, no un narcisista alcohólico y violento, claro que no». —Olwen meneaba la cabeza—. Esa clase de lavado de cerebro es casi imposible de neutralizar. Yo diría que tus posibilidades de convencer a Anne Donbavand para que siga el camino de la verdad son prácticamente nulas.

—¿Cómo sabes todo esto sobre los mentirosos? —pregunta Ellen.

—¿Aparte de por la historia de mi vida que he mencionado? Me he formado en observación y análisis —mientras lo dice, Olwen logra parecer humilde—. Cuando una persona entra en casa, interesada en uno de mis cachorros, dispongo

de unos treinta segundos para evaluarla y decidir si podrá proporcionarle un buen hogar. En esos treinta segundos tengo que darme cuenta de todo: ¿me está mirando a mí o mira a través de mí? ¿Habla para conectar conmigo o para impresionarme?

—Entonces, ¿qué me sugieres que haga?

—¿Con Anne? —Olwen se encoge de hombros—. Depende de lo que quieras conseguir.

—Aparte de mantener a mi familia a salvo, quiero ayudar a George y a Fleur.

—Bueno, yo en tu lugar intentaría poner al descubierto el farol de Anne. Obviamente, no lo he pensado muy bien, pero quizá fingiría ser Allisande Ingrey, como en la fantasía de Anne, y ver qué efectos tiene. ¿Cómo reacciona una persona que, no solo es embustera, sino también controladora, cuando otra persona, una extraña, descubre su mentira y se mete en ella para fingir que es la verdad? De pronto se encuentra con un conspirador invitado; ¿qué hará?

—Dios mío, Olwen, eso es genial. —Me he quedado casi sin aliento.

—¿Qué te pasa, mamá? —Ellen suena preocupada—. No me fío de ti cuando te entusiasmas.

—He tenido una idea fantástica.

—Ha sido idea de Olwen.

—Solo en parte —digo en un murmullo—. Pondré en marcha los dos planes: el mío y el de Olwen.

—Yo no tengo ningún plan sólido —dice Olwen—, solo una vaga tendencia a moverme en una dirección determinada. Probablemente esté equivocada. —Sonríe—. ¡Así soy yo: me equivoco mucho, pero no dudo nunca!

—Gracias a ti, yo sí tengo un plan sólido. Empiezo escribiéndole una larga carta a Anne. Y después... —Me quedo sin palabras; pienso demasiado. Si pudiese resolver todo el rompecabezas...

«No lo harás; ni tú, ni Ellen, ni Alex. No somos magos».

—Ellen, ¿te importaría que Olwen leyese tu relato?

Ellen se encoge de hombros.

—Mientras no sea yo la que tenga que volver a leerlo... Solo conseguiría que me sintiese estúpida por creérmelo. Cuando George me lo contó todo, había cosas que pensaba que eran un punto más allá de extrañas. Pensé «no es posible», pero resultaban demasiado raras para ser inventadas. Lo que me hizo creerlas fue saber que él estaba diciendo la verdad, que él creía realmente que así era; incluso aquellas partes que, tal como lo veo ahora, son demasiado

descabelladas para ser reales. George no dejaba de decir que la historia de Ben Lourenço era increíble, y tiene razón, es demencial, y yo pensé que... las cosas imposibles que no deberían suceder suceden.

—No es culpa tuya que te creyeras la historia, El; ni tuya ni de George. Por difícil que sea creerla, lo que es prácticamente imposible es creer que una madre mienta a su hijo como lo ha hecho Anne con George. Probablemente te pasarías meses enteros reflexionando, pensando «pero no puede ser mentira». A mí me sigue pasando, al menos una vez al día.

Si me lo hubiesen preguntado hace seis meses, habría dicho que, en especial después del asunto de Ben Lourenço, me había convertido en un ser humano misántropo, cínico y lleno de sospechas. Ahora me doy cuenta de lo confiada que soy; y lo soy de forma involuntaria, únicamente porque la verdad es importante para mí, y la lógica y la razón también. Si se otorga valor a los hechos comprobables y a la sensatez, es difícil imaginarse a alguien como Anne Donbavand, tan ansiosa de evitar tanto los unos como la otra.

—¿Por qué quieres que lea el relato de Ellen? —me pregunta Olwen—. No tengo problema en hacerlo, pero...

—Porque siempre lo entiendes todo bien. Nunca me has dado un mal consejo. Me regalaste un perro que no quería y que me ha cambiado la vida a mejor. Resulta que quiero y necesito a *Figgy* más que casi cualquier otra cosa, y nos ha pasado a todos. La única parte de este rompecabezas que he podido resolver, ha sido gracias a ti. Y... cuando pasé junto a tu casa, supe que sería mi salvación, y lo ha sido. Aquí estoy yo, en mi refugio.

—Mamá —suspira Ellen—, nos estás abochornando.

«Creo en ti, Olwen, mucho más allá de la lógica. Eres mi amuleto de la suerte. Aquel día, algo provocó que Alex me hiciese prestar atención a tu casa, algo que sabía que un día la iba a necesitar».

—Entonces, ¿qué crees que pasará una vez que lea el relato de Ellen? —Olwen parece escéptica.

—Lo leerás y sabrás quién asesinó a Perrine Ingrey. Eso espero, en todo caso; porque, si no es así, mi brillante plan se malogrará antes de empezar. Confío en ti, Olwen.

Para: Anne Donbavand (a.donbavand@exeter.ac.uk)

De: Justine Merrison (justine4PI@gmail.com)

Estimada Anne:

Probablemente no tenga mucho sentido por mi parte escribir esta carta. Espero que tengas la suficiente curiosidad como para leerla en lugar de borrarla de inmediato cuando veas quién es el remitente.

Sé que estás muy interesada en mí y lo has estado desde que me mudé a Speedwell House. Esa casa representa algo para ti: es la casa en la que finges haber crecido. ¿Cómo he podido atreverme a venir a vivir en ella en el mundo real? Y para postre, mi hija y tu hijo empezaron a cultivar una estrecha amistad. No me extraña que decidieses acosarme.

Conozco la historia que le has contado a tu familia sobre tu vida como Lisette Ingrey, antes de que te cambiases el nombre. Sé que tienes información sobre mí archivada en sobres —todos mis amigos y antiguos contactos de trabajo que has sacado de Twitter, Facebook y LinkedIn—, y sé que has elegido mi ataúd y la inscripción para mi lápida; encontré la información cuando entré en tu casa (sí, fui yo quien rompió la ventana del salón. Puedes contárselo a la policía, si quieres).

Normalmente, cuando se presta mucha atención a una persona, parte de uno espera ser correspondido; así que aquí estoy. No estoy segura de si te parecerá agradable o desagradable saber que has logrado que yo me interese por ti tanto como tú por mí.

Me encantaría saber si crees realmente que alguna vez te llamabas Lisette Ingrey, que creciste en Speedwell House, que eras la hija mayor de Bascom y Sorrel Ingrey y que tenías dos hermanas: Allisande, la amenazante, y Perrine, la asesina. No estoy segura de si tienes alguna noción de que nada de eso es verdad, que es una mentira descarada que les has contado a tu marido y a tus hijos. Quizá, en lo más profundo de tu ser, sepas que no es verdad, pero quizá hayas convencido a la mayor parte de tu mente consciente para que lo crea de todos modos. La tercera posibilidad es que tú misma te creas la historia y no te des cuenta de que te la has inventado.

No es cierto, Anne. Cuando naciste te llamabas Anne Offord y eras la hija mayor de Martin y Denise Offord. Tienes una hermana menor, Sarah, a la que he visto una vez y con la que he hablado dos veces.

He aquí algunas de las cosas que he buscado en Internet desde que me he interesado por ti: mentira patológica, mentira compulsiva, fingir venir de una familia distinta. Puede que padezcas un trastorno denominado mitomanía o pseudología fantástica; aquí se explica: <https://es.wikipedia.org/wiki/Mitomania>. Anne, necesitas ayuda psicológica con urgencia. Otra cosa: ¿has oído hablar de la teoría del «romance familiar» de Freud, acerca de la fantasía de pertenecer a una familia distinta? Si no, aquí tienes un enlace: <http://www.answers.com/topic/family-romance>.

No puedo decir que me interese por tu bienestar, así que no te dejes engañar al respecto por los consejos que te acabo de dar. Si mañana encontrasen tu cadáver en una zanja, no lo sentiría. Cada vez que pienso en lo que les haces a tus hijos me dan ganas de partírte la cara. Por eso escribo esta carta: por Fleur y George, no por ti. Es a ellos a quienes quiero ayudar. Les has contado que su tía era una malvada triple asesina y una víctima de asesinato, sin pensar ni importarte lo que puede suponer para ellos llevar esta pesada carga de culpabilidad familiar. Además, les has hecho creer que su otra tía os mataría a todos —a ellos, a Stephen y a ti— si consiguiese encontrarlos. Has utilizado este peligro fingido para arruinar las vidas de Fleur y George en nombre de la seguridad, y para impedir que tuvieran una infancia normal. Curiosamente, George —a pesar de que, al parecer, se ha creído todas tus mentiras acerca de la historia de tu familia— no parece para nada asustado de nadie que no sea su familia. De forma comprensible, parece preferir a los extraños que a los parientes cercanos. Es evidente que no ha creído ni por un momento que yo soy Allisande Ingrey, su tía psicópata asesina. ¿Es que te has saltado esa parte de convertirme en Allisande?

Creo que lo que le has hecho a tu familia es imperdonable. O solo se puede perdonar si resulta que estás loca y no eres responsable de tus acciones; pero, cuando nos vimos, me dio la impresión de que sabías exactamente lo que estabas haciendo. Si estás cuerda, eres inteligente y mantienes el control, tus mentiras son simplemente perversas.

Tu nombre no es, ni ha sido nunca, Lisette Ingrey. Es importante que lo asumas. Y mi nombre

no es, ni ha sido nunca, Allisande Ingrey. Me llamo Justine Michelle Merrison, y siempre me he llamado así. Me crie en Northenden, Mánchester. No soy la hermana que amenazó con matarte si no dejabas Devon, o si decías la verdad acerca del asesinato de Perrine —un asesinato que, por cierto, nunca tuvo lugar, dado que Perrine es producto de tu imaginación—. Y, para aclarar ambigüedades, Allisande/Sandie es también una persona inventada. En Speedwell House nunca vivió nadie llamado Ingrey. Los últimos dos propietarios, antes de que la comprásemos mi marido y yo, se llamaban Ainscough y Rutherford. Antes, la casa perteneció a diversas generaciones de la familia Deller, desde el año 1765. Nada de Ingrey. Este dato se ha comprobado exhaustivamente (contraté a un detective privado; si miras la dirección desde la que le envío este correo electrónico verás que empieza con «Justine4PI»; esta no es mi cuenta normal, sino una que configuré especialmente para mantener correspondencia con un investigador privado).

Antes de sentarme a escribir esta carta, tuve una larga conversación telefónica con tu madre, Denise Offord. Me dijo que últimamente no os veáis demasiado, y me extrañó que lo dijese con frialdad, además de falta de curiosidad. No parecía interesada en saber por qué la estaba interrogando. Era como si le estuviese preguntando por un guante o un calcetín que perdió a finales de los años ochenta y en el que no había vuelto a pensar desde entonces.

Quizá no sea demasiado imaginativa. En cambio, a juzgar por la historia de los Ingrey que has creado, tú pareces ser justo lo contrario. Supongo que si te alejaste de tus padres fue, en parte, por este motivo. No estaban en el mismo nivel intelectual, ni estaban en sintonía contigo. Pero ¿y tu hermana, Sarah? Cuando la conocí me pareció inteligente e interesante. Creo que si no la ves mucho es por una razón distinta. Le guardas rencor desde que erais niñas, a ella y a tus padres.

La primera vez que hablé con Sarah me dijo algo interesante sin siquiera darse cuenta. Le pregunté si recordaba algo que hubiera sucedido en su infancia y que hubiese podido ponerte en contra de ella, o de Martin y Denise, y no se le ocurrió nada. De hecho, describió su vida familiar como «aburrida como un anuncio institucional». Dijo que lo más dramático que había sucedido fue cuando se le presentó algo parecido a una enfermedad respiratoria que, finalmente, resultó ser alergia al perro de la familia.

En ese momento no se le ocurrió nada más. Pero más adelante pude colocar las piezas del rompecabezas. ¿Qué pasaría, me pregunté, si un niño fuese alérgico a la mascota de la familia? No es un tipo de alergia que se pueda curar; y, desde luego, no se puede expulsar al niño de casa. Tampoco me imagino que haya muchas familias que fueren al niño alérgico a seguir viviendo con el perro en cuestión.

Es obvio que el perro tiene que desaparecer. ¿Dónde? ¿Sacrificarlo, o encontrar un nuevo hogar para él? En cualquier caso, ¿cómo se sentiría la otra hija, la mayor de las dos hermanas, que no es alérgica a los perros pero que, de todos modos, se ve obligada a despedirse de su querida mascota?

Yo creo que culparía a su hermana menor, aun sabiendo que, en realidad, no es culpa suya. Creo que se inventaría una historia de su vida alternativa a la real, en la que su hermana menor sería una fría asesina.

Pero he aquí lo más interesante: en la biografía ficticia, en lugar de dos hermanas, hay tres. ¿Por qué?

Tengo una teoría, que me puedes confirmar.

Después del asesinato de Perrine, Lisette quiere hacer lo correcto y decirle la verdad a la policía. Se queda de piedra cuando Allisande sugiere que quizá deberían matar a Perrine. Lisette cree que ni siquiera una persona tan horrible como Perrine merece que la asesinen. Allisande, en cambio, preferiría proteger al asesino de Perrine y le importa un bledo que se haga justicia con su hermana muerta. Allisande acaba por amenazar de muerte a Lisette, más de una vez. Y —aunque quizá no incluya este detalle en su versión de la historia— Anne/Lisette también amenaza de muerte a Allisande a su vez; es decir, tú, la profesora Anne Donbavand, me molestas a mí, Justine Merrison, con llamadas anónimas porque has decidido que yo soy «Sandie» y, por lo tanto,

estamos enemistadas debido al asesinato de Perrine, tanto que nuestro vínculo anteriormente inquebrantable está hecho trizas. Cada una planea la ruina de la otra. Bueno, te hará feliz saber que estoy de acuerdo con esa última parte: cada una planea la ruina de la otra, pero utilizando nuestros propios nombres. Parece que no es necesario que nos llamemos Lisette y Allisande Ingrey para enfrentarnos.

Creo que inventaste a Lisette y Allisande para representar los dos aspectos de ti que se enfrentaban, y que se siguen enfrentando: el que odiaba a tu hermana Sarah y deseaba su muerte porque, si no hubiera sido por ella, el perro podría haberse quedado, y el que sabía que no era culpa de Sarah y que ella no podía evitar tener alergia.

¿Fue entonces cuando empezaste a odiar a tu familia, con la pérdida de la mascota a la que adorabas? Tu perro formaba parte de la familia; cuando tus padres dijeron que tenía que irse, imagino lo que pensaste: «fingen que somos una familia feliz, pero ¿qué clase de familia feliz expulsa al más indefenso de sus miembros, que no ha hecho nada malo?». Quizá pensaste que, si hubieras sido tú la que tenía alergia, habrías soportado la nariz mucosa y los ojos llorosos sin quejarte.

¿Crees que mis suposiciones son descabelladas? Todo esto empezó como conjeturas y deducciones pero, en cuanto sospeché lo que ahora sé que es cierto, me puse en contacto de nuevo con tu hermana y le pedí que me diera más detalles acerca del perro.

Ahora sé que era un macho, y también sé su nombre, y lo que le pasó después de dejar la casa de la familia Offord. Afortunadamente, no lo sacrificaron; se fue a vivir con otra familia, ¿no? Los Dodd.

Se llamaba *Malachy*, y era un terrier de Sealyham.

Cuando les contaste a Stephen, Fleur y George tu retorcida biografía inventada, dejaste de lado un detalle crucial, ¿verdad? No les dijiste que *Malachy* —el *Malachy* a quien Perrine asesinó— era un perro. ¿Por qué no? Sé que George no lo sabe; si lo supiera, Ellen también lo sabría, y no lo sabe. Ella supuso que *Malachy* era un chico, y yo también, durante un tiempo.

Sé que en tu casa están prohibidas las mascotas. Lachlan Fisher, de Beaconwood, me dijo que Fleur quería tener un gato y que un día vino llorando a la escuela porque le habían dicho que no podía tenerlo.

Tú perdiste una mascota a la que amabas, y ahora no puedes soportar estar cerca de animales.

¿Cómo te sentiste al colgar el medallón con la inscripción amenazadora en el collar de mi perro? ¿Te resultó difícil? Pero no podías perder esa oportunidad, ¿no? Sabías que me moriría de miedo ante la idea de que le pasase algo a mi perro porque tú misma lo habías experimentado de niña. Estabas segura de que haría cualquier cosa por ponerlo a salvo, incluido irme de Devon y alejar a mi hija de tu hijo para dejarlo por completo en tus garras.

¿Te sentiste bien al hacerme sentir miedo, igual que lo habían hecho contigo de niña? ¿Te sentiste poderosa en el momento de enganchar el disco plateado en la anilla de metal?

Me sorprende que Stephen y tus hijos no hayan adivinado aún que *Malachy Dodd* era un perro. Deben de haber oído la historia de los Ingrey innumerables veces. Francamente, me asombra no haberlo pillado yo misma antes. Tenía todas las pistas, pero solo me di cuenta al entrar en tu casa, Anne. Al ver la ventana del dormitorio me percaté de que estaba mucho más cerca del suelo que las ventanas de mi casa. Entonces supe que algo fallaba en lo que había leído sobre el asesinato de *Malachy Dodd*.

Recordé el día que, de pie en el dormitorio de Ellen, tuve la sensación de que algo no marchaba bien, un pensamiento al que no podía dar forma y que desentonaba. No fue más que un parpadeo en mi cerebro, demasiado rápido para identificarlo.

De pronto, sentada en tu cama, Anne, y mirando por la ventana, supe exactamente qué era lo que me había perturbado aquel día en el dormitorio de Ellen. Aquel día, nuestro cachorro estaba con nosotras, tan pequeño e indefenso... Ellen tiene una inmensa ventana de guillotina en su dormitorio, y creo que mi subconsciente unió esas dos cosas, y en tu dormitorio —una habitación

distinta, una ventana distinta— ambas cosas encajaron de golpe. Supe qué problema había con la historia de la muerte de Malachy Dodd: el detalle de que era imposible que Malachy se hubiese caído accidentalmente por la ventana, porque su centro de gravedad era demasiado bajo. En otras palabras, era demasiado bajo para caerse por accidente. Pero, en ese caso, ¿cómo había podido Perrine ser lo bastante alta para empujarlo? ¿Tan grande era la diferencia de alturas? La impresión que me dio —reconozco que podría haber estado equivocada— era que se trataba de dos niños de edad similar.

Un poco más tarde, después de examinar la historia con mayor detalle, descubrí que mis sospechas eran fundadas: en el momento de su asesinato, Malachy tenía trece años, la misma edad que Perrine. Y sin embargo, ¿ella era lo bastante alta, y con un centro de gravedad lo bastante alto, no para tirar a Malachy o empujarlo de esa misma ventana desde la que él era demasiado bajo para caerse, sino para dejarlo caer?

Creo que no es casualidad que se utilizasen las palabras «dejar caer» en la versión de la historia que yo escuché.

Si tanto Perrine como Malachy hubiesen sido adolescentes humanos de trece años, la diferencia entre sus alturas no habría bastado para que uno pudiese dejar caer al otro desde una ventana.

Vamos a hablar sobre el significado de «dejar caer». No es un sinónimo de «empujar» o de «tirar». Si Perrine hubiese tirado a Malachy por la ventana, primero tendría que haberlo cogido para arrojarlo por ella. ¿Puede una chica de trece años hacer eso con un chico de trece años? No lo sé. Quizá sí. Empujarlo habría sido más fácil: no es necesario levantarlo primero; basta con ponerse de pie detrás de él e impulsarlo hacia delante. Pero, si Malachy no era lo bastante alto para caerse, estoy bastante segura de que eso significa que tampoco lo era para que lo empujasen.

«Dejar caer» quiere decir sostener algo y luego dejarlo ir. Pensemos en un huevo, por ejemplo. Se puede tirar un huevo por una ventana sin necesidad de sostenerlo antes por la parte de fuera de la ventana. Pensemos ahora en dejar caer un huevo desde una ventana: la frase sugiere un brazo estirado que sobresale de la ventana, sosteniendo aún el huevo en la mano, y luego... la mano deja caer el huevo.

Ninguna chica de trece años sería capaz de sostener a un chico de trece años en la parte exterior de una ventana para dejarlo caer, ni siquiera durante un segundo. En cambio, un perro pequeño, del tamaño de un terrier de Sealyham, no supondría problema alguno. Creo que utilizaste la expresión «dejar caer» al contar la historia porque te imaginas a Perrine sosteniendo a *Malachy* con ambas manos en la parte de fuera de la ventana. Creo que te imaginas que mira al perro a los ojos, saboreando el momento en que únicamente sus manos se interponen entre él y una muerte segura. ¿Te torturas escenificando en tu mente esos instantes en los que ella podría haber decidido salvarlo?

¿Es acaso una prueba para Stephen, Fleur y George, para ver si son tan listos como tú crees que deberían serlo? Como no confías realmente en nadie, estás constantemente examinando a las personas, juzgándolas. No les has dicho a tu marido y a tus hijos que *Malachy* es un perro, pero les has dado todas las pistas, incluido el uso consciente de la expresión «dejar caer» cada vez que les cuentas la historia, y estoy segura de que la repites y la comentas con frecuencia. Pero aún no lo han adivinado. ¿Eso te supone satisfacción o frustración? ¿Crees que eres capaz de interactuar con otro ser humano de una forma que no sea completamente manipuladora?

No es solo la expresión «dejar caer» lo que desvela el secreto. Cuando, al final de la historia, todo el mundo es invitado a Speedwell House, la madre de la tercera víctima de Perrine, David Butcher, le dice a la «madre» de Malachy Dodd: «¿Por qué no se calla la boca? ¿Sabe usted quién era mi hijo?». Al principio pensé «Presuntuosa elitista madre de organista de Cambridge»; luego pensé: «¿Qué madre le diría una cosa así a otra mujer en su misma situación, en la que ambas han perdido a sus hijos?». No creo que nadie fuese capaz de hacerlo, ni siquiera la persona más esnob del mundo; y, desde luego, no lo acompañaría con: «¿No te sientes ni siquiera un poquito violenta

por la cantidad de protagonismo que te estás atribuyendo hoy?». (¿Lo ves, Anne? La tradición oral sigue en plena forma; conozco la historia completa, tal como salió de tu boca).

Tiene mucho más sentido si *Malachy* es un terrier de Sealyham, ¿no? La señora Butcher piensa: «¡Esto es increíble! ¡Hay personas que han muerto, y esta se está haciendo la protagonista de la tragedia por un maldito chuchó!». Porque hay mucha gente que no entiende que se puede querer a un perro tanto como a una persona, ¿verdad?

Y hablando de amor... En la historia de los Ingrey hay más pistas que sugieren que *Malachy* es un perro. Lisette y Allisande querían a *Malachy*, o eso es lo que dice la historia. Pero las chicas adolescentes generalmente no se enamoran de chicos más jóvenes que ellas. ¿Quieren acaso a chicos que no sean parientes suyos, o que no les hayan dado alguna muestra de romance o de atracción sexual? Sin embargo, *Malachy* hizo llorar a Perrine. Yo creo que esto es una referencia directa a la alergia de su verdadera hermana, Sarah. ¿Tenía Perrine la misma alergia, Anne?

En la historia, las visitas regulares de *Malachy* a la casa de los Ingrey son «un compromiso» entre Bascom y Sorrel, sus padres falsos. Pero ¿en qué sentido? ¿Es que uno de ellos quería que viniese regularmente y el otro no? Sé que la característica que define a Bascom y Sorrel como pareja es que están en desacuerdo en la mayoría de cosas, pero ¿por qué no iba a querer uno de ellos que *Malachy* viniese a su casa? El resto de la historia no sugiere que el uno o el otro tuviesen nada contra las amistades de sus hijas, o estuviesen en contra de recibir visitantes en la casa, al menos no antes de que el atentado contra la vida de Perrine durante el partido de *rounders* les hiciese cambiar de parecer.

Sin embargo, sí hay una referencia a que Sorrel quería llenar la casa de la familia de mascotas peludas, mientras que Bascom estaba decidido a no compartirla siquiera con un pez de colores. ¡Ajá! De repente, todo el asunto del «compromiso» es perfectamente razonable. *Malachy* es la «mascota de compromiso». No es exactamente una mascota, sino un visitante regular que resulta ser un animal.

Porque, admitámoslo, si fuese un adolescente de la edad de Perrine, ¿se le permitiría estar con ella en su dormitorio, sin ninguna otra persona? Digo esto sobre todo por Bascom, que, según se dice, en un mundo ideal nunca habría permitido a *Malachy* Dodd pasar del umbral.

Vamos a hacer una breve pausa para reflexionar sobre los trabajadores a los que llamas «los rajaculos», esa pobre gente obligada a dormir en autocares porque Bascom temía que pudiesen abusar de sus hijas: con extraños, «nunca se sabía». Ese mismo Bascom Ingrey, ¿permitiría a un chico adolescente entrar impunemente en el dormitorio de la menor de sus hijas? Lo dudo. En cambio, un viejo perro de trece años no plantearía el mismo peligro de desvirgamiento. En un momento de la historia, Bascom expresa su aprobación por *Malachy*; entonces, ¿por qué no quiere que esté en *Speedwell House*? Por supuesto: *Malachy* es un perro, y Bascom es una de esas personas que no quieren animales a su alrededor, por lindos y obedientes que sean.

Bueno, ¿qué opinas de mis pruebas, Anne? Creo que son bastante concluyentes. Creo que deberías sentarte con Stephen y los chicos y contárselo todo, antes de que yo lo haga: «*Malachy* Dodd era un perro. La primera víctima de asesinato de mi hermana Perrine era canina, no humana. Un terrier de Sealyham». ¿O quizá prefieres distanciarte emocionalmente y hacer que, en la historia, sea de otra raza? Recuerda, no obstante, que tiene que ser una raza pequeña, para que sea verosímil lo de dejarlo caer por la ventana.

Luego puedes dar el siguiente paso y decirles a tu marido y a tus hijos que toda la historia es mentira. Puedes hablarles del verdadero *Malachy*, la amenaza auténtica que, en tu opinión, sus padres y su hermana suponían para su bienestar, aunque fuese únicamente el bienestar emocional y no implicase amenaza de muerte alguna. ¿Lloraste y les suplicaste que te dejaran conservar a tu perro? ¿Quizá te ignoraron y te dijeron que te dejases de tonterías?

Descríbeles a Stephen, George y Fleur el calvario que pasaste, que te hizo pensar que era más seguro retirarse a un mundo de fantasía y alejarse de la realidad por completo. Reconoce ante George que si no puedes soportar la idea de su amistad con Ellen es por el miedo y el trauma de tu

infancia, que tú misma te habías ocupado de enterrar. Reconoce que no tiene ni una mierda que ver con que Ellen sea la hija de Allisande Ingrey, su vengativa hermana.

Reconoce ante tu familia que no hay ningún motivo racional para bloquear puertas y ventanas y ocultarse, como si estuvieseis en riesgo inminente de sufrir un ataque. Explícales que tú no corres ningún peligro, pero que solo eres capaz de sentirte feliz y segura si dispones del control total sobre tus hijos y puedes garantizar que no estén sometidos a influencia alguna, aparte de la tuya. Diles entonces que sabes que todo esto es una puta locura y promételes que buscarás ayuda antes de arruinar sus vidas y lo que queda de la tuya.

El nombre de George es George Donbavand, no Urban Ingrey. Fleur es Fleur Donbavand, no Garnet Ingrey. Tienen derecho a saberlo. ¿Qué te llevó a pensar que necesitaban nombres secretos, identidades secretas? ¿Crees que nadie puede sobrevivir en el mundo si se muestra como realmente es?

Espero que seas consciente de que estoy obsesionada contigo y con tu biografía falsa, Anne. Me has convertido en parte de ella y ahora quiero una resolución. Me gustaría saber quién asesinó a Perrine Ingrey. Tómatelo como un tributo a tus aptitudes creativas; a pesar de saber que no es real y nunca lo fue, sigo queriendo saber quién la mató y por qué.

Atentamente,
Justine Merrison

De: jmerrison71@gmail.com
Para: ellenthatsme@gmail.com

Querida Ellen:

Soy George. Te echo de menos aún más de lo normal. Creo que es porque sé que no estás en tu casa. Curioso, ¿no? Cuando estás en Speedwell House, al menos puedo ver el edificio en el que vives, aunque no pueda verte a ti. Espero que vuelvas pronto. Estoy desarrollando un código con linternas que nos permitirá comunicarnos como es debido. Es bastante complicado y tardarás un tiempo en aprenderlo pero, cuando lo hagas, podremos mantener conversaciones de verdad.

Con todo mi amor,
George xx

De: ellenthatsme@gmail.com
Para: jmerrison71@gmail.com

¡No hace falta que empieces todos tus mensajes con «Querida Ellen, soy George»! ¡Ya sé que eres tú! Mi madre ya se ha cambiado a otra dirección de correo electrónico. ¡¡Lo del código suena genial!! Lo aprenderé superrápido. También puedo escribirlo y así tendré un manual para consultar cuando me atasque (¡¡tranquilo, no pasará!!). Me MUERO de ganas de volver a Speedwell House. Estoy viviendo más o menos en una perrera. Los perros meten la lengua en el bol de cereales mientras trato de desayunar, ¡puej! Me gustaría que pudieses venir a vivir aquí, con nosotros. O, al menos, poder decirte dónde estoy, pero mi madre dice que es importante que lo mantenga en secreto. Tú nunca se lo dirías a nadie, ¿verdad?

Abrazos y besos y AMOR, Ellen xxxxxxxxxxxxxxxx

De: jmerrison71@gmail.com
Para: ellenthatsme@gmail.com

No se me ocurriría nunca decirle a nadie el lugar secreto en el que estás, desde luego, pero de todos modos no debes decírmelo, por mucho que me gustase saberlo. Me sentiría mucho mejor si supiese dónde estás, pero no puedo garantizar que mi madre no encuentre este teléfono. Llámame pesimista si quieres, pero sospecho que algún día lo encontrará. Esta situación de poder hablar contigo (aunque sea a través de una máquina) siempre que quiero parece demasiado buena para ser verdad, y mis catorce años en este planeta me han metido en la cabeza que esa clase de cosas nunca me suceden; con la excepción de haberte conocido, claro.

Mi querida Ellen, no me digas dónde estás porque rompería una ventana e iría a buscarte, y tu madre tiene razón: no sería seguro. Mi madre podría hallar la manera de sacarme la información. Ni siquiera me extrañaría que recurriese a la tortura (más de lo normal), así que es mejor que no conozca el secreto. Mi única preocupación es cuánto tiempo durará esto. Supongo que podré soportarlo mientras podamos enviarnos mensajes.

Con todo mi amor,
George xx

De: ellenthatsme@gmail.com

Para: jmerrison71@gmail.com

No te preocupes, creo que mi madre está planeando abordar la situación de manera que podamos volver a casa, ¡BRAVO! ¡No deja de repetir que ha tenido una idea FANTÁSTICA, y ahora mismo está conversando en susurros en el jardín con la mujer de los perros!

xxxxxxxxxx

De: jmerrison71@gmail.com

Para: ellenthatsme@gmail.com

Es una noticia muy alentadora. Confío por completo en las ideas brillantes de tu madre. ¡Después de todo, te tuvo a ti!

Con todo mi amor,
George xx

—Es lo que yo creo —concluye Olwen, encogiéndose de hombros mientras les tira una pelota de tenis a los perros con un artefacto de plástico que la recoge del suelo para no tener que agacharse—. No se me ocurre quién más podría haber asesinado a Perrine, pero claro, todo lo que he dicho se basa en la premisa de que la historia respeta su propia lógica interna. Pero ¿y si no es así?

—Yo creo que sí la respeta. Puede que sea todo mentira, pero es la biografía que Anne ha elegido para sí misma. De hecho, ha prescindido de los hechos, los ha reemplazado por esta historia y ha dicho: «Esta es la persona que soy y esto es lo que me ha pasado». Querrá que sea una buena historia, y sin lagunas. La solución que tú has encontrado es la mejor. Es la única que funciona y es... bueno, si fuera cierta, sería espeluznante, ¿no? Para Lisette Ingrey, si existiese, sería violentamente traumática.

—Sí; y si no es verdad, es ciertamente ingeniosa —añade Olwen—, aunque un poco obvia, si no hay otra resolución posible.

—Olwen, créeme, no es obvia. He trabajado durante años en un departamento de producción de series de televisión. Por mi mesa pasaban cada día dos docenas de giros inesperados. Pensaba que ya lo había visto todo, pero podría haber leído esta historia cincuenta veces y no lo habría pillado.

—Yo estoy convencida de que sí. Como dice Ellen en el último párrafo, ahí están todas las pistas. Tu hija tiene talento como escritora. Opino que lo más increíble de toda esta historia es que la haya escrito una persona de catorce años.

—No, fue Anne Donbavand quien la escribió; quizá no en papel, pero sí en su retorcida mente. George se la aprendió de memoria y se la transmitió a Ellen,

que fue quien la puso negro sobre blanco.

Una peluda mandíbula deja caer a mis pies la pelota de tenis. Antes de que Olwen tenga ocasión de recogerla, la agarro y la lanzo cerca de *Figgy*: nepotismo de mascotas en acción. Con esos perrazos, no tendría oportunidad de atraparla nunca. Se abalanza sobre ella y sale galopando hasta el otro lado del jardín con la mirada brillante de triunfo, inconsciente —y feliz— de que no la ha conseguido por méritos propios.

—Desde la primera frase supe que la historia no era de Ellen.

—Y ahora sabemos quién mató a Perrine Ingrey, o creemos que...

—Lo sabemos.

—Pero ¿en qué te ayuda saberlo? Lo único real de la historia es el perro *Malachy*, así que, ¿qué importa?

—Para poder enfrentarme a Anne con posibilidades, necesito comprender sus delirios. Si juego según mis reglas, perderé siempre. Ella no respeta regla alguna, o al menos ninguna que yo reconozca como tal. Tengo que jugar a su juego y ganar, y ahora sé que puedo hacerlo. Cada vez la entiendo mejor.

—Está chalada, Justine. —Olwen me dirige una mirada comprensiva, como si temiese que yo también lo esté—. ¿Qué más hay que entender?

—Algunas mentiras son puramente funcionales, como: «No, papá, no he fumado, de verdad» o «Sí, querida, claro que te soy completamente fiel». Cumplen un objetivo práctico, pero la persona que las dice sabe que no son ciertas. No necesita que lo sean para su supervivencia psicológica. Otras mentiras son fantasías plenamente definidas, seleccionadas como una opción preferible a la verdad. Anne Donbavand quiere que sea cierto que ella era Lisette Ingrey, que pasó por esas terribles situaciones en su infancia.

—¿Y por qué iba a querer alguien una cosa así?

—Podría aventurar una respuesta —respondo con un suspiro—, pero no sería más que una especulación sin base real. ¡No! No te la tiro más, *Wenceslas*. ¡Ya basta! Largo de aquí todos.

»Creo que Anne se siente como una víctima, siente que su familia le falló, mucho más allá de lo que cualquier número de detalles autobiográficos podrían explicar en condiciones. Es una mujer muy lista. Sabía que estaba herida, pero probablemente no entendía por qué. Quizá fuese solo el asunto del perro, o a lo mejor había también otras cosas; otras cosas ordinarias. Si una persona es extremadamente sensible, es posible que incidentes que no sean en absoluto espectaculares o dramáticos terminen por destruirla; no hace falta un escenario

de crimen y horror.

—Entonces, ¿se inventó una hermana asesinada y otra que tenía la intención de matarla solo para justificar cómo se sentía? —pregunta Olwen—. ¿Para que nadie le negase el derecho de sentirse como se siente?

—Eso es lo que yo creo. ¿Quién correría el riesgo de describir su sufrimiento si pensase que todo el mundo le iba a decir «Venga ya, como si hubieses tenido una vida dura...»? Yo no lo haría. —«Ni lo hice; ni lo hago»—. Anne necesitaba una historia que hiciese que cualquiera que la escuchara dijese: «¡Pobrecita, lo que habrás sufrido! ¡Cuenta con toda mi compasión y un tratamiento especial!». Creó una nueva familia para reemplazar a la familia que le falló y, de nuevo, su fantasía de ser Lisette Ingrey, perseguida por la vengativa Allisande, demuestra ser exactamente lo que necesita. Le permite mantener a sus hijos en una cárcel *de facto* y afirmar que es por su propio bien. Tiene su mentira completamente asumida.

—¿Crees que ha llegado a creérsela?

—¿Mi opinión? Sí y no. Sabe que no es verdad, según cualquier definición admitida del concepto, pero, al mismo tiempo, desprecia esa forma de definir las cosas. La historia de su vida es más verdad que la realidad; son los hechos de su vida los que no son ciertos. Por eso no tiene la sensación de estar mintiendo. La historia que ha compartido con su marido y sus hijos, pero con nadie más (su nombre secreto, su vida sin pruebas ni registros ni testigos) es su verdadera esencia.

—Creo que no te sigo.

Es frustrante no poderme explicar bien. Yo sí sé lo que quiero decir, pero es complicado transmitírselo a un tercero.

—Tú, yo y la mayor parte de personas aceptamos que un hecho es un hecho, pero Anne es distinta. Ella no permite que la realidad le ponga fronteras. Si no la puede modificar para ajustarse a sus necesidades, prefiere destruirla. Por eso no importa que le escriba cartas persuasivas hasta el fin de los tiempos: nunca la alcanzaré. Y tú tampoco podrías. Solo hay una persona que, quizá, podría hacerlo.

—¿Quién?

Antes de dar el salto, repaso de nuevo el razonamiento lógico en mi mente.

—Allisande Ingrey. Su hermana.

—Pero...

—¿Que Allisande no existe? Ya lo sé; pero eso no significa que nadie pueda

hacerse pasar por ella. Yo no podría (Anne no lo aceptaría, porque le he dicho una y otra vez que soy Justine y no Sandie), pero otra persona podría probar de ser la hermana que ella se inventó. —Sonrío—. ¿Quizá alguien con una pelota de tenis en una mano y un... cacharro lanzapelotas de plástico en la otra?

Olwen se ríe.

—Olvídalo, Justine. No voy a fingir ser Allisande Ingrey. Ya sé que he sido yo quien lo ha sugerido, pero a) he sugerido que lo hicieses tú, no yo, y b) no lo decía en serio.

—Era una buena idea.

—En realidad no.

—Pero ¿no puedes...?

—¡No, Justine!

—¡Olwen, eres la única persona a quien se lo puedo pedir! Es solo un correo electrónico, y quizá una llamada... Tienes razón, no funcionaría. Anne no se lo creería, pero... —Me desanimo antes de terminar mi rollo—. No sé, a lo mejor yo estoy tan loca como ella, pero creo que, si Allisande retirase su amenaza, incluso si se disculpase, las cosas podrían ir mejor. Imagínate qué pasaría si Anne recibiese un correo supuestamente de Allisande, que dijese: «Por favor, ¿podríamos encontrarnos y charlar? Creo que te debo una disculpa». Ella sabría que no he sido yo; mi estrategia siempre ha sido negar que soy Sandie. Y le acabo de mandar una carta muy larga en la que le digo que la única manera de salir adelante es enfrentarse a la verdad. Así que, ¿por qué iba a cambiar de enfoque de repente? Entonces, una voz que Anne no reconociese y que afirmase ser Sandie... Ni en un millón de años pensaría que puedo ser yo.

—De acuerdo; ¡pero también sabría que no puede ser Allisande, que, después de todo, no existe!

—Puede. Pero le encantaría que fuese real y estuviese arrepentida, ¿a que sí? Y, si no me equivoco, Anne cree que Allisande es real, dentro del ámbito tenebroso al que no pueden llegar los hechos de la realidad. En el nivel de las verdades emocionales, Allisande es muy real para Anne, probablemente más que sus parientes vivos. En todo caso, ¿iba Anne a resistirse a una invitación para conocer a alguien que afirma ser su inexistente hermana?

—¿Conocer? Pensaba que solo era enviar un correo. ¿Qué pasaría en ese encuentro? ¿Qué diría yo? Por cierto, mi respuesta sigue siendo negativa. ¡Y para ti, *Good King Wenceslas*, nada de pelota!, lo digo en serio.

—Le dirías a Anne que siempre tuvo razón. Que eras joven y tenías miedo.

Que el miedo te hizo separarte de ella y que perdiste una querida hermana, cuando deberías haberla apoyado. Juntas, las dos deberían haber resistido, como ella quería, y contado la verdad a la policía, por duro que fuese. Lo ideal sería llorar un poco al decir todo esto.

—¿Llorar? —Olwen chasquea la lengua, como si llorar fuese una actividad de la que hace tiempo que está en contra.

—Sí. Lisette necesita lágrimas y ruegos, gran cantidad de ambos. Defendió lo que era correcto y justo y la hicieron sentir como una traidora y una paria.

—Justine...

—Sé que no es más que un montón de embustes, Olwen. Pero creo que una buena cucharada de falso arrepentimiento en su falso mundo puede hacer que Anne sea menos peligrosa para todos nosotros en el mundo real.

—Aunque estuviese dispuesta a hacerlo, que no lo estoy, ¿no supondría Anne que soy una amiga suya que intenta engañarla?

—Estás pasando por alto un detalle esencial.

—¿Cuál?

—Que tú tienes perros.

—¿Y?

—Allisande y Lisette querían a Malachy Dodd, ¿recuerdas? ¿No es verosímil que, después de la trágica muerte de Malachy, Allisande decidiera hacerse criadora de perros y propietaria de una perrera?

—Dios mío. —Olwen se cubre la cara con la mano—. Siento decir esto, Justine, pero me preocupa que todo esto no te esté volviendo tan chiflada como ella.

Algo se endurece en mi interior. Esto tiene que suceder. Si es necesario, encontraré a otra persona para interpretar el papel de Allisande Ingrey.

—Las personas creen lo que quieren creer, Olwen; en todo el mundo, todos los días. Ignoran la lógica, las pruebas y la decencia humana básica y creen lo que necesitan para que su vida sea más soportable a corto plazo. Anne creerá en Sandie, *la Arrepentida*, porque querrá hacerlo, y lo querrá desesperadamente. Será la realización perfecta de su fantasía.

—Su fantasía, por lo que yo puedo deducir, es matar a Allisande antes de que Allisande la mate a ella —señala Olwen.

—Así es, de momento, porque no se le ha ocurrido que su hermana pueda venir arrastrándose y admitir que ella, Anne/Lisette, siempre había tenido razón. Creo que podría aceptarlo como resultado aún más favorable; y, en tal caso, no

habrá más amenazas de muerte. ¿No crees que vale la pena? ¿Y si lo único que necesita Anne es que alguien, cualquiera, se tome la molestia de disculparse ante ella por todo lo que ha pasado, por todo el dolor y la amargura que nunca se mereció? Quizá decida que no necesita matarme si te oye decir: «Lo siento. Tú fuiste tan víctima como lo fueron Malachy Dodd, John Kirbyshire y David Butcher, una víctima del todo inocente. Dime qué puedo hacer para compensarte, porque haría cualquier cosa para arreglar esta situación».

Olwen suspira.

—Comprendo el razonamiento, pero... no funcionará. Lamento sonar derrotista, pero no lo hará.

—De acuerdo, que no funcione. Solo te pido que lo intentes, no que me garantices el éxito.

—¿Y si Anne acepta reunirse conmigo y aparece con un cuchillo de cocina en el bolso? Me estás pidiendo que ponga en peligro mi vida.

—Si aceptas el encuentro, lo haremos de forma que yo también estaré allí. Me aseguraré de que no te pase nada malo. Ella nunca trataría de hacerte daño, Olwen. Es a mí a quien quiere lastimar, no a ti. Ellen y Alex pueden ir a casa de Maggie para no entrometerse, y *Figgy* también, por si lo reconociese. Tienes una casa llena de perros que se parecen un poco a *Figgy*; eso podría ayudarnos.

—Entonces, ¿el plan es que venga aquí, a mi casa? —Olwen cierra los ojos. Sabe que está a punto de capitular, lo ve como algo inevitable para las dos—. Y ¿cómo es eso de que mis perros podrían ayudarnos?

Recojo una pelota y se la lanzo a *Good King Wenceslas*, que estaba rondándome los pies y mirándome esperanzado.

—En su cabeza, Anne me ha convertido en Sandie. Creo que es una mujer orgullosa, como lo son la mayor parte de las personas que entierran su propio sufrimiento real y niegan su existencia; es demasiado humillante para ellas admitir que sienten el mismo dolor que sienten los mortales. Anne nunca admitirá que se equivoca acerca de la identidad de su enemiga/hermana, a menos que vea una forma de cambiar de estrategia sin salir humillada del cambio. Si yo no soy Allisande pero resulto ser alguien asociado con Allisande, quizá alguien cuyo perro salió de las perreras de Allisande... ¿Es razonable?

—Demasiado razonable —dice Olwen, suspirando—. Es excesivamente racional para Anne Donbavand. Ella vive en otra dimensión; está completamente chiflada, Justine. No podemos simplemente abrir la puerta de su elaborada y fantástica vida y entrar como quien entra en un bar. No funcionará.

—Es tu opinión. Pero ¿no preferiría poder decir «No ha funcionado»? ¿Qué podría yo responder en ese caso? Esa es la forma de ganar la discusión: demostrar que estoy equivocada.

Olwen se muestra frustrada.

—Te lo prometo, Olwen: no dejaré que te haga daño.

De: AllisandeIngrey@hotmail.com

Para: a.donbavand@exeter.ac.uk

Lisette, soy yo, tu hermana, Sandie. Necesito hablar contigo. Lo mejor sería que nos viésemos. Ya sé que la sola idea te parecerá repugnante; sé que me has tenido miedo durante muchos años, pero ya no tienes nada que temer de mí. Quiero hacer las paces; ya hace demasiado que dura esta hostilidad entre nosotras.

Me gustaría invitarte a venir a mi casa en Londres. ¿Puedes venir pronto? ¿Ahora mismo, o mañana? Si quieres, si te preocupa la posibilidad de que te haga daño, puedes venir con alguien. Trae a tu marido, me encantaría conocerle. O a toda tu familia, si quieres.

Paz,

Allisande

De: a.donbavand@exeter.ac.uk

Para: AllisandeIngrey@hotmail.com

¿Quién eres?

De: AllisandeIngrey@hotmail.com

Para: a.donbavand@exeter.ac.uk

Soy tu hermana, Allisande Ingrey. Ven mañana a Londres. Puedes tomar el tren de las 10:07 de Paignton. Llega a la estación de Londres-Paddington a las 13:38. Enviaré un taxi para que te lleve a mi casa. Tenemos que hablar de muchas cosas; tendríamos que haber hablado hace mucho tiempo. Es culpa mía que no lo hayamos hecho, y quiero corregir mi error. Por favor, Lisette, ven.

Paz y amor,

Allisande

De: AllisandeIngrey@hotmail.com

Para: a.donbavand@exeter.ac.uk

Lisette, no me has contestado. ¿Puedo suponer que vendrás mañana?

De: a.donbavand@exeter.ac.uk

Para: AllisandeIngrey@hotmail.com

No me voy a meter en tu taxi. Dime tu dirección y llegaré por mis propios medios.

De: AllisandeIngrey@hotmail.com
Para: a.donbavand@exeter.ac.uk

Lo siento, no puedo hacerlo. No voy a escribir mi dirección en un correo que puedes enseñarle a cualquiera. ¿Por qué no nos encontramos en un lugar público? Puedo esperarte en el andén, cuando llegue el tren. Hace años que no nos vemos, pero seguro que me reconocerás. Últimamente llevo el pelo castaño, corto y de punta, y llevaré un abrigo verde con un broche grande, un barco hecho de perlas.

Paz,
Sandie

De: a.donbavand@exeter.ac.uk
Para: AllisandeIngrey@hotmail.com

Nos vemos mañana.

De: AllisandeIngrey@hotmail.com
Para: a.donbavand@exeter.ac.uk

Gracias por aceptar venir, Lisette. Esto significa mucho para mí. Te prometo que no te arrepentirás.

Tu hermana que te quiere, Allisande

—¿Es eso todo lo que tenía que hacer? —pregunta Olwen—. ¿Puedo irme ya?

—Sí. Yo no tardaré mucho. Como máximo media hora más.

Estamos en un café de Internet cerca de la estación de metro de Shepherd's Bush. He elegido un lugar al azar, lejos de la casa de Olwen. Para mayor seguridad, no he querido comunicarme con la dirección de Anne en la universidad desde un ordenador o dispositivo relacionado con Olwen. No puedo dejar que se meta en problemas por hacerme un favor.

De camino a la puerta, se detiene.

—¿Por qué he tenido que escribir yo los correos? —pregunta—. Me has dicho prácticamente todo lo que tenía que decir.

—Identificación del autor —digo entre dientes; ya estoy ocupada con mi siguiente tarea por Internet.

En mi vida anterior de esclava de la industria de la televisión, hice una serie

sobre un especialista en análisis lingüístico forense que colaboraba con la policía en casos de asesinato. Su trabajo consistía en identificar quién había escrito qué en determinadas situaciones: esa carta, ¿la había escrito este asesino? Como parte de mi investigación para el programa, hablé con un especialista en análisis lingüístico forense real, el profesor Malcolm Coulthard, de la Universidad de Aston en Birmingham. Me contó que es tremendamente fácil demostrar quién ha escrito determinado texto si se dispone de suficientes datos con los que comparar.

Anne Donbavand tiene más correspondencia mía. No quiero que contrate a un experto que le diga que yo también he escrito los correos de Allisande. Olwen ha utilizado palabras y frases que yo nunca utilizaría, como «paz» a modo de despedida. Y su manera de puntuar tampoco se parece a la mía.

—¿Justine?

—¿Sí?

—No pensarás de verdad que Anne cree que esos correos son de Allisande, ¿no?

Echo una ojeada al joven asiático detrás del mostrador para comprobar que no se toma demasiado interés en nuestra conversación. No debería haberme preocupado: está enviando mensajes de texto, tecleando con los dedos a toda velocidad con una sonrisa de satisfacción. Quizá él también está fingiendo ser alguien que no es. Puede que todos lo hagamos: todo el mundo aquí, las personas a mi izquierda y a mi derecha, toda la hilera, mirando la pantalla, disfrutando de sus fraudes privados e insignificantes, o quizá atrapados, deseando poder huir de ellos.

—Puede que sí, puede que no. Quizá venga mañana porque está convencida, o solo por curiosidad.

—O insegura y confusa —sugiere Olwen.

—Espero que esté jodidamente confusa. Si es así, la única culpable es ella misma. Ella es la que ha convertido en un deporte olímpico embrollar la cabeza de otras personas, y ha hecho que me apetezca ganar la medalla de oro.

Olwen se inclina para mirar la pantalla.

—Has creado una cuenta de correo electrónico a nombre de Anne. ¿Por qué?

—No te preocupes por ello. Déjame a mí.

—Supongo que debería volver a mis perros.

—Sí, ve, por favor.

Para esta parte tengo que estar sola.

Cuando estoy segura de que Olwen no va a volver, escribo un correo a mi antigua jefa, Donna Lodge, con el asunto «Privado y confidencial». Teniendo presente la lingüística forense, modifico mi estilo tanto como puedo, utilizando frases breves y entrecortadas, en lugar de las frases largas que utilizo habitualmente.

De: a.donbavand@gmail.com

Para: Donna.Lodge@factotumproductions.co.uk

Estimada Donna Lodge:

Mi nombre es Anne Donbavand. Soy profesora en la Universidad de Exeter. También soy amiga de Justine Merrison. Tengo entendido que habías trabajado con ella. Necesito urgentemente hablar contigo. Es acerca de Justine. Me temo que el tema es demasiado sensible y confidencial como para ponerlo en un correo. No puedo arriesgarme a enviar esto desde mi ordenador de casa o del trabajo. Le he pedido a un amigo de Londres que lo envíe desde un café con Internet. Por casualidad, mañana estaré en Londres. ¿Podríamos vernos a las dos? Tendría que ser en algún lugar privado, donde sea poco probable que nadie nos vea. También es importante que no nos oigan. Me temo que no conozco bien Londres. La elección del lugar te la dejo a ti.

Es importante. De hecho, es urgente. Sería muy conveniente que pudiéramos vernos.

Con mis mejores deseos,

Anne Donbavand

Pulso «Enviar». Donna, que debe de odiarme por largarme y dejarla en la estacada, no podrá resistirse. Si tiene alguna reunión programada para las dos, la cancelará. Sugerirá verse con Anne en el Pleasant's Café de Saint Gregory's Alley; será el primer «lugar privado», y el más obvio, que le pase por la cabeza. Hacíamos broma sobre él, diciendo que era el sitio perfecto para planear un crimen espantoso. Suele estar vacío, no es lo bastante *fashion* para la gente de la televisión y los medios de comunicación y no hay ninguna cámara de circuito cerrado en los alrededores.

Ahora tengo pruebas de que Anne Donbavand tiene previsto venir a Londres mañana —un plan que no tiene nada que ver conmigo— y puedo remitir la correspondencia entre Donna y «Anne» a la cuenta de la universidad de Anne cuando yo quiera.

No me siento culpable; Anne se merece todo lo que he hecho, y más. «Quien vive para la mentira, muere por la mentira».

No es que vaya a haber muertos mañana; no es más que una frase hecha.

De: jmerrison71@gmail.com

Para: ellenthatsme@gmail.com

Querida Ellen:

Me encantaría que estuvieses en casa, en Speedwell House, para poder ir a visitarte. Mi madre se ha ido a Londres por sorpresa, y podría haber tomado la barca de Lionel para estar contigo en un instante, pero no ha sido posible. Estoy decepcionado, pero es una decepción buena, porque me ha hecho darme cuenta de que nuestro sistema de señales tiene un inconveniente. No fue hasta esta mañana, durante el desayuno, cuando supe que mi madre tenía intención de ir a Londres (mi padre también lo descubrió al mismo tiempo, y se llevó la misma sorpresa que yo. ¿Estará Mater tramando algo? Cruzo los dedos para que se fugue con otro hombre y no vuelva nunca, aunque no se me ocurre nadie que quisiera cargar con ella).

¿Por dónde iba? Ah, sí. Bueno, si desaparecer sin previo aviso (con expresión preocupada, por cierto) va a ser una costumbre de Mater de ahora en adelante, podría tener más oportunidades repentinas para visitarte de las que no sabré nada la noche antes. ¿Cómo podré avisarte de que voy de camino a verte? ¿Consultas el correo electrónico por la mañana, a la hora de desayunar? ¿Y si ya te has ido a la escuela?

¿Se te ocurre alguna idea?

Con todo mi amor para siempre,

George xx

De: ellenthatsme@gmail.com

Para: jmerrison71@gmail.com

Envíame un correo si puedes venir; lo recibiré enseguida. Ahora que puedes enviarme correos (¡¡viva!!) estaré comprobando si tengo mensajes cada pocos minutos, obviamente. Si no te respondo en media hora, querrá decir que estoy en la escuela. Bueno, supongo que mi madre y mi padre tendrán previsto enviarme a la escuela en un futuro próximo... Y también supongo que en algún momento volveremos a casa, ¿no?

De momento, me da la impresión de que mi madre y mi padre se han olvidado POR COMPLETO de mi educación. Esta mañana, al despertarme, mi padre se me llevó volando de compras. Mi padre NO SOPORTA ir de compras; además, quiso que llevásemos a *Figgy*, a pesar de que eso quería decir que no podíamos entrar los dos en las tiendas al mismo tiempo, uno de nosotros tenía que esperar fuera. Le pregunté si pasaba alguna cosa y él me contestó que no, pero tenía la boca torcida de forma extraña, y eso solo lo hace cuando está guardando un secreto. ¡Quién entiende a los padres!

Será mejor que te deje, mi padre se acaba de quejar porque estoy al teléfono y no le hago caso.

Te quiero ETERNAMENTE,

E xxxxxxxxx

De: jmerrison71@gmail.com

Para: ellenthatsme@gmail.com

Tus padres son fantásticos, mi queridísima Ellen. Creo que no te das cuenta de la suerte que tienes en ese sentido. Después de decir esto, estoy de acuerdo en la notable falta de transparencia de la generación anterior a la nuestra.

Con todo mi amor, George xx

Estoy esperando en el vestíbulo de Olwen cuando, como hemos acordado, se abre la puerta principal. Oigo la llave salir de la cerradura y luego «¡Adelante, por favor!». La voz de Olwen, que normalmente es cálida, no denota emoción alguna.

El abrigo de color azul marino de Anne es lo primero que veo; a continuación, el bolso a cuadros azules y marrones. Lo que sea para retrasar el momento de mirar su rostro; sin embargo, tendré que hacerlo en algún momento. Debo ser valiente. Inspiro profundamente antes de mirarla a los ojos.

Anne Donbavand, la única persona a la que le he tenido un miedo cerval, está aquí. Es sorprendente que mi plan haya funcionado tan bien, hasta este pequeño detalle: hacer que viniese. Creía —de hecho, casi lo esperaba— que Olwen volvería sola, se encogería de hombros y me dirigiría un compungido «lo siento».

La impresión más intensa es ver a Anne aquí, en mi refugio. Eso es lo que siento en Germander. Pero, ahora que ella está aquí, ya ha dejado de ser seguro; nunca volverá a serlo. Es imposible eliminar una presencia como la de Anne de un edificio. Me gustaría poder llorar, pero ahora no es el momento. Tengo un guion entero que seguir, un guion no escrito cuyas palabras tengo que recordar una por una.

—¿Qué es eso? —pregunta Anne; mira en mi dirección, pero no se refiere a mí; los perros, encerrados en el vestíbulo, han oído que la puerta se abría y han empezado a ladrar.

—Mis terriers de Bedlington. Te dije que los criaba.

—Y tú, ¿qué estás haciendo aquí? —me pregunta Anne. A pesar de la pregunta, no parece sorprendida de verme. Supongo que, cuando aceptas ir a casa de una persona extraña que finge ser tu hermana, a la que te has inventado tú, te preparas para cualquier cosa.

—Buena pregunta, Justine —dice Olwen, que se ha aprendido su texto mejor que yo el mío—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado?

—Oh, tengo mis métodos. Se me da bien entrar en las casas de la gente, y también en sus cabezas. Anne te lo puede decir. Sí, esta misma Anne con la que de pronto eres tan amistosa, no es quien dice que es. Solo está fingiendo ser tu hermana Allisande.

Anne se vuelve a mirar a Olwen.

—No quiero ver los perros. ¿Podrías llevártelos fuera mientras yo esté aquí? Me acerco a la puerta del vestíbulo y la abro.

—¿Te refieres a estos perros? —pregunto mientras cuatro de ellos entran corriendo en el vestíbulo.

Anne se queda completamente inmóvil.

«No es más que una persona. Mírala. No está segura de por qué está aquí ni de lo que está a punto de pasar. ¿Cómo puede una persona hacer tanto daño y aun así parecer tan común, tan vulnerable?».

Recuerdo el aspecto que tenía cuando insultó a Ellen, la mueca de desprecio en su rostro. Era la misma persona. No siento ninguna lástima por la mujer que dijo esas cosas en mi propia cocina.

—Vamos, Anne, si tú no tienes miedo de los perros. O al menos de los cachorros, o no habrías podido acercarte al mío lo bastante como para ponerle la chapa. ¿O quizá obligaste a Stephen a hacerlo?

—Justine, voy a tener que pedirte que te vayas —dice Olwen—. Lisette y yo tenemos que hablar.

—Ah, claro, Lisette —me río—. Tu hermana mayor, supongo.

—Sí —contesta Olwen. Anne no dice nada.

«Vamos, profesora; soy yo, el objeto de tu odio. Quieres derrotarme, lo quieres desesperadamente, así que dime que me equivoco. Dime que Olwen es tu hermana Allisande».

—Estás tan loca como Anne —digo, mirando a Olwen—. Nunca habría creído que fuese posible. Las dos estáis locas como cabras.

—El perro de Justine viene de aquí —explica Olwen a Anne.

—Me alegro de que haya salido el tema de los perros. Anne, ¿recibiste mi

carta, la que te envié por correo electrónico, en la que hablaba de Malachy Dodd y de cómo averigüé que probablemente era un terrier de Sealyham y, desde luego, no una persona? No me contestaste, pero creo que sí la recibiste.

—Lisette, no la escuches —interviene Olwen—. Escúchame a mí. Sabía que te resultaría difícil estar en una casa con perros después del asesinato de *Malachy*, sé que te trae recuerdos horribles, pero tenía que mostrártelo.

—¿Mostrarme qué?

Anne mira hacia la puerta. Quiere irse —sabe que es lo que debería hacer—, pero no puede. Olwen y yo acordamos que la condición para contarle cualquier cosa a Anne fue que tenía que venir aquí, a la casa. Olwen prometió no hablar con ella en el coche, de camino; silencio hasta llegar a Germander, aparte de las frases más básicas, como «tengo el coche aquí»; ese era el trato.

Así que, si Anne quiere oír lo que Olwen tiene que decirle, tendrá que quedarse. Si se va, será para siempre el final de la conversación, una conversación que no podrá mantener con nadie más.

«Una servil disculpa de una hermana inexistente».

—Justine vino a verme porque quería un perro —le cuenta Olwen a Anne—. Creo que por eso estabas tan convencida de que era Allisande: por su conexión conmigo. Ella ya había estado aquí, su perro está relacionado con varios de los míos. Creo que tú percibiste esa conexión, Lisette. La intuiste.

—¿Allisande te llama Lisette, Lisette? —intervengo, cortando el tono solemne de Olwen con mi tono burlón—. ¿O era Lizzie, ya que tú la llamas Sandie? Sería un poco revelador que no acertase con el nombre, ¿no?

—A veces Lisette y a veces Lissy —dice Olwen.

—¿Cómo puedes fiarte de esta mujer? —pregunto, poniendo los ojos en blanco—. Sabes que está fingiendo ser alguien que no existe.

—No la escuches, Lisette. El vínculo entre tú y yo es tan fuerte que lo sentiste incluso cuando estabas cerca de Justine; por eso, al principio, creíste que ella era yo.

—Salvo por el hecho de que ella nunca estaba «cerca de» mí. Pero no dejes que eso te detenga. ¡Vamos todos a inventarnos mentiras! ¡Soy la reencarnación de Michael Jackson, viva! Aunque yo nací mucho antes de que él muriese... ¡Yo soy el Papa y tú eres san Francisco de Asís!

—Tú no eres mi hermana —dice Anne, sin mirar a nadie en particular. Su voz es apagada, no sé si por decepción, por aburrimiento o por alguna otra cosa distinta. Me pregunto quién es ella ahora, dentro de su cabeza: ¿Anne? ¿Lisette?

¿Las dos?

—Yo no soy tu hermana, y tampoco lo es la mujer que finge serlo. Tu hermana se llama Sarah Parsons y vive en Totnes.

—Lisette, tú sabes reconocer la verdad cuando la oyes —dice Olwen—. Sabes que soy tu hermana Allisande, ¿no?

—Anne, mira estos perros, y luego acuérdate de mi cachorro. Esa de ahí es su madre. Seguro que puedes darte cuenta del parecido familiar. ¿Hay algún parecido familiar entre tú y esa persona de ahí, que se llama a sí misma Sandie? Ninguno en absoluto.

—Eso no quiere decir nada —me contradice Olwen—. No todos los hermanos se parecen.

—De acuerdo, pues. Si realmente eres su hermana, dile algo sobre su infancia que solo pudieseis saber vosotras dos. Algo que ninguna de las dos habría contado nunca a nadie.

—De hecho, ese es el motivo por el que he invitado a Lisette. Y, de hecho, no es asunto tuyo, Justine. Tenemos cuestiones del pasado por resolver de las que tenemos que hablar. Así que, si eres tan amable de irte... —Olwen hace un gesto señalando la puerta.

—¿Vuestro pasado compartido? ¿La sangrienta infancia de las hermanas Ingrey? —me río—. Me gustará oírlo. No, me temo que no me voy a ir. Ya podéis empezar a hablar. Convencedme de que estáis emparentadas y de que, una vez, vuestros nombres fueron Lisette y Allisande Ingrey.

—No voy a decir nada delante de ti. Es un asunto privado.

—Oh, a Anne no le importa, ¿verdad, Anne? Si hubiese querido mantener en privado sus fantasías, las habría confinado al ámbito de la imaginación. ¿Cómo te sientes al ver tus mentiras pasarse delante de ti, Anne?

Fue idea mía que Olwen y yo no dejásemos de llamarla por su nombre —su nombre real, y el único—. Una parte de mí desea que se derrumbe y empiece a gritar «¡Soy Lisette Ingrey!»; a esa misma parte le resulta increíble que ella misma se crea su propia ficción, pero teme que sea así. Me gustaría que el asunto quedase resuelto en uno u otro sentido.

—No puedes acusar a tu hermana falsa de mentir, ¿verdad, Anne? Eso sería ponerte de mi parte, y eso no puedes soportarlo.

—No estoy mintiendo —dice Olwen—. Soy tu hermana Allisande; sí, ahora tengo un nombre distinto, Olwen Brawn, pero sigo siendo yo. Te invité a que vinieses para decirte que lo sentía, y lo diré delante de Justine si es necesario. Te

he amenazado y te he repudiado porque tenía miedo, después de que nuestro padre asesinase a nuestra hermana. Debería haberte apoyado. Podríamos haber sido fuertes juntas, podríamos habernos protegido la una a la otra.

Anne echa la cabeza hacia atrás, como para evitar un puñetazo.

—Oh, espera un momento —me río—. ¿Bascom Ingrey asesinó a Perrine? Eso parece muy poco probable dentro de la historia.

—Él y mi madre lo planificaron juntos —explica Olwen—. Ambos son unos asesinos. Pero mi padre, nuestro padre, de Lisette y mío, fue el que lo llevó a cabo.

Durante un momento, los ojos de Anne expresan una intensa emoción. Asombro, y también... ¿está impresionada de que Olwen haya sido lo bastante lista para resolverlo? ¿O convencida, por fin, de que es la hermana de la que se distanció, Allisande, la que está hablando con ella? Pero el momento pasa y Anne vuelve a mirar al frente, impassible. Es extraño observar sus reacciones; me siento como una científica haciendo un experimento. Hoy es distinta de como era cuando estaba en mi cocina; entonces era más ella misma. Su esencia se manifestaba con más fuerza. Ahora es como un objeto hueco con forma de persona. Con los ojos vacíos, como un túnel, es casi como si fuese un contenedor de carne y hueso sin ninguna persona dentro.

—Lisette —le digo, dirigiéndome a ella—, dile a Allisande que su teoría sobre el asesinato de Perrine no tiene sentido. Bascom y Sorrel Ingrey llegaron hasta el último extremo concebible para proteger a Perrine de las hordas locales que estaban decididas a colgarla de un árbol, etcétera. En realidad, quiero decir que habrían llegado hasta el último extremo si todo esto no fuese un fabuloso embuste; pero, ya que estamos fingiendo que no lo es... Es imposible que Bascom y Sorrel lo hicieran. Si querían que Perrine muriese, ¿por qué la sacaron de la escuela después del atentado contra su vida? ¿Por qué confinarla en la casa para mantenerla a salvo, y hacer construir puertas y vallas para protegerla?

—Y tu próxima pregunta va a ser: ¿por qué contratar al profesor de música, David Butcher? —interviene Olwen.

—Pues sí. ¿Cuál es la respuesta?

—Mi padre lo contrató porque, cuando él y mi madre habían prácticamente abandonado toda esperanza de curar lo que fuese que no funcionaba en la cabeza de Perrine, mi padre tuvo una idea luminosa. Puede que la música sea la solución, pensó. David Butcher, al instilar en Perrine el amor a la música, podría salvar su alma.

—Muy bien, y ¿por qué matarla? —Finjo empezar a impacientarme—. ¿Por qué tomarse tantas molestias por salvar el alma de tu hija y, de repente, decidir asesinarla?

—Oh, la decisión de mi madre y mi padre no tuvo nada de repentina — responde Olwen—, ¿verdad, Lisette?

Lentamente, Anne empieza a dirigirse hacia el salón. Se detiene en el umbral y se agarra con ambas manos al marco de la puerta.

—Coge una silla, Anne. Ponte cómoda para escuchar el resto de tu historia. Olwen, creo que será mejor que esperes a que se siente cómodamente.

—Tiene razón, Lisette; deberías sentarte, estás muy pálida.

Anne da tres pasos más. Pausa, dos pasos más. Se sienta en el borde del sofá más próximo.

—No tengo por qué escuchar a ninguna de las dos —dice, aunque no parece demasiado segura.

—Eso es cierto. Pero lo harás. —«Porque Olwen finge ser la hermana en la que necesitas creer urgentemente. Finge que lo siente, que lo comprende todo, que lo perdona todo. Yo, en tu lugar, aceptaría el trato; no vas a conseguir nada mejor»—. Escucharás a Olwen porque, a pesar de que todos sabemos que nada de lo que dice tiene sentido, tiene razón, ¿verdad que sí? Ha resuelto el misterio. Nunca nadie lo había hecho antes. Hasta ahora, a nadie le había importado lo bastante. Olwen, ¿qué querías decir cuando dijiste que la decisión de Bascom y Sorrel no tenía nada de repentina?

Olwen se sienta enfrente de Anne y le sonrío.

—Mamá y papá casi nunca estaban de acuerdo en nada, ¿no es cierto, Lisette? De modo que llegaban a compromisos. Guardaban turnos. Siempre, para cualquier cosa. Era la forma en que hacían que la familia funcionase.

—Cállate —murmura Anne, moviendo los ojos a izquierda y derecha en movimientos rápidos—. No sé quién eres.

«No puede irse. Quiere hacerlo, pero está atrapada. No puede dejar de escuchar».

—Soy tu hermana Allisande. Después de que Perrine matase a Malachy Dodd, mamá y papá no lograban ponerse de acuerdo sobre qué debían hacer, ¿recuerdas? Mamá no se hacía ilusiones. Sabía que había criado (o parido, según los puntos de vista sobre naturaleza y crianza de cada uno) un monstruo. Pura y simplemente, eso era Perrine: un monstruo. Mamá sabía que, si nadie la detenía, volvería a matar una y otra vez. Mamá odiaba todo aquello que no fuese fácil y

divertido, así que no estaba dispuesta a soportar durante años la molestia que suponía la presencia de Perrine en nuestras vidas. Quería que se acabase enseguida, para poder volver a divertirse y disfrutar.

—¿Me estás diciendo que Sorrel Ingrey quería matar a Perrine? —digo yo, con lo que espero sea la mezcla justa de curiosidad e incredulidad.

—En aquellas circunstancias... sí —contesta Olwen con seriedad—. No podía soportar tener algo feo o difícil cerca de ella; era un pánico infantil, casi patológico, a cualquier cosa que no fuese agradable. Perrine era su hija y, mientras viviese, Sorrel no podía evitar la proximidad con ella. Por tanto, necesitaba que dejase de existir. Lo disfrazó de altruismo (a ojos de Bascom, fingió que solo quería que Perrine muriese para que no pudiese matar a nadie más), pero esa no era su motivación real.

—¿Y Bascom Ingrey? —pregunto—. ¿No tenía nada que decir al respecto? Anne, ¿por qué no nos lo cuentas?

Silencio por parte de Anne, que menea levemente la cabeza.

—Papá estaba en contra de forma furibunda —responde Olwen—. Dijo que no existían las personas malvadas y que todo el mundo puede redimirse. Le horrorizaba que mamá quisiera abandonar a Perrine sin siquiera intentar cambiarla. De manera que, igual que hacían siempre, decidieron actuar por turnos. Llegar a un compromiso.

—Ya veo. Me parece sensato. Así que ese es el motivo por el que se discutieron sobre probar primero el método de Bascom cuando era el turno de Sorrel. Él había sido el primero la última vez que habían estado en desacuerdo y, como tenían que guardar el turno, ella pensó que era injusto volver a ocupar el segundo lugar.

—Así es; pero papá, razonablemente, planteó que él tenía que probar su método primero: de la otra forma, no habría funcionado. No se puede asesinar a alguien y, a continuación, intentar reformar su personalidad. Nunca nadie ha convencido a un muerto para que viva de forma más virtuosa. Papá tuvo sus momentos de duda, momentos en los que estaba seguro de que mamá tenía razón, y quizá debieron haber matado a Perrine inmediatamente y acabar de una vez. Pero mamá no se aprovechó de la situación en esas ocasiones. Le preguntó a papá si estaba totalmente seguro de no querer terminar su turno antes de tiempo. Y, por supuesto, él le dijo que no.

¿Ha asentido Anne o son imaginaciones mías?

—Entonces, si toda la historia no era pura ficción, ¿cómo se explica que

nunca se acusase a Bascom y Sorrel Ingrey del asesinato de Perrine?

—Tú misma lo has dicho —contesta Olwen—. Bascom y Sorrel nunca fueron sospechosos. Incluso Lisette, aquí presente, fue a la policía con su historia, pero no se la tomaron en serio. Solo fue una vez, ¿no es cierto, Lissy? Tenía demasiado miedo de lo que yo le haría si intentaba convencer a alguien con demasiada vehemencia. En el pueblo, todos sabían que Bascom y Sorrel habían hecho cuanto habían podido durante dos años para salvar la vida de su hija. Todos, incluida la policía, habían sido testigos de la protección y los cuidados de los que había disfrutado Perrine, día tras día. ¿Por qué iban a hacer una cosa así durante ese tiempo para luego matar a la persona en la que habían empleado tanta energía para mantener con vida?

—A menos que se trate de unos padres que no son capaces de ponerse de acuerdo en esto y guarden turnos. Ya lo entiendo. Bascom y Sorrel hicieron un trato: dos años (o un año, o el tiempo que fuera) para tratar de reformar a Perrine; si no funcionaba... —Hago un gesto de cortarme el cuello con la mano.

—Me pregunto si mamá impuso alguna condición a cambio de que papá volviera a tener el turno —dice Olwen—. ¿Tú qué crees, Lisette? Bueno, no puedo demostrarlo, pero...

—¿Qué condición? —pregunta Anne.

Eso ha sonado mucho más parecido a la Anne de mi cocina. Me pongo rígida. No quiero que recupere su voz; es más seguro si está mirando hacia su interior, sin poder salir.

«Por favor, Dios mío, espero que esto no sea un tremendo error.

»No, saldrá bien. Es preciso».

—La condición era que, si después de dos años o el tiempo que fuese, Perrine no era mejor persona, más amable, papá tendría que matarla él mismo. Mamá no tendría nada que ver con la... realización práctica del asesinato. Si papá hubiese aceptado el asesinato de Perrine directamente, habría sido mamá quien lo hubiera llevado a cabo. No es que quisiera hacerlo, desde luego —aclara Olwen—, pero estaba dispuesta a hacerlo a cambio de no tener que prolongar la agonía de vivir con Perrine en la familia.

«Buen detalle. Bien dicho, Olwen». Estoy en la habitación con dos cuentistas expertas.

—¿Anne? ¿Quieres añadir algo? ¿Fue como Sandie lo describe?

—Incluso después de que Perrine hubiese matado a dos personas, Jack Kirbyshire y David Butcher, Bascom estaba consternado de pensar lo que tenía

que hacer con su propia hija —prosigue Olwen—. Él la quería; por eso se llevó la cama al muelle; la desmontó y la volvió a montar para poder arropar a su hija menor en la cama después de matarla, para sentir que no la asesinaba exactamente, sino que le daba las buenas noches.

—Anne —chasqueo los dedos para captar su atención—, solo quiero recordarte esto: Olwen no es tu hermana. Se ha inventado todo esto a partir de lo que sabe de Ellen a través de mí, y Ellen lo escuchó de George. Olwen no forma parte de tu familia. No es más que, con perdón, una criadora de perros que no tiene nada que ver contigo.

—Sabes que eso no es verdad, Lisette. Nosotras, tú y yo, sabemos la verdad. El día en que mamá abrió las puertas e invitó a todo el mundo a venir a Speedwell House, el día en que se suponía que iban a arrestar y a llevarse a Perrine (y, por cierto, ¿por qué invitaría mamá a tantas personas, a las que iba a ser necesario atender? ¡Ella odiaba hacer cualquier clase de esfuerzo! Si las invitó fue por un único motivo: para que fuesen Sospechosos. Ni invitados ni intrusos, sino sospechosos de asesinato).

A Olwen se le da bien esto. Desde que hemos empezado, más de una vez me he dicho a mí misma: «No es Allisande, solo está fingiendo serlo».

—La mañana en que los Sospechosos vinieron a desayunar, la mañana en que Perrine fue supuestamente asesinada... no fue entonces cuando la mataron. ¡Sucedió la noche anterior! Sabíamos que no podía haber pasado mientras los Sospechosos estaban en la casa, ¿verdad, Lisette? Tú y yo estuvimos sentadas junto a la ventana del salón todo el tiempo que ellos estuvieron allí. Papá nos trajo el desayuno, y fuimos las únicas que habríamos visto si alguien había salido de la casa llevando a nuestra hermana y las piezas de su cama. Y no vimos salir a nadie, ¿verdad?

Anne se está frotando el brazo izquierdo con la palma de la mano derecha. Parece nerviosa. «Si pudiera saber lo que está pensando...».

—Sabíamos lo que significaba eso —dice Olwen suavemente. Me pregunto si está empezando a sentir compasión de Anne. La idea me pone furiosa—. Si ninguno de los visitantes trasladó a Perrine y su cama aquella mañana, debían de haberla movido durante la noche, y solo había dos personas que hubieran podido hacerlo: mamá y papá. Había otras pistas que apuntaban a ellos: después de que Perrine matase a David Butcher y la encerrasen en su cuarto, mamá le subió la cena en una bandeja. ¿Te acuerdas, Lisette?

Anne agita la cabeza violentamente.

—Sí, sí que te acuerdas. Y también te acuerdas, estoy segura, de que durante la mañana en que invitaron a todo el mundo a casa para que vieses cómo arrestaban a Perrine, nadie llevó el desayuno a su habitación. Recuerda aquel día: mamá y papá estaban en la cocina con nosotras. Mamá estaba preparando el desayuno y nos dijo que nos quitásemos de en medio. Dijo que papá nos llevaría el desayuno al salón, y así lo hizo, pero ni él ni mamá subieron el desayuno a Perrine. Yo la estuve oyendo en la cocina todo el tiempo. Papá no subió al piso de arriba: le habríamos visto y oído. Si Perrine hubiera estado viva arriba, ¿por qué no le envió mamá el desayuno, igual que le había subido la cena la noche antes?

Anne tiene la boca abierta, como un túnel hacia el país de las mentiras, oscuro e inerte en su interior.

—Sorrel no le subió el desayuno a Perrine porque sabía que ya estaba muerta —respondo—. Muerta y bien arrojada en la cama, en el embarcadero. Asesinada por Bascom durante la noche —decir la historia en voz alta es tranquilizador. El silencio sería peor.

Intento no pensar cómo vamos a sacar a Anne de la casa de Olwen cuando todo esto se termine. ¿Y si no quiere irse? ¿Y si, cuando acabemos, ya ni siquiera es posible reconocerla como persona?

—Me avergüenza decir que amenacé a Lisette —me confía Olwen—. Le dije que si hablaba y acusaba a nuestros padres la mataría. Eso estuvo mal. Sembré la sospecha sobre ella, me aseguré de que la policía creyese que había huido de Devon para evitar el castigo. Eso también estuvo mal por mi parte. Y...

Olwen deja oír un suspiro entrecortado, muy convincente.

«Sigue siendo Olwen; la amable y fidedigna Olwen».

—Lo que mamá y papá hicieron fue terrible, Lissy. Todos estos años he intentado dejar de pensarlo, pero... Ahora mamá y papá ya son viejos. No sé cuánto tiempo les queda y, cuando ya no estén, tú serás la única familia que tendré; mi única hermana. No quiero seguir separada de ti ni un día, ni una hora, ¡ni un segundo más de lo que ya lo he estado!

Eso fue idea mía: día, hora, segundo. La primera vez que lo sugerí, Olwen se rio. Luego dijo «Si insistes... Tú eres la que tiene experiencia en programas dramáticos».

—Por favor, Lissy, perdóname. Siento muchísimo todo lo que te he hecho sufrir.

Se pone de pie y toma en brazos al más pequeño de los perros que está en la

habitación. ¿Cómo se llamaba? *Holly Bears the Crown*, creo. O *Holly*, para abreviar.

«No. No le des un perro». Esto no era parte del plan. Olwen está improvisando, y percibo el peligro. Lo noto en mi estómago.

Lentamente, Olwen se acerca a Anne y deja el *Bedlington* en su regazo.

—Si la quieres, es tuya. Como ofrenda de paz. Se llama *Holly*.

—*Holly* —repite Anne, con voz monótona; luego sonrío. Algo ha cambiado en sus ojos.

—No... —empiezo a decir.

—Dulce perrito... —susurra Anne. Rodea el cuello de *Holly* con las manos y aprieta. Olwen gime.

Si no la detengo, Anne va a matar a *Holly*.

Me lanzo al otro lado de la habitación y la agarro de los hombros. En unos segundos, ambas estamos rodando por el suelo, mi cabeza golpeando la chimenea de piedra, una vez, dos veces. Casi me clavo una esquina aguda en el ojo. Aparto la cara de la mirada salvaje de Anne, los ojos abiertos, los labios curvados en lo que me gustaría decir que es un rugido, pero no: es una sonrisa. No puedo mirar. Anne cree que va a salir victoriosa; es decir, cree que me va a matar.

Olwen aúlla. Parece estar lejos, demasiado lejos; necesito que no esté tan lejos.

No es posible que me derrote. Yo soy la única que puede detener a Anne. Con un gruñido, giro el cuerpo de repente y le doy un codazo en la cabeza. Ahora estoy encima de ella.

¿Dónde está *Holly*? ¿Le ha hecho daño? Los perros nos rodean, ladrando, pero no veo si alguno de ellos es *Holly*. Olwen está gritando.

Muevo el brazo derecho, intentando agarrar algo que pueda utilizar como arma, y vuelco los utensilios para la chimenea, que caen con gran estruendo. Más ladridos.

«Los utensilios para la chimenea. Es justo lo que necesito».

Cojo algo con la mano libre; podría ser un atizador. Lo levanto tanto como puedo y golpeo una y otra vez.

«La cabeza de Anne». Debo dejar de hacer lo que estoy haciendo, antes de que... No, ya es demasiado tarde, y no quiero parar. Quiero seguir golpeando con el atizador, romperle la cabeza a Anne y ver la masa gris del cerebro en el que guardaba todas esas mentiras, ver la sangre fluir...

Por fin, asqueada, me detengo.

Olwen ya no grita; está suspirando.

Esto no forma parte de la historia; aunque ahora sí lo es: una parte verdadera. Pero parece inventada e irreal.

Anne quería matarme. No a la persona que fingía ser su hermana Allisande, ni a Olwen: a mí. Ahora que está muerta, es imposible averiguar por qué.

Y no solo me quedaré sin saber el por qué, sino también el quién. Anne me habría matado si se lo hubiese permitido; pero, en su mente, ¿a quién habría matado? Cuando sonrió enseñándome los dientes y fantaseó con acabar con mi vida, ¿a quién quería matar realmente? ¿A Justine Merrison? ¿A Allisande Ingrey? ¿A la madre de Ellen, la que le roba a su hijo, propietaria de Speedwell House?

Dejo caer el atizador al suelo.

—¿Cómo está *Holly*?

Olwen no responde; me vuelvo para poder verla. Está asintiendo: *Holly* está a salvo. «Gracias a Dios».

—Se ha acabado. Las dos están muertas: Anne Donbavand y Lisette Ingrey. Ya se han ido.

Para: Ellen Colley y familia.

Conmemora la vida, atesora los recuerdos

Anne Donbavand

1969-2015



Esposa de Stephen Donbavand

Madre de Fleur y George

Memorial: Iglesia de Nuestra Señora y los Mártires Ingleses, Quoits Road,

Dartmouth, Sábado 27 de junio de 2015, 2 PM

Celebrante: Rev. Christine Ogden

Se ruega confirmación a: s.donbavand@exeter.ac.uk

—¡Mamá, mamá! Allí están.

Ellen se inclina hacia la derecha y estira el cuello para señalarme con la cabeza a los chicos a los que se refiere. No quiere mirarles para que no noten su interés.

—Declan y Sam. ¿Cuál de los dos crees que es más guapo?

Estamos en una sala de actos repleta en la Universidad de Exeter, rodeados de personas elegantemente vestidas que comen pastitas de espinacas y *ricotta* y volovanes de salmón. Me pregunto si serán, en su mayoría, los padres de los compañeros de clase de George y Ellen. Me resulta difícil creer que Anne tuviera amigos, o incluso colegas que no la detestasen.

Stephen Donbavand está en el otro lado de la habitación, de pie, dándome la espalda. No hemos hablado ni nos hemos mirado una sola vez desde que llegué con Ellen. La gente ya está empezando a marcharse. Oigo a Stephen dándoles las gracias por venir, diciéndoles lo mucho que habría significado para Anne.

—¡Mamá!

—Lo siento. ¿Están en tu clase?

—Ajá. Sam y George son buenos compañeros; Declan, no tanto. George opina que no tiene sustancia.

Han cambiado muchas cosas desde la muerte de Anne. Bueno, debería decir «desaparición»: nunca encontraron su cuerpo; o, al menos, la mayor parte de él. George volvió a Beaconwood casi inmediatamente después de su desaparición, y Fleur también.

—A George no le importa que opine que sus amigos son guapos —me

explica Ellen—. No es en absoluto celoso. Sabe que lo único que me gusta de ellos es su aspecto. Todos son aburridos si los comparo con él. A decir verdad, la que tiene celos soy yo, ahora que tiene otros amigos que van a su casa y tal. Ya no soy la única persona de su vida. Pero... eso es bueno, ¿no?

—Sí —le contesto, acongojada—. Ellen...

—Papá lo sabe, por cierto.

—¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Se lo dije esta mañana. Bueno, Anne reveló lo del compromiso para casarnos el día que entró en casa por la ventana. Pero ahora le he dicho a papá que George es gay; le he explicado toda la situación. —Ellen sonrío—. Estabas demasiado asustada para contárselo, ¿verdad? Siempre te pasa.

Le pongo cara burlona, esperando que se olvide de mí. Estoy demasiado asustada para contarle a Alex muchas cosas importantes. A Olwen le debe de suceder lo mismo con Maggie, aunque no estoy segura. Hace casi cinco meses que no hablo con ella ni la veo. Desde que nos encargamos de todo lo necesario. Acordamos que lo mejor era que no tuviéramos ningún contacto. La echo de menos cada día: es la única persona que sabe la verdad. Ella siente lo mismo; aunque no nos vemos ni hablamos, lo percibo.

«Algún día, cuando haya pasado el tiempo suficiente, volveré a llamar a su puerta, ella me invitará a pasar y charlaremos como dos viejas amigas».

—¿Mamá? ¿Qué te pasa? Parece como si estuvieras a punto de llorar.

—Estoy bien. ¿Qué dijo papá cuando le contaste lo de casarte con George?

—Dijo que hiciese lo que quisiera, siempre que fuese feliz.

—Tiene razón.

—No piensas eso de verdad. Sé cuándo mientes.

«Espero que no, por Dios. Le estoy mintiendo a mi hija; pero sé que lo estoy haciendo por su bien, así que no pasa nada. Salvo que... debería decirle la verdad».

—Lo que pasa, El, es que... —me interrumpo y suspiro cuando una mujer con un vestido de flores me toca el codo y me hace derramar un poco de mi licor de flores de saúco—. No creo que un velatorio sea el mejor lugar para comentar esto.

—Mamá, esto no es un velatorio —se ríe Ellen—. No seas antigua, mamá. Es una fiesta para celebrar, o conmemorar, o lo que sea, ya me entiendes, la vida de Anne.

—Me preocupa que te cases con George y luego él se enamore de otra

persona, me refiero a un amor romántico, sexual, y te deje —suelto sin pensar—. Me preocupa que lo que realmente ame con pasión sea la vida familiar, tomándonos a nosotros como ejemplo. —«O así era, en cualquier caso»—. ¿Y si solo quiere casarse contigo por...?

Dios mío, pero ¿qué estoy diciendo? Esto es demasiado cercano a la verdad, y no puedo demostrar nada, de todos modos. ¿Y si me estoy inventando problemas?

Ellen no parece muy impresionada.

—¿Porque quiere formar parte de nuestra familia? ¿Es lo que ibas a decir? ¿Porque somos una familia feliz y la suya no? ¿Es eso? —Se encoge de hombros—. Me da igual por qué lo quiera, mamá. Lo único que sé es que lo quiere, y yo también. Sí, ya sé que no somos más que dos adolescentes y que podemos cambiar de parecer. Pero piensa una cosa: en la antigüedad, muchas personas se morían a los, no sé, veinticinco años. Pero el saber que era algo que podía no durar para siempre no les impedía casarse a los dieciocho o veinte años, ¿no?

—No, supongo que no.

Ellen me da una palmadita en el brazo como si yo fuera una temblequeante octogenaria que necesita que le expliquen el mundo moderno.

—Ellen, tengo que preguntarte una cosa sobre tu historia.

—Quiero olvidarme de ella, mamá —responde con una mueca.

—Ya lo sé, y puedes hacerlo, pero... Tú lo sabías, ¿verdad? ¿Sabías quién había matado a Perrine?

—Sí. George y yo lo averiguamos. Tenían que haber sido los padres: Bascom y Sorrel. ¿Por qué no le llevaron el desayuno a Perrine aquel día si todavía estaba viva, según lo que al parecer sabían? Nadie decía que lo hiciesen. Y luego está lo de los turnos. ¿Cómo pudieron planear Sorrel y Bascom qué hacer después del asesinato de David Butcher cuando acababan de encontrar su cadáver? Debían de estar refiriéndose a su plan original de «guardar turnos», que idearon la primera vez que sacaron a las chicas de la escuela. Y Sorrel hablando tan duramente con Perrine, acusándola de mentir sobre el nudo corredizo en el árbol... Estaba claro que le molestaba la propia existencia de Perrine.

«Muy bien. Perfecto».

—Entonces... ¿me mentiste cuando te pregunté quién había matado a Perrine, en casa de Olwen? ¿Fingiste que no tenías ni idea?

Ellen asiente.

—Lo siento. George dijo que teníamos que ocultárselo a todo el mundo o su

madre pensaría que él la había traicionado; cuantas más personas supieran toda la historia, mayor sería el peligro para George y su familia.

—No pasa nada. Es solo que... tienes que hacerme un favor: cuando mientas, sé siempre consciente de ello, y también del motivo por el que lo haces. Dentro de tu cabeza, ten muy presente cuál es la verdad. Es importante. Es la forma de mantenerse cuerda. —¿Me está escuchando?—. ¿Ellen?

—George dice —contesta Ellen, en voz baja— que cuando la policía encontró la ropa de su madre en ese callejón de Londres, también encontraron... masa encefálica. ¿Es verdad?

Asiento.

—Así es como pudieron emitir un certificado de defunción. Lo que encontraron... Era imposible que siguiese viva.

Ua bolsa con ropa manchada de cerebro: fácil de transportar en Londres por la noche sin levantar sospechas. Mucho más complicado de hacerlo con todo un cuerpo. Pero Olwen y yo acordamos que teníamos que hacer algo para hacer saber a Stephen, Fleur y George que Anne nunca iba a regresar. No habría sido justo dejarlos con la esperanza, o con el miedo, de que volviese sana y salva.

Fleur Donbavand está apoyada en la pared entre dos grandes ventanas, hablando con Lesley Griffiths y con otro profesor de Beaconwood; su cara me resulta conocida, pero no puedo acordarme de su nombre.

Hoy es la primera vez que he visto a Fleur. Es alta y pálida, con rasgos delicados y una trenza de pelo parduzco. Mientras escucha a Lesley, que es quien habla todo el tiempo, asiente y mira de reojo la pared, como esperando que se abra y la envuelva. Parece aburrida, culpable e incómoda al mismo tiempo, como si no supiese cómo reaccionar a lo que sucede a su alrededor. El contraste entre ella y George, que lleva hablando magistralmente y en voz alta desde que ha llegado con cualquiera que le escuche sobre el tema de la aflicción, es notable.

—George está triste por la muerte de su madre, ¿sabes? —me dijo Ellen el otro día.

—Claro que lo está —respondí yo, con voz tensa.

—A pesar de que realmente la odiaba. Dice que es una sensación extraña; nunca habría creído que se sentiría triste.

Al otro lado de la sala, Lesley Griffiths abraza a Fleur y esta sonrío y parece tranquilizarse. Me siento culpable de haber pedido a Ops que investigase a Lesley. Nunca le diré a nadie lo que descubrió: que, cuando tenía veintipico

años, antes de casarse, Lesley era periodista en un periódico de prestigio y perdió su trabajo por plagiar parte de un artículo. Luego se formó como profesora y, hasta donde Ops pudo saber, no había cometido ningún otro error. Curiosamente, el hombre que despidió a Lesley, Diarmid Griffiths, fue el hombre con el que se casó cuatro años después. Supongo que decidieron darse una segunda oportunidad mutuamente.

Algunas personas las merecen; no todas.

—Justine, Ellen. Me alegro de poder hablar con vosotras. —Stephen Donbavand está a mi lado.

—No nos iremos hasta que acabe —dice Ellen—. Le prometí a George que nos quedaríamos hasta el final, mamá.

Dios mío. ¿Y eso cuándo será?

—¿Cómo estás, Justine? —me pregunta Stephen; Ellen camina hasta el otro lado de la sala para reunirse con su prometido junto a la mesa del refrigerio.

«¿Y a ti qué coño te importa?».

—¿Que cómo estoy yo? Bien. Más bien debería ser yo quien hiciera esa pregunta.

—Yo estoy bien, dadas las circunstancias.

—Fleur y George tienen buen aspecto.

¿Es así como le hablaría si no hubiese matado a su mujer? De veras espero que sí.

—Están contentos de haber vuelto a la escuela.

—Me lo imagino. Está bien que tengan amigos. Una vida normal. —No me resisto a añadir.

—Sí, tienes razón.

«Muy listo, Stephen. ¿Puedo llamarte Steve, ya que tú has cavado una tumba en mi jardín y yo le he aplastado la cabeza a tu mujer? Las ceremonias están de más. Muy listo, sí señor. Saca provecho, y deja que lo hagan también George y Fleur, de tu nueva libertad, sin reconocer la tiranía que la precedía. Te quedas con lo mejor de ambos mundos. Puto cobarde».

—No debe de haber sido nada agradable para ti que la policía excavase en tu jardín.

—No. Bueno, no encontraron nada. Hicimos venir a un diseñador de jardines después y lo cambió por completo.

—¿Por qué dijiste a la policía que el cuerpo de Anne estaba enterrado en tu jardín, si no era así? Me dijeron que insististe en que excavasen cada metro

cuadrado de tu terreno para comprobarlo.

—Así fue. Era un presentimiento que ha resultado estar equivocado. Quería ayudar a encontrar a Anne y... Bueno, supongo que, si alguien cava una tumba justo delante de tu puerta principal, es normal que te preguntes si tiene planeado enterrar un cadáver en ella —sonríó. «Bueno, eres tú el que has preguntado...».

Stephen se muerde el labio superior.

—Pero la policía nunca creyó que Anne muriese en Devon. Ya sabes lo que encontraron en su ropa.

¿Eso ha sido una pregunta? Sonaba más bien como una afirmación.

—Sí.

—Creen que Anne murió en Londres cuando, al parecer, iba a reunirse con una de tus antiguas colegas, Donna Lodge, a la que le había enviado un correo desde un café de Internet para concertar la cita. Nunca acudió. Es gracioso; sé que lo de ese café de Internet no puede ser verdad; Anne apenas tenía idea de que esos lugares existiesen. —Me mira con dureza y me dice—: No te preocupes, eso no se lo dije a la policía.

Mi corazón empieza a palpar. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

«No, no quiero ni tu ayuda ni tu protección. Yo no soy Anne».

—Siento todo lo que has pasado, Justine.

¿«Siento»? Casi me echo a reír: viniendo de él no es más que una palabra blandengue y sin sentido, después de todo lo que ha hecho y lo que ha dejado de hacer.

—Discúlpate con tus hijos, no conmigo —logro decirle—. A mí me da igual cómo te sientas.

—También siento que mi mujer esté muerta. Bueno, desaparecida y presumiblemente muerta, pero... Bueno, yo sé que está muerta, Justine. No me cabe duda.

«Y sabe quién la mató. Eso es lo que está intentando decirme con esa mirada penetrante».

—Siento que Anne esté muerta, por ella, por todo lo que se perderá... Bueno, y supongo que también un poco por mí. Anne no era siempre así de... difícil. A veces podía ser muy dulce.

—Me da igual, Stephen.

—No, yo... Lo comprendo. De todos modos, no tienes de qué preocuparte.

«El aliado de cualquiera».

Me niego a sentir curiosidad alguna por él —no quiero pensar siquiera en él

—, pero no puedo evitar preguntarme si, desde su punto de vista, él representa la más mínima cosa.

«Siéntete un poco avergonzado, cabrón».

—La policía no volverá a cavar en tu jardín. Ya lo han hecho a instancias tuyas y han quedado convencidos de que no hay nada en él. Has sido muy lista: no volverán a cavar dos veces en el mismo jardín.

Asiento; esos han sido precisamente mis cálculos, especialmente porque insistí en que comprobasen el terreno palmo a palmo. Estaba deseosa de ayudar en la búsqueda de la desaparecida profesora Anne, la brillante intelectual y entregada esposa y madre.

Aunque, estrictamente hablando, el crédito de mi inventiva debería ser para la propia Anne. Antes de que ella entrase en mi vida, yo no era en absoluto así de imaginativa. Esa es una de las ventajas de conocer a una mentirosa patológica: en primer lugar te admiras de su capacidad inventiva, para luego pensar «creo que yo también podría hacerlo, ¿por qué no?».

Fue Anne la que me dio la idea del enterramiento en el jardín; fue ella la que dio con la solución sorpresa al misterio de los asesinatos en casa de los Ingrey: una madre y un padre que unen fuerzas, primero para proteger a su hija y luego para matarla, porque han elevado el compromiso a la categoría de arte. ¿A quién se le podía ocurrir una cosa así?

Yo asumí el reto de Anne y formulé un plan igualmente inimaginable, y creo que con éxito. ¿Quién iba a sospechar que yo iba a enterrar un cuerpo —al que le faltaba la mayor parte del cerebro— en el mismo lugar en el que hice cavar a la policía pocos días antes, en busca de ese mismo cuerpo? Le dije y le repetí a cualquier agente de policía que prestase atención que Anne debía de estar enterrada en los terrenos de Speedwell House, aun cuando sabía que todavía no era así.

¿Estaría Stephen mirándonos desde uno de los grupos de árboles la noche en que Olwen y yo enterramos el cuerpo de Anne? ¿O quizá desde el otro lado del río, con los prismáticos orientados hacia mi casa? No creo que lo adivinase, así que probablemente lo sabía.

—Mira —dice, señalando.

Me doy la vuelta; Ellen y George están repartiendo los restos del refrigerio entre sus compañeros de clase, deliberando sobre quién ha comido cuántos y quién aún no ha comido qué.

—Deben de ser los más mandones de su curso —comento.

¿Por qué estoy hablando tan ricamente con él? ¿Porque creo que podría hacer que me metiesen en la cárcel si quisiera? ¿O quizá porque una conversación educada es lo que se espera en un funeral?

Nadie espera nunca que alguien se ponga a dar gritos sobre la maldad. «Mira, ahí está: ¡el mal! La perversidad, aquí y ahora mismo». La gente pensaría que estás loco. Y, además, llevaría demasiado tiempo; se podría decir que todo el tiempo disponible. Lo mejor es barrerla debajo de la alfombra, o de la hierba, o del mantel, cubierta por los canapés.

—Mandonos o líderes naturales, como prefieras decirlo —corrijo mi observación anterior, haciéndola menos crítica.

—Prefiero decirlo así: son buenos chicos —dice Stephen—. Buena gente, en todos los sentidos.

—Sí que lo son.

¿Se supone que esto es el final feliz de nuestra historia? ¿Dejas que tu mujer arruine las vidas de la gente y que la mate, pero no pasa nada porque nuestros hijos son fantásticos?

Nadie va a escribir mi historia. Y mucho menos Stephen Donbavand, aliado de Anne durante tantos años.

Seré yo misma quien la escriba.

«Erase una vez una mujer llamada Justine Merrison. Intentó con todas sus fuerzas no hacer Nada, pero fracasó. Acabó haciendo Algo, un Algo más grande que nada que hubiese hecho antes: mató a una mujer. ¿La asesinó? No lo sé. Quizá. No fue en defensa propia, pero la muerte tuvo una parte de defensa. Podría contar toda la historia, pero estoy segura de que no la creeríais, así que no me voy a tomar la molestia. O quizá os cuente lo que sucedió pero lo presente como si fuese una ficción; de todos modos, tampoco ibais a creerme. Quizá dijeseis “No es posible que te hayas inventado eso. ¿Hay alguna parte de verdad?”.

»Después de provocar la muerte de Anne Donbavand, un día Justine fue detenida y encerrada, o quizá no; aún es pronto para decirlo. Lo que sí puedo deciros con seguridad es que nunca se arrepintió, ni por un segundo, de lo que había hecho.

»Ella espera seguir viviendo feliz. Cree que es lo que se merece».

Agradecimientos

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a estas personas: Peter Straus y Matthew Turner de Rogers, Coleridge and White; Carolyn Mays, Karen Geary, Lucy Hale, Becca Mundy, Abby Parsons, Jason Bartholomew, Anna Alexander, Valeria Huerta, Al Oliver, Jessica Killingley, Naomi Berwin y todo el personal de Hodder; son demasiadas personas para nombrarlas una por una, pero me siento extremadamente agradecida por vuestro trabajo en mis libros.

También me gustaría dar las gracias a Dan, Phoebe, Guy y Brewster; Adele Geras, Chris Gribble, Emily Winslow; al inimitable Dan Mallory y a todo el personal de William Morrow en América; a todos mis editores internacionales, que cuidan de mis libros por todo el mundo, al profesor Malcolm Coulthard y al verdadero «Ops».

Speedwell House está libremente basada en Greenway, la casa de vacaciones de Agatha Christie en Devon —que nunca habría llegado a conocer tan bien de no ser por Mathew y James Prichard—, así que muchísimas gracias a ellos, y a Agatha Christie, por inspirarme desde que tenía doce años.